FORBIDDEN

How can something so wrong feel so right . . .?

TABITHA SUZUMA

Sinopsis

Ella es guapa y talentosa, está en los dulces dieciséis y jamás ha besado a nadie. Él es guapo, tiene diecisiete y está al borde de un futuro brillante. Y ahora se han enamorado. Pero el único problema es… que son hermanos.

Lochan, de diecisiete años, y Maya, de dieciséis, siempre se han sentido más amigos que hermanos. Juntos han tenido que intervenir por su madre alcohólica y caprichosa para cuidar a sus tres hermanos menores. Como padres de facto de los más pequeños, Lochan y Maya han tenido que crecer rápido, y el estrés de sus vidas, y la forma en que se entienden tan completamente, también los ha acercado más de lo que estarían dos hermanos normalmente. Tan cerca, de hecho, que se han enamorado. Su romance clandestino florece rápidamente a un amor profundo y desesperado. Saben que su relación está mal y que posiblemente no puede continuar. Y aun así, no pueden detener lo que se siente tan increíblemente correcto.

Mientras la novela se inclina hacia un final explosivo y chocante, sólo una cosa es segura: un amor así de devastador no tiene final feliz.

¿Cómo algo tan malo puede sentirse tan bien…?





Puedes cerrar los ojos a las cosas que no

quieres ver, pero no puedes cerrar tu corazón

a las cosas que no quieres sentir.

Anónimo.





Capítulo Uno

Traducido por princesa_artemisa

Corregido por Pamee

Lochan

Miro las pequeñas carcasas crujientes y quemadas desparramadas a través de la pintura blanca descascarada de las ventanas. Es difícil creer que estuvieron vivas alguna vez. Me pregunto cómo sería ser aprisionado en una caja de cristal sin aire, horneado lentamente por dos largos meses por el despiadado sol, capaz de ver al exterior, el viento agitando los árboles verdes justo enfrente de ti, lanzarte una y otra vez a la pared invisible que sella herméticamente todo lo que es real y vivo y necesario hasta que finalmente sucumbes: chamuscado, exhausto, abrumado por la imposibilidad de la tarea. ¿En qué punto una mosca deja de intentar escapar a través de una ventana cerrada? ¿Son sus instintos de supervivencia los que la mantienen intentando hasta que es no es físicamente capaz de más? O ¿finalmente aprende después de demasiados choques que no hay manera de salir? ¿En qué punto decides que suficiente es suficiente?

Alejo mis ojos de las pequeñas carcasas y trato de enfocarme en la masa de ecuaciones cuadráticas en el pizarrón. Una delgada capa de sudor cubre mi piel, atrapando mechones de cabello contra mi frente, pegándose a mi camisa de la escuela. El sol ha estado derramándose a través de las ventanas de tamaño industrial toda la tarde y estoy sentado tontamente ante su total resplandor, medio cegado por sus poderosos rayos. La elevación de la silla plástica se entierra dolorosamente en mi espalda, mientras me siento semi reclinado con una pierna extendida y los talones apoyados en contra de un radiador recargado en la pared. Los puños de mi camisa cuelgan sueltos alrededor de mis muñecas, manchadas con tinta y mugre. La página vacía me mira, dolorosamente blanca, mientras trabajo en ecuaciones, escribiendo a mano de manera letárgica y apenas legible. El



lápiz se desliza y se resbala en mis dedos pegajosos; despego la lengua de mi paladar y trato de tragar. No puedo. He estado sentado así la mayor parte de una hora, pero sé que tratar de encontrar una posición más cómoda es inútil. Demoro demasiado en las sumas, ladeando la punta de mi lápiz de modo que quede pegada al papel y hace un débil sonido de ralladura; si termino demasiado rápido no tendré nada que hacer además de mirar moscar muertas de nuevo. Me duele la cabeza. El aire está pesado, impregnado con la transpiración de 32 adolescentes abarrotando un acalorado salón de clases. Hay un peso sobre mi pecho que me dificulta respirar. Es algo más que este cuarto árido, este aire rancio. El peso descendió el martes, en el momento en que caminé a través de las puertas de la escuela, de vuelta a encarar otro año escolar. La semana no ha terminado y ya siento que he estado aquí toda la eternidad. Entre estas paredes de la escuela, el tiempo fluye como cemento. Nada ha cambiado. La gente aún es la misma: rostros vacíos, sonrisas desafiantes. Mis ojos se deslizan a través de ellos mientras entro a los salones de clases y sus miradas pasan a través de mí. Estoy aquí pero no aquí. Los maestros me anotan en el registro pero ninguno me ve, porque hace tiempo que he perfeccionando el arte de ser invisible.

Hay una nueva profesora de inglés, la señorita Azley. Alguna joven brillante de Abajo del Todo[1]: un descomunal cabello rizado agarrado por un pañuelo de arcoíris, piel bronceada y enormes aros de oro en sus orejas. Parece alarmantemente fuera de lugar en una escuela llena de profesores cansados, de mediana edad y de rostros delineados con amargura y decepción. Sin duda alguna, como esta australiana regordeta y alegre, ellos entraron a la profesión llenos de esperanza y vigor, determinados a hacer la diferencia, prestar atención a Gandhi y ser el cambio que quieren ver en el mundo. Ahora, después de décadas de políticas, la burocracia de la escuela y control de masas, la mayoría se ha rendido y están esperando el retiro temprano, con crema pastelera y té en la sala de profesores como punto culminante del día. Pero la nueva profesora no ha tenido el beneficio del tiempo. De hecho, no se ve mucho mayor que algunos de sus pupilos en el salón. Un grupo de chicos hacen estallar una cacofonía de silbidos de admiración hasta que ella se gira para encararlos, mirándolos desdeñosamente hasta que comienzan a parecer incómodos y apartan las miradas. No obstante,

[1] El concepto viene del hecho de que estos países se encuentran en el hemisferio sur, por debajo de muchos otros países en el mundo, como Australia.

surge una estampida cuando ella ordena que todos dispongan los escritorios en un semicírculo, y con todos los empujones, juegos de pelea, golpes ruidosos entre escritorios y deslizamiento de sillas, tiene suerte de que nadie salga lastimado. A pesar del caos, la señorita Azley parece imperturbable; cuando finalmente todos se calman, mira alrededor del ralo círculo y sonríe de alegría.

—Mucho mejor. Ahora puedo verlos a todos apropiadamente y todos pueden verme. Espero que arreglen el salón antes de que llegue, y no olviden que los escritorios necesitan regresar a sus lugares al término de cada clase. Cualquiera que se vaya antes de hacer su parte tomará toda la responsabilidad por toda la semana ¿Soy clara?

Su voz es firme pero parece no tener malicia. Su mirada sugiere que podría tener sentido del humor. Los murmullos y las quejas de los usuales buscapleitos están sorpresivamente en silencio.

Entonces anuncia que tomaremos turnos para presentarnos. Después de exponer su amor por los viajes, su nuevo perro y su carrera previa de publicidad, se gira a la chica a su derecha.

Con disimulo, deslizo mi reloj al interior de mi muñeca y enfoco mis ojos sobre los segundos que pasan relampagueantemente. Todo el día he estado esperando esto, el final del periodo, y ahora que está aquí puedo casi escucharlo. Todo el día he estado contando las horas, las clases, hasta esto. Ahora, todo lo que quedan son minutos, y aún parecen interminables. Estoy haciendo la suma en mi cabeza: calculando el número de segundos antes de la última campanada. Con sorpresa me doy cuenta de que Rafi, el idiota a mi derecha, está balbuceando algo acerca de astrología de nuevo, casi todos en el salón han volteado. Cuando Rafi finalmente cierra la boca acerca de constelaciones estelares, de repente hay silencio. Alzo la vista para encontrar a la señorita Azley mirándome directamente.

—Paso. —Examino mi uña del dedo pulgar y automáticamente mascullo mi respuesta usual sin levantar la mirada. Pero para mí horror, ella no capta la indicación. ¿No ha leído mi expediente? Aún estaba mirándome.





—Me temo que pocas actividades en mis clases son opcionales—me informa.

Hay risas disimuladas en el grupo de Jed. —Entonces estaremos aquí todo el día.

—¿No se lo dijeron? Él no habla inglés…

—O algún otro idioma. —Risas.

—¡Marciano, quizá!

La profesora los silencia con una mirada. —Me temo que no es cómo funcionan las cosas en mis clases.

Le sigue otro largo silencio. Juego nerviosamente con la esquina de mi libreta; los ojos de la clase queman mi cara. El estable tic-tac del reloj de pared se ahoga con el latido de mi corazón.

—¿Por qué no empiezas diciéndome tu nombre?—Su voz se ha suavizado ligeramente.

Me toma un momento deducir por qué. Entonces me doy cuenta de que mi mano izquierda ha dejado de jugar nerviosamente con mi libreta y ahora está vibrando contra la página vacía. Me apresuro a deslizar mi mano debajo del escritorio, murmuro mi nombre y miro esperanzadoramente a mi vecino. Él se introduce ávidamente en su monólogo sin darle a la profesora tiempo de protestar, pero veo que ella da un paso atrás. Ahora lo sabe. El dolor en mi pecho se desvanece a un dolor mitigado y mis mejillas ardientes se enfrían. El resto de la hora la ocupamos en un animado debate acerca de los méritos de estudiar a Shakespeare. La señorita Azley no me invita a participar de nuevo.

Cuando finalmente suena el último timbre a través del edificio, la clase se disuelve en el caos. Cierro de golpe mi libro de texto, meto mis cosas en mi mochila, me levanto y salgo del salón rápidamente, zambulléndome en la refriega para llegar a tiempo a casa. A lo largo del corredor principal hay alumnos sobreexcitados saliendo en tropel por las puertas, para unirse a la delgada corriente de gente: me chocan y golpean hombros, codos, mochilas y pies… logro

llegar a una escalera, luego a la siguiente, y antes de casi cruzar el pasillo principal siento una mano en mi brazo.

—Whitely. Una palabra.

Freeland, mi tutor formal. Siento mis pulmones desinflarse. El profesor de cabello canoso con la cara hueca y arrugada me lleva a un salón vacío, indica un asiento y entonces se encarama incómodamente en la esquina de un escritorio de madera.

—Lochan, estoy seguro de que eres consciente, de que este es un año particularmente importante para ti.

El nivel A de lectura otra vez. Doy un ligero asentimiento, forzándome a mí mismo a encontrar la mirada de mi tutor.

—¡También es el comienzo de un nuevo año académico!—anuncia Freeland brillantemente, como si necesitara recordarme ese hecho. —Nuevos comienzos. Un nuevo comienzo… Lochan, sabemos que no siempre encuentras fáciles las cosas, pero estamos esperando cosas grandiosas de ti en este semestre. Siempre has sido excelente en el trabajo escrito, y eso es maravilloso, pero ahora estás en tu último año y esperamos que nos muestres que eres capaz en otras áreas.

Otro asentimiento. Una mirada involuntaria hacia la puerta. No estoy seguro de que me guste el rumbo que está tomando la conversación. El señor Freeland da un pesado suspiro. —Lochan, si quieres entrar en UCL, sabes que es vital que comiences a tomar un papel más activo en clases…

Asiento de nuevo.

—¿Entiendes lo que estoy diciendo aquí?

Aclaro mi garganta. —Sí.

—Participación en clases, unirte a discusiones grupales, contribuir a las lecciones, responder de verdad cuando hagan una pregunta, levantar tu mano de

tanto en tanto. Es todo lo que pedimos. Tus notas siempre han sido impecables, no hay quejas ahí.

Silencio.

Me duele la cabeza otra vez. ¿Cuánto más va a durar?

—Pareces distraído. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Sí.

—Bien. Suerte, tienes un gran potencial y odiaríamos ver que se desperdiciara. Si necesitas ayuda de nuevo, sabes que podemos arreglarlo…

Siento que el calor sube a mis mejillas. —N-no. Está bien, realmente. Gracias de cualquier manera. —Recojo mi mochila, lanzo la correa sobre mi cabeza y a través de mi pecho y me dirijo a la puerta.

—Lochan—el señor Freeland me llama mientras camino. —Solo piénsalo.

Al fin. Me dirijo hacia Bexham, la escuela rápidamente desaparece detrás de mí. Son casi las cuatro en punto y el sol aún está ardiendo, la brillante luz blanca rebota a los lados de los coches los cuales la reflejan en rayos desarticulados, el calor hace que el alquitrán brille tenuemente. La autopista está llena de tráfico, gases de los tubos de escape, bocinas sonoras, escolares y ruido. He estado esperando este momento desde que la alarma me despertó esta mañana, pero ahora estoy aquí y me siento extrañamente vacío. Es como ser un niño de nuevo, bajar ruidosamente las escaleras para encontrar que Santa se ha olvidado de llenar las calcetas; sólo que Santa, de hecho, está borracho en el sofá en el cuarto frontal, yaciendo comatoso con otros tres amigos. He estado enfocándome tan duro en salir de la escuela que parece que he olvidado qué hacer ahora que he escapado.

El júbilo que estaba esperando no se materializa y me siento perdido, desnudo, como si hubiera anticipado algo maravilloso y de repente olvidara qué era. Caminando por la calle, entretejiendo dentro y fuera de la multitud, trato de pensar en algo, lo que sea, para encontrarlo.

En un esfuerzo para sacudirme de mi extraño humor, troto a través del agrietado pavimento pasando piedras y basura en la cuneta; la calmante brisa de septiembre levanta el cabello de la nuca de mi cuello, la delgada suela de mis deportivas se mueve silenciosamente sobre el pavimento. Aflojo mi corbata, tirando el nudo hacia el medio de mi pecho y desabrocho los botones superiores de mi camisa. Siempre es bueno estirar mis piernas al final de un largo e insípido día en Belmont; evadir, rozar y saltar sobre la fruta embarrada y los vegetales aplastados que los puestos del mercado dejaron atrás. Giro la esquina entrando al familiar camino estrecho con sus dos hileras de pequeñas casas de ladrillo, estrechándose gradualmente colina arriba. Esta es la calle en la que he vivido los últimos cinco años. Únicamente nos mudamos a la casa de la junta después de que nuestro padre se fue a Australia con su nueva esposa y la manutención de sus hijos se detuvo. Antes, nuestra casa había sido una dilapidada casa rentada en el otro lado de la ciudad, pero en una de las áreas agradables. Nunca fuimos ricos, no con un poeta por padre, pero de alguna manera, las cosas fueron más fáciles de muchas formas. Pero eso fue hace mucho, mucho tiempo. Ahora nuestra casa es el número 62, de Bexham Road; un cubo gris de estuco de dos pisos y tres dormitorios, densamente intercalada en medio de una larga línea de casas, con botellas de refresco y latas de cerveza brotando entre las malas hierbas entre el portón roto y la puerta de un naranja desvaído.

La calle es tan estrecha que los autos, con sus ventanas cerradas o sus guardabarros abollados, tienen que estacionarse con dos ruedas sobre el borde de la acera, haciendo más fácil caminar por el centro de la calle que sobre el pavimento. Pateando una botella de plástico aplastada de la cuneta, la regateo, el golpeteo de mis zapatos y la reja de un plástico roto contra el alquitrán hace eco a mi alrededor, uniéndose pronto una cacofonía: los ladridos de un perro, gritos de niños jugando un partido de fútbol y el reggae bullicioso de una ventana abierta.

Mi mochila rebota y se sacude contra mis muslos y siento que algo de mi malestar se disipa. Mientras troto, paso a los jugadores de fútbol, una figura familiar pasa a los defensores de la potería e intercambio la botella de plástico por la pelota; fácilmente esquivo a los chicos enfundados en sus grandes camisetas del Arsenal mientras me siguen gritando protestas. El rubio se tira en picado hacia mí: un pequeño hippie rubio con el cabello por debajo de los hombros, la una vez



blanca camisa de la escuela ahora está manchada con mugre y cuelga sobre unos pantalones descocidos. Se las ingenia para adelantarme, corriendo hacia atrás tan rápido como puede, gritando a voz en cuello.

—A mí Loch, a mí, Loch, ¡Pásamela!

Lo hago con una carcajada, y gritando triunfante, mi hermano de ocho años agarra la pelota y corre hacia sus compañeros, gritando:

—¡Se la quité, se la quité! ¿Vieron?

Entro con fuerza a la casa relativamente fresca, encorvo mi espalda contra la puerta de enfrente para tranquilizar mi aliento y saco el cabello mojado de mi frente. Enderezándome, me abro camino hacia el corredor, mis pies automáticamente evitan la variedad de blazers descartados, bolsos con libros y zapatos de la escuela tirados en el estrecho corredor. Encuentro a Willa en la cocina el sobre mostrador, tratando de alcanzar una caja de Cheerios de la alacena. Se congela cuando me ve, con una mano en la caja y sus ojos azules abiertos con culpa debajo de su fleco. —¡Maya olvidó mi merienda de hoy!

Me abalanzo hacia ella con un gruñido, la agarro de la cintura con un brazo y la balanceo de arriba abajo mientras ella grita con una mezcla de terror y deleite, con su largo cabello dorado desplegándose debajo de ella. Entonces la dejo sin ceremonia sobre una silla de la cocina y bajo de un golpe la caja de cereales, la botella de leche, un tazón y una cuchara.

—Mitad del tazón, no más—le advierto levantando un dedo. —Cenaremos temprano esta noche; tengo toneladas de tarea que hacer.

—¿Cuándo?—Willa suena poco convencida, esparciendo aros cubiertos de azúcar a través de la mesa barata de roble que es la pieza central de nuestra desordenada cocina. A pesar del revisado juego de Reglas de la Casa que Maya pegó en la puerta del refrigerador, es claro que Tiffin no ha tocado los cubos de basura rebosantes en días, Kit ni siquiera ha comenzado a lavar los platos del



desayuno apilados en el fregadero y Willa, una vez más, ha perdido su escoba miniatura y sólo ha tenido éxito en *agregar* migajas a las que ya hay en el piso.

—¿Dónde está mamá?—pregunto.

—Alistándose.

Vacío mis pulmones con un suspiro y dejo la cocina, subiendo las estrechas escaleras de madera de dos en dos, ignorando el saludo de mamá, busco a la única persona con la que me gustaba hablar, pero cuando noto la puerta de madera abierta de su cuarto vacío, recuerdo que está atorada en alguna cosa después de la escuela y mi pecho se desinfla. En lugar de eso, regreso al familiar sonido de Magic FM tocando música ruidosa a través de la puerta abierta del baño.

Mi madre está inclinada sobre el lavabo hacia el espejo embarrado y roto, dando los toques finales a su máscara de pestañas y sacando hilos invisibles del frente de su ajustado vestido plateado. El aire está cargado con el olor del fijador para cabello y perfume. Cuando me ve aparecer tras su reflejo, sus brillantes labios pintados se alzan y se abren en una sonrisa de aparente deleite. —¡Hola, niño bonito!

Le baja el volumen a la radio, se gira para encararme y me extiende un brazo para un beso. Sin moverme de la entrada, beso el aire, un involuntario ceño fruncido delineado entre mis cejas. Ella comienza a reír. —¡Mírate, de regreso al uniforme y casi tan desaliñado como los chicos! Necesitas un corte de pelo, dulzura. Oh querido, ¿Qué es esa apariencia atormentada?

Me recargo en el marco de la puerta, arrastrando mi blazer por el suelo.

—Es la tercera vez esta semana, mamá—protesto cansadamente.

—Lo sé, lo sé, pero no puedo perderme esto. ¡Davey finalmente firmó el contrato para el nuevo restaurante y quiere que salgamos a celebrar!— Abre su boca en una exclamación de deleite y cuando mi expresión no se derrite, cambia velozmente el tema. —¿Cómo estuvo tu día, cariño?

Pongo una sonrisa cansada. —Grandioso, mamá. Como siempre.





—¡Maravilloso!— exclama, eligiendo ignorar el sarcasmo en mi voz. Si hay una cosa en que mi madre sobresale, es en cuidar sus propios asuntos. —Sólo un año ahora… ni eso, y serás libre de la escuela y de todas esas tonterías. —Su sonrisa se amplía. —¡Tan pronto cumplas dieciocho por fin serás realmente el hombre de la casa!

Inclino mi cabeza contra la puerta. *El hombre de la casa*. Ha estado llamándome así desde que tenía doce, desde que papá se fue. Volteándose hacia el espejo, junta sus senos debajo del vestido de escote bajo.

—¿Cómo luzco? Hoy me pagaron y me fui de compras. —Me da una mirada traviesa como si fuéramos conspiradores en su pequeña extravagancia. —Mira esas sandalias doradas, ¿no están ahí cariño?

Soy incapaz de regresar la sonrisa. Me pregunto cuánto se ha gastado ya del sueldo del mes. La terapia de compras ha sido su adicción por años. Mamá se aferra desesperadamente a su juventud, al tiempo en que su belleza giraba cabezas en la calle; pero su apariencia está desapareciendo rápidamente, su cara se avejentó prematuramente por años de vida dura.

—Luces bien—respondo robóticamente.

Su sonrisa se desvanece un poco. —Lochan, vamos, no seas así, necesito tu ayuda esta noche. Dave va a llevarme a un lugar realmente especial, ya sabes, ¿el lugar recién abierto en Stratton Road frente al cine?

—Ok, ok. Está bien, diviértete.

Con un considerable esfuerzo, borro el ceño fruncido y me las ingenio para mantener el resentimiento fuera de mi voz. No hay nada particularmente malo con Dave. De la larga retahíla de hombres con los que mi madre ha estado involucrada desde que mi papá se fue con una de sus colegas, Dave ha sido el más inofensivo. Es nueve años menor que ella y el propietario del restaurante donde ella trabaja como jefa de meseras. Actualmente, está separado de su esposa. Pero como cada



ligue de mamá, él parece poseer el mismo extraño poder que todos los hombres tienen sobre ella, la habilidad de transformarla en una chica nerviosa, coqueta y aduladora, desesperada por gastar cada centavo duramente ganado en regalos innecesarios para su "hombre" y en vestimenta muy ajustada y reveladora. Esta noche son casi las cinco en punto y su cara ya brilla con anticipación mientras se rejuvenece para esta cena, sin duda, habiendo pasado la última hora preocupándose sobre qué usar. Echando hacia atrás su reciente permanente rubia, ahora está experimentando con algún peinado exótico y me pide rápidamente el collar de diamantes falso (un regalo de Dave) que ella jura que es real. Su curvilínea figura se ajusta a un vestido que su hija de dieciséis años no se pondría ni muerta, y el comentario "una vieja vestida de jovencita" regularmente oído de nuestros vecinos de los jardines de enfrente, hace eco en mis oídos.

Cierro la puerta de mi dormitorio tras de mí y me inclino contra ella por unos momentos, disfrutando este pequeño pedazo de alfombra que es mío. No solía ser un dormitorio, solo una pequeña bodega con una escasa ventana, pero me las arreglé para apretujar una cama plegable aquí hace tres años cuando me di cuenta de que compartir litera con hermanos tiene serios inconvenientes. Es uno de los pocos lugares donde puedo estar completamente solo: sin compañeros con ojos conocedores y sonrisas burlonas; sin maestros disparándome preguntas; sin gritos, ni cuerpos apretujados. Y hay un pequeño oasis de tiempo antes de que nuestra madre salga a su cita y la cena esté en camino y las peleas cobre comida, tarea y hora de dormir comiencen.

Dejo caer mi mochila y mi blazer al piso, me saco los zapatos de una patada y me siento en la cama con la espalda en la pared y las rodillas dobladas en frente de mí. Mi espacio generalmente ordenado evidencia todos los signos frenéticos de una alarma a prueba de dormilones: reloj tumbado en el piso, cama sin hacer, silla cubierta con ropa descartada, piso con libros y papeles tirados, que se han desparramado de las pilas en mi escritorio. Las paredes descascaradas están desnudas excepto por una pequeña fotografía instantánea de nosotros siete, tomada durante nuestras vacaciones anuales en Blackpool[2], dos meses antes de que papá se fuera. Willa aún era una bebé, está sobre el regazo de mamá, la cara de

[2] **Blackpool** (*literalmente: charco negro*) es una localidad costera del noroeste de Inglaterra. Tradicionalmente ha pertenecido al Lancashire, pero desde el 1 de abril de 1998 es una autoridad unitaria independiente.

Tiffin esta embarrada con helado de chocolate, Kit está colgando a un lado de una banca, y Maya está tratando de jalarlo del respaldo. Las únicas caras visibles son las de papá y la mía: tenemos nuestros brazos alrededor de los hombros del otro, sonriendo ampliamente a la cámara. Rara vez veo esa foto, a pesar de haberla rescatado de la hoguera de mamá. Pero me gusta la sensación de tenerla cerca, un recordatorio de que aquellos tiempos más felices no fueron simplemente un fragmento de mi imaginación.





Capítulo Dos

Traducido por Margareth

Corregido por Pamee

Maya

Mis llaves se atascan en la cerradura de nuevo. Maldigo, luego pateo la puerta de la forma habitual. En el momento en que salgo del sol de la tarde y entro en el pasillo oscuro, tengo la sensación de que las cosas ya están un poco salvajes. Como era de esperar, la sala es un vertedero: paquetes de papas fritas, bolsos con libros, cartas de la escuela y tareas abandonadas y esparcidas a lo largo de la alfombra. Kit está comiendo Cheerios directamente de la caja, tratando de lanzar el extraño a través de la habitación a la boca abierta Willa.

—¡Maya, Maya, mira lo que puede hacer Kit!— me grita Willa emocionantemente, mientras me quito el blazer y la corbata en la puerta. —¡Puede hacerlos entrar en mi boca desde allí!

A pesar de la confusión de cereal pisado en la alfombra, no puedo evitar sonreír. Mi hermana pequeña de cinco años es la niña más linda en la historia. Con sus hoyuelos en las mejillas de un color rosado por la emoción, aún ligeramente redondeadas con la grasa de bebé, su cara se ilumina con una suave inocencia. Desde que perdió sus dientes delanteros ha comenzado a meter la punta de la lengua a través del espacio cuando sonríe. Su cabello largo hasta la cintura cuelga hacia atrás, recto y fino como la seda de oro, del mismo color que los pequeños aros en sus oídos. Debajo de un fleco descuidado, sus grandes ojos llevan una mirada permanentemente sorprendida, del color de las aguas profundas. Se ha cambiado su uniforme por un vestido de flores de verano de color rosa, su actual favorito, y salta de un pie a otro, encantada con las travesuras de su hermano adolescente.



Me dirijo a Kit con una sonrisa. —Parece que los dos han tenido una tarde muy productiva. Espero que recuerdes donde guardamos la aspiradora.

Kit responde lanzando un puñado de cereales en dirección a Willa. Por un momento, creo que es sólo va a ignorarme, pero luego declara: —No es un juego, es tiro al blanco. A mamá no le importa, está con su chico amoroso esta noche otra vez, y para la hora en que llegue a casa, estará muy perdida para darse cuenta.

Abro la boca para protestar por la elección de palabras de Kit, pero Willa lo está incitando, y viendo que no él no está de mal humor ni tampoco está discutiendo, decido dejarlo pasar, y colapso en el sofá. Mi hermano de trece años ha cambiado en los últimos meses: el crecimiento acelerado del verano ha acentuado su ya delgado cuerpo, se ha cortado el pelo rubio para mostrar el diamante falso en su oreja y sus ojos de color avellana se han endurecido. Algo ha cambiado en sus modales también. El niño todavía está ahí, pero sepultado bajo una dureza desconocida: el cambio alrededor de los ojos, la línea desafiante de su mandíbula, la dura risa sin alegría, le han dado un filo extraño e irregular. Sin embargo, durante breves instantes reales como estos, cuando sólo se está divirtiendo, la máscara se desliza un poco y veo a mi hermano pequeño otra vez.

—¿Lochan está haciendo la cena esta noche?—pregunto.

—Obviamente.

—Cena…— La mano de Willa vuela a su boca, alarmada. —Lochie dijo *una última advertencia*.

—Estaba echándose un farol…— Kit trata de prevenirla, pero ella se aleja por el pasillo hacia la cocina al galope, siempre deseosa de complacer. Me siento en el sofá, bostezando, y Kit comienza a golpear los cereales en mi frente.

—¡Cuidado! Eso es todo lo que tenemos por la mañana y no veo que se coman en el suelo. —Me pongo de pie. —Vamos. Vamos a ver lo que Lochan ha cocinado.

—Maldita pasta, ¿qué otra cosa hace siempre? —Kit lanza la caja abierta de cereales al sillón, derramando la mitad de su contenido a través de los cojines. Su buen humor se evapora en un instante.



—Bueno, tal vez podrías comenzar a aprender a cocinar. Entonces los tres podríamos turnarnos.

Kit me lanza una mirada condescendiente y se va con paso majestuoso por delante de mí hacia la cocina.

—Fuera, Tiffin. Dije, lleva el balón *fuera* de la habitación. —Lochan tiene una olla hirviendo en una mano y está tratando de mover a Tiffin a través de la puerta con la otra.

—¡Gol!—grita Tiffin, pateando la pelota bajo de la mesa. La atrapo, la lanzo al pasillo y agarro a Tiffin mientras intenta pasarme corriendo.

—¡Ayuda, ayuda, me está estrangulando!—grita, haciendo que se asfixia.

Hago maniobras para dejarlo en su silla. —¡Siéntate!

Cumple al ver la comida, agarrando el cuchillo y el tenedor, tocando un redoble de tambores en la mesa. Willa ríe y coge sus cubiertos para copiarle.

—No lo hagas… —le advierto.

Su sonrisa se desvanece, y por un momento parece castigada. Siento una punzada de culpa. Willa es amorosa y dócil, mientras que Tiffin siempre está lleno de energía y picardía. Como consecuencia de ello, siempre es testigo de que su hermano se salga con la suya. Moviéndome rápidamente alrededor de la cocina, saco los platos, vierto el agua, y devuelvo los ingredientes para cocinar a sus respectivos lugares.

—Está bien, vamos, todo el mundo. —Lochan ha servido. Cuatro platos, un plato de color rosa de Barbie. Pasta con queso, pasta con queso y salsa, pasta con salsa, pero sin queso, brócoli (que ni Kit ni Tiffin van a tocar) astutamente oculto alrededor de los lados.

—Hola. —Cojo su manga antes de que se dirija de nuevo a la cocina, y le sonrío. —¿Estás bien?

—He estado en casa dos horas y ya se han vuelto locos. —Me lanza una mirada exagerada de desesperación y me río.



—¿Mamá ya se fue?

Él asiente. —¿Recordaste la leche?

—Sí, pero tenemos que hacer unas compras adecuadas.

—Iré mañana después de la escuela—. Lochan da vuelta a tiempo para coger a Tiffin saltando por la puerta.

—¡Hey!

—¡Terminé, terminé! ¡Ya no tengo hambre!

—¿Tiffin, te sentarías a la mesa como una persona normal y comerías tu comida?—Lochan empieza a subir la voz.

—¡Pero a Ben y Jamie sólo les dejaron estar afuera otra media hora!— grita Tiffin en señal de protesta, con la cara escarlata bajo su mata de pelo rubio.

—¡Son las seis y media! ¡No vas a volver afuera esta noche!

Tiffin se lanza de nuevo a su silla con furia, con los brazos cruzados y las rodillas dobladas. —¡Eso no es justo! ¡Te odio!

Lochan hace caso omiso sabiamente de las payasadas Tiffin y en cambio dirige su atención a Willa, que ha renunciado a intentar usar un tenedor y se está comiendo el espagueti con los dedos, inclinando hacia atrás la cabeza y succionando cada hebra por la parte inferior.

—Mira—le muestra Lochan. —Lo enrollas así…

—¡Pero no dejan de caerse!

—Simplemente trata con un poco a la vez.

—No puedo—se lamenta. —Lochie, ¿córtalo por mí?

—Willa, necesitas *aprender*…

—¡Pero con los dedos es más fácil!





El lugar de Kit permanece vacío mientras hace su camino alrededor de la cocina, abriendo y cerrando las puertas de los armarios.

—Déjame ahorrarte algo de tiempo: la única comida que nos queda está en la mesa—dice Lochan, recogiendo su tenedor. —Y no he puesto nada de arsénico en ella, por lo que es poco probable que te mate.

—Genial, ¿entonces se ha olvidado de dejarnos algo de dinero para Asda[3] otra vez? Bueno, por supuesto, está bien para ella, su chico amoroso la lleva al Ritz.

—Su nombre es Dave—señala Lochan por detrás de un bocado de comida. —Llamarlo así no te hace sonar genial.

Tragando mi bocado, me las arreglo para llamar la atención de Lochan y dar una sacudida de cabeza apenas perceptible. Tengo la sensación de que Kit se está preparando para una discusión, y Lochan, por lo general tan experto en esquivar la confrontación, se ve cansado y al borde y parece estarse dirigiendo a ciegas a una colisión frontal esta noche.

Kit cierra la última alacena con tal fuerza que todo el mundo salta. —¿Qué te hace pensar que estoy tratando de sonar genial? No soy el único atrapado en un salpicadero porque su madre está demasiado ocupada extendiendo sus piernas para…

Lochan está fuera de su silla en un instante. Me abalanzo hacia él y fallo. Él se lanza sobre Kit y lo agarra por el cuello, golpeándolo contra la nevera. —Hablas así delante de los pequeños otra vez y yo…

—Tú, ¿qué?—Kit tiene la mano de su hermano mayor alrededor de su garganta, y a pesar de la sonrisa arrogante, reconozco un atisbo de miedo en sus ojos. Lochan nunca antes lo ha amenazado físicamente, pero en los últimos meses su relación se ha deteriorado. Kit ha empezado a resentir a Lochan más y más profundamente por razones que cuesta entender. Sin embargo, a pesar de su sorpresa inicial, de alguna manera se las arregla para mantener en alto la expresión de burla, la mirada de condescendencia por el hermano casi cinco años mayor que él.

---

[3] Supermercado británico.



De repente, Lochan parece darse cuenta de lo que está haciendo. Suelta a Kit y salta hacia atrás, sorprendido por su propia explosión.

Kit se endereza, una mueca lenta se arrastra a sus labios. —Sí, eso es lo que pensé. Cobarde. Justo como en la escuela.

Ha ido demasiado lejos. Tiffin está en silencio, masticando lentamente, sus ojos cautelosos. Willa está mirando ansiosamente a Lochan, tirando su oído nerviosamente, su comida olvidada. Lochan está mirando la puerta vacía a través de la cual Kit acaba de salir. Se limpia las manos en sus pantalones y se toma un tiempo para estabilizar su respiración antes de volverse a enfrentar a Tiffin y Willa. —Hey, vamos, muchachos, terminemos. —Su voz tiembla con falsa alegría.

Los ojos de Tiffin dudan. —¿Estabas a punto de darle un puñetazo?

—¡No!— Lochan se ve profundamente afectado. —No, por supuesto que no, Tiff. Nunca le habría hecho daño a Kit. Nunca les haría hecho daño a ninguno de ustedes. ¡Por Dios!

Tiffin regresa a su comida, sin estar tan convencido. Willa no dice nada, solemnemente se chupa los dedos para limpiarlos; el resentimiento silencioso irradia de sus ojos.

Lochan no vuelve a su asiento. En su lugar, parece perdido, mordiendo la comisura de los labios, su rostro trabajando. Me recuesto en mi silla y extiendo la mano hacia su brazo. —Él solo estaba intentando acabar contigo, como siempre…

Él no responde. En cambio, toma otra respiración profunda antes de mirarme y decir: —¿Terminar con esto dices tú?

—Claro que no.

—Gracias. —Fuerza una sonrisa tranquilizadora antes de salir de la habitación. Momentos más tarde, escucho que la puerta de su dormitorio se cierra.

Me las arreglo para persuadir a Tiffin y Willa de que terminen su comida, y luego pongo en la nevera el plato que Lochan apenas tocó. Kit puede comerse el pan duro del mostrador para lo que me importa. Le doy un baño a Willa y obligo a



un Tiffin protestante a que tome una ducha. Después de aspirar la habitación del frente, decido que irse temprano a la cama no les haría ningún daño e ignoro estudiadamente las protestas furiosas de Tiffin acerca de que todavía queda luz del sol de tarde. Mientras los beso cuando se acuestan, Willa pone sus brazos alrededor de mi cuello y me sostiene por un momento.

—¿Por qué Kit odia a Lochie?—susurra.

Retrocedo un poco para mirarla a los ojos. —Cariño, Kit no odia a Lochie— le digo con cuidado. —Kit sólo ha esta de mal humor estos días.

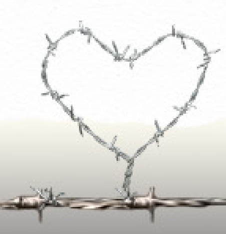
Sus profundos ojos azules se inundan con alivio. —¿Entonces se quieren de verdad?

—Por supuesto que sí. Y *todos* te quieren a ti. —La beso en la frente. —Buenas noches.

Confisco el Gameboy de Tiffin y los dejo escuchando un audio libro, luego hago mi camino hasta el otro extremo del pasillo, donde una escalera conduce a la ático del tamaño de una caja, y le grito a Kit para que baje la música. El año pasado, después de una queja lastimosa tras otra por tener que compartir una habitación con sus hermanos menores, Lochan le ayudó a Kit a limpiar de toda la basura que dejaron los antiguos propietarios en el anteriormente inutilizado ático diminuto. A pesar de que el espacio es demasiado pequeño para ponerse de pie en forma correcta, es la madriguera de Kit, la guarida privada en la que pasa la mayor parte de su tiempo cuando está en casa, con sus paredes inclinadas pintadas de negro y cubiertas con chicas rockeras, las tablas secas y crujiente del suelo, cubiertas con una alfombra persa que Lochan desenterró de alguna tienda de caridad. Aislado del resto de la casa por una escalera empinada que Tiffin y Willa tienen prohibido estrictamente subir, es el escondite perfecto para alguien como Kit. La música se desvanece en un monótono ruido de bajo cuando finalmente cierro la puerta de mi habitación y empiezo mi tarea.

La casa está tranquila, por fin. Escucho que el audio libro llega a su fin y el aire se queda en silencio. Mi alarma reloj marca las ocho y veinte, y el crepúsculo





dorado del Veranillo[4] se está desvaneciendo rápidamente. La noche está cayendo, las farolas se encienden una después de la otra, lanzando una luz fúnebre sobre el libro de ejercicios en frente de mí. Termino un ejercicio de comprensión y me encuentro mirando mi propio reflejo en la ventana oscura. En un impulso, me pongo de pie y salgo al rellano.

Golpeo tentativamente. Si hubiera sido yo, probablemente habría salido de la casa, pero Lochan no es así. Es demasiado maduro, demasiado sensible. Ni una sola vez en todas las noches desde que papá se fue ha salido furioso, ni siquiera cuando Tiffin pegó su cabello con melaza y luego se negó a tomar un baño, o cuando Willa sollozó durante horas y horas porque alguien le había hecho un mohicano a su muñeca.

Sin embargo, las cosas han ido rápidamente cuesta abajo últimamente. Incluso antes de su metamorfosis adolescente, Kit era propenso a un berrinche cada vez que mamá salía de noche. El consejero de la escuela afirmó que se culpaba a sí mismo de que papá se fuera, que todavía albergaba la esperanza de que pudiera regresar y por lo tanto, se sentía profundamente amenazado por alguien que está intentando tomar el lugar de su padre.

Personalmente, siempre sospeché que era algo mucho más simple: a Kit no le gusta que los más pequeños reciban toda la atención por ser pequeños y lindos, ni que Lochan y yo les digamos a todos qué hacer, mientras que él está atrapado en la tierra de normas, el arquetípico hijo del medio sin socio en el crimen. Ahora que Kit se ha ganado el respeto necesario en la escuela por unirse a una banda que se escapa por las puertas a fumar hierba en el parque local a la hora del almuerzo, se resiente con amargura al hecho de que en casa todavía sea considerado uno de los niños. Cuando mamá sale, lo que se está haciendo más frecuente, Lochan es el encargado, de la forma en que siempre ha sido; Lochan, al que ella recurre cada vez que tiene que trabajar horas extras o ir a fantasías de una noche con Dave o las chicas.

No hay respuesta a mi golpe, pero cuando voy abajo encuentro a Lochan dormido en el sofá de la sala. Hay un grueso libro de texto apoyado contra su

[4] En la cultura popular se denomina **Veranillo** a un supuesto episodio meteorológico de carácter anual en el cual, durante alguno de los últimos días de verano y los primeros de otoño, la temperatura asciende por encima de los valores anteriores para luego recuperar la progresión de bajada típica del otoño.

pecho, con las páginas abiertas, y hay hojas garabateadas con cálculos llenando la alfombra. Le suelto los dedos del libro, recojo sus cosas y las amontono en una pila sobre la mesa, saco la manta de la parte trasera del sofá, y la pongo sobre él. Me siento en el sillón y acomodo mis piernas, apoyando el mentón en las rodillas, mirándolo dormir debajo del suave resplandor naranja de las farolas que entra por la ventana sin cortinas.

Antes que cualquier cosa, estaba Lochan. Cuando miro hacia atrás en mi vida, a los dieciséis años y medio año, Lochan siempre estuvo ahí. Caminando a la escuela a mi lado, empujándome en el carro del centro comercial a través de un estacionamiento vacío a una velocidad vertiginosa, viniendo en mi ayuda en el patio de recreo después de haber causado un levantamiento en clase llamando "estúpida" a la Señorita Popular. Todavía lo recuerdo allí de pie, con los puños cerrados, un aspecto inusualmente intenso en su cara, desafiando a todos los niños a una pelea a pesar de ser ampliamente superado en número. Y de repente me di cuenta de que, mientras tuviera a Lochan, nada ni nadie podrían hacerme daño. Pero tenía ocho años entonces, he crecido desde aquellos días. Ahora sé que Lochan no siempre estará aquí, no será capaz de protegerme para siempre. A pesar de que está aplicando para estudiar en la Universidad de Londres, y dice que seguirá viviendo en casa, todavía podría cambiar de opinión y ver que esta es su oportunidad para escapar. Nunca antes había imaginado mi vida sin él. Como esta casa, él es mi único punto de referencia en esta difícil existencia, este mundo inestable y aterrador. La idea de salir de casa me llena de un terror tan intenso que me deja sin aliento. Me siento como una de esas gaviotas cubiertas de aceite de un derrame, ahogándome en un alquitrán negro de miedo.

Dormido, Lochan parece un niño otra vez: los dedos manchados de tinta, una arrugada camiseta gris, pantalones vaqueros desgastados y pies descalzos. La gente dice que hay un fuerte parecido familiar; yo no lo veo. Para empezar, él es el único de nosotros con brillantes ojos verdes, tan claros como el cristal tallado. Su pelo enmarañado es negro como el alquitrán, y cubre su nuca y llega hasta sus ojos. Sus brazos todavía están bronceados del verano, e incluso en la penumbra puedo distinguir la silueta de sus bíceps. Está comenzando a desarrollar un aspecto atlético. Alcanzó tarde la pubertad, y durante un tiempo incluso yo era más alta que él, algo de lo que me burlaba sin piedad, llamándolo 'mi hermano



pequeño', en ese entonces pensaba que esas cosas eran divertidas. No le dio importancia por supuesto, como siempre.

Pero recientemente las cosas han empezado a cambiar. A pesar de que él es muy tímido, la mayoría de las chicas en mi año fantasean con él, llenándome de una conflictiva mezcla de fastidio y orgullo. Sin embargo, sigue siendo incapaz de hablar con sus pares, rara vez sonríe fuera de estas paredes, y siempre, siempre lleva la misma mirada distante, obsesionada, un dejo de tristeza en sus ojos. En casa, sin embargo, cuando los más pequeños no son demasiado difíciles o cuando estamos bromeando y se siente relajado, a veces muestra un lado diferente: el amor por las travesuras, una sonrisa con hoyuelos en las mejillas, un sentido del humor autocrítico. Pero incluso en estos breves momentos, siento que está ocultando una parte más oscura y menos feliz de sí mismo, la parte que lucha para hacer frente a la escuela, en el mundo exterior, un mundo donde, por alguna razón, nunca se ha sentido en paz.

Un coche petardea en la calle, sacándome de mis pensamientos. Lochan deja escapar un pequeño grito y lucha por levantarse, desorientado.

—Te quedaste dormido—le informo con una sonrisa. —Creo que podríamos comercializar la trigonometría como un nuevo tratamiento para el insomnio.

—Mierda. ¿Qué hora es? —Parece tener pánico por un momento, empujando hacia atrás la manta y poniendo los pies en el suelo, pasándose los dedos por el pelo.

—Acaban de ser las nueve.

—¿Qué hay de…?

—Tiffin y Willa están profundamente dormidos y Kit está ocupado siendo un adolescente furioso en su habitación.

—Oh. —Se relaja un poco, se frota los ojos con las palmas de las manos y parpadea soñolientamente hacia el suelo.

—Te ves agotado. Tal vez deberías olvidar los deberes por esta noche e irte a la cama.



—No, estoy bien. —Señala con un gesto hacia la pila de libros sobre la mesa. —De todos modos, tengo que terminar la revisión de eso antes de la prueba de mañana. —Estira la mano para encender la lámpara, emitiendo un pequeño círculo de la luz al suelo.

—Tenías que haberme dicho que tenías prueba. ¡Habría hecho la cena!

—Bueno, hiciste todo lo demás. —Hay una pausa incómoda. —Gracias por… por solucionarlo.

—No hay problema. —Bostezo, cambiando de lado en el sillón para colgar mis piernas sobre el reposabrazos, y sacar el cabello de mi cara. —Tal vez a partir de ahora deberíamos dejar la comida de Kit en una bandeja en la parte inferior de la escalera. Podemos llamarlo servicio de habitaciones. Así todos podemos conseguir un poco de paz.

La insinuación de una sonrisa toca sus labios, pero luego se da la vuelta para mirar en blanco por la ventana y desciende el silencio.

Tomo una respiración fuerte. —Estaba siendo una mierda esta noche, Loch, eso de la escuela…

Parece congelarse, casi puedo ver los músculos contraerse por debajo de su camiseta mientras se sienta de lado en el sofá, un brazo colgando en el respaldo, con un pie en el suelo, y el otro escondido debajo de él. —Será mejor que termine esto. . .

Reconozco mi señal. Quiero decirle algo, algo en las líneas de: *Todo es una actuación. Todos los demás están fingiendo, de todos modos. Puede que Kit se rodee de un grupo de chicos que le escupen en la cara a la autoridad, pero están tan asustados como todos los demás. Se burlan de los demás y se meten con los solitarios sólo para poder pertenecer. Y yo no estoy mucho mejor. Puede que parezca confiada y habladora, pero paso la mayor parte de mi tiempo riéndome de chistes que no me parecen graciosos, diciendo cosas que realmente no quiero decir. Porque al fin y al cabo eso es lo que todos estamos tratando de hacer: encajar, de una u otra manera, tratando desesperadamente de fingir que todos somos iguales.*



—Buenas noches entonces. No trabajes hasta demasiado tarde.

—Buenas noches, Maya. —Sonríe repentinamente y se forman hoyuelos en las comisuras de su boca. Pero cuando hago una pausa en la puerta, mirándolo hacia atrás, está hojeando un libro de texto, sus dientes rozando la herida permanente dolorosamente roja debajo de su labio inferior.

Crees que nadie más te entiende, quiero decirle, *pero te equivocas. Yo te entiendo. No estás solo.*





Capítulo Tres

Traducido por Karina_Matthew

Corregido por Pamee

Lochan

Nuestra madre se ve decaída a la dura luz gris de la mañana. Lleva una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra. Su pelo teñido es un lío, y el delineador de ojos corrido se ha filtrado en la media luna negra bajo sus ojos enrojecidos. La bata de seda rosa está anudada sobre un pequeño camisón: su aspecto desaliñado es una clara señal de que Dave no se quedó anoche. De hecho, ni siquiera recuerdo haberles escuchado entrar. En las raras ocasiones en las que vuelven a esta casa, golpean la puerta principal, se escuchan risas apagadas, las llaves que se caen en la puerta, cómo se silencian y más golpes, seguidos de carcajadas mientras él intenta subirla a cuestas por las escaleras. Los otros han aprendido a dormir con ello, pero siempre he sido de sueño ligero, y sus voces arrastradas me obligan a reconocer la conciencia; incluso mientras cierro los párpados e intento ignorar los gruñidos y chillidos y el rechinar rítmico del somier del dormitorio principal.

El martes es el día libre de mamá, lo que significa que por una vez prepara el desayuno y lleva a los pequeños al colegio. Pero ya son las siete y cuarenta y cinco, y Kit aún no ha aparecido, Tiffin está desayunando en ropa interior y Willa no tiene calcetines limpios y se queja con cualquiera que la escuche. Voy a buscar el uniforme de Tiffin y le obligo a vestirse en la mesa, ya que mi madre parece incapaz de hacer mucho más que tomarse un café y fumar por la ventana. Maya va en busca de los calcetines de Willa y la oigo dar golpes en la puerta de Kit y gritar algo sobre las consecuencias de conseguir otra falta de atraso. Mamá acaba su último cigarrillo y viene a sentarse con nosotros a la mesa, hablando sobre los planes para el fin de semana que yo sé que nunca se realizarán. Tanto Willa como

Tiffin comienzan a charlar a la vez, encantados con la atención, su desayuno olvidado, y siento que mis músculos se tensan.

—Tienen que estar fuera de la casa en cinco minutos y tienen que terminar el desayuno antes de eso.

Mamá me agarra por la muñeca cuando paso. —Lochie-Loch, siéntate un momento. Nunca tengo la oportunidad de hablar contigo. Nunca nos sentamos así, como una familia.

Con un esfuerzo monumental me trago la frustración. —Mamá, tenemos que estar en la escuela en quince minutos y tengo un examen de matemáticas en la primera clase.

—Oh, ¡tan serio!— Ella me tira a la silla a su lado y toma mi barbilla en la mano. —Mírate, tan pálido y estresado; siempre estudiando. Cuando yo tenía tu edad era la chica más hermosa en la escuela, *todos* los chicos querían salir conmigo. ¡Solía faltar a clase y pasar todo el día en el parque con uno de mis novios!—Hace un guiño de complicidad hacia Tiffin y Willa, quienes irrumpen en paroxismos de risa.

—¿Besabas a tu novio en la boca?—pregunta Tiffin con una risita malvada.

—Oh, sí, y no sólo en la boca. —Me guiña el ojo, pasándose los dedos por el pelo enredado, con una sonrisita de niña.

—¡Qué asco!— Willa balancea sus piernas violentamente debajo de la mesa, echando hacia atrás la cabeza con disgusto.

—¿Lamías su lengua—continúa Tiffin—como lo hacen en la televisión?

—¡Tiffin!— Grito. —Deja de ser desagradable y termina tu desayuno.

Tiffin coge la cuchara a regañadientes, pero su rostro rompe en una sonrisa cuando mamá asiente rápidamente hacia él con una sonrisa pícara.

—Aargh, ¡eso es asqueroso!—Comienza a hacer ruidos de náuseas justo cuando entra Maya, tratando de convencer a Kit a través de la puerta.





—¿Qué es asqueroso?—Pregunta mientras Kit se escabulle mal humor a su silla y deja caer la cabeza sobre la mesa con un ruido sordo.

—No quieres saber—comienzo rápidamente, pero Tiffin le cuenta de todos modos.

Maya hace una mueca. —¡Mamá!

—Sí, bueno, esa pequeña historia realmente me abrió el apetito— comenta Kit, irritado.

—Tienes que comer algo—insiste Maya. —Todavía estás creciendo.

—No, no, ¡se está encogiendo!—Carcajea Tiffin.

—Cállate, mierda.

—¡Loch! ¡Kit me dijo mierda!

—Siéntate, Maya—dice mamá con una sonrisa empalagosa. Ah, mírense, tan inteligentes con sus uniformes. ¡Y tomaremos desayuno todos juntos como una familia!

Maya le da una sonrisa forzada mientras le pone mantequilla a una tostada y la deja en el plato del Kit. Siento que mi pulso comienza a elevarse. No puedo irme hasta que estén listos o habrá una gran probabilidad de que Kit falte a la escuela otra vez y que mamá mantenga a Tiffin y a Willa en casa hasta media mañana. Y no puedo llegar tarde. No por la prueba… porque no puedo ser el último en entrar en el aula.

—*Tenemos* que irnos—le informo a Maya, que todavía está tratando de persuadir a Kit para que desayune mientras él permanece decaído con la cabeza en sus brazos.

—Oh, ¡por qué son mis conejitos tienen tanta prisa esta mañana!—exclama mamá. —Maya, ¿harás que tu hermano se relaje? Míralo… —Ella frota mi hombro, su mano es como una quemadura a través de la tela de mi camisa. —Tan tenso.

—Loch tiene una prueba y *vamos* a llegar realmente tarde si no nos movemos —le informa Maya suavemente.



Mamá todavía tiene su otra mano apretada con fuerza alrededor de mi muñeca, lo que me impide levantarme para tomar mi habitual taza de café. —Honestamente, no estás nervioso por una prueba estúpida, ¿verdad, Loch? Porque hay cosas mucho más importantes en la vida, ya sabes. La última cosa que quieres hacer es convertirte en un nerd como tu padre, con la nariz siempre metida en un libro, viviendo como un vagabundo sólo para conseguir una de esas cositas inútiles de doctorados. Y mira donde lo llevó su elegante educación de Cambridge: un poeta poco serio, ¡por Dios! ¡Ganaría más dinero barriendo las calles!—dice con un resoplido de burla.

Levantado la cabeza de repente, Kit pregunta burlonamente: —¿Cuándo ha fallado Lochan en una prueba? Sólo tiene miedo de llegar tarde y…

Maya amenaza con meterle la tostada por la garganta. Me suelto del agarre de mamá y me tambaleo a través de la sala recogiendo el blazer, la cartera, las llaves y el bolso. Me encuentro con Maya en el pasillo y me dice que me adelante, que va a asegurarse de que mamá se vaya a tiempo con los pequeños y que Kit llegue a la escuela. Aprieto su brazo en agradecimiento y luego me voy, corriendo por la calle vacía.



Llego a la escuela con unos segundos de margen. El enorme edificio de cemento se alza ante mí, extendiendo sus tentáculos hacia el exterior, absorbiendo los otros bloques feos y más pequeños con pasillos estériles y túneles interminables. Llego a la sala de matemáticas justo antes de que el profesor entre arrastrando los pies y comience a repartir los papeles. Después de mis ochocientos metros de carrera apenas puedo ver, hay manchas rojas vibrando ante mis ojos. El Sr. Morris se acerca a mi mesa y mi aliento queda atrapado en mi garganta.

—¿Estás bien, Lochan? Parece como si acabaras de correr un maratón.

Asiento con rapidez y tomo el papel que me tiende, sin levantar la vista.

La prueba comienza y desciende el silencio. Me encantan las pruebas. Siempre me han gustado las pruebas, los exámenes de cualquier tipo. Siempre y cuando sean escritos. Mientras abarquen toda la lección. Mientras no tenga que hablar o levantar la vista de mi trabajo hasta que suena la campana.





No sé cuando empezó, esta situación, pero está creciendo, envolviéndome, asfixiándome como hiedra venenosa. Crecí dentro de ella, y ésta creció dentro de mí. Difuminamos los bordes, nos convertimos en una cosa amorfa, que se filtra y se arrastra. A veces me las arreglo para distraerme, me engaño para salir de su morada, me convenzo de que estoy bien. En casa, por ejemplo, con mi familia, puedo ser yo mismo, ser normal otra vez. Hasta ayer por la noche. Hasta que sucedió lo inevitable, hasta que la noticia finalmente se filtró por la vid de Belmont: que Lochan Whitely era un bicho raro socialmente inepto. A pesar de que Kit y yo nunca nos llevamos bien, el darme cuenta de que se avergüenza de mí se afianza: una sensación horrible, que me aprieta y se hunde en mi pecho. Sólo pensar en ello hace que el suelo se incline debajo de mi silla. Me siento como si estuviera en una pendiente resbaladiza y todo lo que puedo hacer es caer en picado. Lo sé todo acerca de avergonzarse de un miembro de la familia; el número de veces que he querido que mi madre actuara como una persona de su edad en público, ya que no lo hace en privado. Es horrible estar avergonzado de alguien que te importa, te corroe. Y si te dejas ir, si renuncias a la lucha y te entregas, con el tiempo esa vergüenza se convierte en odio.

No quiero que Kit se avergüence de mí. No quiero que me odie, aunque siento que lo odio a veces. Pero ese jodido niño pequeño lleno de ira y resentimiento sigue siendo mi hermano, sigue siendo familia. Familia: lo más importante de todo. Mis hermanos pueden volverme loco a veces, pero son mi sangre. Son todo lo que he conocido. Mi familia soy yo. Ellos son mi vida. Sin ellos caminará solo por el planeta.

El resto son todos extranjeros, *extraños*. Nunca se transforman en amigos. Y aunque lo hicieran, incluso si encontrara, por algún milagro, una manera de conectar con alguien fuera de mi familia, ¿cómo podrían compararse con los que hablan mi idioma y cómo podrían saber quién soy, sin tener que contarles? Incluso si fuera capaz de encontrar sus ojos, incluso si fuera capaz de hablar sin que las palabras se quedaran atrapadas en mi garganta, incapaces de salir a la superficie, incluso aunque sus miradas no quemaran agujeros en mi piel y me dieran ganas de correr un millón de kilómetros, ¿cómo voy a ser capaz de preocuparme por ellos de la forma en que me preocupo por mis hermanos y hermanas?





Suena la campana y soy uno de los primeros en salir de mi asiento. Cuando paso por las filas y filas de alumnos, todos parecen alzar la mirada hacia mí. Me veo configurado en sus ojos: el tipo que siempre se entierra en la parte posterior de cada clase, que nunca habla, siempre está sentado solo en una de las escaleras al aire libre durante los recreos, encorvado sobre un libro. El tipo que no sabe cómo hablar con la gente, que sacude la cabeza cuando lo escogen en clase, que está ausente cada vez que hay algún tipo de presentación que hacer. Durante los años han aprendido a dejarme ser. Cuando llegué aquí, hubo un montón de bromas, un montón de empujones, pero finalmente se aburrieron. En ocasiones, un nuevo alumno ha tratado de entablar una conversación. Y he intentado, realmente lo he hecho. Pero cuando sólo te salen respuestas de una palabra, cuando tu voz falla por completo, ¿qué más puedes hacer? ¿Qué más pueden hacer *ellos*? Las chicas son las peores, sobre todo en estos días. Se esfuerzan más, son más tenaces. Algunas incluso me preguntan por qué no hablo, como si yo pudiera responder a eso. Coquetean, tratar de conseguir que sonría. Sus intenciones son buenas, pero lo que no entienden es que su sola presencia hace que me quiera morir.

Pero hoy, gracias a Dios, me he quedado solo. No hablo con nadie en toda la mañana. Veo a Maya a través de la sala de almuerzo, y ella mira a la chica que siempre está charlando a su lado y rueda los ojos. Sonrío. Mientras hago mi camino a través de bocas llenas de pastel de carne acuoso, la veo fingir que escucha a su amiga, Francie, pero sigue mirándome, haciendo muecas para que me ría. Su camisa blanca de la escuela, varias tallas más grande, se cierne sobre su falda gris, de varios centímetros demasiado corta. Está usando sus zapatos con cordones porque ha perdido sus zapatos de la escuela. No lleva calcetines, y un gran esparadrapo, rodeado por una multitud de contusiones, cubre una rodilla raspada. Su pelo castaño le llega a la cintura, largo y recto como el de Willa. Tiene pecas que salpican por encima sus pómulos, lo que acentúa la palidez natural de su piel. Incluso cuando está seria, sus profundos ojos azules siempre tienen una luz que sugiere que está a punto de sonreír. Durante el último año ha pasado de ser linda a muy bella en una forma inusual, delicada y desconcertante. Los chicos charlan con ella sin fin, de una forma *alarmante*.

Después de almuerzo, tomo mi copia de clase de Romeo y Julieta, que de hecho leí años atrás, y me instalo en el cuarto escalón de abajo de la escalera norte, fuera





del bloque ciencias, el menos frecuentado. Así es como se acumulan mis horas perdidas, al igual que mi soledad. Mantengo mi libro abierto en caso de que alguien se acerque, pero realmente no estoy de ánimo para volver a leerlo. En cambio, desde mi puesto concreto, veo un avión trazar una raya blanca en el azul profundo del cielo. Miro el pequeño avión, encogido por la distancia, y me maravillo con la vasta extensión entre todas las personas en el avión lleno de gente, y yo.





Capítulo Cuatro

Traducido por CairAndross

Maya

—¿*Cuándo* me lo vas a presentar?—me pregunta Francie con tristeza, desde nuestro puesto habitual sobre el muro bajo de ladrillos en el extremo más lejano del campo de juego. Ha seguido mi mirada hasta la encorvada figura solitaria, sentada en los escalones fuera del edificio de ciencias. —¿Aún está soltero?

—Te lo he dicho un millón de veces: a él no le gusta la gente—respondo concisamente. La miro. Exuda un tipo de energía inagotable, el entusiasmo vital que viene naturalmente con ser una persona extrovertida. Tratar de imaginarla saliendo con mi hermano es casi imposible. —¿Cómo sabes que aún te gusta?

—¡Porque está jodidamente bueno!—exclama Francie con emoción.

Sacudo la cabeza con una sonrisa. —Pero ustedes dos no tienen nada en común.

—¿Qué se supone que significa eso?—. De pronto, parece herida.

—Él no tiene nada en común con nadie—la tranquilizo rápidamente. —Es simplemente diferente. En realidad… no habla con la gente.

Francie echa hacia atrás su cabello. —Si, eso he oído. Taciturno como el infierno. ¿Es depresión?

—No. —Juego con un mechón de cabello. —La escuela lo hizo ir a ver un consejero el año pasado, pero sólo fue una pérdida de tiempo. Él habla en casa. Es sólo con la gente que no conoce, las personas fuera de la familia.

—¿Y qué? Sólo es tímido.



Suspiro en forma dubitativa. —Eso es una pequeña subestimación.

—¿De qué tiene que ser tímido?—pregunta Francie. —Quiero decir, ¿se ha mirado al espejo últimamente?

—Simplemente no es así alrededor de las chicas—trato de explicarle. —Es así con todo el mundo. Ni siquiera responde las preguntas en clase… es como una fobia.

Francie da un silbido de incredulidad. —Dios, ¿siempre ha sido así?

—No lo sé—. Ceso de jugar con mi cabello por un momento y pienso. —Cuando éramos pequeños, éramos como gemelos. Nacimos con trece meses de diferencia, así que todos pensaban que éramos gemelos, de todas formas. Hacíamos todo juntos. Y quiero decir, todo. Un día, él tenía amigdalitis y no pudo ir a la escuela. Papá me hizo ir igual y lloré todo el día. Teníamos nuestro propio idioma secreto. A veces, cuando mamá y papá estaban en lo suyo, fingíamos que no podíamos hablar inglés, así que no hablábamos con nadie, excepto entre nosotros, por todo el día. Empezamos a tener problemas en la escuela. Dijeron que nos negábamos a mezclarnos, que no teníamos amigos. Pero estaban equivocados. Nos teníamos el uno al otro. Él era mi mejor amigo en todo el mundo. Todavía lo es.

Llego a una casa llena de silencio. El vestíbulo está vacío de bolsos y blazers. Quizás, ella se los ha llevado al parque, pienso esperanzada. Luego, estoy a punto de estallar en carcajadas. ¿Cuándo fue la última vez que pasó eso? Voy a la cocina… tazas de café frío, ceniceros rebosantes y cereal helado en el fondo de los cuencos. La leche, el pan y la mantequilla aún están sobre la mesa, la tostada endurecida a medio comer de Kit me observa acusadoramente. La mochila olvidada de Tiffin está en el suelo. El lazo abandonado de Willa… Un sonido en la sala me hace girar sobre mis talones. Camino de vuelta por el vestíbulo, notando las motitas que la luz del sol destaca sobre las superficies polvorientas.



Encuentro a mamá sobre el sofá, mirándome con tristeza desde debajo de la colcha de Willa, un paño húmedo cubriéndole la frente.

La miro boquiabierta. —¿Qué pasó?

—Creo que tengo gripe estomacal, dulzura. Tengo una jaqueca terrible y he estado vomitando todo el día.

—Los niños…—empiezo.

Su rostro palidece y luego vuelve a encenderse, como un fósforo parpadeando en la oscuridad. —Están en el colegio, pastelito, no te preocupes. Los llevé esta mañana, me encontraba bien en ese momento. Sólo fue después del almuerzo que empecé a…

—Mamá…—siento que mi voz comienza a subir de tono. —¡Son las cuatro y media!

—Lo sé, dulzura. Me levantaré en un minuto.

—¡Se suponía que tú los recogerías!—ahora estoy gritando. —¡Terminan la escuela a las tres y media, ¿recuerdas?!

Mi madre me mira, una mirada horrible, sin fondo. —¿Pero hoy no es el turno tuyo o el de Lochan?

—¡Hoy es martes! ¡Es tu día libre! ¡Siempre has ido a recogerlos en tu día libre!

Mamá cierra los ojos y deja escapar un pequeño gemido, modulado para provocar lástima. Quiero pegarle. En lugar de ello, corro a por el teléfono. Ella ha apagado el timbre, pero la luz roja del contestador automático titila acusadora. Cuatro mensajes de St Luke's, el último de ellos breve y enojado, sugiriendo que ésta no es la primera vez que la señora Whitely está extremadamente retrasada. Instantáneamente, presiono la tecla de devolución de llamada, con la rabia rugiendo sorda contra mis costillas.

Tiffin y Willa deben estar aterrorizados. Pensarán que han sido abandonados, que ella ha huido, como viene amenazando con hacer cuando está bebida. Logro contactar con la secretaria de la escuela y empiezo a borbotear excusas. Ella me interrumpe con un suave: —¿No es tu madre la que debería llamar, querida?



—Nuestra madre no se encuentra bien—digo rápidamente. —Pero estoy saliendo ahora mismo y estaré en la escuela en diez minutos. Por favor, dígales a Willa y Tiffin que voy. Por favor, por favor, sólo dígales que mamá está bien y que Maya está en camino.

—Bueno, me temo que ellos ya no están aquí—. La secretaria suena un poco apagada. —Finalmente, los recogió la niñera hace media hora.

Se me doblan las piernas. Me hundo en el brazo del sillón. Mi cuerpo se siente tan flojo que estoy a punto de dejar caer el teléfono. —No tenemos niñera.

—Oh…

—¿Quién era? ¿Qué aspecto tenía? ¡Ella debió haber dado un nombre!

—La señorita Pierce sabía quién era. Los maestros no dejan que los niños se vayan con cualquiera, ¿sabes?—. Otra vez la voz remilgada, unida ahora a un filo defensivo.

—Necesito hablar con la señorita Pierce—. Mi voz tiembla con una calma apenas controlada.

—Me temo que la señorita Pierce se marchó cuando recogieron finalmente a los niños. Puedo tratar de localizarla en su móvil…

Casi no puedo respirar. —Por favor, pídale que regrese directamente a la escuela. La encontraré allí.

Cuelgo y estoy temblando, literalmente. Mamá se levanta la franela del rostro y dice: —Dulzura, suenas molesta. ¿Está todo bien?

Estoy corriendo por el pasillo, poniéndome los zapatos, cogiendo las llaves y el teléfono móvil, presionando la tecla de marcado rápido, mientras salgo con un portazo de la casa. Él contesta al tercer timbrazo.

—¿Qué ha ocurrido?

Puedo oír que las risas y burlas en el fondo se van desvaneciendo a medida que abandona su clase de repaso extra-escolar. Ambos mantenemos nuestros teléfonos



encendidos todo el tiempo. Él sabe que sólo llamaría durante el horario escolar por una emergencia.

Le explico apresuradamente los acontecimientos de los últimos cinco minutos. —Voy de camino a la escuela ahora—. Una gigantesca bocina resuena cuando cruzo como un rayo la carretera principal.

—Nos vemos allí—dice él.

Cuando llego a St Luke's encuentro las puertas cerradas. Empiezo a empujarlas y patearlas, hasta que el cuidador se apiada de mí y se acerca a destrabarlas.

—Tranquila—me dice. —¿Por qué tanto pánico?

Ignorándolo, corro hacia las puertas de la escuela y me meto por ellas. Circulo a los tumbos a través de un corredor iluminado por luces fluorescentes, el cual, despojado del caos de los niños, parece extraño y surrealista. Veo a Lochan en el otro extremo, hablando con la secretaria de la escuela. También él debió haber corrido todo el camino. Gracias, Dios. Gracias, Dios. Lochan sabrá qué hacer.



Él no se ha percatado de mi llegada, y por ello disminuyo mi paso a uno digno, acomodo mis ropas, tomo varias respiraciones profundas y trato de calmarme. He aprendido por las malas, a través de varios tratos con figuras de autoridad, que si aparentas estar molesto o enojado, te tratan como un niño y exigen hablar con tus padres. Lochan ha trabajado duramente el arte de parecer calmado y articular claramente en estas circunstancias, pero estoy consciente que es una lucha terrible para él. Al acercarme, noto que sus manos tiemblan incontrolables a sus costados.

—¿La señorita P-Pierce fue la única persona que los vio marcharse?—está preguntando. Puedo decir que se está obligando a sí mismo a enfrentar la mirada de la secretaria.

—Así es—dice la horrible rubia platinada que siempre he despreciado. —Y la señorita Pierce nunca…

—Pero seguramente… seguramente hay otro número donde puedan localizarla. —Su voz es clara y firme. Nadie más que yo podría detectar el sutil temblor.

—Te lo dije… Lo he intentado. Su móvil está apagado. Pero, como dije, le he dejado un mensaje en el teléfono de su casa…

—Por favor, ¿podría seguir intentando en su teléfono?

La secretaria murmura algo y desaparece de vuelta en su oficina.

Toco la mano de Lochan. Él pega un salto como si hubiera recibido un disparo, y por debajo de la aparente calma exterior, veo que se está desmoronando también.

—Continúa hablando de una niñera—me dice con voz entrecortada, apoya la espalda en el pasillo y me toma la mano. —¿Alguna vez mamá te dijo algo sobre pagarle a alguien para que viniera a recogerlos?

—¡No!

—¿Dónde está ella ahora?

—Tumbada en el sofá con una franela sobre su cara—susurro. —Cuando le pregunté por Tiffin y Willa, dijo que pensaba que era nuestro turno de recogerlos.

Lochan está respirando con dificultad. Puedo ver el rápido ascenso y descenso de su pecho bajo su camisa de la escuela. Su mochila y blazer no se ven por ninguna parte y se ha quitado la corbata. Me toma un momento darme cuenta que está tratando de disimular el hecho que aún es un estudiante.

—Estoy seguro que es algún tipo de malentendido—dice con un optimismo desesperado repicando en su voz. —Algún otro padre debe haber venido tarde y los llevó. Todo estará bien. Vamos a lograr superar este problema, Maya. ¿Ok?—me aprieta la mano y me brinda una tensa sonrisa.

Asiento, obligándome a respirar. —Ok.

—Será mejor regresar y hablar con…

—¿Quieres que lo haga yo?—pregunto con suavidad.





El calor tiñe inmediatamente sus mejillas. —¡Por supuesto que no! Yo puedo… yo puedo resolver esta…

—Lo sé—doy marcha atrás rápidamente. —Sé que puedes.

Él se aparte de mi lado, cruza el umbral de la oficina y toma aire audiblemente. —¿Todavía… todavía no hay suerte?

—Nop. Ella podría estar atrapada en el tráfico, supongo. En realidad, podría estar en cualquier parte.

Oigo que Lochan exhala con exasperación. —Mire, estoy seguro que la maestra no los dejaría ir voluntariamente con un extraño. P-pero usted debería entender que, justo ahora, esos niños están desaparecidos. Así que creo que sería mejor si usted llamara al director o al subdirector o… o a alguien que pueda ayudar. Vamos a tener que notificar a la policía y, probablemente, ellos van a querer hablar con quienes dirigen la escuela.

En el pasillo, fuera de la vista de Rubia Platinada, me aplasto contra la pared y presiono el dorso de mi mano contra mi boca. Policía significa autoridades. Autoridades significan Servicios Sociales. Lochan realmente debe pensar que Tiffin y Willa han sido secuestrados, si está dispuesto a arriesgarse a involucrarlos.

Me estoy empezando a sentir cada vez más inestable, así que voy y me siento sobre las escaleras. No puedo entender cómo Lochan logra permanecer allí, tan controlado y razonable, hasta que me doy cuenta de la mancha húmeda de sudor en la parte trasera de su camisa y el temblor, cada vez mayor, de sus manos. Quiero levantarme y abrazarlo, decirle que todo va a salir bien. Excepto que no sé si será así.

El director, un hombre robusto y canoso, llega casi al mismo tiempo que la señorita Pierce, la maestra de Willa. Ella manifiesta que esperó con los dos chicos más de media hora, antes de que se presentara una dama, Sandra algo, aparentemente con instrucciones de recogerlos.

—Pero, seguramente, ustedes deben tener su apellido—está diciendo Lochan por segunda vez.



—Naturalmente, tenemos registros de cada uno de los padres de los niños, guardianes o niñeras. Pero la única información de contacto que nos dieron de Tiffin y Willa es el nombre de la madre y el número de su hogar—está diciendo la señorita Pierce, una mujer joven y muy delgada, de mejillas sonrosadas. —Y, a pesar de todos nuestros intentos, no pudimos localizarla. Así que, cuando llegó esta dama, diciendo que era una amiga de la familia y que le habían pedido que recogiera los niños, no teníamos razones para desconfiar de ella.

Veo a Lochan apretar las manos, tras su espalda, hasta empuñarlas. —¡Sin duda, comprobar quién lleva los niños hasta su hogar es parte de su trabajo!—Está comenzando a perder el control; las grietas empiezan a mostrarse.

—Yo habría pensado que es parte del trabajo de los padres recoger a sus hijos a tiempo—replica aguijoneada la señorita Pierce, y de pronto tengo ganas de tomar su cabeza, golpearla contra la de la Rubia Platinada y gritar. *¿No se dan cuenta que mientras ustedes están allí, actuando todos en defensa propia y discutiendo de quién es la culpa, un pedófilo podría estar huyendo con mis hermanos menores?*

—¿Dónde están los padres, a todo esto?—interrumpe el director. —¿Por qué están aquí los hermanos solamente?

Siento el aliento que se atasca en mi garganta.

—Nuestra madre está enferma en estos momentos—dice Lochan, e incluso mientras sale con esta frase tan bien preparada, puedo ver cómo está luchando por mantener la voz calmada.

—¿Demasiado enferma como para coger la carretera y averiguar qué ha sucedido con sus hijos?—pregunta la señorita Pierce.

Se produce un silencio. Lochan está mirando a la maestra, sus hombros suben y bajan rápidamente. *No reacciones*, le pido en silencio, apretando mis nudillos contra mis labios.

—Bueno, miren, pienso que deberíamos alertar a las autoridades—está diciendo ahora el director. —Estoy seguro que es una falsa alarma, pero obviamente, necesitamos hacer lo posible para comprobarlo.



Ahora, Lochan está retrocediendo, jalando de su cabello en un gesto característico de extrema angustia.

—Está bien. Sí, por supuesto. ¿Pero, podrían darnos un minuto simplemente?

Se aparta de la puerta de la oficina y se apresura a alejarse. —Maya, quieren llamar a la policía…—su voz tiembla y su rostro brilla por el sudor. —Irán a la casa. Mamá… tendrá que involucrarse en esto. ¿Estaba sobria?

—No lo sé. ¡Definitivamente, estaba bajo los efectos de una resaca!

—Tal vez… Tal vez, debería quedarme aquí y esperar a la policía, mientras tú vas a casa y te unes a ella. Esconde cualquier botella y abre todas las ventanas—. Está apretando la parte superior de mis brazos, tan fuertemente que me hace daño. —Haz lo que puedas para eliminar el olor. Dile que llore o… o algo, de modo que parezca que está histérica en lugar de…

—Lochan, lo tengo, puedo hacerlo. Sigue adelante y llama a la policía. Me aseguraré que nunca sepan…

—Se llevarán a los niños y nos separarán—. Su voz se está quebrando.

—No, no lo harán. Lochie, llama a la policía… ¡esto es más importante!

Retrocediendo, hace una copa con sus manos sobre su nariz y su boca, con los ojos muy abiertos, y asiente. Nunca lo he visto tan asustado. Entonces, se vuelve y camina a lo largo del pasillo hasta entrar a la oficina.

Echo a correr en dirección a las pesadas puertas dobles al final del pasillo. El linóleo blanco y negro desaparece rítmicamente bajo mis pies. Los colores brillantes en las paredes parecen flotar… El repentino grito detrás de mí me golpea como una bala en el pecho. —¡Han encontrado el número de Sandra!

Con una mano sobre la puerta, me detengo. El rostro de Lochan está iluminado por el alivio.





Cuando finalmente aparecen a través de las puertas de la escuela, Tiffin está soplando globos rosáceos con la boca llena de goma de mascar, y Willa blande un chupetín. —¡Mira lo que tengo!

Abrazo a Willa tan fuerte que puedo sentir su corazón palpitando contra el mío. El aroma a limón de su cabello está en mi rostro y todo lo que puedo hacer es apretarla, y besarla, y tratar de mantenerla en mis brazos. Lochan tiene un brazo en torno a Tiffin mientras éste se retuerce y ríe en su agarre.

Es claro que ninguno de ellos tiene idea que algo anduviese mal, así que me muerdo la lengua para evitar llorar. Sandra resulta ser nada más siniestro que una señora mayor, niñera de uno de los chicos de otra clase. Según ella, Lily Whitely telefoneó justo después de las cuatro, esa tarde, explicando que estaba demasiado enferma para dejar la casa y preguntando si ella podría hacerle un favor y recoger los niños. Sandra, amablemente, regresó a la escuela, buscó a Willa y Tiffin y trató de devolverlos a casa. Al no recibir respuesta cuando pulsó el timbre, deslizó una nota por debajo de la puerta y los tomó a su propio cargo, aguardando la llamada telefónica de Lily.

Mientras cruzábamos el patio de juegos, sujeto apretadamente a Tiffin y Willa en cada mano y trato de hacer mi mejor esfuerzo por participar en la charla sobre su inesperada "cita para jugar". Escucho cómo Lochan le agradece a Sandra y lo veo garabatearle el número de su móvil, diciéndole que lo llame siempre que Lily le vuelva a pedir un "favor" de ese tipo. Apenas salimos de la escuela, Tiffin trata de liberarse de mi agarre, buscando algo en la acequia para patearlo y hacerlo rodar a lo largo del camino. Le digo que jugaré Battleships[5] con él por media hora, si sostiene mi mano todo el camino de vuelta. Sorprendentemente acepta, botando de arriba abajo como si fuera un yo-yo en el extremo de mi brazo, amenazándolo con dislocarlo desde su base, pero no me importa. Mientras mantenga agarrada mi mano, realmente no me importa.

Seguimos a Lochan todo el camino a casa. Él camina por delante, y algo me previene de intentar darle alcance. A Tiffin y Willa no parece importarles: aún están llenos de historias acerca de la nueva PlayStation que llegaron a probar.

[5] Battleships o Batalla Naval: juego tradicional de adivinación que involucra dos jugadores. Se ha comercializado como juego de mesa en diferentes formatos, desde papel y lápiz hasta redes informáticas.

Empiezo un sermón sobre los-extraños-que-pueden-ser-peligrosos, pero resulta ser que la niñera de los Callum ya los ha recogido en varias ocasiones.

Apenas entramos, Tiffin y Willa ven a mamá, aún medio inconsciente sobre el sofá. Con un grito corren hacia ella, encantados por el cambio de encontrarla en casa, narrando todas sus anécdotas al mismo tiempo. Mamá se descubre el rostro, se sienta y ríe, abrazándolos estrechamente. —Mis conejitos—dice. —¿Han tenido un buen día? Los extrañé todo el tiempo, lo saben.

Permanezco en el umbral de la puerta, el borde afilado del marco cortándome el hombro, observando el despliegue de esta pequeña escena en silencio. Tiffin está mostrando sus habilidades de malabarismo con algunas pelotas de tenis viejas, y Willa está intentando interesar a mamá en un juego de ¿Adivina Quién?[6] Me toma un momento darme cuenta que Lochan ha desaparecido escaleras arriba en el momento en que entramos a la casa. Me aparto de la sala, completamente agotada, y lentamente subo las escaleras. La música que retumba encima del ático me asegura que, al menos el tercer hijo llegó a casa sin incidentes. Entro a mi habitación, me despojo de mi blazer y mi corbata, pateo mis zapatos y me echo sobre la cama en un ovillo exhausto.

Debo haberme quedado frita, porque cuando oigo a Tiffin gritar —¡Cena!—me siento con un sobresalto, para descubrir que un crepúsculo azulado llena la pequeña habitación. Peinándome el cabello con los dedos para apartarlo de mis ojos, bajo soñolienta las escaleras.

La atmósfera en la cocina es discordante. Mamá se ha transformado en una mariposa: toda faldas tenues, mangas flotantes y estampados en colores brillantes. Se ha duchado y lavado el cabello, aparentemente recobrada de su anterior brote de gripe. El pesado maquillaje la delata: es obvio que no se va a quedar viendo *EastEnders*[7] esta noche. Ha preparado algún platillo de salchicha y frijoles al horno que Kit está picoteando desdeñosamente con el tenedor. Tiffin y Willa, sentados uno al lado del otro, balancean las piernas tratando de patearse mutuamente por

[6]¿Adivina quién?: juego de adivinación para dos personas que consiste en averiguar un personaje que seleccionó el oponente entre un total de 24 cartas, con preguntas que pueden ser respondidas sólo con 'sí' o 'no'.
[7] EastEnders: telenovela británica que lleva emitiéndose desde 1985 por la cadena BBC.

debajo de la mesa, con restos reveladores de chocolate alrededor de sus bocas y haciendo caso omiso de la poco apetitosa mezcla puesta frente a ellos.

—Esto no es comida—. Con la cabeza apoyada en una mano, Kit frunce el ceño frente a su plato, moviendo los trozos de salchicha alrededor del borde. —¿Puedo salir?

—Cállate y come—suelta Lochan de forma poco usual, yendo hacia el armario en busca de vasos.

Kit está a punto de replicar, pero luego parece arrepentirse y empieza a picotear otra vez su comida. El tono en la voz de Lochan sugiere que no es momento para discutir.

—Bueno, a empezar todo el mundo—dice mamá con una risita nerviosa. —Sé que no soy la mejor cocinera del mundo, pero puedo asegurarles que esto sabe mucho mejor de lo que parece.

Kit resopla y murmura algo inaudible. Willa pincha un frijol horneado con la punta de su tenedor y se lo lleva de mala gana a la boca, lamiéndolo delicadamente con la punta de la lengua. Con aire sufrido, Tiffin toma un bocado de salchicha y luego hace una mueca, sus ojos lagrimean, listo tanto para atragantarse como para escupirlo. Rápidamente, traigo la jarra de agua y lleno los vasos. Finalmente, Lochan se sienta. Huele a escuela y sudor, y su despeinado cabello negro contrasta agudamente con su rostro pálido. He notado cómo aprieta la mandíbula, el aspecto tormentoso de sus ojos, y siento la tensión que irradia de su cuerpo como si estuviera al rojo vivo.

—¿Vas a salir de nuevo esta noche, mamá?—pregunta Willa, tomando delicados mordisquitos de un pedazo de salchicha.

—No, no saldrá—dice Lochan en voz baja, sin levantar la mirada. Por debajo de la mesa, presiono mi pie contra él, en una forma de advertencia.

Mamá se vuelve hacia él, con sorpresa. —Davey va a recogerme a las siete—protesta ella. —Está bien, conejitos. Voy a acostarlos antes de irme.

—Olvídalo—masculla Tiffin con enfado.



—Las siete en punto es una hora muy temprana para ir a la cama—comenta Willa con un suspiro, pinchando un segundo frijol.

—No vas a salir esta noche—le murmura Lochan a mamá.

Se produce un silencio atónito. —¡Te dije que él piensa que gobierna este sitio!—Kit levanta la mirada de su plato, encantado con la oportunidad de interrumpir. —¿Vas a dejarte mangonear de ese modo, mamá?

Le lanzo a Kit una mirada de advertencia y sacudo mi cabeza. Su rostro se ensombrece al instante. —¿Qué? ¿Ni siquiera se me permite hablar, ahora?

—Oh, voy a llegar tarde…—dice mamá con una sonrisa benigna.

—¡Tú no vas a salir!—grita Lochan de repente, golpeando la mesa. La vajilla tintinea y todo el mundo pega un salto. Siento una familiar tensión jaquecosa que aprieta mis sienes.

Mamá se lleva una mano a la garganta y deja escapar una aguda exclamación de sorpresa, una especie de risa estridente. —¡Oh, miren al gran hombre de la casa, diciéndole a su mamita lo que debe hacer!

—Observa cómo vive la otra mitad—murmura Kit.

Lochan arroja su tenedor, su rostro enrojece, los músculos resaltan como cuerdas en su cuello. —¡Hace dos horas tenías una resaca tan malditamente grande que no podías salir a la calle para recoger a tus propios hijos de la escuela y ni siquiera podías recordar que le habías pedido a alguien más que lo hiciera!

Mamá abre ampliamente los ojos. —¿Pero, querido, no estás contento con que me sienta mucho mejor?

—¡Eso no va durar si sales otra noche a emborracharte!—grita Lochan, asiendo el borde de la mesa con ambas manos, sus nudillos están blancos. —Hoy estuvimos a punto de tener que involucrar a la policía. Nadie tenía idea de dónde estaban los niños. ¡Podría haberles ocurrido cualquier cosa y tú estabas demasiado ida como para notarlo!





—¡Lochie!—la voz de mamá tiembla como la de una niña pequeña. —Tuve una intoxicación alimentaria. No podía parar de vomitar. No quería molestarte a ti o a Maya en la escuela. ¿Qué otra cosa se supone que debía hacer?

—¡Intoxicación alimentaria, mi culo!—Lochan se pone de pie tan violentamente que hace que su silla se estrelle contra las baldosas. —¿Cuándo vas a enfrentar la realidad y aceptar que tienes un problema con el alcohol?

—¡Oh, *yo tengo* un problema!— Los ojos de mamá relampaguean de repente, haciendo a un lado su actuación de niña pequeña. —No soy una madre convencional… así que demándame. ¡He tenido una vida dura! ¡Finalmente, he encontrado a alguien genial y quiero salir a tener un poco de diversión! Diversión… algo que tú podrías intentar experimentar, Lochan, en lugar de vivir tu vida con la cabeza dentro de un libro, como tu padre. ¿Dónde están *tus* amigos, eh? ¿Cuándo has salido… o traído a alguien a casa para eso?

Kit se echa hacia atrás en su silla, mirando la escena con deleite.

—Mamá, por favor…—me acerco a ella, pero me aparta con fuerza. Huelo alcohol fresco en su aliento… en este estado, es capaz de decir cualquier cosa, de hacer cualquier cosa. Especialmente cuando Lochan ha mencionado lo in-mencionable.

Lochan se ha convertido en piedra, una mano apretando el aparador para sostenerse. Tiffin está cubriéndose los oídos con las manos y Willa mira de un rostro a otro, sus ojos muy abiertos y fijos.

—Vamos—me levanto y jalo de ellos tras de mí hacia el corredor. —Suban a su habitación y entreténganse solos por un tiempo. Les llevaré algunos sándwiches en un minuto.

Willa sube trotando temerosa las escaleras. Tiffin, con el ceño fruncido, va tras ella. —Deberíamos quedarnos en casa de los Callum—le oigo murmurar y sus palabras me hacen doler la garganta.

Sin otra opción que regresar a la cocina para intentar controlar los daños, encuentro a mamá aún gritando, con los ojos entornados bajo el peso de sus párpados. —No me mires de ese modo… sabes exactamente de qué estoy



hablando. Nuca has tenido una novia como la gente, ¡ni siquiera has hecho un solo amigo, por Dios! ¡¿De qué vale ser el primero de la clase cuando la escuela vive diciéndome que necesitas ver un psicólogo porque eres tan tímido que ni siquiera puedes hablar con alguien?! ¡La única persona que tiene un *problema* eres tú!

Lochan no se ha movido: la está observando con una mirada de horror enfermizo. Su falta de respuesta sólo sirve para espolear a mamá, que empieza a intentar justificar su exabrupto alimentando su propia rabia.

—Has tomado su ejemplo de todas las formas posibles… pensando que son mejores que todos los demás, con sus palabras largas y su grado de superioridad. ¡Tú no tienes absolutamente nada de respeto por tu propia madre!—grita ella, con el rostro manchado de furia. —¡¿Cómo te atreves a hablarme de esa forma delante de mis hijos?!

Me coloco frente a ella y empiezo a maniobrar para sacarla de la cocina. —Sólo vete con Dave—le pido. —Ve y encuéntrate temprano con él o algo así. ¡Dale una sorpresa! Vete, mamá, sólo vete.

—¡Siempre te pones de su lado!

—No me estoy poniendo del lado de nadie, mamá. Sólo creo que te estás poniendo en un estado que no es muy bueno, teniendo en cuenta que no te has sentido muy bien—. Me las arreglo para llevarla hasta el pasillo.

Ella toma su cartera, pero no sin lanzar una última pulla por encima de su hombro. —¡Lochan, podrás acusarme de no ser una madre normal, el día que tú empieces a actuar como un adolescente normal!

La empujo hacia la puerta, y hago un esfuerzo para no cerrarla con fuerza tras ella. En lugar de eso, me apoyo contra la madera, temerosa de que ella pueda destrabarla y entrar violentamente de nuevo. Cierro mis ojos por un momento. Cuando los abro de nuevo, me percato de una figura sentada en la parte superior de las escaleras.

—¿No tienes tareas que hacer, Tiffin?

—Ella dijo que ella nos iba a acostar—. Hay un temblor en su voz.





—Lo sé—digo rápidamente mientras me enderezo. —Y lo decía en serio. Pero yo le dije que lo haría su lugar, porque ella iba a llegar tarde…

—¡No quiero que lo hagas tú, quiero a mamá!—grita Tiffin y, poniéndose de pie de un salto, corre hacia su habitación, golpeando la puerta detrás de él.

Vuelvo a la cocina. Kit tiene los pies sobre la mesa, y está sacudiéndose con una risa silenciosa. —¡Dios, qué familia jodida que es ésta!

—Sólo sube las escaleras. No estás ayudando—le digo en voz baja.

Él abre la boca para protestar, pero luego se deja caer enfadado sobre sus pies y su silla chirría contra las baldosas. Agarrando el dinero para el almuerzo de Tiffin y Willa que está en la mesa del vestíbulo, se dirige hacia la puerta principal.

—¿Adónde vas?—grito, tras él.

—¡Fuera, a conseguir algo de jodida comida!

Lochan está recorriendo el piso de la cocina. En alguna forma, luce desarticulado, confuso. Su rostro luce jaspeado con líneas de color carmesí, dándole a su piel un curioso tono crudo.

—Lo siento, no debí haber comenzado con…—suena como si lo estuvieran sacudiendo. Trato de tocarle el brazo, pero se aleja de mí de un salto, como si lo hubiera picado. Su dolor es casi tangible: la angustia, el resentimiento, la furia, todo llenando la pequeña habitación.

—Lochie, tenías todo el derecho a perder la calma. Lo que hizo mamá hoy es inexcusable. Pero, escúchame…—me ubico frente a él y trato de tocarlo otra vez. —Lochie, escucha. Esas cosas que dijo, son sólo su manera de embestir. Tú mencionaste su alcoholismo y ella, simplemente, no puede lidiar con la verdad. Así que trató de encontrar la cosa más hiriente que pudo, para regresártela…

—Ella lo quería decir, quería decir cada palabra—jala de su cabello, se frota las mejillas. —Y tenía razón. Yo no soy… yo no soy normal. Hay algo mal en mí y…

—Lochie, no te preocupes por eso ahora, ¿ok? Es algo en lo que puedes trabajar… ¡es algo que puede ir mejorando con el tiempo!



Alejándose de mí, continúa su paseo, como si el movimiento continuo le evitara desplomarse. —Pero ella es como Kit. Ella está… ella está…—. No puede obligarse a decir la palabra. —Avergonzada—susurra finalmente.

—Lochie, detente un minuto. Mírame.

Lo sujeto de un brazo para retenerlo. Puedo sentirlo temblar bajo mi tacto.

—Todo está bien. Los niños están bien y eso es todo lo que importa. No la escuches. Nunca más la escuches. Sólo es una vieja vaca amargada que nunca creció. Pero ella no se *avergüenza* de ti. Nadie se avergüenza de ti, Lochie. ¿Dios, cómo podría hacerlo alguien? Todos sabemos que, sin ti, esta familia se desmoronaría.

Él deja caer la cabeza, derrotado. Puedo sentir los músculos agarrotados de sus hombros bajo mis dedos.

—Se *está* desmoronando.

Le doy una pequeña sacudida de desesperación. —Lochan, no es así. Willa y Tiffin están bien. ¡Yo estoy bien! Kit es un jodido adolescente común. Estamos todos juntos, todos estos años desde que papá se fue, desde que el problema de mamá empezó. Ninguno de nosotros ha sido descuidado y eso es todo gracias a ti.

Hay un largo silencio. Todo lo que puedo ver es la coronilla de Lochan. Él se inclina ligeramente hacia mí. Lo alcanzo, lo rodeo con mis brazos y lo aprieto con todas mis fuerzas. Bajo mi voz a un susurro. —No eres solamente mi hermano, eres mi mejor amigo.





Capítulo Cinco

Traducido por misa_wayland

Corregido por Pamee

Lochan

Repito esa frase una y otra vez durante los próximos días. Es una manera de tachar todo lo demás, el horrible incidente con Tiffin y Willa, la pelea con mi madre, el infierno constante que es la escuela.

Cada vez que rechazo contestar una pregunta en clase, cada momento que paso curvado sobre un libro, recuerdo lo que piensa mi familia de mí. Patético. Un bicho raro socialmente inepto. Un hijo adolescente que no puede tener amigos, y mucho menos una novia. Lo intento…realmente lo intento, cosas pequeñas, como preguntarle a mi vecino por el tiempo. Él tiene que inclinarse por el pasillo para pedirme que repita la pregunta. Ni siquiera puedo oír el sonido de mi propia voz. Aún no lo entiendo del todo. Logré hablar con el personal de la escuela en la tarde en que Tiffin y Willa desaparecieron. Pero ésa era una emergencia, y el horror de la situación hizo que hiciera casi omiso de cualquier inhibición que podría haber tenido. Hablar con adultos es soportable; lo que es imposible es hablar con personas de mi edad. Así que me mantengo repitiendo en mi mente las palabras de Maya. Tal vez haya alguien que no está avergonzado de mí, después de todo. Tal vez *hay* un miembro de mi familia al que no he decepcionado completamente.

Pero el vacío en mi pecho se abre como una caverna dentro de mi pecho. Me siento tan malditamente solo todo el tiempo. Incluso aunque estoy rodeado de alumnos, hay una pantalla invisible entre nosotros, y detrás de la pared de vidrio estoy gritando, gritando en mi propio silencio, gritando para ser notado, para hacer amistad, para agradarle a alguien.



Y aún cuando una chica de aspecto amigable de mi clase de matemáticas viene hacia mí en el comedor y dice: "¿Te importa si me siento aquí?" Solo le doy un rápido asentimiento y me doy la vuelta, rogándole a Dios que no intente involucrarme en una conversación. Y en casa difícilmente es como si estuviera solo. La casa nunca está en silencio; pero Kit aún está atravesando su fase malvada, Tiffin sólo está interesado en su Gameboy y sus amigos del fútbol, y Willa es dulce, pero todavía es sólo una bebé. Juego Twister y al escondite con los pequeños, los ayudo con sus tareas, los alimento, los baño, les leo historias para dormir, pero todo el tiempo tengo que ser optimista, ponerme una maldita máscara, y a veces, temo que se rompa. Sólo con Maya puedo ser realmente yo mismo. Compartimos la carga y ella siempre está de mi lado, a mi lado. No quiero necesitarla, depender de ella, pero lo hago, realmente lo hago.

A la hora de almuerzo estoy sentado en mi lugar habitual durante la agotada tarde, mirando la luz fría que lentamente se mueve a través de la escalera vacía debajo de mí, cuando unos pasos detrás de mí me sobresaltan. Bajo los ojos a mi libro. Detrás de mí, los pies hacen una pausa y siento que mi pulso aumenta. Alguien me pasa caminando.

Siento una pierna rozar contra la manga de mi camisa y me concentro en la página de impresión borrosa ante mí. Para mi horror, justo debajo de mí, los pasos se detienen totalmente.

—¡Hola!— exclama la voz de una chica.

Me sobresalto. Y me obligo a mirar. Me encuentro con la mirada fija de alguien que vagamente reconozco. Me toma un par de segundos hacerlo. Esta es la chica con la que Maya anda siempre. Ni siquiera puedo recordar su nombre. Y me está mirando con una sonrisa amplia y dentuda.

—Hola—dice ella de nuevo.

Aclaro mi garganta. —Hola— mascullo.

No estoy seguro incluso si ella puede oírme. Su mirada es firme y parece estar esperando algo más.

—*The Hours*—comenta, mirando mi libro. —¿No es una película?





Asiento.

—¿Es buena?— Su determinación para crear una conversación es impresionante. Asiento y vuelvo a la página —Soy Francie—dice, aún sonriendo abiertamente.

—Lochan— contesto.

Ella levanta sus cejas significantemente. —Lo sé.

Puedo sentir mis dedos humedeciendo la sangría en las páginas del libro.

—Maya siempre está hablando de ti.

No hay nada sutil sobre esta chica. Su pelo crespo y piel oscura contrastan abruptamente con su brillo de labios rojo, y está vistiendo una falda obscenamente corta y unos enormes aros de plata en sus orejas.

—Sabes quién soy, ¿cierto? ¿Me has visto estar con tu hermana?

Otra inclinación, las palabras se evaporan tan pronto alcanzan mi garganta. Empiezo a morder mi labio.

Francie me mira pensativamente con una pequeña sonrisa. —No hablas mucho, ¿no es así?

Mi cara empieza a arder. Si ella no fuera amiga de Maya, ahora estaría empujándola por las escaleras. Pero Francie parece más curiosa que divertida.

—Las personas dicen que no dejo de hablar—continúa jovialmente. —Los saca de quicio.

No me digas.

—Tengo un mensaje para ti—declara Francie de repente. —De tu hermana.

Me siento tenso. —¿Q-qué es?



—Nada serio—dice ella rápidamente. —Sólo que tu mamá llevará a tus a tus hermanos y hermana a McDonald's esta noche, que no hay ninguna necesidad de apresurarse a casa. Maya quiere que la encuentres en el buzón de correos al final de la calle después de la escuela.

—¿M-Maya te pidió v-venir aquí y decirme eso?—pregunto, esperando que sonría satisfecha por mi tartamudeo.

—Bueno, no exactamente. Ella estaba intentando enviarte un mensaje de texto, pero entonces tuvo que terminar algún trabajo de clase así que creí que debía decírtelo yo misma.

—Gracias—mascullo.

—Y… también quería invitarte a tomar una bebida en Smileys con Maya y conmigo, ya que no tienen que apresurarse en irse por una vez.

La miro fijamente, mudo.

—¿Eso es un sí? —Me mira esperanzada.

Mi mente se ha quedado en blanco. No puedo ir por la vida pensando excusas. —Eh, bien…Ok.

—¡Genial!—Su rostro brilla. —¡Te veré en el buzón después de la escuela!

Se va tan rápido como llegó.

A la última campana, tomo mi bolso con manos inseguras; soy el último en arrastrarse fuera del aula. Paso por los retretes y me encierro en un cubículo. Sentándome en la tapa después de orinar, intento recuperarme.

Cuando salgo, paro en los espejos. En la luz de la tarde, el rostro pálido devolviéndome la mirada tiene relucientes ojos verdes de algún tipo de criatura extraterrestre.

Apoyándome en el lavamanos, recojo agua helada con mis manos y me la tiro a la cara, apretando mis mejillas en los charcos poco profundos. Quiero esconderme para siempre, pero alguien más golpea a través de la puerta y no tengo opción más que salir.



Maya y Francie están paradas lado a lado junto al buzón de correos al final de la calle, hablando rápidamente, con sus ojos examinando la multitud. Me toma toda la voluntad del mundo evitar darme la vuelta, pero la mirada expectante de Maya me fuerza a ir hacia adelante. Su rostro rompe en una sonrisa de deleite cuando me ve.

—¡Pensé que no ibas a presentarte!—susurra.

Sonrío de nuevo y asiento, las palabras atraviesan mi mente como un arroyo de burbujas efervescentes.

—Bien, ¡vamos, chicos!—exclama Francie después de un incómodo momento de silencio. —¿Vamos a ir a Smileys, o no?

—Absolutamente—dice Maya. Y se gira para seguir a su amiga. Su mano roza la mía en un gesto de tranquilidad, o quizá de agradecimiento.

Smileys sigue misericordiosamente vacío en este momento. Tomamos una pequeña mesa redonda en la ventana y me escondo detrás del menú, frotando mi lengua contra la áspera piel bajo mi labio.

—¿Van a pedir comida, chicos?—quiere saber Francie.

Maya me mira y sacudo sutilmente la cabeza.

—¿Compartimos un poco de pan de ajo?—sugiere Francie. —Estoy muriendo por una Coca Cola.

Maya se echa hacia atrás en su silla tratando de llamar la atención del camarero, y Francie se gira hacia mi. —¿Así que tienes ganas de salir del infierno de Belmont?

Suelto el menú y asiento, forzando una sonrisa.

—Eres muy afortunado— continúa Francie. —Sólo otros nueve meses y estarás libre de este agujero infernal.

Maya termina de ordenar y vuelve a la conversación unilateral que Francie está intentando mantener. —Lochan va a ir a la UCL—anuncia orgullosamente.

—Bien, no, yo-yo estoy aplicando…





—Vas con toda seguridad.

—Mierda, ¡debes ser realmente listo!—exclama Francie.

—Lo es—le informa Maya. —Le han predicho cuatro A.

—¡Mierda!

Hago una mueca y atrapo la mirada de Maya, suplicándole que abandone. Quiero objetar, quitarle importancia, pero puedo sentir el calor golpeando mi cara y las palabras se evaporan de mi mente en el momento en que las convoco.

Maya me da un suave codazo. —Francie tampoco es tonta—dice. —Realmente es la única persona conozco que se puede tocar la nariz con la lengua.

Todos nos reímos. Respiro de nuevo.

—¿Piensas que estoy bromeando?—me desafía Francie.

—No…

—Simplemente está siendo cortés—le informa Maya. —Pienso que necesita una prueba.

Francie es muy entusiasta para obligarla. Se sienta derecha, y extiende su lengua tan larga como puede, la curva hacia arriba y toca la punta de su nariz. Una mirada bizca completa el cuadro.

Maya cae contra mí riéndose y me encuentro riéndome también. Francie está bien. Siempre y cuando esto no dure mucho, creo que sobreviviré.

De repente, hay una conmoción en la puerta. Francie gira en su silla e identifico un grupo de alumnos de Belmont por su uniforme.

—¡Eh, chicos!—grita Francie. —¡Aquí!

Ellos se acercan, y a través de mi visión borrosa, reconozco a un par de chicas de la clase de Maya, un chico de otro año y Rafi, un chico de inglés. Hay saludos y palmadas en la espalda; se juntan dos mesas y se acercan más sillas.



—¡Whitely! —exclama Rafi, asombrado. —¿Qué diablos haces aquí?

—Sólo, eh, mi hermana…

—¡Está pasando el rato con nosotras!—exclama Francie. —¿Eso es un crimen? Es el hermano de Maya, ¿no lo sabías?

—Sí, ¡sólo que nunca pensé verlo en un lugar así!— no hay malicia en la risa de Rafi, simplemente genuina sorpresa, pero ahora todos me están mirando y otras dos chicas están hablando.

Maya está haciendo las presentaciones, pero aunque puedo oír las voces, ya no puedo entender lo que están diciendo. Emma, quien ha estado saliéndose de su camino para chocar conmigo desde el comienzo del semestre, está determinada a involucrarme en la conversación. Su repentina intrusión cuando me estaba comenzando a relajar, combinado con el hecho de que todos ellos me conocen como el bicho raro de la clase, de repente es demasiado, y me siento preso en alguna pesadilla claustrofóbica. Sus palabras son como martillos, golpeando mi cráneo.

Cedo ante la marea y siento que me ahogo. Sus bocas se mueven bajo el agua, abriéndose y cerrándose, leo los signos de interrogación en sus rostros, la mayoría de sus preguntas se dirigen a mí, pero el pánico ha causado que mis sentidos se apaguen. No puedo distinguir una frase de otra: todo se ha convertido en una manta de ruido. Abruptamente, arrastro mi silla hacia atrás y me pongo de pie, agarrando mi bolso y el blazer del uniforme. Mascullo algo sobre haber dejado mi móvil en la escuela, levanto mi mano en despedida y me abalanzo por la puerta.

Me dirijo a una calle, después a otra. Ni siquiera estoy seguro a donde voy. Repentinamente me siento estúpidamente cerca a las lágrimas. Cuelgo mi blazer sobre el bolso de la escuela y engancho la correa sobre mi hombro, caminando tan rápido como puedo, el aire raspando mis pulmones; el sonido de tráfico es ahogado por el frenético golpeteo de mi corazón. Oigo el golpeteo de unos zapatos contra el pavimento detrás de mí e instintivamente me muevo a un lado para permitir que pase el corredor, pero es Maya, agarrándome por el brazo.

—Despacio, Lochie, por favor, tengo una puntada muy mala…

—Maya, ¿qué diablos estás haciendo? Regresa con tus amigos.





Ella coge mi mano. —Lochie, espera…

Paro y me aparto de ella, dando un paso atrás. —Mira, aprecio el esfuerzo, pero me gustaría que me dejaras solo, ¿está bien?—Mi voz empieza a subir. —No te pedí ayuda, ¿o sí?

—¡Eh, eh!— Ella camina hacia mí, ofreciéndome su mano. —No estaba tratando de hacer nada, Loch. Todo fue idea de Francie. Sólo estuve de acuerdo porque ella me dijo que habías estado de acuerdo.

Paso mis manos por mi pelo. —Jesús, éste fue un maldito error. Ahora me fui y te avergoncé enfrente de tus amigos…

—¿Estás demente?— Ella se ríe, agarra mi mano y balancea mi brazo cuando de nuevo empezamos a caminar. —¡Estoy feliz de que te hayas ido! Me has dado una excusa para irme también.

Miro mi reloj, sintiéndome ligeramente relajado. —Ya sabes, ahora que mamá está cuidando a los niños por una vez, tenemos toda la tarde libre. —Levanto una ceja vacilante.

Maya tira su cabello hacia atrás y una sonrisa enciende su cara, sus ojos ensanchándose de animación. —Ooh, ¿estabas pensando en huir del país?

Sonrío abiertamente. —Tentador… ¿Pero quizá algo más cerca a las líneas de una película?

Ella la inclina su cabeza hacia el cielo. —Pero el sol está brillando. ¡Todavía se siente como verano!

—Ok. Entonces, tú escoges.

—Solo caminemos—dice ella.

—¿Caminar?

—Sí. Tomemos un bus hasta Puerto Chelsea. Echémosle una ojeada a las casas de los ricos y famosos y vaguemos junto al río.



Capítulo Seis

Traducido por CairAndross

Maya

Mientras caminamos por Chelsea Embankment[8], pongo mi blazer y mi corbata dentro de mi bolso, y la cálida brisa vespertina agita mi falda contra mis muslos desnudos. El sol apenas empieza a tornarse anaranjado, rociando gotas de oro sobre la superficie escamosa del agua, moteada como el dorso de una serpiente. Este es mi momento favorito del día, la tarde apenas termina, el atardecer aún no ha comenzado, las horas de lánguido sol se extienden ante nosotros antes de desaparecer en el oscuro crepúsculo. Muy por encima de nosotros, los puentes están pesados con el tráfico congestionado: autobuses sobrecargados, coches impacientes, ciclistas imprudentes, hombres y mujeres sudando en sus trajes, desesperados por llegar a sus hogares, transbordadores y remolcadores que pasan por debajo del puente. La grava cruje bajo nuestras pisadas mientras cruzamos los grandes espacios vacíos entre los edificios de cristal de las oficinas, pasando por los lujosos apartamentos que se apilan en su camino hacia lo alto del cielo. Está tan soleado, que el mundo se siente como una página en blanco, una blancura luminosa. Le lanzo mi mochila a Lochan, tomo carrera, corro, y salto haciendo una voltereta, el camino de grava es rugoso contra las palmas de mis manos. El sol desaparece momentáneamente y nos sumergimos dentro de la fresca sombra azulada cuando pasamos bajo un puente, nuestros pasos súbitamente se amplifican, rebotando en el ligero arco de soporte y una paloma parte súbitamente hacia el cielo.

[8] Chelsea Embankment: es un terraplén que forma parte, junto con el de Victoria Embankment, del Thames Embankment, en la orilla norte del Támesis, en su paso por Londres.



Unos pocos pasos a mi izquierda, manteniéndose a una distancia segura de mis travesuras, Lochan camina a zancadas, las manos en sus bolsillos, las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos. A la luz, trazos de sus venas son visibles en sus sienes y las sombras bajo sus ojos le dan un aspecto atormentado. Él me mira con sus brillantes ojos verdes y me brinda una de sus características sonrisas torcidas. Yo sonrío, doy otra voltereta completa y Lochan alarga su paso para que coincida con el mío. Parece ligeramente divertido. Pero, cuando aparta la mirada, su sonrisa se desvanece y empieza otra vez a mordisquearse los labios. A pesar de su constante presencia a mi lado, siento que hay un espacio entre los dos, una distancia indefinible. Aun cuando sus ojos están en mí, tengo la sensación de que no acaba de verme, que sus pensamientos están en algún otro lado, fuera de mi alcance. Pierdo mi oportunidad de una victoria fácil y tropiezo contra él, casi aliviada de sentirlo sólido y vivo. Él ríe brevemente y me estabiliza, pero rápidamente vuelve a chuparse los labios, sus dientes raspando la rozadura. Cuando éramos jóvenes, yo podía hacer alguna tontería y romper el hechizo, jalarlo fuera de éste, pero ahora es más difícil. Sé que hay cosas que él no me dice. Cosas que mantiene en su cabeza.

Cuando llegamos a las tiendas, compramos pizza y Coca-Cola de un negocio de comidas para llevar y nos encaminamos hacia Battersea Park[9]. Dentro de las puertas, nos aventuramos hacia la mitad de la vasta extensión de verdor, lejos de los árboles, y nos alineamos con el sol, recostándonos hacia el oeste para perdernos su brillo. Con las piernas cruzadas, me examino un morado en la espinilla, mientras Lochan, arrodillado sobre el césped, abre la caja de pizza y me alarga una rebanada. La tomo y estiro mis piernas, alzando la barbilla para sentir el sol sobre mi rostro.

—Esto es un millón de veces más agradable que pasar el rato con esos empollones de la escuela—le informo. —Ese fue un buen movimiento, dejarlos cuando lo hiciste.

Masticando concienzudamente, él me lanza una mirada penetrante y puedo decir que está tratando de leer mi mente, buscando el motivo tras mis palabras. Me

[9] Battersea Park: es un espacio verde de 83 hectáreas, en Battersea, en el distrito londinense de Wandsworth. Está situado en la orilla sur del río Támesis y tiene un zoológico, un lago, quioscos y varias instalaciones deportivas al aire libre. Allí se realizan también ferias y festivales.

encuentro con su mirada de lleno, y la comisura de su boca se curva cuando se da cuenta que estoy siendo completamente honesta.

Me siento satisfecha con la comida antes que él, y me reclino sobre mis codos, observándolo comer. Claramente, se está muriendo de hambre. Abro mi boca para decirle que tiene salsa de tomate en la barbilla, pero cambio de opinión. Mi sonrisa, sin embargo, no pasa desapercibida.

—¿Qué?—pregunta, con una risita, tragando su último bocado y limpiándose las manos sobre la hierba.

—Nada—trato de desvanecer mi sonrisa, pero con su barbilla veteada de rojo, el cabello revuelto, la camisa arremangada y los puños mugrientos batiéndose contra sus manos, se ve como una versión más alta y con cabello oscuro de Tiffin al final de un atareado día escolar.

—¿Por qué me miras de ese modo?—insiste él, mirándome ahora con curiosidad y un toque de cohibición.

—Por nada, sólo estaba pensando en lo que dijo Francie sobre ti.

Una pizca de cautela toca sus ojos. —Oh, eso de nuevo, no…

—Aparentemente, tus hoyuelos son muy monos. —Muerdo de nuevo una sonrisa.

—Ja, ja—. Una pequeña sonrisa y él mira hacia abajo, tirando de la hierba mientras un rubor se extiende por su cuello.

—Y tienes ojos fascinantes… lo que sea que eso signifique.

Hace una mueca de vergüenza. —Vete a la mierda, Maya. Te lo estás inventando.

—No lo hago. Te lo dije… ella dice cosas como ésas. ¿Cómo era…? Oh, sí: tu boca, aparentemente, es muy besable.

Él se ahoga, bañándome con Coca-Cola. —¡Maya!

—¡No estoy bromeando! ¡Ésas fueron sus palabras exactas!



Está completamente ruborizado ahora, observando intensamente la lata de Coca-Cola. —¿Puedo terminarme ésta o aún tienes sed?

—Deja de intentar cambiar de tema—me río.

Él me lanza una mirada malévola y bebe hasta el fondo.

—Ella incluso me dijo que te vio a través de la puerta abierta del vestuario de chicos y que luces realmente…

Él me da un golpe. Aunque es medio en broma, me duele.

Me siento confusa. Debajo de su exterior bromista, parece molesto de repente. Me parece que, sin querer, he cruzado alguna línea invisible.

—Está bien—alzo las manos rindiéndome. —Pero has cogido la idea, ¿no?

—Sí, muchas gracias—. Me da otra sonrisa sardónica para demostrar que no está enojado y luego, gira el rostro hacia la brisa.

Se produce un largo silencio y cierro mis ojos, sintiendo los últimos rayos del sol veraniego sobre mi rostro. La tranquilidad es inquietante. Los gritos apagados que nos llegan desde los espacios de juego, parecen estar a millones de kilómetros de distancia. En algún lugar entre los árboles, un perro deja escapar un par de ladridos cortos y agudos. Ruedo sobre mi estómago y apoyo la barbilla sobre mis manos. Lochan no se da cuenta de que lo estoy observando y toda señal de risa se borrado completamente de su rostro. Con los codos apoyados sobre sus rodillas alzadas, mira a través del parque y puedo sentir que su mente está trabajando. Escudriñando en su rostro en busca de algún signo persistente de molestia, no encuentro ninguno. Sólo tristeza.

—¿Estás bien?

—Sí—. No se da vuelta.

—¿De verdad?

Él está a punto de decir algo, pero luego se queda en silencio. En su lugar, empieza a frotarse la rozadura con un costado del pulgar.



Me siento. Estirándome, aparto su mano de su rostro. Sus ojos se mueven hasta encontrar los míos.

—Maya, no voy a salir con Francie.

—Lo sé. Eso está bien. No me importa—le digo rápidamente. —Ella lo superará.

—¿Por qué estás tan interesada en emparejarnos?

Me siento súbitamente incómoda. —No lo sé. Supongo… supongo que pensé que, si salías con una amiga mía, al menos podría seguir viéndote. Tú no… parecería menos como si te hubieras ido.

Frunce el ceño, sin comprender.

—Es sólo que si conoces a alguien, el próximo año en la universidad…—un pequeño dolor surge en el fondo de mi garganta. No puedo terminar la frase. —Quiero decir, por supuesto que quiero que lo hagas, pero yo no… Tengo miedo que…

Él me da una larga, prolongada, mirada. —Maya, seguramente sabes que yo nunca te abandonaría… a ti o a los otros.

Fuerzo una sonrisa y miro hacia abajo, tirando de las briznas de hierba. *Pero lo harás un día*, no puedo evitar pensar. *Un día, todos nos alejaremos unos de los otros para formar nuestras propias familias. Porque ésa es la forma en que funciona el mundo*.

—Para ser honesto, dudo que algún día vaya a salir con alguien—dice Lochan en voz baja.

Levanto la mirada, sorprendida. Él me mira y luego desvía la mirada, otra vez, a la distancia, un incómodo silencio se extiende entre nosotros.

No puedo evitar sonreír. —Eso es una tontería, Loch. Tú eres el chico más guapo de Belmont. Todas las chicas de mi clase están locas por ti.

Silencio.

—¿Me estás diciendo que eres gay?



Las comisuras de su boca se contraen de diversión. —¡Si hay algo que sí sé, es que *no* lo soy!

Suspiro. —Es una lástima. Siempre pensé que sería genial tener un hermano gay.

Lochan ríe. —No pierdas las esperanzas, aún. Todavía quedan Kit y Tiffin.

—¿Kit? ¡Sí, seguro! Corre el rumor que ya tiene una novia. Francie jura que lo vio besuqueándose con una niña del año anterior en un salón de clases vacío.

—Esperemos que no la haya dejado embarazada—dice Lochan mordazmente.

Me estremezco y trato de desterrar el pensamiento de mi mente. Ni siquiera quiero pensar en Kit con una chica. Sólo tiene trece años, por Dios.

Suspiro. —Nunca he besado a nadie… a diferencia de la mayoría de las chicas en mi clase—confieso en voz baja, pasando mis dedos sobre la hierba crecida.

Él se gira hacia mí. —¿Y qué?—dice con suavidad. —Sólo tienes dieciséis años.

Recojo los tallos y hago un puchero. —Dulces dieciséis y nunca ha sido besada[10]… ¿Qué hay contigo… alguna vez has…?—Me callo bruscamente, súbitamente consciente de lo absurdo de mi pregunta. Trato de pensar un modo de darla vuelta, pero es muy tarde. Lochan ya está escarbando el suelo con las uñas, sus mejillas fuertemente coloreadas.

—¡Sí, claro!—. Da un bufido burlón, evitando mi mirada, tiene la atención puesta en el pequeño agujero que está cavando en la tierra. —¡Como… como si eso alguna vez fuera a suceder!—Con una corta risa, él me mira como implorando que me una y, a través de la vergüenza, veo el dolor en sus ojos.

Instintivamente, me acerco más, refrenándome de alcanzarlo y apretar su mano, odiándome por mi momento de irreflexión. —Loch, no siempre va a ser así—le digo suavemente. —Algún día…

—Sí, *algún* día—. Él sonríe con forzada indiferencia y se encoge breve y desdeñosamente de hombros. —Lo sé.

[10] En inglés, la frase rima y es parte de una copla popular irlandesa. También se ha usado en varias canciones, prosa y filmes: Sweet Sixteen and never been kissed (dulces dieciséis y nunca ha sido besada).

Un largo silencio cuelga entre nosotros. Levanto la vista hacia él, en la difusa luz del atardecer, ahora cercano a su fin. —¿Alguna vez piensas en eso?

Él duda, la sangre aún calienta sus mejillas y, por un momento, pienso que no va a responder. Aún continúa escarbando la tierra, aún evita esmeradamente mi mirada. —Por supuesto—. Es tan silencioso que, por un momento, creo que podría habérmelo imaginado.

Lo miro fijamente. —¿Quién?

—Nunca ha habido alguien, en realidad…—. Aún rehúsa levantar la vista, pero a pesar de sentirse cada vez más incómodo, no ha tratado de salirse de la conversación. —Sólo pienso que, en algún lado, debe haber…—sacude la cabeza, como si de pronto fuera consciente de haber hablado demasiado.

—¡Hey, también yo lo hago!—exclamo. —En algún lugar de mi cabeza, tengo la idea del hombre perfecto. Pero creo que ni siquiera existe.

—A veces…—comienza Lochan, entonces se calla.

Espero que continúe. —¿A veces…?—insisto suavemente.

—Desearía que las cosas fueran diferentes. —Toma una inspiración profunda. —Desearía que todo no fuera tan condenadamente difícil.

—Lo sé—digo en voz baja. —Yo también.

Capítulo Siete

Traducido por CairAndross

Lochan

El verano da paso al otoño. El aire se vuelve más frío, los días se acortan, las nubes grises y la persistente llovizna alternan con cielos azules y vientos tonificantes. Willa pierde su tercer diente. Tiffin accede a cortarse el cabello cuando una profesora suplente lo confunde con una niña. Kit es suspendido por tres días por fumar hierba. Mamá empieza a pasar sus días libres con Dave e, incluso cuando trabaja, con frecuencia se queda en su departamento encima del restaurante para evitar los viajes diarios. En las escasas ocasiones que regresa a casa, raramente se mantiene sobria por mucho tiempo y Tiffin y Willa han renunciado a pedirle que juegue con ellos o que los saque a pasear. Hago viajes regulares al contenedor para reciclaje de vidrio después del anochecer.

El semestre en la escuela me agota; me olvido de ir de compras, Tiffin necesita pantalones nuevos, Willa necesita zapatos nuevos, las facturas aguardan ser pagadas, mamá pierde otra vez su talonario de cheques. A medida que ella continúa desligándose de la familia, Maya y yo nos dividimos tácitamente las tareas: ella limpia, ayuda con los deberes del colegio, hace la rutina de la hora de dormir; yo voy de compras, cocino, arreglo las cuentas, recojo a Tiffin y a Willa del colegio. Algo que ninguno de los dos puede manejar, sin embargo, es Kit. Ahora ha empezado a fumar abiertamente, aunque desterrado a la puerta o la calle. Maya le habla con calma sobre los riesgos para su salud y él se ríe en su cara. Yo intento un enfoque serio y me gano una serie de improperios. Los fines de semana, sale con una pandilla de problemáticos de la escuela. Convenzo a mamá de que me de dinero para comprarle un móvil de segunda mano, pero él rehúsa responder cuando lo llamo. Le imploro que le imponga un toque de queda, pero ella rara vez está cerca como para hacerlo cumplir o, cuando sí lo está, llega a casa más tarde



que él. Pongo el toque de queda por mi cuenta, y Kit, inmediatamente, empieza a quedarse afuera hasta más tarde inclusive, como si regresar a casa a la hora acordada fuera un signo de debilidad, de capitulación. Y entonces, sucede lo inevitable: una noche no vuelve a casa, en absoluto.

A las dos de la mañana, después de llamarlo repetidas veces y que me desvíe directamente al buzón de voz, telefoneo a mamá por pura desesperación. Ella está en un club, en alguna parte; el ruido de fondo es ensordecedor: música, gritos, risas. Como ya estamos en las primeras horas de la madrugada, sus palabras suenan arrastradas y apenas registra el hecho que su hijo ha desaparecido. Riendo y deteniéndose cada pocas palabras para hablar con Dave, me informa que necesito aprender a relajarme, que Kit es un hombrecito ahora y que debe tener algo de diversión. Estoy a punto de señalar que podría estar tumbado boca abajo en alguna alcantarilla, cuando me doy cuenta que estoy malgastando mi aliento. Con Dave, ella puede fingir que es joven de nuevo, libre de las restricciones y responsabilidades de la maternidad. Ella nunca quiso madurar. Recuerdo a nuestro padre citando eso como una de las razones para irse. La acusó de ser una mala madre, pero la única razón por la que se casaron es que ella, accidentalmente, quedó embarazada de mí, un hecho que a ella le gusta recordarme cada vez que tenemos una discusión. Y ahora que estoy sólo a pocos meses de ser considerado legalmente un adulto, ella se siente más libre de lo que lo ha hecho en años. Dave ya tiene una joven familia propia. Ha dejado muy en claro que no quiere hacerse cargo de la de alguien más. Y así ella lo mantiene astutamente alejado, sólo trayéndolo a la casa cuando todo el mundo está dormido o en la escuela. Con Dave, ella se ha reinventado a sí misma: una mujer joven, atrapada en un apasionado romance. Se viste como una adolescente, gasta todo su dinero en ropas y tratamientos de belleza, miente sobre su edad y bebe, bebe, bebe para olvidar aquella juventud y belleza que dejó atrás, para olvidar que Dave no tiene intenciones de casarse con ella, para olvidar que, al final del día, sólo es una divorciada de cuarenta y cinco años, en un trabajo sin futuro, con cinco hijos no deseados. Sin embargo, comprender las razones tras su comportamiento no ayuda a que la odie menos.



Ya son las dos y media y estoy empezando a sentir pánico. Sentado en el sofá, estratégicamente ubicado para que la débil luz de la bombilla desnuda caiga

directamente sobre mis libros, he estado esforzándome por leer mis apuntes por al menos las últimas tres horas. Las palabras garabateadas se enredan unas con otras, bailando a través de la página. Maya bajó a darme las buenas noches hace una hora, con sombras púrpuras bajo los ojos, sus pecas contrastando fuertemente contra la palidez de su piel. Todavía llevo mi uniforme, los puños manchados de tinta como siempre, la camisa medio desabotonada. Desde algún lugar dentro de mi cráneo, un eje metálico de dolor perfora su camino hacia mi sien derecha. Una vez más, echo un vistazo al reloj y mi interior se anuda de miedo e ira. Contemplo mi reflejo fantasmal sobre el cristal oscurecido de la ventana. Mis ojos me duelen, mi cuerpo entero vibra de estrés y agotamiento. No tengo la más mínima idea de qué hacer.

Parte de mí quiere, simplemente, desechar el asunto, ir a la cama y sólo rogar para que Kit esté de vuelta para la hora en que me despierte por la mañana. Pero la otra parte de mí se esfuerza en recordarme que apenas es poco mayor que un niño. Un infeliz y autodestructivo niño, que anda con la clase equivocada de gente, porque ellos le proporcionan la compañía y admiración que su familia no. Él puede haber estado en una pelea, puede haber consumido heroína, puede haber quebrado la ley y arruinado su vida antes que ésta siquiera empiece. Peor aún, puede haber sido víctima de algún asaltante o alguna pandilla rival, su comportamiento le ha hecho ganar una buena reputación en la zona. Puede yacer sangrando en alguna parte, apuñalado o baleado. Puede estar odiándome, puede estar resentido conmigo, puede culparme de todo lo que está mal en su vida, pero si me doy por vencido con él, no le quedará absolutamente nadie. Su odio hacia mí quedará completamente justificado. Aun así, ¿qué posibilidades tengo? Se niega a compartir cualquier parte de su vida conmigo, así que no conozco a sus amigos o dónde pasa el tiempo. Ni siquiera tengo una bicicleta para revisar las calles.

En el reloj se leen las tres menos cuarto: casi cinco horas pasado el toque de queda de Kit para los fines de semana. En realidad, nunca llega a casa antes de las diez, pero rara vez se queda fuera mucho más de las once. ¿Qué lugares de por aquí están abiertos a estas horas? Los clubes nocturnos piden carnet de identificación; podría falsificar uno, pero sólo un idiota lo confundiría con un chico de dieciocho años. Nunca ha llegado, ni de lejos, tan tarde como ahora.





El miedo serpentea dentro de mi mente. Se curva sobre sí mismo, su cuerpo presiona contra las paredes de mi cráneo. Esto no es rebeldía: algo ha pasado. Kit está en problemas y nadie está allí para ayudarlo. Me siento tembloroso y empapado en sudor. No tengo más remedio que salir a recorrer las calles buscando un bar abierto, un club nocturno… cualquier cosa. Pero primero, tengo que despertar a Maya para que ella me llame si Kit regresa. Mi mente retrocede al agotamiento impreso en su rostro y la idea de sacarla de la cama me enferma, pero no tengo opción.

Mi primer golpe es demasiado leve, tengo miedo de despertar a los pequeños. Pero si Kit está lastimado o en problemas, no hay tiempo que perder. Giro el picaporte y abro la puerta. La luz de las lámparas se filtra a través de la capa de cortinas, iluminándole el rostro dormido, su cabello rojizo desplegado sobre la almohada. Ha apartado las sábanas de una patada y duerme boca abajo, estirada como una estrella de mar, con las bragas a la vista. Me siento en la cama y la sacudo suavemente. —¿Maya?

—Mm…—Se enrosca, apartándose de mí, como protesta.

Lo intento de nuevo. —Maya, despierta, soy yo.

—¿Eh?—. Rodando sobre su costado, se apoya sobre un codo, mirándome con ojos soñolientos, parpadeando tras una cortina de cabello.

—Maya, necesito tu ayuda—. Las palabras salen con más fuerza de lo que pretendo, el pánico creciente capturado en mi garganta.

—¿Qué?— Súbitamente alerta, intenta incorporarse, apartándose el cabello del rostro. Echa un vistazo a la mesita de luz y me mira de reojo haciendo una mueca. —¿Qué pasa?

—Es Kit… No ha regresado a casa y son casi las tres. C-creo que debería ir a buscarlo. Pienso que algo le debe haber sucedido.

Aprieta sus ojos, cerrándolos y luego los abre de par en par, como si estuviese intentando ordenar sus pensamientos.

—¿Kit aún está afuera?



—¡Sí!

—¿Has intentado llamarlo al móvil?

Le cuento mis inútiles intentos de localizarlos a ambos, tanto a Kit como a mamá. Maya sale a tropezones de la cama y me sigue al pasillo mientras doy caza a mis llaves. —Pero, Lochie, ¿tienes alguna idea de dónde pueda estar?

—No, tendré que revisar…—. Revuelvo los bolsillos de mi chaqueta, y luego hago lo mismo con la pila de correo basura y facturas sin abrir de la mesa del vestíbulo, enviándolos a volar. Mis manos empiezan a temblar. —¿Jesús, dónde mierda están mis llaves?

—Lochie, nunca lo encontrarás peinando las calles. ¡Él podría estar en la otra punta de Londres!

Me giro para enfrentarla. —¿Qué demonios sugieres que haga, entonces?

Me sobresalto con el volumen de mi voz. Maya retrocede un paso.

Me detengo y respiro profundamente, ahuecando mis manos sobre mi boca y luego pasándomelas por el cabello. —Lo siento. S-sólo no sé qué hacer. Mamá sonaba incoherente al teléfono. ¡Ni siquiera pude persuadir a esa perra de regresar a casa!—. Me ahogo con la palabra *perra* y encuentro que apenas tengo el aliento suficiente para terminar de hablar.

—Está bien—dice Maya rápidamente. —Está bien, Lochie. Me sentaré aquí y esperaré. Y te llamaré en el momento en que él regrese. ¿Tienes tu teléfono?

Palpo los bolsillos de mis pantalones. —No… mierda… y mis llaves…

—Aquí—. Maya recoge su abrigo del perchero y saca su teléfono y sus llaves. Agarrándolas, abro precipitadamente la puerta.

—¡Espera!—Me arroja mi chaqueta.

Me la pongo y me sumerjo en el frío aire de la noche.

Está oscuro, todas las casas dormidas, excepto por unas pocas iluminadas con la parpadeante luz azul de las pantallas de televisión. El silencio es inquietante; puedo oír los camiones de transporte llevando sus cargas, a kilómetros de distancia



sobre la autopista. Camino con rapidez hacia el final de nuestra calle y giro por la calle principal.

El lugar tiene un aspecto desértico y embrujado, las tiendas tienen las persianas cerradas sobre sus interiores oscuros.

La basura de la parada del mercado sigue amontonada en la calle, un borracho se tambalea fuera del Tesco[11] abierto toda la noche y dos mujeres jóvenes, ligeramente vestidas, siguen su camino cruzando el asfalto tomadas del brazo, sus voces agudas traspasando el aire nocturno. De repente, un coche vibrando con la música acelera a lo largo de la ruta, esquiva por poco al borracho, y los neumáticos chirrían cuando toma una curva. Veo un grupo de tipos haraganeando cerca de un bar cerrado. Todos están vestidos del mismo modo: sudaderas con capucha grises, jeans holgados deslizándose por sus caderas, zapatillas blancas. Pero mientras cruzo la carretera y me dirijo hacia ellos, me doy cuenta que son demasiado mayores para ser parte del grupo de Kit. Doy vuelta la cara con rapidez, pero uno de ellos me grita. —¡Hey, ¿qué mierda estás mirando?!



Lo ignoro y sigo adelante, las manos enterradas en los bolsillos, luchando contra el instinto de acelerar el paso. Como lobos, ellos siguen el olor del miedo. Por un momento, pienso que van a venir en pos de mí, pero sólo sus risas y obscenidades flotan a mi espalda.

Mi corazón continúa palpitando cuando alcanzo el final de la calle principal y cruzo la intersección, mi mente corriendo a toda velocidad. Ésa es exactamente la razón por la cual un chico de trece años no debería andar por las calles a estas horas de la noche. Esos tipos estaban aburridos, borrachos o drogados, o ambas cosas, y sólo buscaban pelea. Al menos uno de ellos tenía un arma de algún tipo: una botella rota, si no un cuchillo. Atrás quedaron las simples peleas a puñetazos, por lo menos en esta zona. ¿Y qué posibilidades tendría un calentón como Kit contra esa pandilla?

Está empezando a lloviznar y los faros de los taxis que pasan cortan la oscuridad, iluminando el asfalto mojado. Cruzo la intersección a ciegas y un taxista irritable me toca bocina. Me limpio el sudor del rostro con la manga de mi camisa, la adrenalina corriendo a través de mi cuerpo. La repentina sirena de un coche

[11] Tesco es una cadena multinacional de locales de venta al por menor con su sede en el Reino Unido.

policial me hace saltar violentamente; el sonido se desvanece en la distancia y yo salto de nuevo cuando una cacofonía de dementes ladridos estalla en mi bolsillo. Cuando saco el teléfono de Maya, mis manos están temblando. —¿Qué?— grito.

—Ha regresado, Lochie. Está en casa.

—¿Qué?

—Kit está de vuelta. Acaba de cruzar la puerta en este segundo. Así que puedes regresar a casa. ¿Dónde estás, a todo esto?

—Bentham Junction. Te veo en un minuto.

Regreso el teléfono a mi bolsillo y doy la vuelta. Con el pecho agitado y mi respiración entrecortada, observo las luces de los coches nocturnos. *Bien, cálmate*, me digo. *Está en casa*. *Está bien*. Pero puedo sentir el sudor que corre por mi espalda y hay una presión en mi pecho, como un globo a punto de estallar.

Estoy caminando demasiado rápido, respirando demasiado rápido, pensando demasiado rápido. Hay un dolor agudo en mi costado y mi corazón late con fuerza contra mi caja torácica. *Está en casa*, continúo diciéndome. *Está bien*; pero, no sé por qué no me siento aliviado. De hecho, me siento físicamente enfermo. Estaba tan seguro de que algo malo le había sucedido. ¿Por qué no ha podido responder el teléfono… hacer una llamada?

Para cuando me acerco a la casa, las luces de la calle se difuminan y bailan, y todo parece extrañamente irreal. Mis manos tiemblan tan fuerte que no puedo destrabar la puerta, las llaves de metal se escurren de mis dedos pegajosos. Termino por dejarlas caer y apoyo una mano sobre la puerta, para mantener el equilibrio mientras me inclino a buscarlas. Cuando la puerta se abre de repente, tropiezo a ciegas dentro del vestíbulo brillantemente iluminado.

—¡Hey, cuidado!—. La mano de Maya me estabiliza.

—¿Dónde está?

El sonido de risas enlatadas me llega desde la sala principal y la empujo para pasar. Kit yace de espaldas, un brazo detrás de la cabeza, los pies sobre el sofá, riéndose de algo en la televisión. Apesta a tabaco, alcohol y hierba.



De repente, la ira comprimida de tantos meses, explota a través de mi cuerpo como roca fundida.

—¿Dónde demonios has estado?

Haciendo girar el control remoto en su mano, se toma un momento antes de apartar brevemente sus ojos de la pantalla. —En ningún lugar que sea, de algún modo, asunto tuyo—. Su mirada regresa al televisor y empieza a reírse otra vez, subiendo preventivamente el volumen para ahogar cualquier intento posterior de conversación.

Agarro el control remoto y se lo arrebato de la mano, capturándolo sin que él se dé cuenta.

—¡Regrésamelo, imbécil!—. Está de pie en un instante, coge mi brazo y lo retuerce.

—¡Son las cuatro de la mañana! ¿Qué rayos has estado haciendo?

Lo enfrento, tratando de empujarlo, pero es sorprendentemente fuerte. Un relámpago de dolor golpea mi brazo, desde la mano hasta mi hombro y el control remoto cae al piso. Cuando Kit se zambulle para alcanzarlo, lo agarro de los hombros y lo pongo de espaldas. Él rueda sobre sí mismo y hay un cegador crujido de dolor cuando su puño conecta con mi mandíbula. Me tiro sobre él, agarrándolo por el cuello, pierdo el equilibro y lo arrastro al suelo. Mi cabeza golpea la mesa de café y, por un momento, toda claridad parece irse, pero me repongo y llevo mis manos alrededor de su garganta, y su rostro se vuelve carmesí, sus ojos dilatados y salidos. Me golpea en el estómago, una y otra vez, pero no lo dejo ir, no puedo dejarlo ir, incluso cuando me da un rodillazo en la ingle. Hay alguien más empujando mis manos, alguien más se interpone en el camino, alguien me grita, vociferando en mi oído. —¡Detente, Lochie, detente! ¡Vas a matarlo!

Lo suelto, él toma distancia, doblado sobre sus manos y rodillas, tosiendo y haciendo arcadas, hay hilos de saliva colgando de su boca. Alguien me detiene por detrás, sujetando mis manos contra mis costados, pero toda mi fuerza me ha abandonado de repente y apenas puedo sentarme. Escucho los sonidos jadeantes de Kit, mientras él se tambalea sobre sus pies y, de repente, se yergue sobre mí.



—Vuelves a tocarme de nuevo y te mato—. Su voz es ronca y áspera. Lo oigo marcharse, lo oigo subir a como trueno las escaleras de madera, oigo el sonido de un niño llorando. Me parece que estoy cayendo, excepto que la alfombra es sólida debajo de mí y la fría dureza de la pared presiona contra mi espalda. A través de una tenue bruma, veo a Willa envolver sus piernas en torno a la cintura de Maya, mientras Maya la levanta en un abrazo y murmura: —Está bien, todo está bien, mi amor… sólo acaban de tener una tonta pelea. Todo está bien ahora. Vamos a subir las escaleras y te meterás en la cama. ¿Está bien?

Ellas abandonan la habitación y los sollozos se desvanecen, pero continúan sobre mí, una y otra y otra vez.

Mis piernas están inestables en el camino hasta mi habitación. A salvo en el interior, me siento en el borde de la cama, los codos sobre las rodillas, ahuecando mis manos sobre mi nariz y boca, intentando detener la hiperventilación, el dolor en mi estómago enviando pequeñas réplicas a través de mi cuerpo. Siento el sudor que corre por mi rostro y no puedo parar de temblar. El halo que rodea la bombilla de luz sobre mí se expande y se retrae, creado danzantes puntos de luz. El horror completo de lo que sucedió apenas está empezando a golpearme. Nunca me metí en ningún tipo de pelea física con Kit con anterioridad, pero esta noche, provoqué una, casi quería una; una vez que puse mis manos alrededor de su garganta, honestamente no quería dejarlo ir. No entiendo lo que me está pasando… me parece que me estoy perdiendo. Así que Kit llegó a casa unas horas tarde, ¿qué adolescente no lo hace? Los padres se molestan con sus hijos, seguro: les gritan, amenazan, insultan quizás, pero no tratan de estrangularlos.

El golpe en la puerta envía otro estremecimiento a través de mi cuerpo. Pero sólo es Maya, completamente borrosa mientras se apoya contra el marco de la puerta. —¿Estás bien?

Con las manos aún cubriéndome la boca, asiento, desesperado porque se vaya, pero incapaz de hablar. Ella me observa con seriedad en la oscuridad, duda por un momento, luego enciende la luz sobre mi cabeza y entra.

Me quito las manos del rostro, apretándolas en puño para evitarme temblar. —Estoy bien— digo, mi voz ronca y vacilante. —Sólo deberíamos irnos a la cama.



—No te ves bien—. Cierra la puerta y se apoya contra ésta, sus ojos dilatados, su expresión inescrutable. No puedo decir si está enojada, horrorizada, asqueada…

—Maya, lo siento, y-yo, sólo perdí…—. Un dolor irregular corre a través de mi cuerpo.

—Lo sé, Loch, lo sé.

Quiero decirle cuánto lo siento. Quiero preguntarle si Willa está bien. Quiero pedirle que vigile a Kit, que se asegure que no esté haciendo las maletas y planeando huir, que me confirme que no lo he lastimado, a pesar que sé que lo he hecho. Pero no puedo sacar las palabras. Sólo el sonido de mi respiración jadeante llena el aire. Aprieto mis manos contra mi nariz y mi boca para intentar amortiguar el sonido, mis codos se hunden en mis rodillas en un esfuerzo por dejar de temblar y me encuentro balanceándome de atrás hacia delante sin saber por qué.

Apartándose de la puerta, Maya se acerca hacia mí, toma asiento a mi lado en la cama. Instintivamente, mi brazo se mueve para hacerla a un lado. —Maya, n-no… no necesito…

Ella toma mi mano extendida y la apoya suavemente en su regazo, frotando mi palma en movimientos circulares con su pulgar. —Trata de relajarte—. Su voz es suave, demasiado suave. —Todos están bien. Willa volvió a dormirse y Kit está bien.

Yo me alejo de ella, forcejeando para soltar mi mano de entre las suyas. —Y-yo sólo necesito dormir un poco…

—Lo sé, pero tienes que calmarte primero.

—¡Eso intento!

Su rostro se tensa de preocupación y soy consciente que, verme en este estado, hace poco por tranquilizarla. Sus dedos se sienten cálidos contra mi muñeca, moviéndose para acariciar el interior de mi brazo, el toque de su mano es, de algún modo, reconfortante. —Lochie, no fue tu culpa.

Me muerdo con fuerza y giro la cabeza.



—No fue tu culpa—dice ella de nuevo. —Lochie, tú lo sabes. Kit ha intentado provocar algo como esto por mucho tiempo. Cualquiera se habría quebrado.

Hay un dolor creciente en el fondo de mi garganta, una presión de aviso detrás de mis ojos.

—No puedes continuar culpándote por todo, sólo porque eres el mayor. Nada de esto es tu culpa: que mamá beba, que papá nos haya abandonado, que Kit haya tomado el camino que tomó. No podrías haber hecho nada más.

No sé cómo ha descubierto todo esto. No entiendo cómo es capaz de leer mi mente de ese modo. Giro el rostro hacia la pared, sacudiendo la cabeza para hacerle comprender que está equivocada. Saco mi mano de entre las suyas y froto un lado de mi cara, tratando de ocultarla de su mirada.

—Lochie…

No, no puedo sostenerlo más, no puedo, no puedo. Ni siquiera voy a sacarla de la habitación antes que sea demasiado tarde. Mis ojos pulsan con un dolor en aumento. Si me muevo, si hablo, si pestañeo siquiera, voy a perder la batalla.

Su mano me toca el hombro, acaricia mi espalda. —No siempre va a ser así.

Una lágrima roza un lado de mi mejilla. Me llevo la mano a los ojos para detener la siguiente. Mis dedos están húmedos, de repente. Tomo una inspiración profunda e intento contenerlo, pero se me escapa un pequeño sonido.

—Oh... Loch, no. No… ¡no más!—. Maya suena suavemente desesperada.

Me acerco más a la pared, deseando poder desaparecer dentro. Aprieto con fuerza el puño contra mi boca.

Entonces, el aliento contenido explota de mis pulmones con un violento sonido asfixiante.

—Hey, hey…— A pesar de su tono tranquilizador, reconozco una nota de pánico. —Lochie, por favor, escúchame. Sólo escucha. Esta noche fue horrible, pero no es el fin del mundo. Sé que, recientemente, las cosas se han vuelto real, realmente duras, pero todo está bien, todo está bien. Kit está bien. Tú sólo eres un ser humano. Estas cosas pasan…



Intento secar mis ojos con la manga de mi camisa, pero las lágrimas siguen saliendo y no entiendo por qué soy completamente incapaz de detenerlas.

—Shhh, ven aquí…—. Maya trata de girarme para que la enfrente, yo la empujo para alejarla. Ella lo intenta de nuevo. Frenéticamente, la aparto con un brazo.

—¡No! Maya, detente, por el amor de Dios… ¡por favor! ¡Por favor! ¡No puedo…! ¡No puedo…!— Los sollozos explotan con cada palabra. No puedo respirar. Estoy aterrado. Me estoy cayendo a pedazos.

—Lochie, cálmate. Sólo quiero contenerte, esto es todo. Déjame abrazarte—. Su voz adopta el tono sedante que usa cuando Tiffin y Willa están molestos. No se va a dar por vencida.

Raspo las uñas de una mano contra la pared, los violentos sollozos recorren mi cuerpo como ondas de choque, las lágrimas empapan la manga de mi camisa. —¡Ayúdame!—me encuentro jadeando. —¡No entiendo qué está mal conmigo!

Maya se desliza en el espacio entre la pared y yo, y súbitamente, ya no hay lugar dónde esconderme. Mientras me rodea con los brazos y me acerca hacia ella, intento resistirme una última vez, pero toda mi fuerza se ha vaciado. Su cuerpo es cálido contra el mío, vivo, familiar, tranquilizador. Presiono mi rostro contra la curva de su cuello, mis manos crispadas contra la espalda de su pijama como si ella fuera a desaparecer de repente.

—Yo… yo no quise… no quise… ¡Maya, no quería hacerlo!

—Sé que no querías, Loche. Lo sé, lo sé.

Ella me habla en voz baja, casi susurrando, un brazo envuelto fuertemente a mi alrededor, el otro acariciando mi nuca, meciéndome con suavidad hacia delante y hacia atrás. Me aferro a ella mientras los sollozos estremecen mi cuerpo, con tanta fuerza, que creo que nunca voy a ser capaz de detenerme.





Capítulo Ocho

Traducido por Caliope Cullen

Corregido por Pamee

Maya

Abro mis ojos y me encuentro mirando un techo desconocido. Mi cabeza se siente confusa con el sueño, y no es hasta que me encuentro parpadeando hacia una mesa cargada de libros de texto de nivel A, una silla cubierta de camisas desechadas y pantalones, que me acuerdo de dónde estoy. Hay un olor característico también, no desagradable, pero sin lugar a dudas de Lochan. Un peso ligero en mi pecho me impulsa a mirar hacia abajo, y al comienzo veo un brazo colgando de mi caja torácica, uñas mordidas, un gran reloj digital negro asegurado alrededor de la muñeca. Lochan está profundamente dormido a mi lado, tendido boca abajo, pegado a la pared, con el brazo cubriéndome.

Mi mente revive la noche anterior y recuerdo la pelea, recuerdo venir y encontrarlo de un modo realmente malo, el shock de verlo al borde de las lágrimas, el sentimiento de horror e impotencia mientras se venía abajo y sollozaba, la primera vez desde el día en que papá se marchó. Verlo así me regresa a través de los años, de vuelta a cuando papá llegó un día a casa para la 'despedida especial' antes de coger el vuelo que lo llevaría a él y su nueva esposa al otro lado del mundo. Hubo regalos, y fotos de la nueva casa con piscina, y promesas de vacaciones escolares con él, asegurándonos que volvería con regularidad. Los demás naturalmente habían comprado toda la charada (todavía eran jóvenes), pero de alguna manera Lochan y yo sentimos que no veríamos a nuestro padre otra vez, nunca. Y no pasó mucho tiempo antes de que nos dieran la razón.





Las llamadas telefónicas semanales se convirtieron en mensuales, sólo en ocasiones especiales, luego se detuvieron por completo. Cuando mamá nos dijo que su esposa había dado a luz, sabíamos que sólo era cuestión de tiempo antes de incluso los regalos de cumpleaños cesaran. Y cesaron. Todo cesó. Incluso la manutención infantil de mamá.

Los dos mayores lo esperábamos, simplemente nunca supusimos que nos borraría a todos de su vida tan rápido. Recuerdo claramente el momento después de la despedida final, después que la puerta principal se cerrara y el sonido del coche de mi padre se desvanecía en la calle. Acurrucada contra la almohada con mi nuevo perro de peluche y la imagen de la casa que sabía que nunca iba a llegar a visitar, me sobrevino de repente una enorme oleada de rabia y odio para un padre que una vez había clamado que me amaba tanto. Pero para mi sorpresa y disgusto, Lochan parecía estar de acuerdo con todo, regocijándose con los otros en la idea de que todos volaríamos a Australia muy pronto. En realidad, pensé que era estúpido. Puse mala cara y lo ignoré todo el día mientras que él se obligaba a sí mismo a creer en su farsa. Sólo más tarde esa noche, una vez que creyó que yo estaba dormida, rompió a llorar, sollozando suavemente en su almohada en la litera sobre mí. Había estado inconsolable entonces, también, luchando contra mí cuando había intentado darle un abrazo antes de finalmente ceder, dejando que me acurrucara bajo el edredón y llorara con él. Nos prometimos el uno al otro, entonces, que cuando creciéramos nos mantendríamos siempre juntos. Finalmente, agotados después de haber llorado, nos habíamos quedado dormidos. Y ahora aquí estamos, cinco años después. Tanto ha cambiado, y aun así tan poco.

Me siento extraña, acostada en la cama de Lochan con él durmiendo a mi lado. Willa solía meterse a la cama conmigo cada vez que tenía pesadillas, en la mañana me despertaba para encontrar su pequeño cuerpo presionado contra el mío. Sin embargo, este es Lochan: mi hermano, mi protector.

El ver su brazo colgado casualmente sobre mí me hace sonreír, lo quitaría muy rápido si se despertara. Sin embargo, no quiero que se despierte por el momento. Su pierna está presionada contra la mía, aplastándola ligeramente. Todavía está con su ropa para la escuela, su hombro fuerte contra mi brazo, sujetándome a la cama. Estoy bien y verdaderamente encajada a la cama, de hecho, ambos lo estamos: su otro brazo ha desaparecido por la estrecha grieta entre el colchón y la



pared. Vuelvo la cabeza con cuidado para ver si se ve como si fuera a despertar en cualquier momento pronto. No lo parece.

Está profundamente dormido, respirando en bocanadas largas, profundas y rítmicas, con su rostro vuelto hacia mí. No lo tengo tan cerca muy a menudo, no desde que éramos niños. Es curioso observarlo tan de cerca: veo cosas que apenas he notado antes. La forma en que su cabello, empapado en un rayo de sol entrando oblicuo a través de las cortinas, no es del todo negro como el azabache, sino que en realidad tiene pelos de color dorado. Puedo distinguir un patrón en el fino trazado de venas bajo la piel de sus sienes, incluso distinguir los pelos individuales de sus cejas. La débil cicatriz blanca sobre su ojo izquierdo debido a una caída de la infancia que no ha terminado de desvanecerse, y sus párpados están bordeados con pestañas negras sorprendentemente largas. Mis ojos siguen la cresta suave de su nariz hasta el arco de su labio superior, tan claramente definido, ahora que su boca está relajada. Su piel es suave, casi transparente, la única mancha es una herida auto-infligida por debajo de la boca, donde sus dientes han rozado en repetidas ocasiones, irritando y raspando la piel para dejar una pequeña herida carmesí: un recordatorio de su batalla con el mundo que lo rodea. Quiero frotarla suavemente, borrar el daño, el estrés, la soledad.



Me encuentro pensando en el comentario de Francie. Una boca besable. . . ¿Qué significa eso exactamente? En ese momento pensé que era divertido, pero ya no. No me gustaría que Francie besara la boca de Lochan. No me gustaría que nadie lo hiciera. Él es mi hermano, mi mejor amigo. La idea de que alguien lo vea así, tan de cerca, tan expuesto, de repente es insoportable. ¿Y si lo hieren, si le rompen el corazón? No quiero que se enamore de una chica. Quiero que se quede aquí, amándonos. Amándome.

Se mueve un poco, con el brazo deslizándose en mi caja torácica. Puedo sentir su calor sudoroso contra mi lado. La forma en que se contraen las fosas nasales de su nariz cada vez que inhala me recuerda a la situación precaria que mantenemos todos en la vida. Dormido, se ve tan vulnerable que me asusta.

Hay gritos, aullidos desde abajo. Pies tronando en las escaleras. Un fuerte golpe contra la puerta. La inconfundible voz sobreexcitada de Tiffin gritando:

—¡Está en casa! ¡Está en casa!





Lochan contrae el brazo y abre los ojos con un sobresalto. Durante un largo momento, sólo me mira, su iris esmeralda salpicado de azul, su rostro inmóvil. Entonces su expresión comienza a cambiar.

—¿Qué… qué está pasando?

Le sonrío a lo turbio de sus palabras. —Nada. Estoy atascada.

Mira su brazo, todavía colgando en mi pecho, y lo retrae rápidamente, tratando de incorporarse.

—¿Por qué estás…? ¿Qué diablos estás haciendo aquí?—Parece desorientado y un poco presa del pánico por un momento, el pelo alborotado colgando de sus ojos, la cara confusa de sueño. La huella de la almohada le ha dejado marcas escarlata en la mejilla.

—Estuvimos hablando ayer por la noche, ¿recuerdas?— No quiero mencionar la pelea, o sus consecuencias. —Supongo que ambos caímos muertos. —Me siento contra la cabecera, doblo mis piernas debajo de mí y me estiro. —No he sido capaz de moverme los últimos quince minutos, porque estabas medio aplastándome.

Él se retira al otro extremo de la cama, apoyándose en la pared, dejando caer la cabeza hacia atrás con un ruido sordo. Cierra los ojos por un momento. —Me siento torpe—murmura como para sí mismo, abrazándose las rodillas, su torso flácido y rendido.

Me preocupo, no es como si Lochan se quejara. —¿Dónde te duele?

Deja salir la respiración con una sonrisa fantasmal. —En todas partes. —La sonrisa se desvanece cuando no se la devuelvo y me sostiene con su mirada, los ojos cargados de tristeza. —Hoy es sábado, ¿no?

—Sí, pero todo está bien. Mamá está levantada, oí su voz hace unos minutos. Y Kit está levantado también. Parece que todos están abajo desayunando o almorzando o algo así.

—Oh. Ok. Bueno—. Lochan suspira con alivio y cierra los ojos. No me gusta la forma en que está hablando, sentándose, comportándose. Parece indefenso de



alguna forma, dolorido y totalmente derrotado. Hay un largo silencio. No abre los ojos.

—¿Lochie?— Me atrevo con suavidad.

—Sí. —Me mira con sorpresa y parpadea rápidamente como si tratara de involucrar a su cerebro.

—Quédate aquí mientras voy a conseguir un poco de café y analgésicos, ¿está bien?

—No, no…—Me atrapa por la muñeca para retenerme. —Estoy bien. Me levantaré una vez que haya tomado una ducha.

—Ok. Hay paracetamol en el armario del baño.

Me mira fijamente, en blanco. —Bien—dice con voz apagada.

No pasa nada. No se mueve. Empiezo a sentirme inquieta.

—No te ves demasiado bien, ya sabes—le informo con delicadeza. —¿Qué tal si vuelves a la cama un momento y te traigo el desayuno?

Gira la cabeza para mirarme de nuevo. —No, en serio, Maya, estoy bien. Sólo dame un minuto, ¿de acuerdo?

La regla no escrita en nuestra familia es que Lochan nunca está enfermo. Incluso el invierno pasado, cuando tuvo gripe y un alta temperatura, insistió en que estaba lo suficientemente bien para ir a la escuela.

—Entonces voy a conseguirte un café—declaro abruptamente, saltando de la cama. —Ve y toma una ducha caliente y…

Me detiene, capturando mi mano antes de que llegue a la puerta. —Maya…

Volteo, apretando mis dedos alrededor de los suyos. —¿Qué?

Su mandíbula se tensa y lo veo tragar. Sus ojos parecen estar buscando los míos, con la esperanza de alguna señal de comprensión, tal vez. —No puedo, realmente no creo que pueda…— Se interrumpe, respirando profundamente. Espero. —No



creo que hoy tenga la energía para hacer toda esa cosa de la comida familiar. —Pone cara de disculpa.

—Bueno, ¡por supuesto que yo lo haré, tontito!—Pienso por un momento y comienzo a sonreír. —Hey, tengo una idea incluso mejor.

—¿Qué?—Se ve esperanzado de repente.

Sonrío. —Voy a deshacerme de todos ellos, ya verás.

Estoy en la puerta por un momento, absorbiendo el caos. Están sentados alrededor de la mesa de la cocina, un lío de Coco Pops, latas de Coca-Cola, Jaffa Cakes y patatas fritas delante de ellos. Mamá debe haber enviado a Tiffin a la tienda de la esquina cuando sólo descubrió pan, café y muesli para el desayuno. Pero al menos está levantada antes del mediodía, aunque todavía con su vestido de color rosa de mala calidad, su pelo rubio sin peinar, grandes bolsas debajo de los ojos inyectados en sangre. A juzgar por el cenicero, ya se ha fumado medio paquete de cigarrillos, pero a pesar de su apariencia, parece sorprendentemente ágil y alegre, ayudada sin duda, por el trago de whisky que se puede oler en el café.

—¡Princesa!— Tiende los brazos. —Pareces un ángel con ese vestido.

—Mamá, este es el mismo camisón que he estado usando durante los últimos cuatro años—le informo con un suspiro.

Mamá sonríe complacida, apenas registrando mis palabras, pero Kit se ríe con la boca llena de Coco Pops, regando la mesa. Me alivia ver que se no está peor por su riña con Lochan ayer por la noche. Junto a él, Tiffin está tratando de hacer malabares con tres naranjas del frutero, claramente con el nivel de azúcar por las nubes. Willa está hablando con rapidez e indistintamente, su boca atiborrada a toda su capacidad con chocolate untado en su barbilla. Hago un poco de café, recupero el muesli del armario y empiezo a cortar el pan en el aparador.

—¿Quieres barra de Mars?— me ofrece Tiffin, generosamente.



—No, gracias, Tiff. Y creo que has comido suficiente chocolate por hoy. ¿Recuerdas lo que sucede cuando comes demasiada azúcar?

—Se me va a la cabeza—responde Tiffin de forma automática. —Pero no está en la escuela ahora.

—No *estoy* en la escuela ahora—lo corrijo. —Hey, adivinen qué, ¡he tenido una muy buena idea para un día familiar!

—Oh, ¡qué bonito!—exclama mamá con entusiasmo. —¿Dónde los vas a llevar?

—En realidad, estaba pensando en pasar un día con *toda* la familia— sigo jovialmente, cuidadosa de mantener el filo fuera de mi voz. —¡Y definitivamente me gustaría que vinieras también, mamá!

Kit me mira con ojos oscuros y desconfiados, resoplando en tono de burla. —Sí, vamos a la playa o algo y hagamos un picnic de mierda y finjamos que sólo somos una gran familia feliz.

—¿Dónde, dónde?—grita Tiffin.

—Bueno, estaba pensando que podríamos ir a…

—¡El zoológico, el zoológico!— Grita Willa, prácticamente cayendo de su silla por el entusiasmo.

—¡No, al parque!—demanda Tiffin. —Podemos jugar fútbol de tres a un lado.

—¿Qué hay de los bolos?—sugiere Kit de forma inesperada. —Tienen juegos de arcade allí.

Sonrío con indulgencia. —Podríamos ser capaces de hacer los tres. Hay una gran feria que acaba de abrir en Battersea Park, hay un zoológico en el otro lado del parque, y creo que el parque de atracciones incluso tiene juegos de arcade, Kit. —Un destello de interés se registra en sus ojos.

—Mamá, ¿me compras algodón de azúcar?—grita Tiffin.

—¡Y a mí, y a mí!—grita Willa.

Mamá sonríe tristemente. —Un día con todos mis conejitos. Qué bonito.





—Pero todos tendremos que estar listos doblemente rápido—advierto. —Es casi mediodía.

—Mamá, ¡vamos!—le grita Tiffin. —Tienes que ponerte tu maquillaje y vestirte ahora mismo.

—Sólo un último cigarri…

Pero Tiffin y Willa ya han regresado a la habitación para ponerse los abrigos y los zapatos.

Incluso Kit baja los pies de la mesa.

—¿Viene Lochan a esta pequeña excursión?—me pregunta mamá, continuando su cigarrillo. Me doy cuenta de que los ojos de Kit se agudizan de repente.

—No, tiene un montón de tareas para ponerse al día—. Dejo de limpiar la mesa y de repente me doy un golpe con la mano a la frente. —¡Oh, no! ¡Maldita sea!

—¿Qué te pasa, cariño?

—Me olvidé por completo. No puedo ir hoy. Prometí que cuidaría al nuevo bebé de los Davidson esta tarde.

Mamá me mira alarmada. —Bueno, ¿no puedes cancelar y decir que estás enferma o algo así?

—No, van a una boda y les dije que lo haría hace mucho tiempo. —No puedo creer lo buena mentirosa que soy. —Además —añado enfáticamente— de lo que podemos hacer con el dinero.

Tiffin y Willa vuelven a la cocina envueltos en sus abrigos, y se detienen, sintiendo al instante el cambio en la atmósfera.

—La inteligente Maya acaba de darse cuenta de que no podemos ir, después de todo—informa Kit.

—¡Iremos mañana!—exclama mamá alegremente.

—¡Nooo!— aúlla Tiffin, desesperado. Willa me mira acusadoramente, con sus ojos azules afligidos.



—Pero todavía pueden ir con mamá—digo por casualidad, evitando con cuidado su mirada.

Tiffin y Willa voltean a mirarla, sus ojos suplicantes. —¡Mamá! Mamá, ¡por favooooor!

—Oh, está bien, está bien—suspira, disparándome una mirada de dolor, casi enojada. —Cualquier cosa para mis bebés.

Cuando mamá sube las escaleras para vestirse y Tiffin y Willa corren por la casa en un frenesí inducido por el azúcar, Kit vuelve sus pies a la mesa y comienza a hojear un cómic. —Bueno, mira cómo resultó—murmura, sin levantar la vista.

Me tenso, pero sigo limpiando la mesa. —¿Cuál es la diferencia?— Replico en voz baja. —Tiffin y Willa saldrán a divertirse y tú llevarás cinco veces más dinero que de costumbre para gastar en arcade.

—No me estoy quejando—dice. —Creo que es conmovedora la forma en que fabricaste toda esta mentira complicada sólo porque Lochan está demasiado avergonzado para enfrentar el hecho de que es un bastardo violento.

Dejo de limpiar la mesa, apretando la esponja con tanta fuerza que el agua tibia y el jabón fluyen a través de mis dedos.

—Lochan no sabe nada acerca de esto, ¿de acuerdo?—replico, con ira reprimida en mi voz. —Esto fue mi idea. Porque, francamente Kit, es fin de semana, y Tiffin y Willa merecen tener un poco de diversión, y Lochan y yo estamos completamente destrozadas de manejar la casa toda la semana.

—Apuesto a que lo está… después de intentar matarme anoche. —Él me mira, sus ojos oscuros tan duro como guijarros.

Me encuentro a mí misma agarrando el borde de la mesa. —De lo que recuerdo, fue un asunto de dos vías. Y Lochan está tan golpeado que apenas puede moverse. Una lenta sonrisa de triunfo se extiende por la cara de Kit. —Sí, bueno, no puedo decir que esté sorprendido. Si no pasara sus días escondiéndose en las escaleras y, de hecho aprendiera a pelear como un verdadero…





Golpeo el puño sobre la mesa. —No me vengas con tu mierda de macho de pandilla—siseo en un susurro furioso. —¡Anoche no era una especie de competencia enferma! Lochan está muy molesto por lo que pasó. Nunca quiso hacerte daño.

—Qué considerado de su parte—responde Kit, y su voz gotea con sarcasmo, todavía hojeando exasperantemente su revista. —Pero es un poco difícil de creer cuando apenas hace unas horas tenía las manos alrededor de mi cuello.

—Tú tuviste un papel en esto también, y lo sabes. ¡Le diste un puñetazo primero!— Miro con nerviosismo la puerta cerrada la cocina. —Mira, no voy a entrar en una discusión contigo sobre quién empezó. En lo que se trate de la pelea, ambos son tan culpables como el otro. Pero pregúntate esto primero: ¿por qué demonios crees que Lochan estaba tan molesto, en primer lugar? ¿Cuántos de tus amigos tienen un hermano que permanece hasta la mitad de la noche esperando a que vuelvan? ¿Cuántos de ellos tienen un hermano que va recorriendo las calles a las tres de la mañana porque tiene un miedo horrible de que algo pudiera haber pasado? ¿Cuántos tienen hermanos que compran para ellos, cocinan para ellos, asisten a reuniones de padres y maestros dando la cara por ellos cuando están suspendidos en la escuela? ¿No lo entiendes, Kit? ¡Lochan lo perdió anoche porque se preocupa por ti, porque te ama!

Kit lanza la revista sobre la mesa, haciéndome saltar, sus ojos encendiéndose de cólera. —¿Le pedí que hiciera alguna de esas cosas? ¿Crees que me gusta depender de mi *maldito* hermano para cualquier mínima cosa? No, tienes razón, mis amigos no tienen hermanos mayores así. Tienen hermanos que salen con ellos, se molestan con ellos, los ayudan a conseguir documentos de identidad falsos y colarse en los clubes nocturnos. ¡Mientras que yo tengo un hermano que me dice a qué hora tengo que estar en casa y luego me da una paliza si llego tarde! ¡Él no es mi padre! Puede fingir que le importa, ¡pero es sólo porque está enfermo de poder! Él no me quiere como papá lo hizo, ¡pero seguro como el infierno que cree que puede decirme lo que debo hacer todos los segundos del día!

—Tienes razón —le digo en voz baja—. Él no nos ama como papá lo hizo. Papá se largó al otro lado del mundo con su nueva familia en el momento en que las cosas se pusieron difíciles. Lochan podría haber dejado la escuela el último año,



conseguirse un trabajo y mudarse. Podría haber decidido escaparse el próximo año a una universidad en el otro extremo del país. Pero no, sólo aplicó a las de Londres, a pesar de que sus maestros estaban desesperados porque intentara entrara a Oxford o a Cambridge. Se quedó en Londres para poder vivir aquí y cuidar de nosotros y asegurarse de que estamos bien.

Kit se las arregla para soltar una risa sardónica. —Vives en la ignorancia, Maya. ¿Sabes por qué no se va a cualquier lugar? Porque él un maldito miedoso, por eso. Lo has visto, ni siquiera puede hablar con sus compañeros de clase sin tartamudear como una especie de retardado. Y ciertamente no se queda aquí por mí. Se queda porque es un borracho de poder, consigue su placer al dar órdenes a Tiff y Willa porque le hace sentirse mejor acerca del hecho de que ni siquiera puede articular una sola palabra en la escuela. Y está aquí porque te *adora*, porque siempre estás de su lado en todo, crees que es algún tipo de Dios, y su hermana es la única amiga que tiene en el mundo. —Sacude la cabeza. —¿Cuán patético es eso?

Miro a Kit, observando la ira en su rostro, el color en sus mejillas; pero sobre todo, la tristeza en sus ojos. Me duele ver que todavía sufre mucho por papá y no dejo de recordarme a mí misma que sólo tiene trece años. Pero no puedo encontrar una manera de hacerle salir de su círculo concentrado en sí mismo, aunque sea por un segundo, y ver la situación desde cualquier punto de vista distinto al suyo.

Finalmente, desesperada, le digo: —Kit, entiendo por qué te molesta la posición de autoridad de Lochan, en serio. Pero no es culpa suya que papá se fuera y no es su culpa que mamá sea de la forma que es. Sólo está intentando cuidar de nosotros, porque no hay nadie más que lo haga. Te prometo Kit, que Lochan habría preferido mantenerse como tu hermano y amigo. Pero piensa, dadas las circunstancias, ¿qué otra cosa podría haber hecho, posiblemente? ¿Qué otra opción tuvo?

Cuando finalmente la puerta se cierra de golpe y las voces se desvanecen emocionadas por la calle, lanzo un suspiro de alivio y miro el reloj de la cocina. ¿Cuántas horas tenemos hasta que Tiffin y Willa empiecen a discutir, Kit comience a quejarse sobre el dinero y mamá decida que ha hecho más que suficiente para compensar su ausencia durante toda la semana? Contando con el tiempo de viaje,



podemos esperar tres horas, cuatro si tenemos suerte. Me siento como si debiera empezar a hacer todo inmediatamente, probar todas esas cosas que siempre estoy planeando hacer, pero que pospongo porque siempre hay algo más apremiante a la mano… Pero de repente, se siente absurdamente lujoso sólo estar sentada aquí en la cocina, en silencio, con la moteada luz del sol cayendo por la ventana de la cocina y calentando mi cara; sin pensar, sin moverme, sin preocuparme por las tareas o de discutir con Kit o tratar de controlar o entretener a Tiffin y a Willa. Simplemente ser. Siento como si pudiera quedarme aquí para siempre, en la tarde soleada y vacía, colgando de lado en una silla de madera, con mis brazos cruzados contra la suave curva del respaldar, viendo los rayos del sol bailar entre las hojas, y las ramas mirando por la ventana, creando sombras balanceándose en el suelo de baldosas. El sonido del silencio llena el aire como un olor hermoso: no hay voces elevándose, ni portazos, ni pies pisoteando fuerte, no hay música ensordecedora o balbuceo de dibujos animados. Cierro los ojos, el sol caliente acariciando mi rostro y cuello, llenando mis párpados con una neblina de color rosa brillante, y apoyo la cabeza en mis brazos cruzados.

Debo de haberme quedado dormida, porque el tiempo de repente parece haber saltado hacia adelante y me encuentro sentada en un rayo de luz blanca y brillante, haciendo una mueca y masajeando un calambre en el cuello y la rigidez en mis brazos. Me estiro y me pongo de pie con rigidez, moviéndome hacia la tetera y llenándola. Salgo hacia el pasillo con dos tazas humeantes y me dirijo a la escalera, oigo el crujir de papel detrás de mí y volteo.

Lochan se ha instalado en la sala, con archivadores, libros de texto y muchas notas distribuidas en la mesa de café y en la alfombra alrededor de él mientras está sentado en el piso contra el borde del sofá, una pierna estirada debajo de la mesa, la otra dispuesta para mantener abierto un mamotreto. Se ve mucho mejor, mucho más relajado en sus vaqueros favoritos y su camiseta verde, descalzo, con el pelo todavía mojado por la ducha.

—¡Gracias!—Deslizando el libro de texto de su regazo, acepto la taza que le tiendo. Se inclina hacia atrás en el sofá, sopla el café cuando me siento en la alfombra en la pared opuesta, bostezando y frotándome los ojos. —Nunca he visto a nadie dormir con la cabeza colgada del respaldo de una silla de madera antes, ¿el sofá no fue lo suficientemente cómodo para ti?— Su cara se

ilumina con una sonrisa rara. —Así que dime, ¿cómo diablos te deshiciste de todos ellos?

Le cuento de mi sugerencia del parque de atracciones y mi mentira sobre cuidar niños.

—¿Y te las arreglaste para convencer a Kit que los acompañara en este día en familia?

—Le dije que había juegos de arcade en la feria.

—¿Y hay?

—No tengo ni idea.

Los dos nos reímos. Sin embargo, la diversión de Lochan desaparece rápidamente.

—¿Kit parecía …? ¿Estaba…?

—Absolutamente bien. En forma verdaderamente antagónica.

Lochan asiente, pero sus ojos permanecen preocupados.

—Honestamente, Lochan, él está bien. ¿Cómo va la revisión?—Pregunto rápidamente.

Empujando el gran libro de texto lejos de él con disgusto, emite un suspiro entrecortado. —No entiendo estas cosas. Y si el señor Parris lo entendiera, al menos no tendría que estar enseñándome a mi mismo con algún libro de la biblioteca.

Gimo interiormente. Tenía la esperanza de que saliéramos e hiciéramos algo por la tarde, dar un largo paseo por el parque o tomar un chocolate caliente en "Joe's" o ir solos al cine, pero los exámenes de simulacro de Lochan son en sólo tres meses, y tratar de estudiar en las vacaciones de Navidad con los niños en casa todo el día, será una pesadilla. No puedo decir que esté particularmente preocupada acerca de mis AS[12], a diferencia de Lochan, sólo estoy apuntando a los temas que encuentro

[12] **Advanced Level** (*A-level*), es el nombre de un grupo de títulos de carácter optativo que pasan los estudiantes en Inglaterra, País de Gales e Irlanda del Norte al final de los dos últimos años de la enseñanza secundaria.



más fáciles. Mi extraño hermano, por otra parte, ha decidido, por razones mejor conocidas por él, tomar las dos materias más complicadas, matemáticas y física, así como inglés e historia, la de los dos grandes ensayos. Mi simpatía es limitada: justo como nuestro ex-padre, es un académico natural.

Sorbiendo su café distraídamente, toma su lápiz de nuevo y comienza a esbozar algunos diagramas complejos en el trozo más cercano de papel, etiquetando diferentes formas y símbolos con código ilegible.

Cerrando los ojos por un momento, toma el trozo de papel y lo compara con el diagrama del libro. Arruga la hoja, la tira a través del cuarto hecho un asco y empieza morder su labio.

—Tal vez necesitas un descanso—le sugiero, levantando la vista del periódico extendido a mi lado.

—¿Por qué demonios no puedo entender esto?— Me mira suplicante, como si estuviera esperando que mágicamente invocara la respuesta. Miro su rostro pálido, las sombras bajo los ojos y pienso: *Porque estás exhausto.*

—¿Quieres que te pregunte?

—Sí, genial. Sólo dame un minuto.

Mientras regresa a su libro de texto y sus diagramas y garabatos, sus ojos se estrechan concentrándose y continúa mordiéndose los labios. Doy golpecitos ociosamente a través del periódico, mi mente revoloteando brevemente a la tarea francesa enterrada en el fondo de mi bolso, antes de decidir que puede esperar. Llego a la sección de deportes sin encontrar un solo artículo de interés y, repentinamente aburrida, me echo sobre mi estómago y saco uno de los archivos de Lochan de la mesa de café. Lo hojeo, miro con envidia las páginas y páginas de ensayos, siempre acompañado por nada más que marcas y exclamaciones de alabanza. Nada más que A y estrellas de A. Me pregunto si el año que viene podría hacer pasar algunos de los trabajos de Lochan como míos. Pensarían que me convertí en un genio de la noche a la mañana. Un trozo reciente de escritura creativa me hace hacer una pausa: un ensayo, escrito hace menos de una semana, su habitual lista de superlativos a los márgenes. Pero es el comentario del profesor al final lo que me llama la atención:

Una representación extremadamente evocativa y poderosa de los conflictos internos de un hombre joven, Lochan. Esta es una historia maravillosamente creada sobre el sufrimiento y la psique humana.

Por debajo de esta alabanza, en letras grandes, el profesor ha añadido: *Por favor, por lo menos considera leer esto en clase. Sería realmente inspirador para los demás y sería una buena práctica para ti antes de tu presentación.*

Llena de curiosidad, vuelvo atrás a través de las páginas y comienzo a leer el ensayo de Lochan. Es acerca de un hombre joven, un estudiante de pregrado, que vuelve a la universidad en las vacaciones de verano para saber si tiene su título.

Uniéndose a las multitudes que llenan los tableros, el hombre descubre para su sorpresa, que ha recibido el primero, el único en su departamento. Pero en lugar de alegría, sólo siente una sensación de vacío, y mientras se aleja de las multitudes de estudiantes abrazando a amigos afligidos o para celebrar con los demás, nadie parece reparar en él, ni siquiera miran en su dirección. No recibe ni una sola palabra de felicitación.



Lo primero que pienso es que esto era una especie de historia de fantasmas, que este chico, en algún punto entre los finales y cuando ve sus resultados, ha muerto en un accidente o algo así, pero un saludo final de uno de sus profesores que logra pronunciar mal su nombre, demuestra que estoy equivocada. El tipo está muy vivo. Sin embargo, cuando le da la espalda al departamento y cruza el patio, mira los altos edificios que lo rodean, tratando de determinar cuál le garantiza una caída fatal.

La historia termina y yo levanto la cabeza de la página, atónita y conmovida, impresionada por la fuerza de la prosa y de repente al borde del llanto. Miro a Lochan, que tamborilea con los dedos sobre la alfombra, los ojos cerrados, cantando alguna fórmula física en voz baja.

Intento imaginarlo escribiendo esta pieza trágicamente conmovedora, y fallo. ¿Quién podría inventar una historia así? ¿Quién sería capaz de escribir sobre algo como esto tan claramente, a menos que hubiera experimentado tanto dolor, tanta desesperación, tal enajenamiento por sí mismo…?

Lochan abre los ojos y me mira. —La fuerza por unidad de longitud entre las largas rectas paralelas y conductores portadores de corriente: F es igual a mu a la potencia de cero, ápice del poder de uno, ápice de la potencia de dos en dos pi r. . . ¡Oh, por el amor de Dios que sea correcto!

—Tu historia es increíble.

Él parpadea hacia mí. —¿Qué?

—El ensayo de inglés que escribiste la semana pasada. —Miro las páginas en mi mano. —*Altos Edificios*.

Los ojos de Lochan se afilan de repente y lo veo tensarse. —¿Qué estás haciendo?

—Estaba hojeando tu archivo de inglés y me encontré con esto. —Lo sostengo en el aire.

—¿Lo leíste?

—Sí. Es malditamente bueno.

Aparta la mirada, pareciendo muy incómodo. —Sólo lo tomé de algo que vi en la televisión. ¿Podrías preguntarme ahora?

—Espera…— Me niego a dejar que haga esto a un lado tan fácilmente. —¿Por qué escribiste esto? ¿De quién trata esta historia?

—Nadie. Es sólo una historia, ¿está bien?— Suena enojado de repente, sus ojos se alejan de los míos.

El ensayo aún está en mi mano, no me muevo, dándole una mirada larga y dura.

—¿Crees que se trata de mí? No se trata de mí. —Su voz se eleva a la defensiva.

—Ok, Lochan. Está bien. —Me doy cuenta que no tengo más remedio que dar marcha atrás.

Él se muerde el labio duramente, consciente de que no estoy convencida.

—Bueno, ya sabes, a veces tomas algunas cosas de tu propia vida, las cambias, exageran las partes—admite, dándose la vuelta.



Tomo una respiración profunda. —¿Alguna vez…? ¿A veces te sientes así?

Me preparo para otra reacción airada. Pero en cambio, sólo mira fijamente la pared opuesta. —Creo, creo que tal vez todos se sienten así… una y otra vez.

Comprendo que esto es lo más cercano que voy a llegar a un reconocimiento y sus palabras hacen que me duela la garganta.

—Pero tú sabes… Sabes que nunca jamás te encontrarás solo como el hombre en tu historia, ¿verdad?—digo apresuradamente.

—Sí, sí, por supuesto. —Se encoge de hombros rápidamente.

—Porque, Lochan, siempre tendrás alguien que te ama, sólo a ti, más que a nadie en el mundo.

Estamos en silencio por un momento y Lochan vuelve a sus fórmulas, pero el color sigue siendo brillante en sus mejillas y puedo decir que en realidad no está comprendiendo nada. Vuelvo a mirar el mensaje del profesor escrito al final. —Así que, hey… ¿Has leído esto en la clase?—. Pregunto intensamente.

Alza la mirada hacia mí con un suspiro entrecortado. —Maya, sabes que soy una mierda en ese tipo de cosas.

—¡Pero esto es tan bueno!

Él hace una mueca. —Gracias, pero aun si eso fuera cierto, no habría ninguna diferencia.

—Oh, Lochie…

Atrayendo sus rodillas, se recuesta en el sofá, volviendo la cabeza para mirar por la ventana. —Pronto tengo que dar esta maldita presentación—dice en voz baja. —No sé, realmente no sé qué diablos hacer. —Parece estar pidiéndome ayuda.

—¿Le preguntaste si podías entregarlo como un trabajo escrito?

—Sí, pero es esa loca Aussie. Te lo digo, está obsesionada conmigo.



—De los comentarios y las calificaciones que te ha estado dando, es claro que piensa muy bien de ti—señalo suavemente.

—No es eso. Ella quiere… me quiere convertir en una especie de orador—. Se ríe forzadamente.

—Tal vez sea hora de que te permitas convertirte—le sugiero tentativamente. —Sólo un poco. Lo suficiente como para darte una oportunidad.

Un largo silencio. —Maya, sé que no puedo. —Se vuelve de pronto, mirando por la ventana a dos niños en bicicleta haciendo acrobacias en la calle. —Se, se siente como si la gente me estuviera quemando con sus miradas. Como si no hubiera aire en mi cuerpo. Tiemblo estúpidamente, mi corazón late con fuerza, y las palabras sólo…simplemente desaparecen. Mi mente se pone totalmente en blanco y ni siquiera puedo distinguir la escritura en la página. No puedo hablar lo suficientemente alto como para que la gente me escuche, y sé que todo el mundo está esperando, esperando a que me desmorone para que se puedan reír. Todos saben, todos ellos saben que no puedo hacerlo. —Se interrumpe, la risa se ha ido de sus ojos, su respiración es superficial y rápida, como si fuera consciente de que ya ha dicho demasiado. Su pulgar frota adelante y atrás sobre la llaga. —Jesús, sé que no es normal. Sé que es algo que tengo que resolver. Y… y, estoy seguro que lo haré. Tengo que hacerlo. ¿Cómo conseguiré un trabajo, si no? Voy a encontrar un camino. No siempre voy a ser así…— Toma una respiración profunda, tirando de su cabello.

—Por supuesto que no—lo tranquilizo rápidamente. —Una vez que estés libre de Belmont, de toda la escuela y su estúpido sistema…

—Pero todavía tendré que encontrar una manera de pasar a través de la universidad; y el trabajo, después de eso…— Su voz tiembla de repente y veo la desesperación en sus ojos.

—¿Has hablado con la profesora de Inglés al respecto?— Pregunto. —Ella no suena tan mal, ya sabes. Tal vez podría ayudar, darte algunos consejos. Mejor que la inútil consejera que te obligó a… ¡la que te impulsó a hacer ejercicios de respiración y te preguntó si fuiste amamantado cuando eras un bebé!





Él comienza a reírse antes que yo. —Oh Dios, casi me había olvidado de ella, ¡de verdad era una chiflada!— Se pone serio de repente. —Pero la cosa es… la cosa es que no puedo…realmente no puedo.

—Sigues diciéndolo—señalo suavemente—Pero te subestimas enormemente, Lochie. *Sé* que puedes leer algo en clase. Tal vez no comenzar con una presentación completa, pero tal vez podrías acordar leer uno de tus ensayos. Algo más corto, un poco menos personal. Ya sabes, es como con cualquier cosa: una vez que das el primer paso, el siguiente es mucho más fácil. —Me interrumpo con una sonrisa. —¿Sabes quién fue el primero que me dijo eso?

Sacude la cabeza y rueda los ojos. —No tengo idea. ¿Martin Luther?

—Tú, Lochie. Cuando estabas tratando de enseñarme a nadar.

Él sonríe brevemente haciendo memoria, luego exhala lentamente. —Está bien. Tal vez podría probar…—Me dispara una sonrisa burlona. —La sabia Maya ha hablado.

—¡Por supuesto!— De repente salto sobre mis pies, decidiendo que nuestro raro día libre pide un poco de diversión. —¡Y a cambio de toda esta sabiduría, quiero que hagas algo por mí!

—Oh, oh.

Enciendo la radio, sintonizando la primera estación de pop que encuentro. Me vuelvo hacia Lochan y extiendo los brazos.

Él se queja, dejando caer la cabeza contra los cojines. —Oh, Maya, por favor, ¡estás bromeando!

—¿Cómo voy a practicar sin un compañero?—protesto.

—¡Pensé que habías dejado de bailar salsa!

—Sólo porque el club se mudó a la hora de comer después de la escuela. De todos modos, he aprendido un montón de nuevos movimientos de Francie. —Empujo la mesa de café fuera del camino, amontono los papeles y libros, y me agacho para agarrarlo de la mano. —¡De pie, compañero!

Obedece con un show dramático de renuencia, murmurando enfadado por su tarea inconclusa.

—Le restaurará el flujo sanguíneo a tu cerebro— le digo.

Tratando de no verse avergonzado y decaído, Lochan se queda de pie en el centro de la habitación con las manos en los bolsillos. Subo el volumen un par de decibeles, poniendo una mano en la suya y la otra en su hombro. Comenzamos con unos pocos pasos. A pesar de que constantemente mira sus pies, no es un mal bailarín. Tiene buen sentido del ritmo y aprende nuevos movimientos con mayor rapidez que yo. Le muestro los nuevos pasos que Francie me enseñó. Una vez que los tiene, estamos moviéndonos. Pisa mis dedos algunas veces, pero como estamos los dos descalzos sólo nos hace reír. Después de un rato me pongo a improvisar. Lochan me da vueltas alrededor y casi me manda a la pared. Encontrándolo muy divertido, trata de hacerlo una y otra vez. El sol está en su cara, un remolino de partículas de polvo a su alrededor en la luz dorada de la tarde.

Relajado y feliz, de repente, por un breve momento, parece en paz con el mundo.

Pronto estamos sin aliento, sudorosos y riéndonos. Después de un tiempo el estilo de la música cambia, un cantante melódico con un ritmo lento, pero no importa porque estoy demasiado mareada de dar vueltas y riendo para continuar. Engancho mis brazos alrededor del cuello Lochan y colapso contra él. Me doy cuenta del cabello húmedo pegado a su cuello y aspiro el olor a sudor fresco. Espero que se aleje y vuelva a su física, ahora que nuestro momento de estupidez ha terminado, pero para mi sorpresa, él sólo pone sus brazos a mi alrededor y me balancea de lado a lado. Pegada a él, puedo sentir el golpeteo de su corazón contra el mío, sus costillas se expanden y contraen con rapidez contra mi pecho, el susurro de su aliento cálido cosquillea al lado de mi cuello, el roce de su pierna contra mi muslo.

Descansando los brazos sobre sus hombros, me tiro un poco hacia atrás para echar un vistazo a su rostro. Pero ya no sonríe.



Capítulo Nueve

Traducido por misa_wayland

Corregido por Pamee

Lochan

El cuarto está sumergido en luz dorada. Maya todavía esta sonriéndome, su rostro se ilumina con la risa, mechones de cabello leonado cuelgan sobre sus ojos y caen por su espalda, cosquilleando en mis manos abrazadas a su cintura. Su rostro resplandece como un farol antiguo, encendido desde el interior, y todo lo demás en el cuarto desaparece como en una niebla oscura. Aún estamos bailando, meciéndonos ligeramente con la dulce voz, y Maya se siente cálida y viva entre mis brazos. Simplemente estando aquí de pie, moviéndonos suavemente de lado a lado, comprendo que no quiero que este momento termine.

Me encuentro maravillado de cuán bonita es, de pie aquí, apoyándose contra mí con su blusa azul de mangas cortas, sus brazos desnudos y cálidos contra mi cuello. Los botones de arriba no están abotonados, revelando la curva de su clavícula, la extensión de su piel blanca y lisa. Su falda blanca de algodón se detiene bien sobre sus rodillas y soy consiente de sus piernas desnudas que rozan contra el tejido delgado y estropeado de mis vaqueros.

El sol resalta su pelo castaño rojizo, alcanza sus ojos azules. Absorbo cada pequeño detalle, desde su suave respiración hasta el toque de cada dedo en la parte de atrás de mi cuello. Y me encuentro lleno con una mezcla de excitación y euforia tan fuerte que quiero que el momento nunca acabe… Y entonces, salido de ninguna parte, soy consciente de otra sensación: una oleada de hormigueo por todo mi cuerpo, una familiar presión contra mi ingle. Abruptamente, me aparto de ella, alejándola de mí, y camino hacia la radio y paro la música.

Mi corazón golpea con fuerza contra mis costillas, me retiro al sofá, me enrosco buscando a tientas el libro de texto más cercano para tirarlo en mi regazo. Aún donde la dejé, Maya me mira con una expresión aturdida en el rostro.

—Ellos van volver en cualquier momento— le digo a modo de explicación, mi voz apresurada y entrecortada. —Tengo… tengo que terminar esto.

Aparentemente impasible, ella suspira, aún sonriendo, y se deja caer en el sofá a mi lado. Su pierna toca mi muslo y retrocedo violentamente. Necesito una excusa para dejar la habitación pero parece que no puedo pensar nada bueno, mi mente es un revoltijo desastroso de pensamientos y emociones. Me siento sonrojado y jadeante, mi corazón martillea tan ruidosamente que tengo miedo de que ella lo oiga. Necesito alejarme tanto de ella como me sea posible.

Apretando el libro de texto contra mis muslos, le pregunto si podría hacerme un poco más de café y ella me complace. Recogiendo las dos tazas usadas se encamina hacia la cocina.

En el momento en el que oigo el ruido metálico del fregadero, me precipito hacia las escaleras, tratando de hacer tan poco ruido como me sea posible. Me encierro con llave en el baño y me apoyo contra la puerta como para reforzarla. Me saco toda la ropa, casi rompiéndola con mi prisa, y, cuidadoso de no mirar hacia abajo, camino bajo una ducha helada, exhalando de conmoción. El agua es tan fría que hiere, pero no importa: es un alivio. Tengo que detener esta… esta… esta locura. Después de estar ahí por un momento, con mis ojos firmemente cerrados, me empiezo a entumecer y mis nervios terminan disminuyendo, borrando todas las señales de mi temprana excitación. Esto calma los rápido pensamientos, alivia la presión de la locura que ha empezado a agobiar mi mente. Me apoyo contra la pared, permitiendo que el agua glacial azote mi cuerpo, hasta que todo lo que hago es temblar violentamente.

No quiero pensar. Mientras no piense o sienta, estaré bien y todo volverá a la normalidad. Sentado en el escritorio de mi habitación con una camiseta limpia y pantalones deportivos, con el pelo mojado enviando arroyos fríos por la parte de atrás de mi cuello, estudio atentamente las ecuaciones cuadráticas, peleando para



mantener las figuras en mi cabeza, luchando por encontrarle sentido a los números y símbolos. Repito la formula murmurando, cubriendo página tras página con cálculos, y cada vez que siento una grieta en mi armadura auto-impuesta, una grieta de luz entrando en mi cerebro, me obligo a trabajar más arduamente, más rápidamente, borrando los demás pensamientos. Soy débilmente consciente de cuando vuelven los demás, de sus voces altas en el vestíbulo, del martilleo de platos abajo en la cocina. Me concentro en desconectarlo todo. Cuando Willa entra para decir que han pedido pizza, le digo que no tengo hambre; tengo que terminar este capítulo para esta noche, debo hacer cada ejercicio a velocidad máxima, no tengo tiempo para detenerme y pensar. Todo lo que puedo hacer es trabajar o me volveré loco.

Los sonidos de la casa me invaden como ruido blanco, la rutina de la noche por una vez se desarrolla sin mí. Una discusión, una puerta cerrándose de golpe, mamá gritando… no me importa. Ellos pueden arreglárselas, debo concentrarme en esto hasta que sea tan tarde que todo lo que pueda hacer sea derrumbarme en la cama, y entonces será de mañana y nada de esto habrá pasado. Todo regresará a la normalidad, pero ¿de qué estoy hablando? ¡Todo *es* normal! Sólo olvidé, por un loco momento, que Maya era mi hermana.

Por el resto del fin de semana me mantengo encerrado en mi habitación, enterrado en tareas, y dejo a Maya a cargo. En clase el lunes, me esfuerzo por quedarme tranquilo, pues estoy nervioso e inquieto. Mi mente se ha vuelto extrañamente difusa; estoy poseído por miles de sensaciones a la vez. Hay una luz centellante en mi cerebro, como el faro de un tren en la oscuridad. Un tornillo está apretándose despacio alrededor de mi cabeza, agarrando mi sien.

Cuando Maya entró en mi cuarto ayer para decir buenas noches, informándome que había dejado mi cena en la nevera, ni siquiera pude voltear a mirarla. Esta mañana le grité a Willa durante el desayuno y la hice llorar, arrastré a Tiffin por la puerta, al parecer causándoles lesiones corporales graves, ignoré completamente a Kit y le contesté bruscamente a Maya cuando me preguntó por tercera vez qué pasaba... soy un persona deshaciéndose. Estoy tan asqueado conmigo mismo que quiero arrastrarme fuera de mi propia piel.



Mi mente sigue retrocediendo a ese baile: Maya, su cara, su toque, ese sentimiento. Sigo diciéndome que esas cosas pasan, estoy seguro de que no son tan raras; después de todo, soy un chico, tengo diecisiete años… cualquier cosa nos enciende, sólo porque esto pasó cuando estaba bailando con Maya no significa nada. Pero las palabras hacen poco para tranquilizarme. Estoy desesperado por escaparme, porque la verdad es que ese sentimiento sigue ahí, quizás siempre ha estado, y ahora que lo he reconocido, me aterra que sin importar cuánto pueda quererlo, nunca podré regresar las cosas a cómo eran.

No, eso es ridículo. Mi problema es que necesito alguien en quien enfocar mi atención, algún objeto de deseo, alguna chica con quien fantasear. Echo una mirada alrededor de la clase pero no hay nadie. Chicas atractivas, sí. Alguna chica que me importe, no. Ella no puede ser simplemente un rostro, un cuerpo; tiene que ser más que eso, tiene que haber algún tipo de conexión. Y no puedo conectar, no quiero conectar, con nadie.

Le envío un mensaje de texto a Maya preguntándole si puede recoger a Tiffin y Willa, entonces me salto el último período, voy a casa para cambiarme la ropa por mi equipo para correr y me arrastro por la periferia empapada del parque local. Después de un glorioso fin de semana, el día es gris, mojado y miserable: árboles desnudos, hojas agonizantes y barro resbaladizo bajo los pies.

El aire es tibio y húmedo, una fina capa de llovizna salpica mi cara. Corro tan lejos y rápido como puedo, hasta que la tierra parece brillar débilmente bajo mis pies, y el mundo a mí alrededor se extiende y se repliega; borrones de rojo-sangre perforan el aire delante de mí. Eventualmente, el dolor se hace camino a través de mi cuerpo, forzándome a detenerme, y vuelvo a casa para darme otra ducha helada y trabajo hasta que los otros vuelven y empiezan los quehaceres de la noche.

Cuando ha pasado medio semestre, juego fútbol en la calle con Tiffin, intento entablar conversaciones con Kit y jugar a los interminables juegos de Escondite y ¿Adivina Quien? con Willa. En la noche, después de que mi mente se cierra por el exceso de información, reorganizo los cajones de la cocina y los armarios. Paso por la habitación de Tiffin y de Willa, recogiendo ropa y juguetes descartados, y los



llevo a la tienda de caridad. O estoy entreteniendo o limpiando o cocinando o estudiando: registro minuciosamente las notas de revisión tarde en la noche, estudio detenidamente mis libros hasta ya entrada la madrugada, hasta que no hay nada más que hacer que colapsar en mi cama y caer en un sueño corto y profundo, sin sueños. Maya hace comentarios por mi ilimitada energía pero me siento adormecido, absolutamente drenado por tratar de mantenerme siempre ocupado. De ahora en adelante sólo *haré* y no *pensaré.*

Volviendo a la escuela, Maya esta ocupada con sus clases. Si nota la diferencia en mi comportamiento hacia ella, no lo menciona. Quizás también se siente incómoda desde esa tarde. Quizás también comprende que tiene que haber más distancia entre nosotros. Negociamos con la cautela como un pie desnudo que evita fragmentos de vidrio, confinando nuestros breves intercambios a los aspectos prácticos: el camino a la escuela, la compra semanal, las maneras de persuadir a Kit para que lave la ropa, la probabilidad de mamá se quede sobria en la tarde de los padres, actividades de fin de semana para Tiffin y Willa, citas dentales, resolver cómo hacer que la nevera deje de gotear. Nunca estamos solos.

Mamá está cada vez más ausente de la vida familiar, la presión de equilibrar los trabajos escolares y los quehaceres domésticos se intensifica y doy la bienvenida a las tareas interminables, pues me dejan literalmente sin tiempo para pensar. Las cosas están empezando a mejorar, estoy empezando a volver a un estado de normalidad, hasta que una noche alguien llama a la puerta de mi habitación.

El sonido es como una bomba que explota en un campo abierto.

—¿Qué?— Estoy terriblemente nervioso por una dosis excesiva de cafeína. Mi consumo diario de café ha alcanzado nuevas alturas, es la única manera de mantener mi energía nivelada a través de los días y las tardes y las noches en vela. No hay ninguna respuesta pero oigo que la puerta se abre y se cierra detrás de mí. Me vuelvo de mi escritorio, el bolígrafo sigue presionado contra las hendiduras de mis dedos, la computadora portátil que me prestó la escuela anclada en medio de un océano de notas garabateadas. De nuevo está usando ese camisón, el blanco que hace mucho le ha quedado pequeño y que apenas alcanza sus muslos. Cómo deseo que ella no caminara con esa cosa; cómo deseo que su cabello cobrizo no fuera tan



largo y brillante; cómo deseo que no tuviera esos ojos, que simplemente no hubiera entrado sin ser invitada. Cómo deseo que el verla no me llenara de tal incomodidad, torciendo mis interiores, tensando cada músculo de mi cuerpo, poniendo mi pulso a tamborilear.

—Hola—dice. El sonido de su voz me duele. Esa sola palabra destila ternura y preocupación. Con sólo una palabra transmite tanto… su voz me llama fuera de una pesadilla. Intento tragar, mi garganta está seca, hay un sabor amargo atrapado en mi boca. —Hola.

—¿Te molesto?

Quiero decir que sí. Quiero pedirle que se vaya. Quiero que su presencia y su delicado olor jabonoso se evaporen de este cuarto. Pero cuando no contesto, ella se sienta en el borde de mi cama, a centímetros de mí, con un pie desnudo metido bajo ella, inclinándose hacia adelante.

—¿Matemáticas?— pregunta, mirando mis fajos de papel.

—Sí. —Devuelvo mi mirada al libro de texto, con el lápiz en equilibrio.

—Oye… —Extiende la mano hacia mí, haciéndome retroceder. Su mano no alcanza a tocar la mía cuando me alejo, y la suya vuelve a descansar, suelta y vacía, contra la superficie del escritorio. Bajo mis ojos a la pantalla de mi computadora, la sangre hiere mis mejillas, mi corazón duele en mi pecho. Aún soy consciente de su cabello, cayendo como una cortina alrededor de su rostro, y no hay nada entre nosotros excepto el tortuoso silencio.

—Dime— dice simplemente, sus palabras agujerean la frágil membrana que me rodea.

Siento mi respiración acelerarse. Ella no puede hacerme esto. Alzo mi mirada y miro fijamente fuera de la ventana, pero todo lo que veo es mi propio reflejo, esta pequeña habitación, la suave inocencia de Maya a mi lado.

—Ha pasado algo, ¿no?— Su voz continúa punzando el silencio como un sueño no deseado.

Empujo mi silla lejos de ella y froto mi cabeza. —Simplemente estoy cansado. — Mi voz rechina contra la parte de atrás de mi garganta. Sueno extraño, incluso a mis propios oídos.

—Lo he notado— continúa Maya. —Y es por eso que he estado preguntándome por qué continúas tropezando con el suelo.

—Tengo mucho trabajo que hacer.

El silencio aprieta el aire. Me doy cuenta de que ella no se va a ir tan fácilmente.

—¿Qué pasa, Lochie? ¿Fue algo en la escuela? ¿La presentación?

No puedo decirte. No puedo decirte a ti, *de entre todas las personas. A lo largo de mi vida, fuiste la única persona a la que podía dirigirme. La única persona con la que siempre podía contar para que me entendiera. Y ahora te he perdido, he perdido todo.*

—¿Sólo estás alicaído por cosas en general?

Muerdo mi labio inferior hasta que reconozco el sabor metálico de la sangre. Maya se da cuenta y sus preguntas se detienen, dejando en su lugar un silencio turbio.

—Lochie, di algo. Me estás asustando. No puedo soportar verte así. —Se estira de nuevo para tomar mi mano y esta vez hace contacto.

—¡Detente! ¡Simplemente vete a dormir y déjame malditamente solo!

Las palabras se disparan de mi boca como balas, rebotando contra las paredes antes de que pueda siquiera registrar lo que estoy diciendo. Veo cambiar la expresión de Maya, su rostro se congela en una mirada de incrédula sorpresa, sus ojos se amplían sin comprender. Tan pronto mis palabras se estrellan de golpe

contra ella, se marcha, agachando la cabeza para esconder las lágrimas que se juntan en sus ojos.

La puerta hace clic al cerrarse tras ella.





Capítulo Diez

Traducido por verittooo

Maya

—¡Oh Dios mío, Oh Dios mío, nunca adivinarás lo que pasó esta mañana!— los ojos de Francie están ardiendo con entusiasmo, las esquinas de sus labios rojo-cereza se levantan para formar una sonrisa.

Dejo caer mi bolso al piso y colapso en el asiento a su lado, mi cabeza todavía haciendo eco a los gritos de Tiffin cuando tuvo que ser arrastrado a la escuela esta mañana, después de una furiosa pelea con Kit por un Transformer de plástico en la parte inferior de una caja de cereales. Cierro los ojos.

—Nico DiMarco estaba hablando con Matt y…

Abro mis ojos con esfuerzo y la interrumpo. —Pensé que tenías una cita con Daniel Spencer.

—Maya, puede que haya decidido darle una oportunidad a Danny mientras espero a que tu hermano entre en sus sentidos, pero esto no tiene nada que ver con eso. Nico estaba hablando con Matt esta mañana, y adivina lo que dijo… *¡adivina!*— Su voz aguijonea con entusiasmo y el Sr. McIntyre deja de hacer chirriar su pluma contra el pizarrón blanco por un momento para girarse y darnos un suspiro resignado.

—Chicas, si pudieran por lo menos *fingir* que están prestando atención.

Francie le muestra su sonrisa dentuda y después se vuelve a girar en su asiento para mirarme de frente. —¡Adivina!

—No tengo idea. ¿Su ego se hizo tan grande que explotó y ahora necesita cirugía?



—¡Nooo!— Francie hace sonar sus zapatos no reglamentarios para la escuela contra el linóleo, zapateando con entusiasmo. —¡Lo escuché diciéndole a Matt Delaney que iba a invitarte a salir hoy después de la escuela!— Abre tanto la boca que puedo distinguir sus amígdalas.

La miro aturdida.

—¿Bueno?— Francie me sacude brutalmente por el brazo. —¿Esto no es enorme? Todas han estado detrás de él desde que rompió con Annie la Anoréxica, ¡y va y te elige a ti! ¡Y tú eres la única chica en la clase que no usa maquillaje!

—Estoy tan alagada.

Francie tira hacia atrás su cabeza dramáticamente y gime. —¡Aargh! ¿Cuál es tu problema estos días? ¡A inicio de año me dijiste que él era el único chico en Belmont con el que considerarías besuquearte!

Lanzo un suspiro. —Sí, sí. Así que es atractivo. Pero él sabe eso. Podría haber fantaseado con él como todo el mundo, pero nunca dije que quería salir con él.

Francie sacude la cabeza en desacuerdo. —¿Sabes cuántas chicas matarían por una cita con Nico? Creo hasta hubiera puesto a Lochan en espera por una oportunidad de besar al Señor Latino.

—Oh, Dios, Francie. Entonces *tú* sal con él.

—¡Fui a averiguar si era en serio y él me pregunto si creía que estarías interesada! ¡Así que, por supuesto, dije que sí!

—¡Francie! Dile que lo olvide. Díselo en el descanso de la mañana.

—¿Por qué?

—¡No estoy interesada!

—Maya, ¿te das cuanta de lo que estás haciendo aquí? Quiero decir, ¡puede que no te dé una segunda oportunidad!





Me arrastro por el resto del día. Francie no me habla porque la acusé de ser una vaca entrometida cuando se rehusó a volver y decirle a Nico que no estaba interesada. Pero, honestamente, no me importa si no vuelve a hablarme otra vez.

Un frío bloque de depresión comprime mi pecho, dificultándome el recuperar mi respiración. Mis ojos duelen con lágrimas reprimidas. A media tarde incluso Francie está preocupada, rompiendo su voto de silencio y ofreciéndose a acompañarme a ver a la enfermera. ¿Qué podría ofrecerme la enfermera de la escuela? Me pregunto. ¿Una pastilla para hacer desaparecer la soledad? ¿Una tableta que puede hacer que Lochan me hable otra vez? O, quizás, una cápsula para volver el tiempo, rebobinando los días para poder alejarme de Lochan cuando terminamos de bailar salsa, en lugar de permanecer en sus brazos, moviéndonos al gentil compás de Katie Melua. ¿Está enojado conmigo porque piensa que lo planeé de algún modo? ¿Qué la salsa fue sólo una estrategia para hacer que bailara un lento conmigo, nuestros cuerpos presionándose el uno contra el otro, su calor penetrando en el mío? No era mi intención acariciar la parte trasera de su cuello… simplemente pasó. Mi muslo rozando contra el interior del suyo fue sólo un accidente. Nunca quise que nada de eso pasara. No tenía idea de que algo como un baile lento podía excitar a un chico. Pero cuando lo sentí, presionando contra mi cadera, cuando de repente me di cuenta de lo que era, sentí esta loca fiebre. No quería dejar de bailar. No me alejé.

No puedo soportar pensar que podría haber perdido nuestra cercanía, nuestra amistad, nuestra confianza. Él siempre ha sido mucho más que sólo un hermano. Es mi alma gemela, mi aire fresco, la razón por la que espero levantarme cada mañana. Siempre supe que lo amaba mucho más que a nadie más en el mundo, y no sólo de una manera fraternal, de la forma en la que me siento acerca Kit y Tiffin. Sin embargo, de alguna manera, nunca se cruzó por mi mente que podría haber un paso más allá…

Pero sé que es ridículo, demasiado estúpido como para siquiera pensar en eso. Nosotros no somos así. No estamos enfermos. Sólo somos un hermano y hermana que también resultan ser mejores amigos. Esa es la manera que siempre ha sido entre nosotros. No puedo perder eso o no *sobreviviré.*





Al final del día Francie me está molestando sobre Nico DiMarco otra vez. Parece que piensa que estoy deprimida y que tener un novio, especialmente uno de los más sexys de la escuela, me ayudará a salir de mi estado de depresión. Quizás tiene razón. Quizás necesito una distracción. ¿Y qué mejor manera de mostrarle a Lochan que lo que pasó el otro día fue sólo un accidente, un poco de diversión? Si tengo novio entonces él se dará cuenta que nada de esas cosas significan algo. Y Nico *es* muy lindo. Su pelo es del mismo color que el de Lochan. Sus ojos son algo verdes también. Aunque que Francie está muy equivocada cuando afirma que ellos están en la misma liga. De ninguna manera. Lochan es ferozmente brillante, emocionalmente inteligente, el más amable, la persona más considerada que conozco. Lochan tiene alma. Nico puede tener la misma edad pero sólo es un niño en comparación, un niño rico y mimado, expulsado de su lujosa escuela privada por fumar marihuana, una cara bonita con un pavoneo arrogante, un encanto tan cuidadosamente elaborado como su ropa y peinado. Pero sí, supongo que la idea de salir con él, besarlo incluso, no es totalmente repulsiva.

Después de la última campana, mientras estamos cruzando el patio hacia las puertas, lo veo dirigiéndose hacia nosotras. Ha estado esperando, eso está claro. Francie da un grito medio estrangulado y me codea en las costillas tan fuerte que estoy sin aliento por un momento, antes de alejarse. Nico está viniendo directamente hacia mí. Como si fuéramos atraídos el uno al otro por una cuerda invisible, caminamos y caminamos. Se ha quitado la corbata, incluso cuando es suficiente para ganarse una detención de este lado de la salida del colegio.

—Maya, ¡hola!— Su sonrisa se agranda. Es muy suave, muy confiado, ha estado haciendo esto durante años. Se detiene cerca de mí, demasiado cerca, y tengo que dar un paso atrás. —¿Cómo te va? ¡No he tenido la oportunidad de hablar contigo desde hace años!

Está actuando como un viejo amigo, a pesar del hecho de que apenas hemos intercambiado más que unas palabras hasta ahora. Me obligo a encontrar su mirada y sonreír. Estaba equivocada: sus ojos no se parecen en nada a los de Lochan, el verde está manchado con marrón. Su pelo es marrón también. No sé por qué alguna vez vi alguna similitud.

—¿Estás apurada— pregunta, —o tienes tiempo para una bebida en Smileys?



Jesús, no pierde nada de tiempo. —Tengo que ir a recoger a mis hermanitos— respondo con la verdad.

—Escucha, voy a ser directo contigo. —Pone la mochila entre sus pies como para indicar que esta se ha convertido en una verdadera conversación, y aleja el cabello de sus ojos. —Eres una chica genial, ya sabes. Siempre sentí, ya sabes, algo por ti. No pensé que fuera recíproco así que no he dicho nada hasta ahora. Pero diablos, ya sabes, *carpe diem* y todo eso.

¿Piensa que me va a impresionar con su dominio del latín?

—Siempre te he considerado una buena amiga, pero ¿sabes qué? Pienso que podría ser incluso más fuerte que eso, ya sabes. Todo lo que estoy diciendo es, quizá podríamos llegar a conocernos un poco mejor, ¿sabes?

Si dice *ya sabes* una vez más, juro que voy a gritar.

—Estaría muy honrado si me dejaras llevarte a cenar una noche. ¿Existe la remota posibilidad de que consiga que aceptes?— Me muestra sus dientes otra vez en lo que casi podría pasar por una sonrisa triste. Oh, es bueno en esto, está bien.

Finjo considerarlo por un momento. Su sonrisa no decae. Estoy impresionada. —Está bien, supongo…

Su sonrisa se agranda. —Eso es grandioso. Realmente grandioso. ¿Qué te parece el viernes?

—El viernes está bien.

—Genial. ¿Qué tipo de comida te gusta? ¿Japonesa, tailandesa, mexicana, libanesa?

—Pizza está bien para mí.

Sus ojos se iluminan. —Conozco este gran restaurante… sirven la mejor comida italiana de por aquí. Te pasaré a buscar en coche a, digamos, ¿las siete?

Estoy a punto de protestar y decir que sería más fácil encontrarnos allí, cuando me doy cuenta de que el que venga a casa podría no ser algo malo.





—Muy bien. Viernes a las siete en punto. —Sonrío otra vez. Mis mejillas están empezando a doler.

Él ladea la cabeza y levanta las cejas. —¡Tendrás que darme tu dirección!

Él consigue una pluma mientras rebusco entre mis bolsillos y encuentro un recibo arrugado. Escribo mi dirección y número y se lo entrego. Cuando hago eso, sostiene mis dedos por un momento y muestra otra de sus sonrisas de alto voltaje.

—Espero con ansias.

Estoy empezando a pensar que esto podría ser un poco divertido, incluso si es sólo para reírme de él al día siguiente con Francie. Logro una sonrisa genuina esta vez y digo:

—Sí, yo también.

Francie salta de atrás de la cabina telefónica al final de la calle. —¡Oh Dios mío, oh Dios mío, cuéntame todo!

Me estremezco y llevo mi mano a mi oído. —Aargh, Jesús. Anda, trata de darme un infarto, ¿por qué no?

—¡Estás sonrojada! Oh Dios mío, dijiste que sí, ¿no es así?

Relato la conversación brevemente. Francie me agarra por los hombros, me sacude bruscamente y empieza a chillar. Una mujer mira alrededor con alarma.

—Cálmate— me río. —Francie, ¡él es un completo idiota!

—¿Y? ¡Dime que no te gusta!

—Ok, tal vez lo encuentro *ligeramente* atractivo…

—¡Lo sabía! ¡Te estabas quejando sólo hace una semana de que nunca habías besado a un chico! A partir del viernes, serás capaz de tachar eso de tu lista.

—Tal vez… Escucha, tengo que correr. Llego tarde para Tiffin y Willa.

Francie me sonríe cuando empiezo a alejarme. —Vas a contarme todo, Maya Whitely. Cada pequeño detalle. ¡Me debes eso aunque sea!



Tengo que confesar que la perspectiva de una cita con Nico me hace sentir ligeramente mejor. Ligeramente menos anormal, por lo menos, y eso es bastante. Esa noche, cuando me siento en la mesa de la cocina para ayudar a Tiffin y a Willa con sus tareas, mi mente sigue volviendo al coqueteo, la forma en la que él me sonrió. No es mucho, no lo suficiente para llenar el gran vacío dentro de mí, pero es algo. Siempre es bueno ser elegido, siempre es bueno ser querido; incluso si es por la persona equivocada.

Sin querer se lo dije a Tiffin y a Willa. Llegué diez minutos tarde a buscarlos, y cuando Tiffin demandó saber por qué, en mi estupidez, todavía un poco aturdida, le dije que estaba hablando con un chico de la escuela. Pensé que se terminaría ahí, pero olvidé que Tiffin tiene casi nueve años. "*¡Maya tiene novio, novio, novio, novio!*" Cantó todo el camino a casa.

Willa se veía preocupada. —¿Eso significa que te irás lejos y te casarás?

—No, claro que no— me reí, tratando de tranquilizarla. —Sólo significa que tengo un amigo que es un chico y tal vez vaya a verlo de vez en cuando.

—¿Cómo mamá y Dave?

—¡No! *Nada parecido* a mamá y Dave. Probablemente sólo saldré con él una o dos veces. Y si realmente salgo con él más que eso, todavía será casi nunca. Y por supuesto será *sólo* cuando Lochie esté en casa para cuidar de ti.

—¡Maya tiene novio!—anuncia Tiffin cuando Kit cierra la puerta y ejecuta un viaje relámpago a la cocina, cazando bocadillos.

—Genial. Espero que ambos tengan montones de bebés y sean muy felices juntos.

A la hora de la cena Tiffin tiene otras cosas en su mente, es decir, el partido de fútbol que sus amigos están jugando ruidosa e inútilmente justo fuera de la casa cuando él está atrapado adentro, simultáneamente siendo forzado a comer judías verdes y siendo interrogado por Lochan por las tablas de multiplicar. Willa está estudiando 'materiales' en la escuela y quiere saber de que está hecho todo: los platos, los cubiertos, la jarra de agua. Kit, aburrido, se encuentra en uno de sus



estados de ánimo más peligrosos, tratando de molestar a todos así puede sentarse en el ojo de la tormenta y reírse del caos que creó a su alrededor.

—¿Cuatro sietes?— Lochan levanta el tenedor de Tiffin y clava dos habichuelas antes de devolvérselo. Tiffin las mira y hace una mueca.

—Vamos. Cuatro sietes. Tienes que ser más rápido que eso.

—¡Estoy pensando!

—Hazlo como te dije. Rebusca en tu cabeza. Una vez siete es siete, ¿dos veces siete es…?

—Treinta y tres— interrumpe Kit.

—¿Treinta y tres?— Tiffin hace eco con optimismo.

—Tiff, tienes que pensar por ti mismo.

—¿Por qué pusiste dos habichuelas en mi tenedor? ¡Hará que me ahogue! ¡Odio las judías!— exclama Tiffin con enojo.

—¿De qué están hechas las judías verdes?— pregunta Willa.

—Caca de serpiente— le informa Kit.

Willa deja caer su tenedor y mira hacia su plato con horror.

—Una vez siete es siete— continúa Lochan tercamente. —¿Dos veces siete es…?

—Lochie, ¡tampoco me gustan las judías!— protesta Willa.

Por primera vez en mi vida no siento la menor intención de ayudar. Lochan me ha dicho exactamente cuatro palabras desde que llegó a casa hace dos horas: *¿Han hecho sus deberes?*

—Tiffin, ¡tienes que saber cuánto es dos veces siete! ¡Sólo súmalos por el amor de Dios!

—¡No puedo comer todo esto, me diste demasiado!



—Hey— Kit ladea su cabeza, —¿escuchas esos gritos, Tiff? Suena como si Jamie acabara de anotar otro gol.

—¡Es *mi* pelota con la que están jugando!

—Kit, simplemente déjalo tranquilo, ¿podrías?— Suelta Lochan.

—He terminado— Willa aleja su plato tan lejos como puede, golpeando el vaso de Kit en el proceso.

—¡Willa, mira lo que estás haciendo!— grita Kit.

—¿Cómo es que ella puede dejar todas sus habichuelas?— Tiffin empieza a gritar.

—Willa, ¡sólo come tus habichuelas! Tiffin, ¡si no sabes cuánto es cuatro veces siete, vas a reprobar tu examen de mañana!— Lochan está perdiendo la tranquilidad. Me da un tipo de placer perverso.

—Maya, ¿tengo que comer mis habichuelas?— Willa se gira hacia mí lastimosamente.

—Pregúntale a Lochan, él es el cocinero.

—Creo que estás usando la palabra *cocinero* muy libremente allí— remarca Kit, riendo consigo mismo.

—El jefe, entonces— reemplazo.

—Sí, ¡esa es!

Lochan me manda una mirada que dice: *¿Qué te he hecho?* Otra vez, soy consciente de una sensación fugaz de satisfacción.

—¡Willa, mierda, limpia este desastre! ¡Tiraste agua por toda la mesa!

—¡No puedo!

—¡Deja de ser un bebé y consigue la esponja!

—Lochie, Kit dijo la palabra con M.



—¡No voy a seguir comiendo!— ruge Tiffin. —¡Y no voy a seguir con las tablas, tampoco!

—¿Quieres reprobar tu examen de matemática?— Grita Lochan.

—¡No me importa, no me importa, no me importa!

—Lochie, ¡Kit dijo la palabra con M!— Gime Willa, ahora enojada.

—Mierda, mierda, mierda— canta Kit.

—¡Podrían callarse todos! ¡Diablos, cuál es su problema!— Lochan golpea su puño contra la mesa.

Tiffin, aprovechando esta distracción, se levanta, agarra sus guantes de fútbol y corre fuera de la casa. Willa estalla en un llanto ruidoso, se desliza de su silla y sube pisando muy fuerte hacia su habitación. Kit vuelca tres platos de judías verdes sin comer de vuelta en la cacerola y dice: —Mira, puedes alimentarnos con la misma mierda mañana.

Con un gemido, Lochan pone la cabeza en sus manos.

De repente, me siento horrible. No sé qué estaba tratando de probar. Que Lochan me necesita, ¿quizás? O ¿era yo tratando de tener mi propia venganza por su tratamiento de silencio? De cualquier manera, me siento fatal. No me habría costado nada meterme y calmar la situación. Lo hago todo el tiempo, sin siquiera tener que pensarlo. Podría haber prevenido que los niveles de estrés de Lochan llegaran al techo, detenerlo de sentirse como un fracaso porque otra comida familiar terminó en caos. Pero no lo hice. Y lo peor de todo es que, en verdad disfruté ver como todo se derrumbaba.

Viéndose exhausto, Lochan se frota los ojos con una tensa sonrisa. Echándole un vistazo a todos los restos de comida, intenta hacer una broma.

—Maya, ¿más judías verdes? ¡No seas tímida!

Él tiene todo el derecho de estar enojado con todos nosotros, pero en su lugar, es tan compasivo que me duele. Quiero decir algo, hacer algo para retroceder todo, pero no puedo pensar en nada. Mordiendo su labio, Lochan se levanta y empieza a limpiar, y de repente me doy cuenta de que últimamente la lastimadura se ha



agrandado, que él la ha estado mordiendo más y más. Se ve tan dolorosa, tan cruda, que verlo morderla así hace que mis ojos se humedezcan. Levantándome para ayudarlo a limpiar la mesa, le recuerdo a Kit que es su turno de lavar las cosas y, sin pensar, toco la mano de Lochan para tener su atención… pero esta vez, para mi sorpresa, él no se aleja.

—Ouch, tu pobre labio—digo gentilmente. —Vas a empeorarlo.

—Lo siento. —Deja de morderlo y presiona la palma de la mano contra su boca tímidamente.

—Sí, Dios, esa cosa se ha puesto realmente asquerosa. —Kit aprovecha la oportunidad de meterse, su voz alta y descarada mientras deja caer fuertemente una pila de platos en el fregadero. —Los chicos de la escuela me estaban preguntando si era algún tipo de enfermedad.

—Kit, eso es una tontería…— empiezo.

—¿Qué? Sólo estoy de acuerdo contigo. Esa cosa es asquerosa, y si continúa mordiéndola, va a terminar desfigurado.

Trato de darle una de mis miradas de advertencia pero él evita cuidadosamente mis ojos, estrellando la vajilla en el fregadero. Lochan apoya un hombro contra la pared, esperando a que hierva la tetera, mirando por la oscura ventana. Decido darle una mano a Kit con el lavado de platos. Lochan parece haberse paralizado y no quiero dejarlos solos mientras Kit todavía tiene el bocado entre los dientes.

—Así que finalmente te has conseguido un novio—comenta Kit mordazmente cuando me uno a él en el fregadero. —¿Quién diablos es?

Siento mi interior apretarse. Instintivamente mi mirada vuela hasta Lochan, que deja caer la mano de su boca, sacudiendo su cabeza sorprendido.

—No es un novio— lo corrijo rápidamente. —Sólo…sólo un chico cualquiera de la escuela que me invitó a salir por…eh…— me interrumpo. Lochan me está mirando.

—¿Por, eh, sexo?— sugiere Kit.

—No seas tan infantil. Él me invitó a salir para cenar.



—Whoa, sin la preliminar bebida en Smileys, ¿entonces? Directamente allí, ganando y cenando contigo. —Kit claramente está disfrutando el verme retorcer. —¿Qué chico en Belmot puede darse el lujo de llevar a una chica a cenar? ¡No me digas que es uno de tus profesores!— Sus ojos se iluminan de placer.

—Deja de ser ridículo. Es un chico en el año superior llamado Nico. Ni siquiera lo conoces.

—¿Nico DiMarco?— Pero, por supuesto, Lochan lo conoce. Mierda.

—Sí. —Me obligo a encontrar su mirada de asombro por encima de la cabeza de Kit. —Yo… él me invitó a salir el viernes. Está…puedes… ¿está bien eso?— No sé por qué, repentinamente, me resulta tan difícil hablar.

—Oh-oh, ¡deberías haber pedido permiso primero!— canta Kit. —Tendrás que apegarte al toque de queda, recuerda. Te diré qué, te daré mi último condón…

—Ok, Kit, ¡es suficiente!— grito, golpeando un plato sobre el mostrador. —¡Ve y trae a Tiffin adentro y después haz tu tarea!— Ahora soy yo la que lo está perdiendo.

—¡Bien! ¡Perdóname por respirar!— Kit lanza el cepillo de lavar en el fregadero con un chapoteo y sale de la habitación.

Lochan no se ha movido de su posición junto a la ventana, raspando la herida con su uña. Su cara se ve acalorada, sus ojos muy preocupados. —¿Nico? ¿Lo conoces? Quiero decir, el tipo es bastante, eh… tú sabes. Como que tiene una reputación…

Mantengo mi inclinada, fregando los platos duramente. —Sí, bueno, es sólo una cita. Veremos cómo sale.

Lochan da un paso hacia mí y después cambia de opinión y retrocede otra vez. —Te… te… quiero decir, ¿te gusta?

Siento el calor precipitarse en mi cara y, de repente, estoy enojada otra vez. ¿Cómo se atreve Lochan a interrogarme cuando acepté la cita por nosotros, por él?





—Sí, de hecho, sí, ¿ok?— Dejo de fregar y me obligo a encontrar sus ojos. —Él es el chico más sexy de la escuela, me ha gustado por años. No puedo esperar para salir con él.





Capítulo Once

Traducido por verittooo

Corregido por Pamee

Lochan

Está bien. De hecho, ¡es genial! Maya finalmente ha encontrado a alguien que le gusta, y lo que es más, a él le gusta también, y justamente van a salir juntos este viernes. Las cosas se están arreglando para ella, por fin; es el principio de su vida como adulta, lejos de este manicomio, de su familia, de mí. Ella se ve feliz, se ve entusiasmada. Nico podría no ser el tipo que yo hubiera elegido para ella, pero está bien. Ha tenido un par de novias adecuadas, no parece estar buscando sólo una cosa. Es normal sentirse ansioso pero no voy a perder el sueño por esto. Maya está cerca de los diecisiete después de todo, Nico es sólo un año mayor. Maya estará bien. Ella es una persona muy sensible, responsable más allá de su edad; será cuidadosa, y tal vez funcionará. Él no la lastimará, no intencionalmente, por lo menos. No, estoy seguro de que no la lastimará, no lo haría. Ella es una persona tan adorable, tan preciosa… él verá eso: debe hacerlo. Sabrá que no puede romper su corazón, nunca lastimarla. No lo haría. No podría. Así que, bien, voy a ser capaz de dormir al final. No necesito pensar sobre esto ahora. Lo que necesito desesperadamente es dormir. De otra manera me desmoronaré. Me voy a desmoronar. Me *estoy* desmoronando.

Los primeros rayos del amanecer empiezan a tocar el borde de los techos. Me siento en mi cama y veo la pálida luz diluir la negra oscuridad, un ligero lavado de color difundiendo ligeramente el cielo del este. El aire es frío cuando sopla a través de las grietas en el marco de la ventana, y esparce marcas de salpicaduras de lluvia en el panel mientras los pájaros empiezan a despertar. Un dorado parche de luz solar se inclina por la pared, agrandándose lentamente como una mancha. ¿Cuál es el punto en todo esto? Me pregunto, ¿en este ciclo sin fin? No he dormido en toda



la noche y me duelen los músculos por permanecer inmóvil tanto tiempo. Tengo frío pero no puedo encontrar la elegía para moverme o incluso para poner la manta a mi alrededor. De vez en cuando empieza a caer mi cabeza, como sucumbiendo a un narcótico, y mis ojos se cierran y después se reabren con un sobresalto. A medida que la luz se empieza a intensificar, también lo hace mi miseria, y me pregunto cómo es posible que duela tanto cuando no pasa nada malo. Una inflamada desesperación presiona hacia fuera desde el centro de mi pecho, amenazando con romper mis costillas. Lleno mis pulmones con el aire frío y después lo dejo salir, pasando mis manos gentilmente adelante y atrás sobre las ásperas sabanas de algodón, como anclándome a esta cama, a esta casa, a esta vida, en un intento de olvidar mi soledad absoluta. La herida debajo de mi labio está latiendo y es una lucha dejarla tranquila, no irritarla en un intento de aniquilar la agonía dentro de mi mente. Continúo acariciando las mantas, el movimiento rítmico me relaja, recordándome que, incluso si me estoy rompiendo por dentro, las cosas a mí alrededor permanecen iguales, sólidas y reales, dándome la esperanza de que, quizás un día, yo también me sienta real otra vez.

Un sólo día abarca tanto. La frenética rutina matutina: tratar de asegurarme de que todos coman su desayuno, el alto tono de la voz de Tiffin que irrita mis oídos, el continuo parloteo de Willa que deshilacha mis nervios, Kit reforzando sin descanso mi culpa con cada uno de sus gestos, y Maya… Es mejor si no pienso en Maya. Pero, perversamente, quiero hacerlo. Debo irritar la herida, volver a rascar la costra, pinchar la piel dañada. No puedo dejar de pensar en ella. Como anoche en la cena, ella esta aquí pero no aquí: su corazón y su mente han dejado esta casa sucia, los hermanos molestos, el hermano socialmente inepto, la madre alcohólica. Sus pensamientos están con Nico ahora, en su cita de esta noche. Por muy largo que pueda parecer el día, la noche llegará y Maya se irá. Y desde ese momento, parte de su vida, parte de sí misma, se separará de mí para siempre. Sin embargo, incluso mientras espero a que pase esto, hay mucho por hacer: convencer a Kit para que salga de su guarida, llevar a Tiffin y a Willa a la escuela a tiempo, recordar tomarle las tablas a Tiffin mientras trata de ir por delante en el camino. Conseguir pasar por la puerta de mi propia escuela, comprobar que Kit está en clases sin ser visto, sentarme durante una mañana completa de clases, buscar nuevas formas de desviar la atención si un maestro me presiona a participar, sobrevivir al almuerzo, asegurarme de evadir a DiMarco, explicarle a la maestra



por qué no puedo dar una presentación, llegar a la última campana sin desmoronarme. Y, finalmente, recoger a Willa y a Tiffin, mantenerlos entretenidos durante la noche, recordarle a Kit su toque de queda sin provocar un escándalo… y todo el tiempo, al mismo tiempo, tratar de purgar todo pensamiento de Maya de mi mente. Y las manillas del reloj de la cocina continuarán moviéndose hacia delante, acercándose a la medianoche antes de empezar todo de nuevo, como si el día que acaba de terminar nunca hubiera empezado.

Una vez fui muy fuerte. Era capaz de superar todas las cosas pequeñas, todos los detalles, la rutina sobre la cinta de correr, día tras día. Pero nunca me había dado cuenta de era que Maya la que me daba esa fuerza. Era porque ella estaba allí que yo podía arreglármelas, nosotros dos a la cabeza, apoyándonos el uno al otro cuando uno de nosotros estaba deprimido. Es posible que hayamos pasado la mayor parte de nuestro tiempo cuidando a los pequeños, pero bajo la superficie, en realidad, nos estábamos cuidando a nosotros y eso hizo todo soportable, más que sólo soportable. Eso nos unió en una existencia que sólo nosotros podíamos entender. Juntos estábamos a salvo (diferentes, pero a salvo), del mundo exterior… Ahora todo lo que tengo es a mí mismo, mis responsabilidades, mi deber, mi interminable lista de cosas por hacer… y tengo mi soledad, siempre mi soledad, esa burbuja de desesperación sin aire que lentamente me está asfixiando.

Maya se va a la escuela por delante de mí, arrastrando a Kit con ella. Parece molesta conmigo por alguna razón. Willa pierde el tiempo, recogiendo ramas y hojas quebradizas, enrolladas por el camino. Tiffin nos abandona cuando ve a Jamie al final de la carretera, y no tengo la fuerza para hacerlo volver, a pesar del concurrido cruce en frente de la escuela. Es un esfuerzo monumental no gritarle a Willa, no decirle que se apure, el preguntarle por qué parece tan decidida a hacernos llegar tarde a los dos. Tan pronto como alcanzamos las puertas de la escuela, ella ve a una amiga y echa a correr tropezando, su abrigo ondeando y volando detrás de ella. Por un momento sólo me paro y la veo irse, su pelo dorado fluyendo detrás de ella en el viento. Su delantal gris está manchado con el almuerzo de ayer, al abrigo de la escuela le falta la capucha, su mochila se está cayendo a pedazos, sus medias rojas tienen un gran agujero detrás de la rodilla, pero ella nunca se queja. Incluso cuando está rodeada de mamás y papás despidiendo a sus hijos, incluso cuando no ha visto a su madre por dos semanas



ya, incluso cuando no tiene memoria de haber tenido padre. Sólo tiene cinco años, sin embargo, ya ha aprendido que no tiene sentido pedirle a su madre un cuento para dormir, que invitar amigos a la casa es algo que solamente otros niños pueden hacer, que juguetes nuevos son un raro lujo, que en casa Kit y Tiffin son los únicos que se salen con la suya. A la edad de cinco años, ya ha aceptado una de las lecciones más duras de la vida: que el mundo no es justo… A mitad de los escalones de la escuela, con la mejor amiga a cuestas, de repente recuerda que ha olvidado decir adiós y se gira, buscando mi cara en el patio casi vacío. Cuando me encuentra, su rostro rompe en una sonrisa radiante y cachetona, la punta de su lengua asomándose a través del espacio de sus dientes caídos. Saluda levantando una mano pequeña. Le devuelvo el saludo, con mis brazos abanicando el cielo.

Entrando al edificio de la escuela, me golpea una pared de calor artificial: los radiadores tienen la temperatura demasiado alta. Pero no es hasta que camino hacia el salón de inglés y me encuentro cara-a-cara con la Srta. Azley que me acuerdo. Ella me sonríe, un intento apenes disimulado de ánimo. —¿Vas a necesitar el proyector?

Me congelo en su escritorio, con una sensación horrible de hundimiento que aprisiona mi pecho, y digo rápidamente: —En realidad… en realidad, pensé que podría funcionar mejor con un trabajo escrito; hay demasiada información para resumir en sólo, sólo media hora…

Su sonrisa se desvanece. —Pero no era un trabajo escrito, Lochan. La presentación es parte de tu educación curricular. No te puedo calificar por esto. —Ella toma mi trabajo y lo lee rápidamente. —Bueno, ciertamente has conseguido un montón de material, así que supongo que podrías leerlo.

La miro, una fría mano de terror se cierra alrededor de mi garganta. —Bueno, la cosa es… —Apenas puedo hablar. De repente mi voz no es más que un susurro.

Ella me da un gesto perplejo. —¿La cosa es?

—Es… es que no va a tener mucho sentido si simplemente lo leo…

—¿Por qué no le das una oportunidad?— Su voz se suaviza repentinamente, demasiado. —La primera vez siempre es la más difícil.



Siento el calor en mi rostro. —No va a funcionar. Yo… lo siento. —Tomo la carpeta de su mano estirada. —Me aseguraré de compensar la nota con, con el resto de mi estudio curricular.

Girándome rápidamente, encuentro un asiento, con ondas carmesí chocando a través de mí. Para mi alivio, ella no me llama de nuevo.

Tampoco trae el tema a colación el tema de la presentación durante la clase. En su lugar, cubre el espacio dejado por mi falta de contribución hablándonos sobre las vidas de Sylvia Plath y Virginia Woolf, y se plantea un acalorado debate sobre la conexión entre la enfermedad mental y el temperamento artístico. Normalmente este es un tema que encuentro fascinante, pero hoy las palabras simplemente pasan sobre mí. Afuera, el cielo vomita lluvia, que retumba contra las sucias ventanas, lavándolas con lágrimas. Miro el reloj y veo que sólo faltan cinco horas para la cita de Maya. Quizás DiMarco se rompió la pierna jugando fútbol. Quizás está en la enfermería en este momento con un envenenamiento por comida. Quizás, de repente, encontró a otra chica para salir. Cualquier otra chica menos mi hermana. Él tiene a la escuela entera para elegir. ¿Por qué Maya? ¿Por qué la única persona que me importa más en el mundo?

—¿Lochan Whitely?— La alta voz me sacude cuando me dirijo hacia la puerta en medio del caos de los alumnos al salir. Volteo mi cabeza lo suficiente para ver a la Srta. Azley haciéndome señas desde su escritorio y me doy cuenta de que no tengo otra opción que luchar a través del caos para hacer mi camino de vuelta.

—Lochan, creo que necesitamos tener una pequeña charla.

Cristo, no. Esto no, hoy no. —Um, lo siento. Yo…en realidad tengo matemática— digo apurado.

—Esto no tomará mucho tiempo. Te daré una nota. —Indica la silla frente a su escritorio. —Toma asiento.

Levantando la correa de mi mochila sobre mi cabeza, tomo el asiento ofrecido, dándome cuenta que no hay salida. La Srta. Azley camina hacia la puerta y la cierra con un duro golpe metálico que suena como la puerta de una prisión.



Ella vuelve hacia mí y toma la silla a mi lado, girándose hacia mí con una sonrisa tranquilizadora. —No hay necesidad de que estés tan preocupado. ¡Estoy segura de que a esta altura ya sabes que mi ladrido es peor que mi mordida!

Me obligo a mirarla, esperando que recite la perorata sobre la importancia de la participación en clase más rápido si parezco cooperativo. Pero, en cambio, ella elige la ruta indirecta.

—¿Qué le pasó a tu labio?

Consciente de que lo estoy mordiendo otra vez, me fuerzo a detenerme, mis dedos vuelan hacia él, estoy sorprendido. —Nada… no, no es nada.

—Deberías ponerle algo de vaselina y mascar un lápiz en su lugar. —Se estira sobre su escritorio y coge un par de bolígrafos roídos. —Menos doloroso y hace el trabajo igual de bien. —Me da otra sonrisa.

Con toda la voluntad en el mundo, no puedo devolvérsela. La pequeña conversación amigable me está lanzando fuera de balance. Algo en sus ojos me dice que no está a punto de darme una lección sobre la importancia de la participación en clase, trabajo en equipo y toda la mierda de costumbre. Su mirada no es una de amonestación, sino de genuina preocupación.

—Sabes por qué te he retenido, ¿no es así?

Contesto con un rápido asentimiento de cabeza, mis dientes automáticamente raspando mi labio otra vez. *Mire, este no es un buen día,* quiero decirle. Puedo apretar mis dientes y asentir para salir a través de una conversación de corazón-a-corazón con una exagerada profesora en otro momento, pero hoy no. Hoy no.

—¿Por qué hablar en frente de tus compañeros te asusta tanto, Lochan?

Me ha tomado por sorpresa. No me gusta la forma en que usó la palabra *asusta*. No me gusta la forma en que parece saber tanto sobre mí.

—Yo no… no lo…—Mi voz es peligrosamente inestable. El aire circula lentamente en el salón. Estoy respirando demasiado rápido. Me ha acorralado. Soy consciente del sudor brotando de mi espalda, del calor irradiando de mi cara.



—Hey, está bien. —Se inclina hacia delante, su preocupación es casi tangible. —No te voy a atacar, Lochan, ¿está bien? Pero sé que eres lo suficientemente brillante para entender por qué necesitas ser capaz de hablar en público de vez en cuando; no sólo por el bien de tu futuro académico sino también por el del personal.

Sólo desearía poder levantarme e irme.

—¿Es un problema en la escuela solamente o es todo el tiempo?

¿Por qué diablos está haciendo esto? Dirección, detención, expulsión; no me importa. Cualquier cosa menos esto. Quiero hacerla callar, pero no puedo. Es esa maldita preocupación, que corta a través de mi consciencia como un cuchillo.

—Es todo el tiempo, ¿no es así?— Su voz es demasiado amable.

Siento que el calor sube a mi cara. Tomando una respiración aterrada, dejo a mis ojos escudriñar el salón, como buscando un lugar para esconderme.

—No es nada de que avergonzarse, Lochan. Es sólo que tal vez valga la pena abordar ahora.

Con la cara temblando, empiezo a masticar mi labio otra vez, el agudo dolor es un alivio bienvenido.

—Como la fobia, la ansiedad social es algo que se puede superar. Estaba pensando que tal vez podríamos idear juntos un plan de acción para prepararte para el próximo año en la universidad.

Puedo escuchar el sonido de mi respiración, fuerte y rápida. Contesto con un asentimiento apenas perceptible.

—Nos lo tomaríamos muy lentamente. Un pequeño paso a la vez. Tal vez podrías tratar de levantar la mano y responder una pregunta por clase. Ese sería un buen comienzo, ¿no lo crees? Una vez que te sientas cómodo ofreciéndote a responder una pregunta, encontrarás mucho más fácil responder dos, y después tres… y, bueno, entiendes la idea. —Ella se ríe y siento que está tratando de aligerar la atmósfera. —Entonces, antes de que lo sepas, estarás contestando todas las preguntas y ¡nadie más va a tener ni la más mínima oportunidad!



Intento devolverle la sonrisa pero no funciona. Dar un paso a la vez… Solía tener a alguien ayudándome a hacer eso precisamente. Alguien que me presentó a su amiga, me alentó a leer mi ensayo en clase; alguien que estaba sutilmente tratando de ayudarme con mi problema, sin embargo, nunca me di cuenta. Y ahora la he perdido, la he perdido por Nico DiMarco. Una noche con él, y Maya se dará cuenta del perdedor en el que me he convertido, se empezará a sentir conmigo de la misma forma en que se sienten Kit y mi madre…

—He notado que pareces un poco estresado últimamente— remarca de repente la Srta. Azley. —Cosa que es perfectamente entendible; es un año duro. Pero tus notas están tan bien como siempre y te destacas en los exámenes escritos. Por lo que pasarás a través de tus As. Allí no hay nada de que preocuparse.

Doy un tenso asentimiento de cabeza.

—¿Están difíciles las cosas en casa?

Entonces, la miro, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—Tengo dos hijos que cuidar—dice con una pequeña sonrisa. —¿Tengo entendido que tú tienes cuatro?

Mi corazón tartamudea y casi se detiene. La miro fijamente. ¿Con quién diablos ha estado hablando?

—¡N-no! Tengo diecisiete. Sí, tengo dos hermanos y-y dos hermanas, pero vivimos con nuestra madre, y ella…

—Sé eso, Lochan. No pasa nada. —No es hasta que ella me interrumpe que me doy cuenta de que no estoy hablando en un tono particularmente medido.

¡Por el amor de Dios, intenta tranquilizarte! Me suplico. *¡No reacciones como si tuvieras algo que esconder!*

—Lo que quise decir era que tienes hermanos más jóvenes a los que ayudar a cuidar—continúa la Srta. Azley. —Eso no puede ser fácil, por encima de todo tu trabajo escolar.

—Pero yo no, yo no los cuido. Ellos son-son sólo un montón de mocosos molestos. Sin duda vuelvan loca a mi madre…— Mi risa suena dolorosamente artificial.

Otro tenso silencio se extiende entre nosotros. Le echo un desesperado vistazo a la puerta. ¿Por qué me está hablando sobre esto? ¿Con quién ha estado hablando? ¿Qué otra información tienen en ese maldito expediente? ¿Han pensado en contactar a los Servicios Sociales? ¿St. Luke se contactó con Belmont cuando los niños desaparecieron?

—No estoy tratando de entrometerme, Lochan—dice ella de repente. —Sólo quiero asegurarme de que sepas que no tienes que llevar la carga solo. Tu ansiedad social, las responsabilidades en casa… es mucho con lo que lidiar a tu edad.

De la nada, un dolor asciende por mi pecho hacia mi garganta. Me encuentro mordiendo mi labio para que deje de temblar.

Veo que su cara cambia y se inclina hacia mí. —Hey, hey, escúchame. Hay *montones* de ayuda disponible. Está el consejero escolar o cualquiera de tus profesores con los que puedes hablar, o ayuda de afuera que puedo recomendarte si no quieres involucrar a la escuela. *No* tienes que cargar con todo esto por tu cuenta…

El dolor en mi garganta se intensifica. Lo voy a perder. —Yo… en serio tengo que irme. Lo siento…

—Bien, no pasa nada. Pero, Lochan, estoy siempre aquí por si quieres hablar, ¿está bien? Puedes hacer una cita con el consejero escolar en cualquier momento. Y si hay alguna manera de que pueda hacerte las cosas más fáciles en clase… Nos olvidaremos de las presentaciones por el momento. Sólo las calificaré como trabajos escritos como sugeriste. Y dejaré de hacerte preguntas y dejaré de presionarte para que participes. Sé que no es mucho, pero ¿ayudará en algo?

No lo entiendo. ¿Por qué no puede simplemente ser como los otros profesores? ¿Por qué tiene que importarle?

Asiento sin palabras.







—Oh, amor, ¡lo último que quería era hacerte sentir peor! Es sólo que pienso muy bien de ti y estoy preocupada. Quería que supieras que hay ayuda disponible…

Sólo cuando escucho la derrota en su voz, cuando veo la mirada de sorpresa en su rostro, que me doy cuenta que mis ojos se han llenado de lágrimas.

—Gracias. ¿P-puedo irme ahora?

—Claro que puedes, Lochan. ¿Pero podrías pensar sobre eso, pensar sobre hablar con alguien?

Asiento, incapaz de pronunciar otra palabra, agarro mi mochila y corro del salón.

—No, estúpida. Sólo debes poner cuatro lugares. —Tiffin saca uno de los platos de la mesa y lo regresa a la alacena con un estrépito.

—¿Por qué? ¿Kit va a ir a Burger King de nuevo?— Willa mordisquea la punta de su pulgar nerviosamente, sus grandes ojos lanzándose alrededor de la cocina como si estuviera buscando señales de problemas.

—Maya tiene su cita esta noche, ¡estúpida!

Le doy la espalda a la estufa. —Deja de llamarla estúpida. Ella es más chica que tú, eso es todo. Y ¿cómo es que ella ha terminado con tu trabajo y tú ni siquiera has empezado el tuyo?

—No quiero que Maya salga a una cita— protesta Willa. —Si Maya sale y Kit sale y mamá sale, ¡eso significa que sólo quedamos tres en la familia!

—En realidad, eso significa que quedan dos, porque yo voy a dormir a la casa de Jamie—le informa Tiffin.

—Oh no, no lo harás— intervengo rápidamente. —Eso no se discutió, la madre de Jamie nunca llamó, y ya te he dicho que dejes de auto-invitarte a las casas de otras personas; es muy descortés.



—¡Muy bien, entonces!— grita Tiffin. —¡Le diré que te llame! ¡Ella fue la que me invitó, así que verás!— Sale de la cocina justo cuando empiezo a servir.

—¡Tiff, vuelve aquí o estarás sin GameBoy por una semana!

Él llega diez minutos después de las siete. Maya ha estado en el borde desde que llegó. Por la última hora ha estado arriba, compitiendo con mamá por el baño. Incluso las escuché a las dos riendo juntas. Kit salta, golpeando su rodilla con la pata de la mesa en su prisa de ser el primero en conocerlo. Lo dejo ir y cierro rápidamente la puerta de la cocina detrás de él. No quiero ver al tipo.

Afortunadamente, Maya no lo invita a entrar. Escucho sus pies golpeando las escaleras, voces alzándose en señal de saludo, seguido de: —Estaré contigo en un minuto.

Kit regresa, luciendo impresionado y exclamando ruidosamente, —Whoa, ese tipo está cargado. ¿Has visto su ropa de diseñador?

Maya entra apresuradamente. —Gracias por hacer esto. —Ella viene directamente hacia mí y aprieta mi mano de esa manera molesta que tiene. —Los sacaré fuera todo el día mañana, lo prometo.

Me alejo. —No seas tonta. Sólo pásala bien.

Ella está usando algo que nunca he visto antes. De hecho, se ve totalmente diferente: lápiz labial color vino tinto, su largo cabello rojizo levantado, algunos mechones perdidos enmarcan delicadamente su rostro. Pequeños pendientes plateados cuelgan de sus orejas. Su vestido es corto, negro y abrazado a su figura, sexy de una forma sofisticada. Huele a algo aterciopelado.

—¡Beso!— Llora Willa, levantando los brazos.

La veo abrazar a Willa, besar la cima de la cabeza de Tiffin, darle a Kit un golpe en el hombro y sonreírme de nuevo. —¡Deséenme suerte!

Me las arreglo para devolverle la sonrisa y un pequeño asentimiento.

—¡Buena suerte!— dicen Tiffin y Willa a los gritos. Maya se encoge y se ríe mientras corre hacia el corredor.



Se escuchan puertas azotándose y después el sonido de un motor arrancando. Me giro hacia Kit. —¿Vino en auto?

—Sí, te lo dije, ¡está cargado! No era exactamente un Lamborghini, pero cielos, ¿tiene sus propias ruedas a los diecisiete?

—Dieciocho— lo corrijo. —Espero que no intente beber.

—Deberías haberlo visto— dice Kit. —Ese tipo tiene clase.

—¡Maya se veía como una princesa!— Exclama Willa, sus ojos azules bien abiertos. —Se veía como una adulta también.

—Ok, ¿quién quiere más patatas?— pregunto.

—Tal vez se case con él y entonces será rica— se mete Tiffin. —¿Si Maya es rica y yo soy su hermano, eso significa que yo seré rico también?

—No, significa que se deshará de ti como hermano porque eres una vergüenza… ni siquiera te sabes las tablas de multiplicar— responde Kit.

La boca de Tiffin se abre y sus ojos se llenan de lágrimas.

Me giro hacia Kit. —Ni siquiera eres gracioso, ¿te das cuenta de eso?

—Nunca he afirmado ser comediante, sólo realista— replica Kit.

Tiffin sorbe por la nariz y se pasa el dorso de la mano por sus ojos. —No importa lo que digas, Maya nunca haría eso, y de todos modos, soy su hermano hasta que me muera.

—En ese momento te irás al infierno y nunca verás a nadie más— dispara Kit de nuevo.

—Si hay un infierno, Kit, créeme, tú estarás en él. —Puedo sentir como pierdo mi tranquilidad. —¿Ahora podrías simplemente callarte y terminar tu cena sin atormentar a nadie más?

Kit tira su cuchillo y tenedor en su plato medio terminado con un estrépito. —Al diablo con esto. Voy a salir.

—¡Diez en punto y no más tarde!— Grito detrás de él.



—En tus sueños, compañero— responde a mitad de camino de las escaleras.

Nuestra madre es la siguiente en entrar, oliendo a perfume y luchando por encender un cigarrillo sin arruinar sus uñas recién pintadas. La antítesis completa de Maya: ella es todo brillo y labios color carmesí, su mal ajustado vestido rojo dejando poco a la imaginación. Pronto desaparece otra vez, ya inestable en sus tacones altos, gritándole a Kit por haberle robado su último paquete de cigarrillos.

Paso el resto de la noche mirando TV con Tiffin y Willa, simplemente demasiado exhausto y harto como para intentar algo más productivo. Cuando empiezan a discutir, los preparo para la cama. Willa llora porque le entra shampoo en los ojos, y Tiffin olvida colgar la cortina de baño dentro de la bañera e inunda el suelo. El cepillado de dientes parece tomar horas: el tubo de pasta para niños está casi vacío así que, en su lugar, uso el mío, lo que hace aguar los ojos de Tiffin y que Willa escupa en la pileta. Después, Willa se toma quince minutos para elegir una historia, Tiffin se mueve furtivamente escaleras abajo para jugar a su GameBoy y, cuando me opongo, se pone irracionalmente molesto y reclama que Maya siempre lo deja jugar mientras le lee a Willa. Una vez que están en la cama, Willa está inmediatamente hambrienta, Tiffin está sediento por asociación, y para el momento en que el clamor finalmente se detiene son las nueve y media y yo estoy destrozado.

Pero una vez que están dormidos, la casa se siente extrañamente vacía. Sé que debería ir a la cama y tratar de dormir temprano, pero me siento cada vez más agitado y en el borde. Me digo a mí mismo que me tengo que quedar levantado para comprobar que Kit llegue a casa en algún momento, pero muy en el fondo sé que es sólo una excusa. Estoy mirando una estúpida película de acción pero no tengo idea de qué se trata o quién debería perseguir a quién. Ni siquiera me puedo concentrar en los efectos especiales. Todo en lo que puedo pensar es en DiMarco. Son más de las diez ahora: ellos deben haber terminado de comer, deben haber dejado el restaurante. Su padre a menudo está fuera por negocios, o eso afirma Nico, y no tengo ninguna razón para no creerle. Lo que significa que tiene su mansión para él solo… ¿La ha llevado allí? ¿O están en un estacionamiento de poco fiar, sus manos y labios encima de ella? Me empiezo a sentir enfermo. Tal vez es porque no he comido en toda la noche. Quiero esperar levantado y ver por mí mismo en que estado está cuando llegue a casa. *Si* decide venir a casa. De repente,



se me ocurre que la mayoría de los chicos de dieciséis años tienen algún tipo de toque de queda. Pero sólo soy trece meses mayor que ella, así que difícilmente estoy en una posición para imponer uno. Me sigo diciendo que Maya siempre ha sido tan sensible, tan responsable, tan madura, pero ahora recuerdo la sonrojada expresión en su rostro cuando entró en la cocina para decir adiós, el brillo en su sonrisa, la efervescencia de la emoción en sus ojos. Ella sigue siendo una adolescente, me doy cuenta; todavía no es una adulta, sin importar lo mucho que haya sido forzada a comportarse como una. Tiene una madre que no piensa en nada más que en sexo en el suelo de la sala mientras sus hijos duermen en el piso de arriba, que se jacta con ellos acerca de sus conquistas de adolescente, que sale a beber cada semana y llega tambaleándose a las seis de la mañana con el maquillaje corrido y la ropa al revés. ¿Qué clase de modelo a seguir ha tenido Maya alguna vez? Por primera vez en su vida es libre. ¿Estoy tan seguro de que no se verá tentada a sacar el máximo provecho de ello?

Es estúpido pensar así. Maya es lo suficiente mayor para tomar sus propias decisiones. Muchas chicas de su edad duermen con sus novios. Si ella no lo hace esta vez, lo hará la siguiente, o la que le sigue, o la que le sigue a esa. De una forma u otra va a pasar. De una forma u otra voy a tener que lidiar con eso. Excepto que no puedo. No puedo lidiar con eso en lo absoluto. La misma idea me hace querer golpear mi cabeza contra la pared y estrellar cosas. La idea de DiMarco, o de cualquiera, sosteniéndola, tocándola, besándola…

Hay una explosión ensordecedora, una grieta cegadora, y un dolor lacerante sube por mi brazo antes de que me de cuenta de que he golpeado la pared con todas mis fuerzas: pedazos de pintura y de yeso caen desde la impresión de mis nudillos sobre el sofá. Doblándome, agarro fuertemente mi mano derecha con la izquierda, apretando los dientes para evitar hacer algún sonido. Por un momento todo se oscurece y creo que me voy a desmayar, pero entonces el dolor me golpea repetidamente en ondas sorprendentes y aterradoras. En realidad, no sé que me duele más, mi mano o mi cabeza. Lo que he temido y negado durante las pasadas semanas (la total perdida de control sobre mi mente), se ha asentado, y ya no tengo forma de luchar. Cierro mis ojos y siento el espiral de locura subir por mi columna hacia mi cerebro. Lo veo explotar como al sol. Así que esto es todo, esto es lo que se



siente después de una larga y dura lucha… perder la batalla y finalmente volverse loco.





Capítulo Doce

Traducido por Caliope Cullen

Corregido por Pamee

Maya

Él es encantador. No sé por qué alguna vez pensé que era un estúpido arrogante. Esto sirve para demostrar cómo la percepción de los demás puede ser errónea. Él es considerado, amable, educado; de verdad parece estar genuinamente interesado en mí. Me dice que luzco bella y luego me da una sonrisa tímida. Una vez que estamos sentados en el restaurante, traduce cada ítem en el menú para mí y no se ríe ni parece sorprendido cuando le digo que nunca he probado antes las alcachofas. Me hace muchas preguntas, pero cuando le explico que mi situación familiar es complicada, entiende la insinuación y retrocede. Está de acuerdo en que Belmont es una mierda y admite que no puede esperar a salir. Me pregunta por Lochan y dice que le gustaría poder llegar a conocerlo mejor. Confiesa que su padre está más interesado en su negocio que en su único hijo y le compra regalos ridículos, como un coche, para calmar su culpa por estar en el extranjero la mitad del año. Sí, él es rico y mimado, sin embargo, está tan abandonado como nosotros.

Un conjunto de circunstancias completamente diferente, el mismo triste resultado.

Hablamos durante mucho tiempo. Mientras me lleva a casa, me pregunto si va a besarme.

En un momento dado, cuando los nos estiramos para bajar la radio, nuestras manos se tocan y la suya se queda sobre la mía por un momento. Se siente extraña, sus dedos son desconocidos.

—Puedo caminar hasta tu puerta o sería eso… ¿incómodo?— Me mira vacilantemente y sonríe cuando yo lo hago. Me imagino las caras pequeñas



mirando desde las ventanas de arriba y acuerdo en que probablemente sea mejor que salga sola.

Afortunadamente, en la oscuridad, ha sobrepasado la puerta de entrada por dos casas, así que nadie de mi casa nos puede ver.

—Gracias por la cena. Me lo pasé muy bien—digo, y me sorprendo porque lo quiero decir de verdad.

Él sonríe. —Yo también. ¿Crees que tal vez podríamos hacerlo de nuevo alguna vez?

—Sí, ¿por qué no?

Su sonrisa se amplía. Se inclina hacia mí. —Buenas noches entonces.

—Buenas noches. —Vacilo, con mis dedos sobre la manija de la puerta.

—Buenas noches—dice de nuevo, con una sonrisa, pero esta vez me toma de la barbilla con la mano. Su rostro se acerca al mío y de repente, la comprensión me golpea. Me agrada Nico. De hecho, creo que es una persona bastante decente. Es guapo y me siento atraída por él. Pero no quiero besarlo. Ahora no. Ni nunca… Vuelvo la cabeza justo cuando su rostro se reúne el mío y su beso aterriza en mi mejilla en su lugar.

Cuando retrocede, parece sorprendido. —Ok, bueno, hasta la próxima vez.

Respiro profundamente, buscando a tientas mi bolso a mis pies, agradecida por la oscuridad que oculta la el rubor que se extiende por mi cara. —Me gustas mucho como amigo, Nico—le digo rápidamente. —Pero, lo siento, yo no creo que pueda salir contigo otra vez.

—Oh. —Suena sorprendido y un poco dolido ahora. —Bueno, mira, sólo piensa en ello, ¿vale?

—Está bien. Nos vemos el lunes. —Salgo del coche y cierro la puerta detrás de mí. Me despido, y él todavía tiene esa mirada de diversión perpleja cuando se marcha, como si pensara que estoy jugando.





Me apoyo contra el grueso tronco de un árbol, mirando a través de la llovizna un cielo sin luna. Nunca me he sentido tan avergonzado en toda mi vida. ¿Por qué me pasé toda la noche engañándolo? ¿Actuando fascinada por sus historias, confiando en él? ¿Por qué acordé volver a verlo diez segundos antes de decirle que sólo podíamos ser amigos? ¿Por qué rechacé a un chico que, además de ser sexy, en realidad resultó ser agradable?

Porque estás loca, Maya. Porque eres loca y estúpida y quieres pasar el resto de tu vida como una paria social. Porque también querías que esto funcionara, querías que funcionara tan desesperadamente, incluso te engañaste para creer que las cosas iban muy bien. Hasta que te diste cuenta de que la idea de besar a Nico, o a cualquier otro chico que te hubieras podido imaginar, no era lo que querías, en absoluto.

¿Qué significa esto entonces?… ¿tengo miedo? ¿Miedo a la intimidad física? No. Lo anhelo, sueño con eso. Pero para mí no hay nadie. Nadie. Cualquier chico, incluso imaginario, sólo se siente como el segundo mejor. ¿El segundo mejor de qué? Ni siquiera tengo una imagen del novio perfecto. Sólo sé que debe existir. Porque tengo todos estos sentimientos… de amor, deseo, ganas de ser tocada, y sueños de ser besada… pero enfocados en nadie. Me dan ganas de gritar de frustración. Me hace sentir como un bicho raro. Pero peor que eso, me siento tan desesperadamente decepcionada. Porque toda la noche creí que Nico era el elegido. Y luego, cuando trató de besarme en el coche, me di cuenta con una total y estremecedora certeza de que nunca se sentiría bien.

Camino de regreso a la casa. Este estúpido vestido es tan corto y pequeño que estoy empezando a congelarme. Me siento tan vacía, tan defraudada. Sin embargo, sólo me he decepcionado a *mí misma*. ¿Por qué no me he comportado normal para variar? ¿Por qué no me he obligado a darle un beso? Tal vez no habría sido tan terrible. Tal vez podría haberlo soportado… Las luces de la sala están encendidas. Miro el reloj: once menos cuarto. Oh, por favor, no otra discusión entre Kit y Lochan. Abro la puerta y se pega. La pateo con los estúpidos tacones, dudo que alguna vez los use de nuevo. La casa, como una tumba gigante, no hace ningún sonido. Me saco los zapatos y ando a pasos quedos en calcetines por el pasillo para apagar la luz en la habitación principal. Todo lo que quiero hacer es ir a la cama y olvidarme de toda esta noche terrible en la que me engañé a mí misma.



Una figura sentada en el borde del sofá me hace saltar. Lochan está encorvado, con la cabeza entre las manos.

—Estoy de vuelta.

Ni siquiera un destello de reconocimiento.

—¿Kit todavía está afuera?— Digo con miedo, temiendo otra escena.

—Llegó hace unos veinte minutos. —Lochan ni siquiera levanta la mirada. Encantador.

—Tuve una gran noche, por cierto. —Mi tono es cáustico. Pero si siente lástima de sí mismo sólo porque tuve que acostar a los niños por su cuenta, por una vez, me niego a darle la satisfacción de que sepa que mi noche fue una mierda también.

—¿Sólo fuiste a cenar?— De pronto, levanta la cabeza y me favorece con una mirada penetrante.

Consciente de mí misma bajo su repentino escrutinio, me doy cuenta de que mi peinado se está cayendo, que cuelgan mechones sueltos colgando sobre mi rostro húmedo por haber estado afuera en la llovizna.

—Sí…— contesto lentamente. —¿Por qué?

—Saliste a las siete. Son casi las once. —No puedo creer que es Lochan el que está hablando.

—¿Me estás diciendo que tengo que estar en casa a una hora determinada?— mi voz se eleva con indignación.

—Por supuesto que no— estalla, irritado. —Estoy sorprendido. Cuatro horas es un tiempo malditamente largo para gastar en la cena.

Cierro la puerta de la sala detrás de mí mientras siento que mi presión arterial comienza a subir. —No fueron cuatro horas. Por el tiempo que pasamos cruzado media ciudad, encontramos un lugar para estacionar, y esperamos por una mesa… Simplemente hablamos… mucho. Resulta que es un chico muy interesante. No lo tiene fácil, tampoco.

Tan pronto las palabras salen de mi boca, Lochan salta, camina con grandes pasos hacia la ventana, luego gira de nuevo salvajemente. —Me importa una mierda si el pobre niño rico no tuvo el auto que quería para su cumpleaños dieciocho… He oído hablar de todo eso en Belmont. ¡Con lo que estoy teniendo problemas para entender es por qué diablos finges que acabas de salir de cenar cuando has estado fuera cuatro horas!

Esto no puede estar pasando. Lochan se ha vuelto loco. Nunca ha hablado conmigo de esta forma en su vida. Nunca antes lo había visto tan furioso conmigo.

—¿Me estás diciendo que tengo que dar cuenta de todos mis movimientos?— Lo reto, con mis ojos se abriéndose con incredulidad.— ¿De verdad me estás pidiendo una cuenta detallada de lo que pasó en toda la noche?— Mi voz sigue elevándose.

—¡No! ¡Simplemente no quiero mentiras! —Lochan comienza a gritar.

—¡Lo que yo haga o no haga en una cita no es de tu maldita incumbencia!— Le grito en respuesta.

—¿Pero por qué tiene que ser secreto? ¿No puedes ser simplemente honesta?

—¡*Estoy* siendo honesta! Fuimos a cenar, hablamos, él me trajo a casa. ¡Fin de la historia!

—¿De verdad crees que soy tan ingenuo?

Esto es el colmo. Una riña con Lochan después de una semana de ser ignorada: el final perfecto para una noche de amargo desengaño que, si me lo hubiera permitido, podría haber sido genial. Todo lo que quería hacer cuando llegué, era meterme en la cama y tratar de sacar de mi mente esta oportunidad perdida, y en cambio me encuentro sometida a esto.

Empiezo a retroceder hacia la puerta, levantando las manos en señal de rendición.

—Lochan, no sé cuál demonios es tu problema, pero que estás siendo un absoluto bastardo. ¿Qué te está pasando? Entré esperando que me preguntaras si me había divertido, ¡y en cambio me das el tercer grado y luego me acusas de



mentir! Incluso si algo *hubiera* pasado en esta cita, ¿qué diablos te hace pensar que querría decírtelo?— Me dirijo hacia la puerta.

—Así que te *acostaste* con él— afirma rotundamente. —De tal palo, tal astilla.

Sus palabras cortan el aire entre nosotros. Mi mano se congela alrededor de la perilla de metal frío. Giro poco a poco, y dolorosamente. —¿Qué?— La palabra se me escapa en una pequeña bocanada de aire, apenas más que un susurro.

El tiempo parece estar suspendido. Él está de pie con su camiseta verde y jeans gastados, apretando los nudillos de una mano con la palma de la otra, de espaldas a la porción gigante de noche. Y me encuentro frente a un extraño. Su rostro tiene una curiosa mirada de cruda, como si hubiera estado llorando, pero el fuego en sus ojos quema mi cara. ¡Qué tonta fui por creer que lo conocía tan bien! Es mi hermano y, sin embargo, por primera vez, aparece ante mí como un extraño.

—No puedo creer que hayas dicho eso. —Mi voz, temblando de incredulidad, emana de un ser que apenas reconozco, uno que está aplastado, herido sin remedio. —Siempre pensé en ti como la única persona…—estabilizo mi respiración—…la única persona que nunca, nunca me haría daño.

Se lo ve afectado, su rostro refleja el dolor y la incredulidad que siento por dentro.

—Maya, no me siento bien… fue imperdonable. Ya no sé lo que estoy diciendo. —Su voz está temblando, tan horrorizada como la mía. Llevando las manos a su cara, osciló hacia mí, se aleja de mí, paseándose por la habitación, sin aliento, con sus ojos llenos de una mirada salvaje, casi maníaca. —Sólo necesito saber, por favor entiende. ¡*Tengo* que saber, de lo contrario voy a perder la cabeza!— Cierra los ojos con fuerza y aspira desigualmente.

—¡No pasó nada!— Grito, mi ira repentinamente reemplazada por el miedo. —No pasó nada. ¿Por qué no me crees? —Lo agarro por los hombros. —¡No pasó nada, Lochie! No pasó nada… ¡nada, nada, nada!— Estoy prácticamente gritando, pero no me importa. No entiendo qué le está pasando. Qué *me* está pasando.

—Pero él te besó. —Su voz es hueca, carente de toda emoción. Alejándose de mí, se pone de cuclillas sobre sus talones. —Él te besó, Maya, él te besó. —Sus ojos



están medio cerrados, su rostro está sin expresión ahora, como si estuviera tan agotado que ya no tuviera la fuerza para reaccionar.

—¡No me besó!— Le grito, agarrando sus brazos e intentando sacudirlo para que vuelva a la vida. —Lo intentó, está bien, ¡pero yo no se lo permití! ¿Sabes por qué? ¿Quieres saber por qué? ¿De verdad, de verdad quieres saber por qué?— Todavía agarrándolo con ambas manos, me inclino hacia delante, jadeando, mientras las lágrimas calientes y pesadas, caen por mis mejillas. —Esta es la razón…— Llorando, beso la mejilla de Lochan. —Esta es la razón… —Con un sollozo ahogado, beso la esquina de los labios de Lochan. —¡Esta es la razón…!— Cierro los ojos y beso la boca de Lochan.

Me estoy cayendo, pero sé que estoy bien, porque estoy con él, con Lochie. Mis manos están en sus mejillas ardientes, mis manos están en su cabello húmedo, mis manos están en contra de su cuello caliente. Me está devolviendo el beso, con extraños soniditos que sugieren que puede estar llorando también; me besa con tanta fuerza que es estremecedor, agarrando la parte superior de mis brazos y tirándome hacia él. Saboreo sus labios, su lengua, los bordes afilados de sus dientes delanteros, el calor suave dentro de su boca. Me deslizo hacia arriba a horcajadas sobre su regazo, con ganas de acercarme aun más, con ganas de desaparecer en él, de mezclar mi cuerpo con el suyo. Nos separamos brevemente para tomar aire y vislumbro su rostro. Sus ojos están llenos de lágrimas no derramadas.

Emite un sonido irregular, nos besamos una vez más, suave y tiernamente, luego intensa y fuertemente, con sus manos sujetando los tirantes de mi vestido, torciéndolos, apretando el material en sus puños, como si la luchara contra el dolor. Y sé cómo se siente… es tan bueno que duele. Creo que me voy a morir de felicidad. Creo que me voy a morir de dolor. El tiempo se ha detenido; el tiempo está corriendo. Los labios de Lochie son ásperos y suaves, duros pero suaves. Sus dedos son fuertes: los siento en mi pelo y en mi cuello, en mis brazos y mi espalda. Y no quiero que me deje ir, nunca.

Un sonido estalla como un trueno por encima de nosotros, nuestros cuerpos se sacuden al unísono y de repente ya no nos besamos, aunque me aferro al cuello de su camiseta, y sus fuertes brazos se aprietan a mi alrededor.



Se oye el ruido de la descarga del inodoro, y luego el familiar crujido de la escalera de Kit. Ninguno de los dos parece capaz de moverse, a pesar de que el silencio que sigue hace claro que Kit ha vuelto a la cama. Mi cabeza cae contra el pecho de Lochan, escucho los sonidos amplificados de su corazón… muy fuerte, muy rápido, muy fuerte. Puedo escuchar su respiración también: agudos picos dentados perforando el aire helado.

Él es el primero en romper el silencio. —Maya, ¿qué demonios estamos haciendo?— Aunque su voz es apenas más que un susurro, suena a punto de llorar. —No entiendo: ¿por qué… por qué demonios nos está pasando esto?

Cierro los ojos y me aprieto contra él, acariciándole el brazo desnudo con mis dedos. —Todo lo que sé ahora es que te amo—digo en silenciosa desesperación, las palabras se derraman por propia voluntad. —Me gustas mucho más que como un hermano. Yo…te quiero de… de todo tipo de formas.

—Me siento así también… —Su voz está conmocionada. —Es… es un sentimiento tan grande que a veces pienso que me va a tragar. Es tan fuerte que siento que me puede matar. Sigue creciendo y no puedo…no sé qué hacer para detenerlo. Pero… pero no se supone que debamos hacer esto… ¡amarnos *así* uno al otro! —Su voz se quiebra.

—Ya lo sé, ¿de acuerdo? ¡No soy tonta!— Estoy repentinamente enojada porque no quiero escucharlo. Cierro los ojos, porque simplemente no puedo pensar en eso ahora. No me puedo permitir pensar sobre lo que significa. No voy a pensar en cómo se llama. Me niego a dejar que las etiquetas del mundo exterior estropeen el día más feliz de mi vida. El día que me besó el chico que había tenido siempre en mis sueños, pero nunca me permití ver. El día que finalmente dejé de mentirme a mí misma, dejé de fingir que era sólo un tipo de amor que sentía por él, cuando en realidad era todo el tipo de amor posible. El día que finalmente me liberé de nuestras restricciones y dimos paso a los sentimientos que tanto tiempo habíamos negado, sólo porque nos tocó ser hermano y hermana.

—Hemos… oh Dios… hemos hecho una cosa terrible. —La voz de Lochan está temblando, ronca y sin aliento, con horror. —Yo… ¡Te he hecho una cosa terrible!



Me limpio las mejillas y vuelvo la cabeza para mirarlo. —¡No hemos hecho nada malo! ¿Cómo se le puede llamar terrible a un amor así puede cuando no le estamos haciendo daño a nadie?

Él me mira, sus ojos brillan a la débil luz. —No sé— susurra. —¿Cómo algo tan malo puede sentirse tan bien?





Capítulo Trece

Traducido por Hishiru

Lochan

Le digo a Maya que necesita dormir porque sé que yo no puedo; estoy demasiado asustado de subir las escaleras, sentarme en mi cama y volverme loco en ese pequeño cuarto, solo con mis pensamientos aterradores. Ella dice que quiere estar conmigo: tiene miedo de que si se aleja, desapareceré. Ella no necesita explicarlo; también lo siento: el miedo de que si nos separamos ahora, esta increíble noche sólo desaparecerá, se evaporará como un sueño, y nos despertaremos en la mañana de regreso a nuestros cuerpos separados, de regreso a nuestras vidas comunes. Todavía aquí en el sofá, con mis brazos alrededor de ella mientras está acurrucada contra mí con la cabeza apoyada en mi pecho, me siento asustado, más asustado de lo que lo haya estado antes. Lo que acaba de pasar fue increíble, pero de algún modo completamente natural, como si en el fondo siempre hubiera sabido que este momento llegaría, aunque nunca me permití pensar conscientemente en ello, ni imaginarlo de ninguna manera. Ahora que esto ha llegado, sólo puedo pensar en Maya, sentada aquí contra mi, su cálido aliento contra mi brazo desnudo.

Es como si existiera un gran muro que me impide cruzar al otro lado, lanzando mi mente hacia el mundo exterior, el mundo más allá de nosotros dos. La válvula de seguridad de la naturaleza está trabajando, impidiéndome incluso contemplar las implicaciones de lo que acaba de pasar, manteniéndome, por lo menos por el momento, a salvo del horror de lo que he hecho. Es como si mi mente supiera que no puede ir ahí todavía, supiera que ahora no soy lo suficientemente fuerte para tratar con los resultados de estos sentimientos abrumadores, estas acciones trascendentales. Pero el miedo permanece, el miedo a que en la luz fría del día



seremos forzados a llegar a un final con lo que fue, simplemente, un error terrible; el miedo a que no tendremos más remedio que renunciar a esta noche como si nunca hubiera pasado, un secreto vergonzoso para ser guardado por el resto de nuestras vidas hasta que, frágil con la edad, se desmorone hecho polvo; un débil y distante recuerdo, como el polvo de las alas de una polilla en un cristal, el fantasma de algo que quizás nunca ocurrió, existiendo solamente en nuestra imaginación.

No puedo soportar la idea de que esto sólo sea un momento en el tiempo, que haya terminando antes de haber empezar, retirándose ya en el pasado. Debo aferrarme a eso con todas mis fuerzas. No puedo permitir que Maya se escape lejos porque, por primera vez en mi vida, mi amor por ella se siente completo, y todo lo que ha llevado hasta este punto de repente tiene sentido, como si todo esto estuviera destinado a ser. Pero mientras miro hacia su cara soñolienta, los pómulos pecosos, la piel blanca, las curvas oscuras de sus pestañas, siento un dolor enorme, como una nostalgia aguda; un anhelo por algo que nunca puedo tener. Sintiendo mis ojos sobre ella, me mira y sonríe, pero es una sonrisa triste, como si también supiera qué tan efímero es nuestro nuevo amor, que tan peligrosamente amenazado está por el mundo exterior. El dolor en mi interior se profundiza, y todo en lo que puedo pensar es en como se sintió besarla, cuán breve fue ese momento y qué tan desesperadamente quiero vivirlo una vez más.

Ella sigue mirándome con esa pequeña sonrisa nostálgica, como si esperara, como si supiera. Y la sangre se siente caliente en mi cara, mi corazón se acelera, mi respiración se acelera, y ella se da cuenta de eso también. Levanta su cabeza de mi pecho y me pregunta: —¿Quieres besarme otra vez?

Asiento, enmudecido, el corazón golpeando de nuevo.

Me mira expectante, esperanzada. —Entonces, vamos.

Cierro mis ojos, mi respiración es entrecortada, mi pecho está lleno con una creciente sensación de desesperación. —Yo no-no creo que pueda.

—¿Por qué no?

—Porque estoy preocupado… Maya, ¿qué pasa si no podemos parar?

—No tenemos que hacerlo…



Respiro profundamente y volteo, el aire a mi alrededor está zumbando con el calor. —¡Ni siquiera pienses así!

Su expresión se pone seria, frota sus dedos de arriba a abajo por el interior de mi brazo; sus ojos llenos están de tristeza. Sin embargo, su contacto me llena con nostalgia. Nunca pensé que el simple toque de una mano pudiera estimularme tanto.

—Está bien, Lochie, pararemos.

—*Tienes* que parar. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Toca mi mejilla, girándome de nuevo hacia ella. Tomo su cara en mis manos y comienzo a besarla, suavemente al principio; y mientras lo hago, todo el dolor, la preocupación, la soledad y el miedo comienzan a evaporarse hasta que todo en lo que puedo pensar es en el sabor de sus labios, el calor de su lengua, el olor de su piel, su tacto, sus caricias. Después, lucho por mantener la calma y sus manos están presionando contra ambos lados de mi cara, su aliento caliente y rápido contra mejilla, su boca cálida y húmeda. Mis manos quieren recorrerla toda, pero no puedo, no puedo. Nos besamos con tanta fuerza que duele; duele que no pueda hacer más, duele que por mucho que la bese no puedo… no puedo…

—Lochie…

No me importa la promesa. Ni siquiera recuerdo por qué la sugerí. No me importa nada, nada excepto…

—Tranquilo, Lochie…

Presiono mis labios de nuevo sobre su boca, sosteniéndola con fuerza para que deje de alejarse.

—Lochie, detente. —Esta vez ella se aparta y me empuja hacia atrás, sosteniéndome con los brazos extendidos, sus dedos agarrando mis hombros. Sus labios están rojos: se ve sonrojada, salvaje y exquisita.

Respiro muy rápido. Demasiado rápido.



—Me hiciste prometerlo. —Se ve acongojada.

—¡Lo sé, esté bien!— Brinco lejos, empiezo a pasear por la habitación. Deseando que hubiera una piscina de agua helada para zambullirme.

—¿Estás bien?

No, no lo estoy. Nunca me he sentido así antes y me da miedo. Mi cuerpo parece haberse hecho cargo. Estoy tan excitado que apenas puedo pensar. Tengo que calmarme. *Tengo* que mantener el control. No puedo dejar que esto pase. Paso mis manos por mi pelo repetidamente y el aire escapa de mis pulmones rápidamente.

—Lo siento. Debería haberlo dicho antes.

—¡No!— Giro en redondo. —No es tu culpa, ¡por el amor de Dios!

—¡Está bien, está bien! ¿Por qué estas tan enojado?

—¡No lo estoy! Yo sólo…—me detengo y apoyo mi frente contra la pared, luchando con la urgencia de golpearme. —Oh, Jesús, ¿qué vamos a hacer?

—Nadie podrá saberlo— dice en voz baja, mordiendo la punta de su pulgar.

—¡No!—Grito.

Irrumpiendo en la cocina, revuelvo con furia el congelador para buscar cubitos de hielo para una bebida fría. El ácido caliente se dispara por mis venas y mi corazón está golpeteando tan fuerte que lo puedo oír. No sólo es la frustración física, es la imposibilidad de nuestra situación, el horror de en lo que nos hemos metido, la desesperación de saber que nunca seré capaz de amar a Maya en la forma en que quiero.

—Lochie, por el amor de Dios, cálmate. —Su mano toca mi brazo mientras lucho con el congelador.

Empujo su mano. —¡No lo hagas!

Retrocede un paso.



—¿Sabes lo que estamos haciendo aquí? ¿Tienes alguna idea? ¿Sabes como le llaman a esto?— Cierro de golpe el congelador y me muevo hacia el otro lado de la mesa.

—¿Qué te pasa?— Ella exhala. —¿Por qué de repente te volviste contra mi?

Me detengo abruptamente y la miro fijamente. —No podemos hacer esto— exclamo, horrorizado con la súbita comprensión. —No podemos. Si comenzamos, ¿cómo nos detendremos? ¿Cómo diablos vamos a ser capaces de mantener esto en secreto a todo el mundo por el resto de nuestras vidas? No tendremos vida, estaremos atrapados, viviendo en secreto, siempre teniendo que fingir…

Ella mira de nuevo hacia mí, sus ojos azules amplios por el shock. —Los niños...—dice suavemente, de repente una nueva comprensión aparece. —Los niños… incluso si una persona se entera, ¡podrían llevárselos!

—Sí.

—¿Así que no podemos hacer esto? ¿Realmente no podemos?— Es formulado como una pregunta, pero puedo ver por la mirada afligida en su cara que ya conoce la respuesta.

Sacudiendo la cabeza lentamente, trago saliva y giro a mirar por la ventana de la cocina para ocultar las lágrimas de mis ojos. El cielo está en llamas y la noche ha terminado.





Capítulo Catorce

Traducido por LaraDesiree

Corregido por Pamee

Maya

Estoy cansada. Tan terriblemente cansada. Me aplasta como una fuerza invisible, destruyendo todo pensamiento racional, todos los otros sentimientos. Estoy cansada de arrastrarme cada día, usando mi máscara, fingiendo que todo está BIEN. Tratando de comprender los que los otros dicen, tratando de concentrarme en clases, tratando de parecer normal frente a Kit, Tiffin y Willa. Estoy cansada de pasar cada minuto de cada hora de cada día luchando con las lágrimas, tragando repetidamente para tratar de aliviar el constante dolor de mi garganta. Incluso de noche, mientras estoy en mi cama abrazando mi almohada, mirando hacia afuera por las cortinas abiertas, no me permito ceder, porque si lo hago me desmoronaré, me fragmentaré en miles de pedazos como un vidrio roto. La gente me pregunta constantemente cuál es el problema y eso me da ganas gritar. Francie piensa que es porque Nico me dejó y yo la dejo creerlo; es más fácil que venirle con otra mentira. Nico intenta hablarme un par de veces durante el recreo, pero le dejo en claro que no estoy de humor para conversar. Se ve herido, pero estoy más allá de preocuparme. *Si no fuera por ti*…me encuentro pensando. *Si no fuera por esa cita…*

¿Pero cómo puedo culpar a Nico por hacer que me diera cuenta de que estaba enamorada de mi hermano? El sentimiento ha estado ahí por años, acercándose más y más a la superficie con cada día que pasa; solo era cuestión de tiempo antes de que rompiera nuestra frágil red de negación, forzándonos a enfrentar la verdad y reconocer quiénes somos: dos personas enamoradas; un amor que posiblemente nadie más podría comprender. ¿Realmente me arrepiento de esa noche? Ese único momento de placer más allá de toda comparación. Algunas personas nunca lo



experimentan en toda una vida. Pero el lado malo de ese momento de pura felicidad es eso, es como una droga, un atisbo del paraíso, te deja queriendo más. Y después de ese momento, nada importa de la misma forma que antes; todo es gris en comparación. El mundo se vuelve soso y vacío, ya no parece tener mucho sentido. Ir a la escuela… ¿Para qué? ¿Para aprobar exámenes, obtener buenas calificaciones, ir a la universidad, conocer gente nueva, encontrar un trabajo, mudarme lejos? ¿Cómo seré capaz de vivir una vida lejos de Lochan? ¿Lo veré un par de veces al año como mamá y el tío Ryan? Ellos crecieron juntos, fueron cercanos alguna vez. Pero luego el se casó y se mudó a Glasgow. Así que ¿qué es lo que tienen en común mamá y el tío Rayan ahora? Separados por mucho más que la distancia y su estilo de vida, incluso los recuerdos compartidos de la infancia se han borrado de sus mentes. ¿Eso es lo que nos pasará a Lochan y a mí? E incluso si ambos nos quedamos en Londres, cuando él encuentre una novia, cuando yo encuentre un novio, ¿cómo lo soportaré? ¿Cómo seré capaz de observarnos dirigiéndonos a vidas separadas, sabiendo lo que pudimos ser?

Intento sacudirme el dolor pensando en la alternativa. ¿Tener una relación física con mi hermano? Nadie hace eso, es desagradable, sería como tener a Kit como mi novio. Me estremezco. Amo a Kit, pero la idea de besarlo va más allá de lo repugnante. Sería horrendo, sería repulsivo; es suficientemente malo incluso pensar en él besuqueando a esa esquelética chica americana con la que siempre sale. No quiero saber qué hace con su llamada novia. Cuando sea mayor, espero que consiga alguien amable, espero que se enamore, se case, pero nunca quisiera pensar en los detalles íntimos, el lado físico de las cosas. Eso es su asunto. ¿Por qué, entonces… *por qué* es tan diferente con Lochan? Pero la repuesta es muy simple: porque Lochan nunca se ha sentido como mi mayor y mandón. Él y yo siempre hemos sido iguales. Hemos sido mejores amigos desde pequeños. Compartimos un lazo más estrecho que la amistad toda nuestra vida. Juntos criamos a Kit, Tiffin y Willa. Lloramos juntos y nos hemos consolado el uno al otro. Nos hemos visto en nuestros momentos más vulnerables. Hemos compartido una carga inexplicable para el mundo exterior. Estuvimos ahí para el otro; como amigos, como compañeros. Siempre nos hemos amado, y ahora queremos hacerlo de un modo físico.





Quiero explicarle a él todo esto, pero sé que no puedo. Sé que, cualquiera que sean las razones para nuestros sentimientos, sin importar cuánto queramos justificarlos, no cambia nada; Lochan no puede ser mi novio. De todos los millones y millones de personas que habitan este planeta, él es uno de los pocos de los que nunca podré tener. Y esto es algo que debo aceptar… aunque como el ácido al metal, me corroe por dentro.

La estación se vuelve gris, sombría, implacable. En casa, la rutina diaria continúa siguiendo su curso, una y otra vez. El otoño da paso al invierno, los días se vuelven más cortos. Lochan se comporta como si nada hubiese pasado. Ambos lo hacemos. ¿Qué alternativa tenemos? Hablamos de cosas mundanas, pero nuestras miradas rara vez se encuentran, y cuando lo hacen, es sólo por un momento o dos antes de desviarlas nerviosamente. Pero me pregunto qué está pensando. Sospecho que, viéndolo como algo malo, lo ha empujado lejos de su cabeza. De todas maneras, tiene demasiado en su mente. Su profesora de inglés es todavía una mujer con la misión de hacerlo hablar en clase y sé que él teme sus clases. El comportamiento de mamá es cada vez más errático: pasa cada vez más y más tiempo en casa de Dave y rara vez vuelve a casa sobria. De vez en cuando sale de compras y regresa con regalos inducidos por la culpa: juguetes frágiles que se romperán a los pocos días, más juegos de computadora para mantener a Kit pegado a su pantalla, dulces que harán a Tiffin hiperactivo. Miro todo eso como si estuviera a una gran distancia, incapaz de participar en algo más. Lochan, con la cara pálida y tensa, trata de mantener algún orden en la casa pero siento que está muy cerca de un punto de quiebre del que soy incapaz de ayudarle.

Sentada frente a él en la mesa de la cocina, observándolo ayudar a Willa con su tarea, me viene este dolor terrible, el profundo sentido de pérdida. Revolviendo mi té frío, veo todos sus rasgos familiares: la forma en que saca el cabello de sus ojos cada pocos minutos, muerde su labio inferior cuando está tenso. Miro sus manos, con sus uñas mordidas, descansando en la mesa, sus labios, que una vez tocaron los míos, ahora resquebrajados y descoloridos. El dolor que siento cuando lo miro es más de lo que puedo soportar, pero me obligo a seguir viéndolo, para absorber de él todo lo que pueda, tratando de recapturar en mi mente todo lo que he perdido.





—El chico entró en la c – u – e – v – a. —Willa entona las letras. De rodillas en la silla de la cocina, apunta a cada letra por turnos. Su fino cabello dorado cubre su cara y las puntas rozan la página de su libro con un débil sonido susurrante.

—¿Qué palabra forma?— le pregunta Lochan.

Willa estudia el dibujo. —¿Piedra?— dice con optimismo, dándole una mirada a Lochan, sus ojos azules amplios de esperanza.

—No. Mira la palabra: c – a - v - e. Junta los sonidos y dilos rápidamente. ¿Qué palabra forma?

—¿Kav?— Dice de forma inquieta y distraída, desesperada por irse a jugar, sin embargo, contenta por la atención.

—Cerca, pero hay una *e* al final. ¿Cómo pronunciamos la *e*?

—¿Una *e* mayúscula?

Lochan saca la lengua, frotándose los labios con impaciencia. —Mira, esta es una *e* mayúscula. —Hojea el libro en busca de busca una, falla, y escribe una él mismo en una servilleta usada.

—Eugh. Tiffin se sonó la nariz en eso.

—Willa, ¿estás mirando? Ésta es una *e* mayúscula.

—Una mocosa mayúscula. —Willa empieza a reírse; captura mi mirada y me siento sonreír también.

—Willa, esto es muy importante. Es una palabra fácil; sé que puedes leerla si lo intentas. Esta es una *e* mágica. ¿Qué es lo que hace una *a* mágica?

Frunce el ceño duramente y se inclina de nuevo sobre el libro, curvando su lengua sobre su labio en concentración, su cabello oscureciendo parcialmente la hoja. —¡Hace que la vocal diga su nombre!— grita súbditamente, golpeando el aire triunfalmente con su puño.

—Bien. ¡Entonces cuál es la vocal!





—Hm…— Vuelve a la página con el mismo ceño, la misma lengua curvada. —Hm…—dice de nuevo, ganando tiempo. —¿La *a*?

—Buena chica. Entonces la *e* mágica convierte el sonido de la *a* en un…

—Ey.

—Sí. Intenta hacer sonar la palabra de nuevo.

—C - ey -v. ¡Cave! ¡El chico entró a la cueva! Mira Lochie, ¡lo leí![13]

—¡Chica lista! ¡Ves, sabía que podías hacerlo!

Él sonríe, pero hay algo más en sus ojos. Una tristeza que nunca se iba.

Willa termina de leer su libro y va para unirse a Tiffin en frente de la televisión. Finjo que tomo mi té, mirando a Lochan sobre el borde de la taza. Demasiado cansado para moverse, se sienta, lacio, con pedazos de papel y libros por doquier y cartas de la escuela y la mochila de Willa tirada en frente de él. Un largo silencio se extiende entre nosotros, tan tenso como una banda de goma.

—¿Estás bien?— le pregunto finalmente.

Me da una sonrisa irónica y parece dudar, bajando la vista a la mesa llena. —No realmente— responde al fin, evitando mi mirada. —¿Tú?

—No. —Con el borde de mi taza presiono mi labio contra mis dientes en un intento de detener las lágrimas. —Te extraño— susurro.

—Yo también te extraño. —Todavía está mirando la cubierta del libro de texto de Willa. Sus ojos parecen atrapar la luz. —Tal vez…— Su voz sale inestable así que lo intenta de nuevo. —T-tal vez deberías darle a DiMarco otra oportunidad. Se rumorea que el está… ¡bastante loco por ti! —Fuerza una risa.

Me lo quedo mirando en un silencio atónito. Me siento como si me hubiesen dado un golpe en la cabeza. —¿Eso es lo que quieres?— pregunto con una calma forzada.

[13] La palabra en inglés es cave, la cual significa cueva.



—No, no. Eso no es lo que quiero en absoluto. Pero tal vez podría… ¿ayudar?— Me hecha una mirada de pura desesperación.

Continúo presionando mis dientes contra mi labio hasta que estoy segura de que no voy a comenzar a llorar, su propuesta escandalosa está girando como un torbellino. —¿Ayudarme a mí o a ti?

Su labio inferior tiembla por un momento e inmediatamente lo muerde, inconsciente de que está haciendo un acordeón con la cubierta del libro de Willa. —No lo sé. Tal vez a ambos— dice apresuradamente.

—Entonces deberías salir con Francie— le disparo de vuelta.

—Está bien. —Él no mira hacia arriba.

Me quedo momentáneamente sin palabras. —Tú… pero… ¿No era que no te gustaba?— El horror de mi voz resuena a través de la habitación.

—No me gusta, pero tenemos que hacer *algo*. Tenemos que salir con otra gente. Es… es la única manera…

—¿La única manera de qué?

—De… de superar esto. De sobrevivir.

Bajo la taza de un golpe sobre la mesa, salpicando de té mi mano y el puño de mi camisa. —¿Crees que simplemente voy a superar esto?— grito, la sangre golpeando mi cara.

Agachando la cabeza y acobardándose como si estuviera a punto de asestar un golpe, levanta su mano para calmarme. —No… no puedo… por favor no lo hagas peor.

—¿Cómo podría?— jadeo. —¿Cómo podría hacer *algo* para empeorarlo?

—Todo lo que sé es que tenemos que hacer algo. No puedo seguir… ¡no puedo seguir así!— Inhala bruscamente y se da vuelta.

—Lo sé. —Bajo mi voz, forzándome a mí misma para lograr algo parecido a la calma. —Yo tampoco.



—¿Qué más podemos hacer?— Sus ojos me imploran.

—Está bien. —Apago mis pensamientos, apago mis sentidos. —Le diré a Francie mañana. Estará sobre la luna. Pero ella es una persona decente, Lochan. No puedes solo dejarla después de una semana.

—No lo haré. —Me mira, su mirada es intensa. —Estaré con ella tanto tiempo como ella quiera. Me casaré con ella, si eso es lo que quiere. Quiero decir, que al final del día, ¿qué demonios importa con quién termine si no puede ser tú?

Todo se siente diferente hoy. La casa es fría y extraña. Kit, Tiffin y Willa parecen imitadores de su propio yo. No puedo siquiera mirar a Lochan, la personificación de mi pérdida. Las calles de camino a la escuela parecen haber cambiado en la noche. Podría estar en un pueblo extranjero, en algún país lejano. Los peatones que me rodean no parecen vivos. No me siento viva. Ya no estoy segura de quién soy. La chica que existía antes de esa noche, antes del beso, ha sido borrada de la vida. Ya no soy quien solía ser; todavía no sé en quién me convertí. Los nerviosos bocinazos de los autos me enfrascan, como los sonidos de los pies sobre el pavimento, los autobuses viniendo, las persianas de los negocios abriéndose, las charlas en voz alta de los niños haciendo su camino a la escuela.

El edificio es más grande de lo que recuerdo: un paisaje austero, de concreto incoloro. Hay alumnos apurándose como extras en una set de filmación. Debo moverme en orden para encajar en esta actividad, justo como un electrón debe obedecer la corriente. Subo las escaleras muy lentamente, una a la vez, mientras la gente empuja y empuja para pasarme. Cuando busco mi aula, veo cosas que antes no había notado: las marcas de dedos en las paredes, el linóleo gastado, agrietado como una cáscara de huevo delicado, desapareciendo rítmicamente bajo mis pies. Lejos, las voces intentan llegar a mí, pero las repelo. Los sonidos rebotan en mí sin registrarlos: el chirrido de las sillas, las risas y las charlas, el cotorreo de Francie, el profesor de historia. La luz del sol atraviesa la capa de nubes, pasando a través de las grandes ventanas de vidrio, cruzando mi escritorio, hasta mis ojos. Se forman puntos blancos en el espacio delante de mí, con burbujas danzantes de color y luz que me mantienen cautiva hasta que suena la campana. Francie está a mi lado, su boca llena de preguntas, sus labios pintados de rojo formando y reformando…



labios que pronto tocarán los de Lochan. Tengo que decirle ahora antes de que sea muy tarde, pero mi voz se desvanece y todo lo que sale es aire vacío.

Me salto el segundo período para escapar de ella. Camino alrededor de la escuela vacía, mi celda de prisión gigante, buscando respuestas que nunca podré encontrar. Mis zapatos golpean contra los escalones mientras voy arriba y abajo, rodeo y rodeo cada piso, buscando… qué… ¿alguna clase de absolución? La dura luz de invierno se fortalece, inunda a través de las ventanas y rebota en las paredes. Siento la presión de eso contra mi cuerpo, quemando agujeros en mi piel. Estoy perdida en estos corredores, escaleras, pisos encajados unos sobre otros como una pila de cartas. Si continúo, quizás encuentre mi camino de vuelta; de vuelta a la persona que solía ser. Me muevo más despacio ahora. Tal vez hasta flotando. Nado a través del espacio. La tierra ha perdido la gravedad, todo se siente líquido a mi alrededor. Busco otra escalera, los peldaños se fusionan. La suela de mi zapato despega de lo más alto y doy un paso a la nada.





Capítulo Quince

Traducido por CairAndross

Lochan

Observo la parte de atrás de la cabeza de Nico DiMarco. Veo su mano oscura, con los dedos cerrados, descansando sobre su pupitre y el pensamiento de esos dedos tocando a Maya me hace sentir físicamente enfermo. No estoy preparado para ver que alguien salga con mi hermana, más de lo que me veo a mí mismo saliendo con Francie o cualquier otra chica y fingir que puede reemplazarla. Necesito encontrar a Maya y espero, por Dios, que no sea demasiado tarde. Necesito decirle que el trato está roto. Quizás, con el tiempo, ella pueda encontrar a alguien con quien estar. Y yo seré feliz, aunque sólo sea por ella. Pero, para mí, nunca habrá nadie más. La absoluta certeza de ese hecho me sofoca.

Por encima del pupitre, las manecillas del reloj se mueven. El segundo periodo está por terminar. Ella aún no se lo habrá dicho a Francie, ¿verdad? Debió planear esperar hasta el descanso de la mañana. Me siento terriblemente enfermo. Sólo porque yo no puedo seguir adelante, eso no significa que ella se sienta igual. Pudo haber sido mi idea, pero ella propuso el intercambio. Quizás tomó la decisión para darle una segunda oportunidad a DiMarco. Tal vez, la agonía de las semanas que pasaron la ha hecho darse cuenta del alivio que sería una relación normal.

Suena la campana y salgo disparado de mi asiento, agarrando mi mochila y mi chaqueta al pasar, haciendo caso omiso de las indicaciones de la profesora sobre la tarea. Hay un atasco masivo en las escaleras del quinto piso. Me dirijo a las de la otra punta. Una multitud de personas se ha acumulado también aquí. Excepto que éstas no se mueven. Se han detenido en su camino, taponando como una ameba, girándose los unos hacia los otros para hablar en un tono urgente, excitado. Empujo para pasar. Una cinta roja y gruesa atravesando la parte superior de la

escalera me obliga a detenerme. Intento escurrirme por debajo, pero me detiene una mano sobre mi hombro.

—No puedes pasar por ese lugar—dice una voz. —Hubo un accidente.

Doy un involuntario paso hacia atrás. Oh, esto es simplemente genial.

—Se cayó una chica. Acaban de trasladarla a la sala médica. Estaba inconsciente—añade alguien más en un tono reverente.

Miro la cinta, tentado otra vez, a simplemente pasar por debajo.

—¿Quién cayó?—oigo que pregunta otra voz, detrás de mí.

—Era una chica de mi clase. Maya Whitely. Yo vi lo que sucedió… No se cayó, ella saltó…

—¡Hey!

Me zambullo por debajo de la cinta y bajo corriendo los dos tramos de escaleras, las suelas de mis zapatos chirriando contra el linóleo. La planta baja está llena de alumnos que salen al recreo, todo el mundo se mueve en cámara lenta. Continúo mi camino entre la multitud, hombros golpeando hombros, personas empujándome desde todos los ángulos, gritos furiosos siguiéndome, después que yo me abriera paso a la fuerza.

—Hey, hey, hey…—. Alguien me coge por el brazo. Me giro, dispuesto a apartarlo de un empujón y me encuentro mirando el rostro de la Srta. Azley. —Lochan, tienes que esperar aquí afuera… La enfermera está ocupada…

Libero mi brazo de su agarre y ella se mueve para bloquearme la entrada.

—¿Qué es lo que te sucede?—pregunta. —¿No te encuentras bien? Siéntate aquí y déjame ver si puedo ayudarte.

Doy un paso atrás en forma involuntaria. —Déjeme pasar—jadeo. —Por el amor de Dios, necesito…

—Necesitas esperar aquí. Alguien acaba de accidentarse y la Sra. Shah la está tratando en este momento…



—Es Maya…

—¿Qué?

—¡Mi hermana!

Su rostro se transforma. —Oh, Dios. Lochan, escucha, ella va a estar bien. Sólo se desmayó. No cayó de muy alto

—¡Por favor, déjeme verla!

—Siéntate aquí por un segundo y le preguntaré a la enfermera

La Srta. Azley desaparece por la puerta. Me siento en una de las sillas de plástico y aprieto un puño contra mi boca, mis pulmones están clamando por aire.

Minutos después, sale la Srta. Azley a decirme que Maya está bien, sólo un poco conmocionada y con moretones. Me pide el número de teléfono de mi madre. Le digo que está afuera, y que yo llevaré a Maya a casa. Ella parece preocupada y me informa que es necesario llevar a Maya hasta A&E para que la revisen, por si tiene una conmoción cerebral. Insisto en que puedo encargarme de eso también.

Finalmente, me dejan entrar a verla. Ella está en la pequeña antesala blanca, sentada en la cama, hundida en el colchón, con una manta color verde lima doblada a mitad de su regazo. Le han quitado la corbata, y la manga derecha está enrollada, revelando un delgado brazo pálido con un vívido moratón rosa. Una gran escayola le cubre el codo. También le han quitado los zapatos y sus piernas desnudas cuelgan por un costado de la cama, un blanco vendaje elástico envuelve una de sus rodillas. Su cabello cobrizo, liberado de su cola de caballo, cae suelto sobre sus hombros. Su rostro ha sido drenado de todo color. Sangre seca y agrietada rodea un pequeño corte en el pómulo, la mancha carmesí contrastando dolorosamente con el resto de su rostro. Las sombras violetas enmarcan sus ojos enrojecidos y vacíos. Ella no sonríe cuando me ve; la luz se ha ido de su rostro, una mirada de sorprendente resignación ocupa su lugar.

Cuando doy un paso en el pequeño espacio entre la puerta y la cama, ella parece encogerse. Retrocedo con rapidez, apretando mis palmas sudorosas contra la fría pared detrás de mí. —¿Qué… qué sucedió?



Ella parpadea un par de veces y me estudia cansinamente por un momento. —Todo está bien. Estoy bien…

—¡Sólo di-dime qué sucedió, Maya!—. Hay un borde filoso en mi voz que no puedo controlar.

—Me desmayé mientras bajaba las escaleras. Me salteé el desayuno y estaba deshidratada, eso es todo.

—¿Qué dijo la enfermera?

—Que estoy bien. Que no debo perderme las comidas. Ella quiere llevarme al hospital para que me revisen, por si tengo conmoción cerebral, pero no es necesario. Mi cabeza no duele.

—¿Creen que te desmayaste porque te perdiste el desayuno?— mi voz comienza a elevarse. —¡Pero eso es absurdo! Nunca te has desmayado antes y raramente desayunas

Ella cierra los ojos, como si mis palabras la lastimaran. —Lochie, estoy bien. En verdad. ¿Podrías, simplemente, convencer a la enfermera que me deje salir de aquí?—. Abre los ojos de nuevo y se ve perturbada por un momento. —¿O… o tienes clases que no puedes perderte?

La miro fijo. —No seas ridícula. Te voy a llevar conmigo, a casa, ahora mismo.

Ella me brinda una pequeña sonrisa y me siento como si estuviera cayendo. —Gracias.

La Sra. Shah llama un taxi para que nos lleve al hospital local, pero tan pronto como cruzamos las puertas, Maya aleja al conductor. Me adelanta por la acera, con una mano apoyada en la pared para mantener el equilibrio. —Vamos. Me voy a casa.

—¡La enfermera dijo que podrías tener una conmoción cerebral! ¡Tenemos que ir al hospital!

—No seas tonto. Ni siquiera me golpeé la cabeza—. Ella continúa caminando inestable por la acera, luego se gira un poco y me tiende la otra mano. Al principio sólo me quedo mirándola, sin comprender.



—¿Puedo apoyarme un poco en ti?—. Su mirada es de disculpa. —Mis piernas se sienten algo inseguras.

Me apresuro a alcanzarla, agarro su mano, envuelvo su brazo en torno a mi cintura y la rodeo con mi brazo.

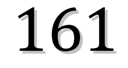
—¿Así? ¿Es… está bien?

—Es genial, pero no tendrías que apretarme tan fuerte…

Aflojo un poco mi agarre. —¿Mejor?

—Mucho mejor—. Nos movemos por la carretera, su cuerpo apoyado contra el mío, tan ligero y frágil como el de un ave.

—¡Hey, mira esto!— dice ella, con un toque de diversión en su voz. —Nos conseguimos un día libre de la escuela por completo, y ni siquiera son…— aparta mi mano de su cintura para echar un vistazo a mi reloj —… las once en punto—. Con una sonrisa levanta su rostro, para que sus ojos encuentren los míos, y el sol del mediodía baña su rostro sin color.



Obligo a mis pulmones a que respiren en forma entrecortada. —Eso fue astuto— me las arreglo para decir, tragando con dificultad.

Caminamos por unos minutos en silencio. Maya se aferra a mí con fuerza. Una y otra vez, reduce su paso hasta detenerse, pero cuando le pregunto si quiere sentarse, ella sacude la cabeza.

—Lo lamento— dice en voz baja.

Dios. No. El aire empieza a estremecerse en mi pecho.

—También fue idea mía— añade.

Tomo una inspiración profunda y la sostengo, volviendo la cabeza hacia un lado. Si me muerdo los labios con fuerza y me obligo a ignorar las miradas de los transeúntes curiosos, puedo mantenernos juntos un poco más, sólo un poco más. Pero ella puede hablar. Siento su preocupación impregnando mi piel como una suave calidez.

—¿Lochie?



Alto. No hables. No puedo soportarlo, Maya. No puedo. Por favor, entiende.

Ella gira su rostro hacia el otro lado. —No te culpes al respecto, Lochie. No fue tu culpa— susurra contra mi hombro.

Maya va a la cocina, mientras yo me quedo atrás, fingiendo ordenar el correo para intentar reponerme. Y entonces, de repente, soy consciente de su silueta en el marco de la puerta. Ella se ve maltratada, con su cabello enmarañado, sus ropas arrugadas y una rodilla vendada. Una mancha color vino se está expandiendo por debajo de la piel de su pómulo: en un par de días, habrá florecido en un gran moretón directamente sobre su mejilla.

Maya, lo siento mucho, quisiera decirle. *Jamás quise lastimarte*.

—¿Te importaría mucho hacerme una taza de café?— pregunta, con una sonrisa vacilante.

—Claro…—. Bajo la mirada, sin ver, a los sobres en mis manos. —P-por supuesto…

Ella me sonríe en forma apropiada esta vez. —Creo que podría acurrucarme en el sofá frente a uno de esos terribles programas de TV matutinos.

Hay un silencio. Hojeo algunos correos basura y me tomo un momento para responder, como si fuera doloroso, una astilla de vidrio que poco a poco penetra en el fondo de mi garganta.

—¿Vendrás a hacerme compañía?—. Ahora está dudando, aún esperando por mi respuesta.

Un lazo invisible aprieta mi garganta. No puedo responder.

—¿Lochie?

No puedo moverme. Si lo hago, pierdo. —Hey…— De repente, ella da un paso hacia mí e, inmediatamente, yo retrocedo, golpeándome el codo contra la puerta principal.

—Lochie, estoy bien—. Lentamente, levanta las manos. —Mírame. Estoy bien. Puedes verlo, ¿verdad? Sólo me resbalé, eso es todo. Estaba cansada. Todo está bien.

Pero no es así, no lo es, porque, lentamente, me estoy rasgando en dos. *Estás ahí, cubierta de cortes y moretones que pude haberte causado con mis propias manos. Y te amo, tanto que me está matando, pero todo lo puedo hacer es presionarte y hacerte daño, hasta que tu amor, finalmente, se convierta en odio*.

El dolor agujerea mi pecho, mi respiración comienza a fragmentarse, y lágrimas ardientes se abren camino hasta mis ojos. Bruscamente, estrujo los coloridos anuncios entre mis manos y me inclino pesadamente contra la pared, apretando el brillante papel contra mi rostro.

Hay un momento de sorprendido silencio, antes de sentir que Maya está a mi lado, empujando suavemente mis manos.

—No, Lochie, todo está bien. Mírame. ¡Estoy bien!

Tomo una inspiración irregular. —Lo lamento… ¡Sólo lo lamento tanto!

—¿Lamentas qué, Lochie? ¡No lo entiendo!

—La idea… de anoche… era tan horrible, tan estúpida…

—Eso no importa ahora. Se acabó, ¿de acuerdo? Sabemos que no podemos hacerlo, así que nunca volveremos a pensar en hacer algo como eso otra vez—. Su voz es firme y tranquilizadora.

Arrojo lejos el periódico y me golpeo la cabeza contra la pared, frotando salvajemente mi brazo sobre mis ojos. —¡No sabía qué más hacer! Estaba desesperado… ¡*Aún* lo estoy! ¡No puedo dejar de sentir esto!—. Estoy gritando ahora, histérico. Siento como si estuviera perdiendo la razón.

—Escucha…—. Ella toma mi mano y la frota, en un esfuerzo por calmarme. —Nunca quise a Nico o a alguien más. Sólo a ti.

La miro, el sonido de mi respiración es áspero e irregular en el repentino silencio. —Puedes *tenerme* —susurro con voz temblorosa. —Estoy aquí. Siempre estaré aquí.



Su rostro se inunda de alivio, mientras sus manos alcanzan mi rostro. —Hemos sido estúpidos… Pensamos que pueden detenernos—. Acaricia mi cabello, besa mi frente, mis mejillas, la línea de mis labios. —No nos detendrán. Nada es tan grande como esto, es lo que ambos queremos. Pero tienes que dejar de pensar que está mal, Lochie. Es exactamente lo que piensan los demás; es su problema, sus estúpidas normas, sus prejuicios. Ellos son los que están equivocados, los de mente estrecha, cruel…—. Ella besa mi oreja, mi cuello, mi boca.

—Ellos son los que están equivocados— repite. —Porque no lo entienden. No me importa si resultas biológicamente mi hermano. *Nunca* fuiste simplemente un hermano para mí. Siempre has sido mi mejor amigo, mi alma gemela, y ahora también estoy enamorada de ti. ¿Por qué eso debería ser un crimen? Quiero ser capaz de abrazarte, besarte y… y hacer todas las cosas que se les permite hacer a las personas enamoradas—. Toma una inspiración profunda. —Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Cierro mis ojos y aprieto mi rostro caliente contra su mejilla. —Lo haremos. Encontraremos un modo. Maya, *tenemos* que…

Cuando abro la puerta de su dormitorio con el codo, un vaso de jugo en una mano, un sándwich en la otra, la encuentro profundamente dormida, tendida boca abajo sobre la cama, el edredón lo ha pateado lejos, los brazos rodean su cabeza sobre la almohada. Se ve tan vulnerable, tan frágil. La brillante luz del mediodía ilumina un lado de su rostro dormido, una franja de su arrugada y demasiado grande camisa de la escuela, el borde de sus bragas blancas, la parte superior de su muslo.

Esquivando la falda descartada, los calcetines y zapatos tirados en la alfombra, coloco el plato y el vaso junto a una pila de papeles sobre su escritorio y la enderezo con cuidado. La observo largamente. Después de un tiempo, mis piernas empiezan a doler y me deslizo hasta quedar sentado contra la pared, los brazos descansando sobre mis rodillas. Temo que, si la dejo, incluso por un momento, algo podría sucederle de nuevo; temo que, si la dejo, regrese el negro muro del miedo. Pero aquí, a su lado, la visión de su rostro dormido me recuerda que nada más me importa, que no estoy solo en esto. Esto es lo que Maya quiere, esto es lo



que yo quiero. Luchar no sirve de nada, sólo nos lastimaría a ambos. El cuerpo humano necesita un flujo constante de nutrientes, aire y amor para sobrevivir. Sin Maya, pierdo los tres; además, moriremos lentamente.

Debí dejarme ir, porque el sonido de su voz envía una descarga a través de mi cuerpo y me enderezo, frotándome el cuello. Ella parpadea soñolienta, la mejilla apoyada contra el borde del colchón, su cabello rojizo barriendo el suelo. No sé qué fue lo que dijo para despertarme, pero ahora su brazo está extendido, la palma de su mano vuelta hacia mí. Tomo su mano y ella sonríe.

—Te hice un sándwich— le digo, señalando hacia el escritorio. —¿Cómo te sientes?

Ella no responde, sus ojos me absorben. El calor de su mano se filtra a la mía y aprieta sus dedos, mientras me jala suavemente hacia ella. —Ven aquí—dice, con la voz aún áspera por el sueño.

Me quedo mirándola, siento que mi pulso se acelera. Ella suelta mi mano y se mueve hacia el lado más apartado de la cama, dejándome un espacio. Me quito los zapatos y los calcetines, y me pongo de pie vacilante, mientras ella me tiende los brazos.

Mientras bajo mi cuerpo hacia el colchón junto a ella, inhalo su fragancia y siento cómo sus piernas se entrelazan con las mías. Ella me besa con suavidad, besos dulces, susurrantes, que hacen que mi rostro hormiguee y envían temblores a lo largo de mi cuerpo, creando una excitación instantánea. Estoy plenamente consciente de sus piernas desnudas atrapadas entre las mías; temo lo que ella va a sentir, temo lo que sabrá. Cierro mis ojos e inhalo profundamente, en un esfuerzo por mantener la calma, pero ella me besa los párpados, su cabello hace cosquillas en mi rostro y en mi cuello, y oigo que mi respiración se vuelve rápida y superficial.

—Está bien— dice ella, con una sonrisa en su voz. —Te amo.

Abro los ojos, levanto la cabeza de la almohada y comienzo a besarla, suavemente al principio, pero luego, ella pone su brazo alrededor de mi cuello y me acerca más, y nuestros besos se aceleran, cada vez más profundos y más urgentes, hasta que se vuelve difícil encontrar tiempo para respirar. Acuno su



cabeza con un brazo, enlazando su mano con el otro. Cada beso es más feroz que el anterior, hasta que siento miedo de estar lastimándola. No sé dónde ir, no sé qué hacer.

Presiono mi rostro contra la curva caliente de su cuello con un extraño sonido y me encuentro acariciando sus pechos, la camisa de algodón arrugada bajo mis dedos. Siento la punta de sus dedos subiendo y bajando por mi espalda, por debajo de mi camisa, entonces viajan por debajo de mis brazos para alcanzar mi pecho, tocando mis tetillas. Pequeñas descargas eléctricas rebotan a través de mi cuerpo. Mi boca llega a la suya de nuevo, y jadeo en busca de aire mientras ella hace sonidos que hacen que mi corazón lata más y más rápido. Me siento arrastrado por algún tipo de ardiente torbellino de locura, bombardeado por un millón de sensaciones a la vez: el calor de sus labios, la presión de su lengua, el sabor de su boca, el olor de su cabello, la sensación de sus pechos, los botones de su camisa raspándome la palma mientras deslizo mi mano hacia abajo, los ángulos de sus costillas dan paso abruptamente a la suave curva interior de su estómago, la sorpresa de explorar bajo su camisa y sentir la piel tensa y caliente.

Maya tiene una mano en mi cabello y la otra en mi estómago. Mis músculos convulsionan en respuesta a su tacto, apartándose de un tirón, aún desesperados por seguir el contacto de su mano, y estoy muy consciente de sus dedos deslizándose por debajo del reborde de mis pantalones, presionando contra mi estómago, vacilando en la cinturilla de mis bóxers; tengo que romper el beso y apretar mi rostro contra la almohada para contenerme de rogarle que continúe. No puedo pensar en nada más, excepto esta ciega locura; quiero detenerme, pero aún soy incapaz de sostenerlo. Quiero fingir que es un accidente, que no sé qué es lo que estoy haciendo, pero sí lo sé.

Mis manos se aferran a las sábanas, retorciéndola en nudos mientras me empujo contra ella, me froto contra ella, imperceptiblemente al principio, con la esperanza que no lo note, pero pronto, esto también queda fuera de mi control, mientras el ritmo y la presión se incrementan por voluntad propia, mi entrepierna contra el hueso de su pelvis, la fina y suave tela de nuestra ropa lo único que queda entre nosotros. Deseo poder sentir su piel desnuda, incluso cuando el sentimiento de su cuerpo bajo el uniforme es suficiente para enviarme a un torbellino de lujuria y deseo. Puedo oír el sonido de mi áspera respiración, la fricción entre nuestros



cuerpos. Sé que debo detenerlo, sé que debo pararlo ahora, porque si sigo, si continúo, sé lo que sucederá… Tengo que detenerlo, tengo que hacerlo, tengo que hacerlo…

Entonces, su boca encuentra la mía, ella me besa profundamente y una crepitante corriente eléctrica se dispara a través de mi cuerpo, enviando rojas chispas de una euforia exquisita. Y de repente, me encuentro temblando con fuerza contra ella, el éxtasis explotando por todo mi cuerpo como el sol…

Maya rueda sobre su costado para enfrentarme y me aparta el cabello de la cara, una mirada de sorpresa, un toque de diversión en sus labios. Cuando sus ojos sonrientes encuentran los míos, tomo aire con fuerza y siento que me baña una gran ola de vergüenza.

—Me he… me he entusiasmado un poco—. Hago una mueca para tratar de ocultar mi agudo malestar. ¿Ella sabe, realmente, lo que sucedió? ¿Está disgustada?

Ella alza las cejas y esboza una sonrisa. —¡No bromees!

Lo sabe. Mierda.

—Bueno, eso es lo que sucede cuando… cuando *haces* cosas como ésta—. Mi voz suena más fuerte de lo que pretendo: a la defensiva, temblorosa y desigual.

—Lo sé—dice ella en voz baja. —Wow.

—No podía… no podía parar—. Mi corazón late con fuerza. Me siento desesperadamente avergonzado.

Ella besa mi mejilla. —Lochie, está bien… ¡Yo no quería que pararas!

El alivio fluye a través de mí, y me acerco tanto que su cabello cae sobre mi rostro. —¿En serio?

—¡En serio!

Cierro mis ojos, aliviado. —Te amo.

—Yo también te amo.



Pasa un largo momento, entonces, siento el aliento caliente que golpea convulsivamente mi mejilla: risas silenciosas.

—¡Te estás quedando dormido!

Obligo a mis ojos que se abran y río avergonzado. Es cierto. Estoy aniquilado. Mis párpados son arrastrados por algún peso invisible y cada onza de energía se ha evaporado de mi cuerpo. Acabo de experimentas los minutos más intensos de mi vida y mi cuerpo entero se siente débil. Cambio de lugar, incómodo, sobre la cama y hago una mueca de vergüenza. —Creo que necesito una ducha…—

No puedo dejar de pensar en ello, en la noche, pero también durante el día. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué habríamos hecho? Incluso cuando nunca nos quitamos la ropa, incluso cuando lo que hicimos, técnicamente, no es ilegal, sé que hemos comenzado a transitar una peligrosa pendiente resbaladiza. Dónde podríamos aterrizar eventualmente, es tan aterrador y tan fantástico a la vez, como para pensarlo siquiera. Trato de decirme a mí mismo que no es nada, que sólo estaba tratando de consolarla; pero aún no me he auto-engañado tanto como para creer esa excusa ridícula. Y ahora, es como una droga, y no puedo creer que haya podido vivir tanto tiempo, con la presencia diaria de Maya, sin este nuevo nivel de intimidad…





Capítulo Dieciséis

Traducido por CairAndross

Maya

Al final del día, todo se reduce a cuánto puedes soportar, cuánto puede durar. Estar juntos, no dañamos a nadie; permanecer apartados, nos extinguimos. Quería ser fuerte, quería mostrarle a Lochan que si él podía irse después de aquella primera noche, entonces yo también; que si él podía distraerse saliendo con una chica, entonces yo podría hacer lo mismo con un chico. Mi mente estaba puesta en la idea, pero el resto de mi cuerpo no obedecía. En lugar de seguir adelante con nuestro trato, mi cuerpo escogió derrumbarse peligrosamente por un tramo de escaleras.

Lochan aún es Lochan, excepto que no lo es. Cuando lo miro ahora, me parece diferente. Mi mente continúa recordando aquella tarde en la cama: el sabor de su boca caliente, el roce de sus yemas contra mi piel. Quiero estar con él todo el tiempo. Lo sigo de habitación en habitación, buscando cualquier excusa para estar cerca de él, para verlo, para tocarlo. Quiero abrazarlo, acariciarlo, besarlo, pero por supuesto, con los demás siempre alrededor, no puedo. Amarlo de este modo se ha convertido en un profundo dolor psíquico. Me invade un caleidoscopio de emociones conflictivas: por un lado, burbujeo con tanta adrenalina y excitación que me resulta difícil comer, por el otro, me consume el terror de que Lochan vaya a decirme de repente que no podemos hacer esto porque es un error. O que alguien pueda descubrirnos y forzarnos a que nos separemos. No voy a escuchar el tic-tac de la bomba de tiempo dentro de mi cabeza, no voy a pensar en el futuro, aquel enorme agujero negro en el que ninguno de nosotros puede existir, juntos o separados… Me niego a permitir que mis temores por el futuro arruinen mi presente. Todo lo que importa, en este momento, es que Lochan está aquí, conmigo y que nos amamos. Nunca me he sentido tan feliz en mi vida.



Lochan también parece más vivo. La tensa mirada de agotamiento y falsa alegría se ha borrado de su rostro. Se ríe de las bromas de Tiffin, le hace cosquillas a Willa y la hace girar, dándole vueltas y vueltas hasta que tengo que pedirle que se detenga. Le lleva la corriente a Kit y ha dejado de lado sus habituales comentarios incendiarios; incluso dejó de morderse los labios. Y cada vez que sus ojos encuentran los míos, su rostro se ilumina con una sonrisa.

El viernes por la mañana, dos semanas completas desde la última vez que estuvimos uno en brazos del otro en la cama, me acerco por detrás mientras él se encuentra solo ante el fregadero, de espaldas a la puerta, bebiendo su café matutino y mirando por la ventana. Su cabello negro azulado aún está revuelto por la noche, las mangas de su camisa blanca enrolladas sobre los codos como de costumbre. La piel de sus brazos se ve tan suave, que anhelo a acariciarla. Incapaz de contenerme, deslizo mi mano en la suya, relajada. Él se vuelve hacia mí con una sonrisa de sorpresa, pero puedo reconocer un toque de alarma en sus ojos, acompañado por otra emoción: un deseo atormentado, una dolorosa desesperación.

—Los demás bajarán en un minuto— me advierte Lochan suavemente.

Echo un vistazo a la puerta de la cocina cerrada, deseando que tuviera una cerradura. Retornando a él, acaricio el interior de su palma con la punta de mis dedos. —Te extraño— susurro.

Él sonríe ligeramente, pero sus ojos están tristes. —Sólo tenemos que… que esperar el momento adecuado, Maya.

—Nunca *hay* un momento adecuado— le respondo. —Entre los niños, el colegio y Kit llegando a medianoche, nunca estamos solos.

Él comienza a morderse el labio otra vez, volviéndose a mirar por la ventana. Apoyo mi cabeza contra la parte superior de su brazo.

—¡No!— dice con voz ronca.

—Pero, yo sólo…

—¿No lo entiendes? Lo hace aún más difícil. Hace que sea aún peor— inspira de forma inestable. —No puedo… no puedo soportar cuando tú…



—Cuando yo, ¿qué?

Él no responde.

—¿Por qué me estás embrollando?

—No entiendes— se vuelve hacia mí casi con furia, su voz empieza a temblar. —Verte, estar contigo cada día pero no ser capaz de hacer algo… es como el cáncer, ¡es como este cáncer creciendo dentro de mi cuerpo, dentro de mi mente!

—Está bien. Lo sé. Lo siento— intento desasir mi mano, pero sus dedos se ciñen alrededor de los míos.

—No lo hagas…

Me inclino hacia él y lo aprieto con fuerza mientras él me envuelve con sus brazos. El calor de su cuerpo fluye hacia el mío como una corriente eléctrica. Sus mejillas calientes rozan mi rostro, sus labios tocan los míos antes de apartarse otra vez; su aliento es húmedo y apremiante contra mi cuello. Deseo tanto que me bese que duele.

La puerta cruje al abrirse como el sonido de un disparo. Nos separamos con premura. Tiffin está allí, tirando de su corbata, su camisa sin fajar. Sus ojos están muy abiertos, oscilando entre mi rostro y el de Lochan.

—¡Wow, el primero en estar listo!— mi voz sale estridente con una alegría falsa. —Ven aquí y te ataré la corbata. ¿Qué te gustaría para el desayuno?

Él aún no se mueve. —¿Qué sucedió?— pregunta al fin con el rostro preocupado.

—¡Nada!—. Lochan pasa de hacer el café y le brinda una sonrisa tranquilizadora. —Todo está bien. Ahora, ¿muesli, tostadas o ambos?

Tiffin ignora los intentos de Lochan por distraerlo. —¿Por qué estabas abrazando a Maya?— pregunta en cambio.

—Porque… porque… Maya está un poco molesta por ese examen que tiene que hacer hoy— responde Lochan entrecortado. —Se siente muy nerviosa.



Asiento como si estuviera de acuerdo, borrando rápidamente mi falsa sonrisa.

Poco convencido, Tiffin camina lentamente hacia su silla, olvidando sus quejas habituales mientras Lochan le llena su tazón con muesli.

Mi corazón golpetea como un martillo. Sólo oímos la puerta hasta después que él la hubiera abierto por completo y ésta golpeara la esquina del aparador. ¿Tiffin vio a Lochan besando mi cuello… notó que mis labios rozaron los suyos? Tiffin empieza a comer su muesli sin más comentarios y sé que no ha creído nuestra historia. Sé que siente que algo no está bien. Me siento casi aliviada cuando llegan Kit y Willa, ruidosos y demandantes, uno protestando por el menú del desayuno, la otra por haber perdido su álbum de estampas. Miro nerviosamente a Tiffin, pero él permanece inusualmente silencioso.

Lochan está claramente alterado. El color es fuerte en sus mejillas y se está mordiendo el labio. Golpea el jugo de Willa y esparce los cereales sobre la mesa. Sirve café tras café y trata de apurar a todo el mundo a que desayune, incluso cuando aún no son ni las ocho y sus ojos continúan regresando al rostro de Tiffin.

Después de dejar los niños en la escuela, me vuelvo hacia él y le digo: —Tiffin no pudo haber visto nada. No hubo tiempo.

—Él sólo me vio dándote un abrazo y ahora está preocupado porque estés molesta por algo más serio que un examen. Nunca debí haber salido con esa patética excusa. Pero, para esta tarde ya habrá olvidado todo esto o, si no lo hace, se dará cuenta de que estás bien. Todo está bien.

Aún puedo sentir el retorcijón del miedo en mi estómago. Pero sólo asiento con la cabeza y sonrío tranquilizadoramente.

En matemáticas, Francie masca goma y apoya los pies sobre la silla vacía que tiene enfrente, pasándome notas sobre el modo en que Salim Kumar me está mirando y especulando sobre lo que le gustaría hacer conmigo.

Pero todo lo que puedo pensar es en que algo tiene que cambiar. Lochan y yo tenemos que encontrar una manera de estar juntos sin temor a ser



interrumpidos por, al menos, un ratito todos los días. Sé que después de lo que sucedió esta mañana, él no va a volver a tocarme cuando los demás estén en la casa, lo que es, básicamente, cuando *nosotros* estamos. Y aún no entiendo por qué no puedo quedarme cerca de él, sujetar su mano, descansar mi cabeza contra su brazo mientras estemos en una habitación vacía. Él dice que le hace peor, ¿pero qué podría ser peor que no tocarlo en absoluto?

Hoy es mi turno de recoger a Tiffin y Willa porque Lochan tiene una clase en la tarde. De camino a casa, ellos cargan hacia delante como siempre, dándome un infarto cada vez que cruzan una carretera. Cuando llegamos, les doy unos aperitivos y me pongo a hurgar dentro de sus mochilas buscando notas de profesores y tareas mientras ellos luchan por el control remoto en la sala. Pongo a lavar la ropa, retiro las cosas del desayuno y subo las escaleras a ordenar su habitación. Cuando regreso a la sala, ya se han aburrido de la televisión, la GameBoy no está funcionando correctamente y los amigos de Tiffin del vecindario están todos fuera, en un club de fútbol. Empiezan a discutir, por lo que sugiero un juego de Cluedo[14]. Agotados por la larga semana aceptan, así que dispongo el juego sobre la alfombra de la sala: Tiffin se recuesta sobre el estómago, con la cabeza apoyada en una mano, su rubia melena cubriéndole los ojos; Willa se sienta de piernas cruzadas a los pies del sofá, con un enorme agujero nuevo en sus medias rojas escolares que revelan parte de un esparadrapo aún mayor.

—¿Qué te sucedió?— le pregunto señalándolo.

—¡Me caí!— anuncia, sus ojos iluminados de anticipado deleite mientras empieza su relato del drama. —Fue muy, muy grave. Mi rodilla tenía un gran corte abierto y había sangre por toda mi pierna ¡y la enfermera dijo que tendría que ir al hospital para recibir puntos de sutura!—. Mira a Tiffin para asegurarse que tiene un público cautivo. —De todos modos, yo no lloré mucho. Únicamente hasta el final del recreo. La enfermera dijo que yo era realmente valiente.

—¡Te dieron puntos de sutura!— me quedo mirándola, horrorizada.

---

[14] Cluedo: juego de mesa de misterio y asesinato, publicado por primera vez en el Reino Unido en 1948. Actualmente lo comercializa Hasbro con el nombre de Clue. Básicamente, consiste en resolver los detalles de un asesinato rechazando hipótesis mediante cartas.

—No, porque después de un rato dejó de salir la sangre, así que la enfermera dijo que ella pensaba que estaría bien. Siguió intentado llamar a mamá, pero le dije y le dije que era el número equivocado.

—¿Qué quieres decir con que era el número equivocado?

—Yo le decía que ella tenía que llamarte a ti o a Lochie en su lugar, pero ella no me escuchaba, incluso cuando le dije que me sabía los números de memoria. Sólo dejó un montón de mensajes en el móvil de mamá. Y me preguntó si tenía una abuela o abuelo que pudiera ir y recogerme en su lugar.

—Oh, Dios, déjame ver. ¿Aún te duele?

—Sólo un poco. No… ¡*ay*!... ¡no quites el esparadrapo, Maya! ¡La enfermera dijo que tenía que dejármelo!

—¡OK! ¡OK!— digo rápidamente. —Pero la próxima vez, le dices a la enfermera que tiene que llamarnos a mí o a Lochie. Le dices que tiene que hacerlo, Willa, ¿ok? ¡*Tiene que hacerlo*!— de repente, me descubro casi gritando.

Willa asiente distraídamente, con la atención puesta en las piezas del juego ahora que su drama ha terminado. Pero Tiffin me está mirando solemnemente, sus ojos azules entornados.

—¿Por qué la escuela siempre tiene que llamarlos a ti o a Lochan?— pregunta él en voz baja. —¿Ustedes son, en secreto, nuestros verdaderos padres?

El sobresalto corre como agua helada a través de mis venas. Soy incapaz de respirar por un momento.

—No, por supuesto que no, Tiffin. Simplemente, somos mucho mayores que tú, eso es todo. ¿Qué… qué rayos te hizo pensar tal cosa?

Tiffin continúa concentrado en mí con su penetrante mirada y me encuentro literalmente conteniendo la respiración, esperando su comentario sobre lo que fue testigo esta mañana.

—Porque mamá ya no está aquí nunca más. Ni siquiera los fines de semana. Tiene una nueva familia ahora, en casa de Dave. Vive allí e incluso tiene nuevos hijos.



Lo miro, con la tristeza filtrándose a través de mí. —No es su nueva familia— hago el último intento con desesperación. —Ellos se quedan sólo durante el fin de semana y son hijos de Dave, no de ella. Nosotros somos sus hijos. Ella sólo pasa mucho tiempo allí en estos momentos porque trabaja hasta muy tarde… es peligroso que vuelva a casa sola en medio de la noche.

Mi corazón está latiendo demasiado rápido. Desearía que Lochan estuviera aquí para decir lo correcto, yo no sé cómo explicárselos. No sé cómo explicármelo.

—¿Entonces, cómo es que ella nunca más está aquí, ni siquiera los fines de semana?— pregunta Tiffin, su voz súbitamente tiene un filo de ira. —¿Cómo es que nunca nos lleva a la escuela o nos recoge para traernos a casa como solía hacer en su día libre?

—Porque…—. Mi voz flaquea. Sé que, aquí, voy a tener que mentir. —Porque ahora también está trabajando los fines de semana y no tomará más días libres durante la semana. Es sólo para que pueda ganar más dinero, para comprar cosas bonitas para nosotros.

Tiffin me da una larga y dura mirada y con un sobresalto, veo el adolescente que será en unos pocos años.

—Estás mintiendo— dice en voz baja. —Todos ustedes están mintiendo—. Se levanta y corre escaleras arriba.

Me siento allí, paralizada por el miedo, la culpa y el horror. Sé que debería ir tras él, pero ¿posiblemente, qué pueda decirle? Willa está tirando de mi manga, exigiendo que juegue. Afortunadamente la conversación ha pasado desapercibida para ella. Y por eso, recojo las piezas con una mano temblorosa y empiezo a jugar.

Conforme el tiempo pasa, la tarde que me desmayé empieza a sentirse como un sueño que lentamente se evapora desde los espirales de mi mente. No trato de tocar a Lochan nuevamente. Sigo diciéndome que esto es sólo temporal, sólo hasta que las cosas se calmen con Tiffin y él empiece a enfocarse en otras cosas y regrese a su descarada personalidad habitual. Eso no le toma mucho tiempo, pero sé que el



recuerdo aún está allí, junto con la duda, el dolor y la confusión. Y eso es suficiente para detenerme de acercarme a Lochan.

La pesadilla de Navidad comienza: películas navideñas, disfraces que hacer de improviso, una discoteca para los alumnos de sexto año, a la cual Lochan es el único alumno que no asiste. Entonces, todo el mundo se dispersa y la Navidad está sobre nosotros, la casa decorada con guirnaldas y banderolas que Lochan birló de la escuela. Toma los esfuerzos combinados de los cinco cargar el árbol hogareño desde lo alto de la calle y Willa se mete una aguja de pino en un ojo, y por unos pocos momentos terribles pensamos que tendríamos que llevarla a urgencias, pero Lochan, finalmente, consigue sacársela. Tiffin y Willa adornan el árbol con decoraciones hechas en casa y en la escuela, e incluso cuando el resultado final fue un gran desastre desproporcionado y brillante, nos anima tremendamente a todos. Incluso Kit se digna a unírsenos con los preparativos, aunque se pasa la mayor parte del tiempo tratando de probarle a Willa que Santa Claus no es real. Mamá nos da nuestro dinero de Navidad y voy a hacer compras para Willa, mientras Lochan se ocupa de Tiffin: un sistema que diseñamos un desafortunado año, cuando yo le compré a Tiffin un par de guantes para fútbol con una franja rosada a los lados. Kit sólo quiere dinero pero Lochan y yo colaboramos para conseguirle el par de zapatillas de diseñador ridículamente caras que ha estado deseando por años. En vísperas de Navidad, esperamos hasta oírlo roncar suavemente antes de colocar la caja envuelta a los pies de su escalera con las palabras *De Parte de Santa Claus* escritas en buen tamaño.

Mamá hace una aparición tardía la mañana de Navidad, cuando el pavo ya está en el horno. Trae regalos también, principalmente cosas de segunda mano de las que los niños de Dave ya se han cansado: Lego[15] y autos de juguete para Tiffin, a pesar que dejó de jugar con ese tipo de cosas hace algún tiempo, una segunda copia de *Bambi* para DVD y un Teletubby[16] desastrado para Willa, que ella mira con una mezcla de confusión y horror. Kit consigue algunos videojuegos viejos, que no funcionan en su consola pero él estima que puede vender en la escuela. Yo

[15] Lego: esos bloquecitos de plástico interconectables.
[16] Teletubby: personaje de un programa de televisión para bebés y niños en edad escolar de la cadena BBC. Tienen forma de muñecos, cada uno de un color diferente, de forma redondeada, grandes orejas y un tubo a modo de antena plegado en distintas formas geométricas en lo alto de la cabeza.



obtengo un vestido, varias tallas más grandes que la mía, que luce como si, probablemente, una vez perteneció a la ex esposa de Dave, y Lochan es el orgulloso nuevo propietario de una enciclopedia, generosamente adornada con dibujos obscenos. Todos hacemos las apropiadas exclamaciones de alegría y sorpresa, y mamá se siente en el sillón, se sirve un gran vaso de vino blanco, enciende un cigarrillo y jala a Willa y a Tiffin a su lado, su rostro ya encendido por el alcohol.

De algún modo, sobrevivimos al día. Dave pasa la ocasión con su familia y mamá se desmaya en el sofá justo pasadas las seis. Tiffin y Willa son engatusados para irse a la cama temprano, mediante permitirles llevarse sus regalos con ellos y Kit desaparece, escaleras arriba con sus videojuegos para comenzar sus negociaciones.

Lochan se ofrece a limpiar la cocina y, para mi vergüenza, lo dejo hacerlo, y colapso en la cama, agradecida de que el día haya llegado a su fin.

Es casi un alivio cuando la escuela comienza de nuevo. Lochan y yo tenemos remordimientos, y mantener entretenidos a Tiffin y Willa cada día durante dos semanas ha cobrado su precio. Volvemos a la escuela agotados y admiramos los nuevos iPods, móviles, ropas de diseñador y laptops que nos rodean.

En el almuerzo, Lochan pasa caminando junto a mi mesa. —Encuéntrame en las escaleras— susurra. Francie deja escapar un fuerte aullido lobuno mientras él se aleja y yo me giro a tiempo para ver que su rostro se torna carmesí.

Aquí arriba, el viento es casi un vendaval, cortándote como si fueran astillas de hielo. No tengo idea cómo Lochan puede soportarlo día tras día. Él se abraza a sí mismo contra el frío, sus dientes castañetean, sus labios están tintados de azul.

—¿Dónde está tu abrigo?— le reprocho.

—Lo olvidé en la carrera matutina de costumbre.

—¡Lochan, vas a coger una neumonía y morir! ¿No podrías, al menos, ir a leer a la biblioteca, por el amor de Dios?



—Estoy bien— está tan helado que apenas puede hablar. Pero en un día como éste, la mitad de la escuela abarrota la biblioteca.

—¿Qué pasa?— Pensé que no te gustaba que yo viniera aquí. ¿Ha sucedido algo?

—No, no—. Él se muerde los labios intentando contener una sonrisa. —Tengo algo para ti.

Frunzo el ceño, confundida. —¿Qué?

Él busca dentro del bolsillo de su blazer y saca una pequeña caja plateada. —Es un regalo de Navidad retrasado. No fui capaz de conseguirlo hasta ahora. Y no quería dártelo en casa porque, tú sabes…—. Su voz va menguando torpemente.

Lo tomo suavemente. —Pero hicimos un pacto hace años— protesto. —La Navidad es para los niños. No íbamos a gastar más dinero del que debíamos, ¿recuerdas?

—Quise romper el pacto este año—. Se ve emocionado, con sus ojos sobre la caja, instándome a abrirla.

—Pero, entonces tendrías que habérmelo dicho. ¡Yo no tengo nada para darte a ti!

—No quiero que me des nada. No te lo dije porque quería que fuera una sorpresa.

—Pero…

Él me toma por los hombros y me da una gentil sacudida, riendo. —¡Aargh! ¿Podrías simplemente abrirlo?

Yo sonrío. —¡Está bien, está bien! Pero aún objeto esta ruptura del pacto sin mi consentimiento…—. Levanto la tapa. —Oh… Dios… Lochie…

—¿Te gusta?—. Está prácticamente brincando sobre sus pies, sonriendo con alegría, un destello de triunfo brillando en sus ojos. —Es de plata maciza— me informa con orgullo. —Debería encajarte perfectamente. Tomé la medida de la marca en la pulsera de tu reloj.



Continúo con la vista fija en la caja, consciente que no me he movido ni hablado por varios minutos. El brazalete de plata que yace allí, contra el terciopelo negro, es la cosa más exquisita que nunca he visto. Compuesta de intrincados lazos y remolinos, brilla mientras captura la luz blanquecina del sol invernal.

—¿Cómo has pagado esto?— mi voz es un susurro conmocionado.

—¿Eso importa?

—¡Sí!

Él duda por un momento, el resplandor se desvanece y baja la mirada. —He… he estado ahorrando. Tuve una especie de trabajo…

Levanto la mirada del bello brazalete, incrédula. —¿Un trabajo? ¿Qué? ¿Cuándo?

—Bueno, no fue un verdadero trabajo—. La luz se ha apagado de sus ojos y ahora suena avergonzado. —Me ofrecí a escribir algunos ensayos para unas pocas personas y se corrió la voz.

—¿Has hecho las tareas de la gente por dinero?

—Sí. Bueno, de las curriculares[17], principalmente— mira tímidamente hacia abajo.

—¿Desde cuándo?

—A partir del último semestre.

—¿Has estado ahorrando para esto por cuatro meses?

Sus zapatos trazan líneas en el suelo y sus ojos rehúsan encontrarse con los míos. —Al principio, era sólo dinero adicional para, tú sabes, cosas del hogar. Pero luego pensé en Navidad y en que tú no habías recibido un regalo desde… nunca…

Me resulta difícil recuperar el aliento. Es un esfuerzo retomar todo esto. —Lochan, tenemos que regresar esto inmediatamente y hacer que te devuelvan tu dinero.

[17] Lochan se refiere a las materias optativas, que todo estudiante debe seguir para completar la matrícula, pero no se promocionan con un examen final, sino a través de disertaciones, ensayos o monografías.



—No podemos—. Su voz flaquea.

—¿Qué quieres decir?

Él gira el brazalete. En el interior están las palabras: *Maya, te amaré por siempre. Lochan x*.

Me quedo mirando el grabado, paralizada por el estupor, el silencio entre nosotros interrumpido sólo por los gritos distantes en el patio de recreo.

Lochan dice en voz baja. —Pensé… no debería ser demasiado holgada, así nadie podría ver el grabado. Y si te preocupa, siempre podrás tenerla escondida en casa. C-como un amuleto de la buena suerte o algo… quiero decir, sólo… sólo si tú quieres, por supuesto…— su voz se desvanece en el silencio otra vez.

No puedo moverme.

—Probablemente, esto fue una idea estúpida—. Está hablando demasiado rápido ahora, tropezando con sus propias palabras. —Es… es probable que no lo hubieras elegido para ti; los chicos tienen el peor gusto para ese tipo de cosas. Debí haber esperado y preguntarte. Debí haber dejado que tú eligieras o darte algo más útil como, um, como… como…

Levanto la mirada del brazalete de nuevo. A pesar del frío, las mejillas de Lochan se ven calientes de vergüenza, sus ojos irradian decepción. —Maya, mira, realmente no importa. No tienes que usarlo o algo así. Tú… simplemente puedes tenerlo escondido en casa… por el grabado—. Me da una sonrisa vacilante, desesperado por desentenderse de todo el asunto.

—No, Lochie, no. Es… es la cosa más hermosa que tuve nunca. Es el regalo más increíble que nunca me han dado. Y el grabado… voy a usarlo toda mi vida. Simplemente, no puedo creer que hayas hecho esto. Sólo por mí. Todo ese trabajo, noche tras noche. Pensé que te estabas volviendo loco por los exámenes o algo así. Pero todo era sólo… sólo para darme…— no puedo terminar la frase y, sujetando firmemente la caja, me inclino hacia él, mi rostro apretado contra su pecho.

Puedo oírlo soltar el aliento, aliviado. —Hey, tú sabes, lo políticamente correcto es sonreír y decir ¡gracias!



—Gracias— susurro contra él, pero las palabras no significan nada comparadas con lo que siento.

Él toma la caja y me levanta el brazo. Siento que me rodea y empuja hacia arriba la manga de mi abrigo. Después de unos pocos momentos de torpeza, siento la fría plata contra mi piel.

—Hey, ¿qué tal va? Échale un vistazo— dice con orgullo.

Tomo una profunda inspiración, parpadeando para contener las lágrimas. La intrincada plata que rodea mi muñeca emite destellos. Contra mi pulso, descansan las palabras *Te amaré por siempre*. Aunque ya sabía que lo hará.

Uso el brazalete todo el tiempo. Sólo me lo quito en la seguridad de mi propia habitación, lo hago descansar en la palma de mi mano y miro embelesada el grabado. Por la noche, duermo con las cortinas parcialmente abiertas, de modo de que la luz de la luna sea capturada por el metal, haciéndolo resplandecer. En la oscuridad, siento sus relieves con los labios, como si besándolo me llevara más cerca de Lochan.



En la tarde del sábado, mamá nos sorprende entrando de golpe en la casa, con el maquillaje corrido y el cabello húmedo por la lluvia. —Oh, están todos aquí— suspira, sin hacer ningún intento por ocultar su decepción, de pie en el umbral de la puerta de la sala, con un anorak de hombre demasiado grande, medias de red y tacones vacilantes. Tiffin está practicando ponerse de cabeza en el sofá, Willa está tirada sobre la alfombra mirando desganada la televisión y yo estoy tratando de terminar mi tarea de historia sobre la mesa de café. Kit ya ha salido con sus compañeros y Lochan está en el piso superior, repasando.

—¡Mami!—. Willa se levanta de un salto y corre hacia ella, tendiéndole los brazos para que la abrace. Mamá le da unas palmaditas en la cabeza sin mirar hacia abajo y Willa se conforma con abrazar sus piernas, en lugar de ello.

—¡Mamá, mamá, mira lo que puedo hacer!— grita Tiffin triunfante, lanzándose en una voltereta aérea y tirando mi pila de libros al suelo.

—¿Cómo es que no estás en casa de Dave?— le pregunto mordazmente.

—Tenía que irse y rescatar a su ex esposa— responde ella, curvando los labios con disgusto. —Aparentemente, ahora es agorafóbica[18] o algo así. Es más como una necesidad crónica de llamar la atención, si me lo preguntas.

—Mami, salgamos a algún lado. ¡Por favor!— suplica Willa, colgándosele de una pierna.

—Ahora no, pastelito. Está lloviendo y mami está muy cansada.

—Podrías llevarlos al cine— sugiero rápidamente. —*Superhéroes* empieza en quince minutos. Iba a llevarlos yo, pero como no te han visto por cerca de dos semanas…

—¡Sí, mamá! *Superhéroes* parece muy buena… ¡te encantará! En mi clase, todos la han visto—. El rostro de Tiffin se ilumina.

—¡Y palomitas!— pide Willa, brincando de arriba abajo. —¡Amo las palomitas! ¡Y Coca-Cola!

Mamá produce una sonrisa tensa. —Niños, tengo un terrible dolor de cabeza y sólo quiero quedarme aquí.

—¡Pero has estado en casa de Dave por dos semanas completas!— grita Tiffin de pronto, su rostro se pone morado.

Ella se estremece ligeramente. —Ok, ok. Está bien—. Me lanza una mirada enfadada. —¿Te das cuenta que he estado *trabajando* por las pasadas dos semanas, cierto?

La miro con frialdad. —Nosotros también.

Ella se gira sobre sus talones y, tras una discusión sobre un paraguas, gritos furiosos sobre un abrigo desaparecido y lamentos de angustia sobre el pie que alguien pisó, la puerta de entrada se cierra. Dejo caer mi cabeza contra el sofá y cierro los ojos. Luego de un momento, los abro de nuevo y sonrío. Se han ido. Todos se han ido. Esto es demasiado bueno para ser verdad. Por fin tenemos la casa para nosotros solos.

---

[18] Agorafobia: miedo intenso a los espacios abiertos o donde no hay posibilidades de obtener ayuda.



Subo la escalera de puntillas, mi ritmo cardíaco acelerado. Voy a darle una sorpresa. Me acercaré sigilosa por detrás, me deslizaré en su regazo y anunciaré nuestra inesperada ventana de libertad con un largo y profundo beso. Me paro fuera de la puerta de su dormitorio, contengo la respiración y giro suavemente el picaporte.

Poco a poco, empujo la puerta semi abierta. Entonces, me detengo. Él no está frente al escritorio, con la cabeza inclinada sobre su libro, como esperaba. En su lugar, está en la ventana: una mano toqueteando atentamente el móvil roto que aún piensa que puede salvar, la otra intentando quitarse un calcetín mientras se tambalea precariamente sobre un pie. Está medio girado, de espaldas a mí, así que aún no me ha notado tras la puerta y veo con diversión su lucha por quitarse el otro calcetín, los ojos aún fijos en la pantalla rota del teléfono. Entonces, con un suspiro de molestia, lo tira sobre la cama y, tirando de su camiseta, se la pasa con rapidez por la cabeza, y su cabello emerge cómicamente despeinado. Viendo la toalla colgada del respaldo de su silla, me doy cuenta que está a punto de tomar una ducha y empezar a dibujar otra vez, cuando algo me detiene. Me siento súbitamente afectada por lo mucho que ha cambiado su cuerpo. Siempre manteniendo su delgadez, ahora se ha vuelto más musculoso. Una ligera curva en el bíceps, su pecho liso y lampiño, sin los seis cuadraditos exactamente, pero aún así un toque de definición en su estómago…

Acechando por detrás de él, deslizo mis brazos alrededor de su cintura y lo siento tensarse.

—Ella se los ha llevado— susurro en su oído.

Él se gira en mis brazos y, de repente, nos estamos besando fuerte, frenéticamente; nadie nos detiene, no hay límites en nuestro tiempo. Pero en lugar de hacernos languidecer, esto añade un nuevo elemento de emoción y urgencia a la situación. Las manos de Lochan tiemblan mientras acuna mi rostro en ellas. Entre besos, él jadea audiblemente contra mis mejillas y el dolor de la añoranza pulsa a través de todo mi cuerpo. Él besa cada parte de mi rostro, mis orejas, mi cuello. Mis manos recorren, hacia arriba y hacia abajo, el calor de su pecho desnudo, sus brazos, sus hombros. Quiero sentir cada parte de su cuerpo. Quiero respirarlo. Lo deseo tanto, que duele. Él me está besando con tanta fuerza ahora, que no me da



tiempo de tomar aliento. Sus manos están en mi cabello, contra mi nuca, bajo mi cuello. Su piel desnuda se eriza bajo mi tacto. Pero todavía hay demasiada ropa, demasiados obstáculos entre nuestros cuerpos. Deslizo mi mano por debajo de la parte superior de sus jeans. —Espera…— suspiro.

Su respiración se estremece contra mi oído e intenta besar mi cuello, pero lo empujo suavemente.

—Espera— le digo. —Detente por un segundo. Tengo que concentrarme.

Mientras bajo mi cabeza, siento que su cuerpo se tensa de frustración y sorpresa. Me obligo a centrarme en lo que estoy haciendo, procurando no apresurarme. No quiero hacerlo mal, cometer un error, hacerme parecer una tonta, lastimarlo…

Soltar el botón es fácil. Bajar la cremallera no tanto: al primer intento se traba y tengo que volver a subirlo hasta poder deslizarlo completamente hasta abajo. Pero, de repente, Lochan me sujeta por las muñecas, retorciendo hacia atrás mis manos.

—¿Qué estás haciendo?—. Suena incrédulo, casi enojado.

—Shhh…—. Regreso a sus pantalones abiertos.

—¡Maya, no!—. Está jadeando con fuerza, un dejo frenético en su voz. Sus manos están entre las mías ahora, tratando de subir nuevamente la cremallera, pero sus dedos son torpes, temblando en estado de shock.

Tirando de la cinturilla de sus bóxers, deslizo mis dedos en su interior y siento una oleada de euforia cuando hago contacto. Se siente sorprendentemente caliente y duro. Con un pequeño jadeo, Lochan se curva hacia atrás, conteniendo el aliento, tensándose y mirándome con una expresión de completo asombro como si hubiera olvidado quién soy, el color inundando sus mejillas, su respiración rápida y superficial. Luego, con un pequeño quejido, me toma por los hombros y me empuja hacia atrás.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Retrocedo enmudecida mientras él lidia con sus ropas. Está gritando al máximo de su voz, literalmente temblando de rabia. —¿Qué mierda está mal contigo? ¿Qué demonios estabas tratando de hacer? Sabes que no podemos *nunca*…



—Lo siento— susurro. —Yo… yo sólo… yo sólo quería tocar…

—¡Todo esto se nos está yendo de las manos!—. Me está gritando, los tendones sobresalen en su cuello. —No eres más que una enferma, ¿lo sabías? ¡Todo esto es simplemente enfermizo!—. Me empuja al pasar a mi lado, con el rostro encarnado, y se encierra de un portazo en el cuarto de baño. Momentos después, oigo correr la ducha.

Escaleras abajo, en la sala, me paseo por el piso, respirando fuerte, la ira y la culpabilidad están atravesándome por cantidades iguales. Ira por el modo en que él sólo me gritó. Culpa por no haberme detenido la primera vez que me lo pidió. Aun así, no lo entiendo, simplemente no lo entiendo. Pensé que habíamos decidido no molestarnos por lo que podían pensar los demás. No había intentado *embaucarlo* en nada. Sólo sentí, de repente, la imperiosa necesidad de tocarlo por todas partes, incluso allí… especialmente allí. Pero ahora el miedo jala de mi garganta, mis hombros, mi pecho. Miedo de haber arruinado lo que pensé que teníamos.

El sonido de sus pasos golpeando en la escalera, me hace retroceder hasta el rincón más alejado de la habitación. Pero, desde el pasillo, sólo escucho el tintineo de las llaves, el rechinar de los zapatos, el cierre de una chaqueta. Y luego, la puerta principal se cierra.

Me quedo allí, aturdida. Horrorizada. Estaba esperando una confrontación de algún tipo, la oportunidad de ofrecerle una explicación, al menos. El lugar de eso, él simplemente se fue y me dejó. No voy a aceptar esto, no lo haré. No es como si hubiera hecho algo tan terrible.

Me calzo los zapatos y agarro mi abrigo de la escuela. Ni siquiera me molesto en detenerme a por mis llaves y corro fuera de la casa. Apenas alcanzo a ver su figura, desapareciendo en la húmeda oscuridad al final de la casa. Echo a correr.

Cuando el sonido de mis pisadas llega hasta él, se desvía a través del camino, acelerando aun más su paso. Incluso así lo alcanzo, esforzándome por recuperar el aliento, él alza su brazo y aleja de un golpe mi mano extendida.

—¿Podrías simplemente dejarlo? ¡Sólo regresa y déjame en paz!





—¡¿Por qué?!— grito, jadeando en el aire helado mientras la lluvia lancea mi cabello y mi rostro con afiladas agujas húmedas. —¿Qué demonios he hecho que sea tan horrible? Fui sigilosa para sorprenderte. Quería decirte que mamá había regresado y la acorralé para que llevara a los niños al cine. Cuando empezamos a besarnos, yo sólo quería tocar…

—¿Te das cuenta qué tan jodidamente estúpido fue eso? ¿Qué tan peligroso? ¡Simplemente no puedes hacer cosas como ésas!

—Lochie, lo siento. Pensé que, por lo menos, podríamos tocarnos. No significa que quería que fuéramos más lejos…

—¿Ah, sí? ¡Bueno, puedes olvidar tu maldito cuento de hadas! ¡Bienvenida al mundo real!—. Él se gira brevemente, lo suficiente para que yo vea su rostro teñido por la furia. —Si no lo hubiera detenido, ¿te das cuenta de lo que pudo haber pasado? No solamente es desagradable, Maya, ¡es jodidamente ilegal!

—¡Lochie, es una locura! Sólo porque no podemos tener sexo, no significa que no podamos tocarnos y…— me acerco a él, pero aparta mi brazo de nuevo. Abruptamente, gira por el callejón hacia el cementerio, sólo para encontrar una reja cerrada con candado al final. Sin tener un lugar a dónde ir, todavía se niega a girarse hacia mí. De pie, en mitad del camino mojado por la lluvia, mi cabello azotando mi rostro, lo veo aferrar la reja de alambre, sacudirla demencialmente, golpearla con ambas manos, patearla salvajemente.

—¡Estás loco, ¿lo sabías?!—. Le grito, mi miedo de repente ha sido reemplazado por ira. —¿Por qué esto tiene que ser la gran cosa? ¿Cómo podría ser diferente a lo que sucedió esa vez en la cama?

Él gira sobre sí mismo, chocando su espalda con violencia contra la verja. —¡Bueno, tal vez eso fue un maldito error también! ¡Pero, al menos… al menos, aquella vez uno de nosotros no estaba medio desnudo! Y yo nunca… nunca tendría que haberlo dejado ir más lejos…

—¡Yo no lo estaba planeando en *este* momento!— exclamo, aturdida.

De repente, él hunde la espalda contra la malla, la furia disipándose en la noche, como el blanquecino aliento de nuestras bocas.



—¡Ya no puedo hacer esto!— dice, su voz ronca y quebrada y, abruptamente, mi rabia es barrida por un frío torrente de miedo. —Es demasiado doloroso, demasiado peligroso. Estoy aterrorizado… Estoy simplemente aterrorizado de lo que podríamos terminar haciendo.

Su desesperación es casi tangible, drenando del aire helado que nos rodea hasta la última pizca de esperanza. Me rodeo a mí misma con mis brazos y empiezo a temblar.

—Entonces, ¿qué estás diciendo?— mi voz comienza a elevarse. —Si no podemos tener sexo, ¿prefieres no tener nada en absoluto?

—Eso creo—. Me observa, sus ojos verdes súbitamente endurecidos a la luz artificial. —Enfrentémoslo, todo esto es muy enfermizo. Quizás, el resto del mundo tiene razón. Quizás sólo somos una pareja de jodidos adolescentes emocionalmente perturbados que sólo…

Se interrumpe, alejándose con un impulso de la verja mientras yo, lentamente, me alejo de él, con el dolor y el temor corriendo a través de mí como hielo líquido.

—Maya, espera… no quise decir eso—. Su expresión cambia abruptamente y se aproxima a mí cautelosamente, con sus brazos extendidos como si yo fuera un animal salvaje dispuesto a huir. —Yo… yo no quise decirlo. Yo… no estoy pensando con claridad. Me dejé llevar. Necesito calmarme. Vayamos a algún lado y hablemos. Por favor…

Sacudo la cabeza y me muevo en un amplio arco alrededor de él, de repente me escabullo y me arrojo a través de un hueco en el borde de la cerca. Una vez dentro, giro dentro del viento helado, encaminándome por el camino oscuro y resquebrajado, colmado de las habituales botellas de cerveza, colillas de cigarrillos y jeringas. El resplandor de las farolas me llega desde una gran distancia, el sonido del tráfico se desvanece en un murmullo lejano, el contorno de las lápidas rotas y abandonadas no son más que formas amorfas en la oscuridad. No puedo creer que esto esté sucediendo. Trato de darle un sentido a lo que acaba de suceder, a procesar las palabras de Lochan sin caerme completamente a pedazos. A aceptar, de algún modo, que la magia de esa noche cuando nos besamos y esa tarde en mi habitación son, para él, simplemente un horrible y perverso error que debe ser

archivado en el fondo de nuestras mentes hasta que, eventualmente, nos convenzamos de que nunca sucedió. Necesito absorber los verdaderos sentimientos de Lochan hacia esta situación, los sentimientos que ha estado ocultándome desde el comienzo. Y necesito evaluar cómo sobrevivir a esta súbita revelación. ¿Pero, cómo puede *algo* lastimar tanto? ¿Cómo puede ser que sólo unas pocas palabras me den ganas de acurrucarme y morir?

—Vamos, Maya—. Oigo sus pasos resonando en el camino tras de mí, y un grito se empieza a formar en mi garganta. Tengo que estar sola en este momento, o perderé la razón, lo *haré*.

—¡Sabes que no quise decir nada de eso! Sólo estaba avergonzado por lo que yo… yo estuve a punto de… tú sabes. ¡Sólo estaba asustado de mis propios sentimientos, de lo que podríamos haber hecho!—. Él luce frenético y salvaje. —Por favor, sólo regresemos a casa. Los demás estarán de vuelta en un minuto y se van a preocupar.

El hecho que él piense que puede apelar a mi sentido del deber, muestra cuán poco entiende el efecto de sus palabras anteriores, la violencia de las emociones que corren a través de mí.

Intenta sujetar mi brazo.

—¡Suéltame!— grito, mi voz magnificada por el silencio del cementerio.

Retrocede como si le hubieran disparado, protegiéndose el rostro de la histeria en mi voz. —Maya, sólo trata de calmarte— me pide con voz temblorosa. —Si alguien nos escucha, ellos…

—¡¿Ellos qué?!— le interrumpo agresiva, girándome para enfrentarlo.

—Ellos van a pensar…

—¡¿Qué pensarán?!

—Quizás piensen que te estoy atacando…

—¡Oh, todo es acerca de *ti*!— le grito, los sollozos amenazan con explotar en mi garganta. —¡Todo esto… siempre ha sido acerca de *ti*! ¿Qué pensará la gente? ¿Cómo me veré? ¿Cómo podrían juzgarme? Cualquiera fuera el sentimiento que



una vez existió entre nosotros, es claro que no significa nada para ti, comparado con tu patético miedo a la mente estrecha de otras personas, a los intolerantes prejuicios parroquiales que una vez despreciaste, ¡pero ahora has adoptado como propios!

—¡No!— aúlla él, desesperado, lanzándose en pos de mí cuando empiezo a alejarme de nuevo. —No es así… ¡no tiene nada que ver con eso! Maya, *por favor*, escúchame. ¡No lo entiendes! Sólo dije esas cosas porque siento como si estuviera volviéndome loco: verte cada día, pero no ser capaz de… poseerte, tocarte cuando nadie está cerca. Sólo quiero tomar tus manos, besarte, abrazarte, sin tener que ocultarlo todo el tiempo. ¡Todas esas pequeñas cosas que cualquier otra pareja simplemente da por sentado! Quiero ser libre para hacerlo sin estar aterrado de que alguien nos descubra, nos obligue a separarnos, llame a la policía, se lleve a los niños, destruya todo. No puedo soportarlo, ¿no lo entiendes? Quiero que seas mi novia, quiero que seamos libres…

—¡Muy bien!— grito con lágrimas brotando de mis ojos. —Si todo es tan enfermo y retorcido, si te está causando tanto sufrimiento, entonces tienes razón, ¡debemos acabar con esto, aquí y ahora! ¡De ese modo, al menos no tendrías andar por allí con una conciencia tan terriblemente culpable, pensando qué desagradables somos por tener estos sentimientos el uno por el otro!—desesperada ahora por alejarme, echo a correr a tropezones.

—¡Por el amor de Dios!— grita tras de mí. —¿No escuchaste lo que dije? ¡Eso es lo último que quiero!

Intenta sujetarme de nuevo, tratando de obligarme a reducir la velocidad, pero no puedo… voy a desmoronarme, romper en lágrimas y me rehúso a tenerle, a él o a cualquier otra persona, como testigo.

Girándome, estrello las manos contra su pecho y lo empujo lo más fuerte que puedo. —¡Sólo aléjate de mí! —grito. —¿Por qué no puedes sólo dejarme sola por cinco minutos? ¡Por favor, vete a casa! ¡Tienes razón, nunca debimos empezar esto! ¡Así que aléjate de mí! ¡Sólo dame algo de tiempo y espacio para pensar!





Sus ojos están desesperados, su expresión demudada. —¡Pero yo estaba *equivocado*! ¿Por qué no me escuchas? Todo lo que dije fue una mierda… sólo me estaba dejando llevar por la frustración, ¡eso no es lo que quiero!

—¡Bueno, pero es lo que yo quiero!— chillo. —¡Dios no quiera que tengas que quedarte conmigo por lástima! Todo lo que has dicho es cierto: somos enfermos, somos retorcidos, estamos trastornados, ¡y tenemos que terminar con esto, ahora! ¿Entonces qué demonios estás haciendo aquí? ¡Vete a casa, a tu normal y socialmente aceptable vida y fingiremos que nunca sucedió nada!

Me he perdido completamente. Siento un martilleo contra mi cráneo y luces rojas zigzaguean en la oscuridad. Pero temo que si no continúo gritándole con furia ciega, voy a colapsar en lágrimas. Y no quiero que vea eso: lo último que quiero para él es que sienta lástima por mí, sentir que fingió estar enamorado de mí, darme cuenta que no puedo vivir sin él.

Con un gemido desesperado, él se mueve hacia mí, alcanzándome otra vez. Doy un paso atrás. —¡Lo digo en serio, Lochan! ¡Vete a casa! ¡No me toques o gritaré por ayuda!

Él deja caer sus brazos extendidos y da un paso atrás, derrotado. Sus ojos se llenan de lágrimas. —¿Maya, qué demonios quieres que haga?

Tomo una respiración irregular. —Sólo vete— digo en voz baja.

—¿Pero no me entiendes?— dice él, con una tranquila desesperación. —Quiero estar contigo, no importa qué. Te amo…

—Pero no lo suficiente.

Nos miramos el uno al otro. Su cabello se ondula por el viento, sus ojos verdes son luminosos en la oscuridad, la cremallera de su chaqueta negra está rota, revelando debajo su camiseta gris. Sacude su cabeza, sus ojos están escrutando el oscuro cementerio que nos rodea como si estuviera buscando ayuda. Regresa su mirada hacia mí y se le escapa un áspero sollozo. —¡Maya, esto no es cierto!

—Acabas de decir que nuestro amor es enfermizo y desagradable, Lochan— le recuerdo suavemente.



Se clava las uñas en los costados de su rostro. —¡Pero *eso* no es lo que quería decir!— su mentón empieza a temblar.

Un agudo dolor crece dentro de mí, llenando mis pulmones, mi garganta, mi cabeza, tan agudo que creo que voy a colapsar. —¿Entonces, por qué lo has dicho? Eso es lo que querías decir, y ahora yo también quiero decirlo. Tienes razón, Lochie. Tú me has hecho ver este sórdido embrollo como lo que es. Sólo un terrible error. Los dos simplemente estábamos aburridos, perturbados, solitarios, frustrados, lo que sea. Nunca estuvimos enamorados…

—¡Pero sí lo estábamos!—. Su voz se quiebra. Aprieta con fuerza los ojos y presiona el puño contra su boca para amortiguar un sollozo. —¡Nos *amábamos*!

Lo miro, insensible. —Entonces, ¿cómo es que ya no?

Él se queda mirándome horrorizado, las lágrimas humedeciendo sus mejillas. —¿D-de qué estás hablando?

Tomo una respiración tranquilizadora, abrazándome a mí misma para contener un ataque de llanto. —Quiero decir, Lochan, ¿cómo es que ya no te amo más?





Capítulo Diecisiete

Traducido por CairAndross

Lochan

Algo dentro de mí se ha roto. Hay momentos durante el día en los que me detengo y, simplemente, no puedo encontrar la energía para dar otro aliento. Me quedo de pie allí, inmóvil, frente a la cocina o en la clase o escuchando leer a Willa y todo el aire sale de mis pulmones y no puedo reunir la fuerza que necesito para llenarlos de nuevo. Si continúo respirando, entonces tengo que seguir viviendo, y si continúo viviendo, entonces tengo que seguir herido y no puedo… no de esta forma. Intento dividir el día en secciones, tomar una hora a la vez: pasar el primer periodo, luego el segundo, entonces el descanso, luego el tercero, luego el almuerzo… En casa, las horas se dividen en tareas del hogar, supervisar los deberes del colegio, cena, hora de acostar los niños, revisar todo, cama. Es la única vez que me siento agradecido por la implacable rutina. Me mantiene funcionando de una sección a la siguiente, y cuando empiezo a pensar demasiado y me siento derrumbarme, me las arreglo para animarme diciéndome a mí mismo: *Es sólo una sección más y luego, sólo una más tras esta. Consigue pasar el día… podrás venirte abajo mañana. Pasa mañana, podrás venirte abajo el día después…*

Cuando Maya me dijo que ya no me amaba, no tuve más opción que retirarme, que retractarme. Al principio, me dije que lo había dicho por estar furiosa, una reacción a mis propias palabras estúpidas, mi tonta declaración de que todo había sido un error enfermizo, pero ahora sé que es diferente. Puedo reproducir una y otra vez esa frase en mi cabeza, preguntándome de dónde demonios vino cuando nunca creí eso, ni por un solo momento. Debió ser la ira del momento, mi bochorno y vergüenza; vergüenza por querer más de lo que podría tener, lo que me hizo dejar escapar la cosa más dañina, dolorosa que se me vino a la mente. En



lugar de hacerle frente con mi propia miseria y frustración, los volví contra Maya, como si culpándola a ella pudiera absolverme a mí…

Pero ahora, a través de mi propia estupidez y egoísta crueldad, lo he perdido todo, he degradado todo, incluso nuestra amistad. A pesar de la tristeza en sus ojos, Maya ha sido muy buena en esto de regresar a la normalidad, fingir que todo está bien, ser amistosa mientras mantiene su distancia. Sin aturdimientos, que podrían alarmar a los demás; de hecho, ella está casi alegre. Tan animosa que, a veces, incluso me pregunto si no estará secretamente aliviada de que todo haya terminado, si realmente creerá que todo fue un error enfermizo, una aberración nacida de la necesidad física. Ella ha dejado de amarme, Maya ha dejado de amarme… Y ese sólo pensamiento está carcomiendo mi mente lentamente.

Concentrarme mucho en la escuela se ha convertido en una cosa del pasado, ahora, para mi horror, los profesores se han percatado de mí y todo por las razones equivocadas. Apenas logro resolver media página de trigonometría antes de darme cuenta que he estado sentado inmóvil, mirando al vacío la mayor parte de la hora. Me preguntan si estoy bien, si necesito ir a la enfermería, qué es lo que no entiendo. Sacudo la cabeza y evito mirarlos a los ojos, pero sin el contrapeso de las mejores notas, mi reticencia ya no es aceptable y por eso me llaman al frente, exigiendo respuestas a las preguntas sobre el pizarrón, temerosos de que esté decayendo, de que vaya a decepcionarlos al no obtener una A en sus materias este verano. Cuando me llaman a la pizarra frente a toda la clase, titubeo ante preguntas fáciles, cometo errores estúpidos y veo el desconcertado horror en los rostros de los profesores mientras regreso a mi pupitre en medio de risas y burlas, demasiado consciente de las risitas de satisfacción porque el Raro Whitely finalmente ha perdido el rumbo.

En inglés, estamos leyendo *Hamlet*. Lo he leído varias veces, así que ni siquiera necesito fingir estar prestando atención. Además, la Srta. Azley y yo tenemos un acuerdo tácito desde su desafortunada charla de ánimo: ella no se mete conmigo en clase, siempre y cuando yo responda una pregunta voluntariamente de vez en cuando, generalmente cuando nadie más puede dar ni siquiera la respuesta más estúpida. Pero hoy no estoy por la labor: la doble lección se encuentra en su segunda ahora y ya el familiar dolor en mi pecho se ha transformado en un dolor



punzante. Dejo caer la pluma y miro por la ventana, observando un trozo de cable de televisión roto que gira y se retuerce en el viento.

—… de acuerdo con Freud, la crisis personal que sufre Hamlet despierta en él deseos incestuosos reprimidos—. La Srta. Azley ondea el libro en el aire y se pasea desde el frente al fondo de la clase, intentando mantener a todos despiertos. Siento que su mirada se detiene en la parte posterior de mi cabeza y aparto la mía de la ventana.

—Lo que nos conduce al Complejo de Edipo, un término acuñado por el propio Freud a principios del siglo XX.

—¿Quiere decir cuando un tipo quiere tener sexo con su madre?— pregunta alguien, la voz enferma de asco.

De repente, la Srta. Azley tiene su atención. La clase es un hervidero.

—¡Pero eso es demente! ¿Por qué un tipo se querría joder a su *propia madre*?

—Sí, has oído sobre ello en las noticias y esas cosas, supongo. Madres que joden con sus hijos, padres que joden con sus hijas *e* hijos. Hermanos y hermanas que joden entre ellos…

—¡El lenguaje, por favor!—, protesta la Srta. Azley.

—Eso es pura mierda. ¿Quién querría joder, perdón, tener sexo, con sus propios padres?

—Se llama incesto, hombre.

—Eso es cuando un tío viola a su hermana, idiota.

—No, es…

—¡Ok, ok, no nos salgamos de tema! Ahora recuerden, esto es sólo una interpretación y ha sido refutada por muchos críticos—. Cuando se detiene para apoyarse sobre el borde de su escritorio, los ojos de la Srta. Azley súbitamente encuentran los míos. —Lochan, encantada de tenerte de nuevo con nosotros. ¿Qué opinas de la afirmación de Freud de que el Complejo de Edipo fue el motivo principal para que Hamlet asesinara a su tío?



La miro fijamente. De repente, estoy profundamente asustado. A través del instantáneo silencio, mi rostro es abrasado por una llama invisible. Presa del pánico, al borde de la histeria, me preocupa, con un repulsivo estremecimiento, que quizás no sea coincidencia que la Srta. Azley me haya escogido para abrir esta discusión. ¿Cuándo fue la última vez que me escogió para responder cualquier cosa? ¿Cuándo surgió con anterioridad el tema del incesto? Sus ojos perforan los míos, abriendo hoyos directamente a mi cerebro. Ella no sonríe. No, esto es planeado, artificial, premeditado y deliberado. Está esperando mi reacción… De repente, recuerdo de qué forma la encontré frente a la oficina de la enfermera, después de la caída de Maya. Ella debió estar allí, ayudó a trasladarla, le hizo preguntas. Maya se golpeó la cabeza, posiblemente estaba sufriendo una conmoción cerebral. ¿Qué explicación habrá dado por su desmayo? ¿Cuánto tiempo transcurrió entre su caída y mi llegada? ¿En su estado de confusión, qué podría haber dicho Maya?

Los ojos de toda la clase están sobre mí. Cada uno se ha girado en su asiento para mirarme con la boca abierta. De algún modo, ellos también parecen estar en esto. Todo es una gigantesca puesta en escena.

—¿Lochan?— la Srta. Azley se ha apartado de su escritorio. Camina rápidamente hacia mí, pero por alguna razón extraordinaria, no me puedo mover. El tiempo se ha detenido; el tiempo está corriendo. Mi pupitre entrechoca contra mí, como si la tierra estuviera siendo sacudida por un terremoto. Mis oídos se llenan de agua y me centro en el zumbido de mi cabeza, el entramado eléctrico de mi mente se rompe y destella con luces. Un extraño sonido llena la habitación. Todo el mundo está congelado, mirándome, esperando a ver qué sucede a continuación, qué terrible destino me espera. Quizás los de Servicios Sociales ya están en la escuela. El mundo exterior se expande y presiona contra las paredes, intentando capturarme, tratando de comerme vivo. No puedo creerlo. No puedo creer que algo como esto esté sucediendo…

—Tienes que venir conmigo, Lochan, ¿está bien?—. La voz de la Srta. Azley es firme, pero no desagradable. Tal vez, incluso siente cierto grado de compasión. Después de todo, soy un enfermo. Tan enfermo como malvado. La misma Maya me dijo lo que era nuestro amor.



Las manos de la Srta. Azley rodean mis muñecas. —¿Puedes ponerte de pie? ¿No? Ok, sólo quédate sentado donde estás. ¿Reggie, podrías correr, buscar a la Sra. Shah y pedirle que venga de inmediato? El resto de ustedes… a la biblioteca, ahora, en silencio, por favor.

El réquiem de sillas chirriando y pies traqueteando me ahoga. Destellos de colores y luces cegadores desdibujan el rostro de la Srta. Azley y lo desvanecen ante mí. Está llamando a la enfermera, la otra persona involucrada cuando cuidaron a Maya tras su caída. Bajo mi brazo, mi pupitre sigue repicando. Miro a mi alrededor y todo parece estar sacudiéndose, las paredes de la clase vacía amenazan con desplomarse sobre nosotros como un castillo de naipes. Mi corazón continúa deteniéndose y arrancando cada pocos segundos, golpeando salvajemente contra la jaula en mi pecho. Cada vez que se detiene, siento este terrible vacío antes que la contracción regrese con un aleteo, seguido de un sonido violento. El oxígeno está siendo drenado del salón: mis frenéticos esfuerzos por respirar y permanecer consciente son en vano, la oscuridad se cierra lentamente. Mi camisa húmeda se pega contra mi espalda, las gotas de sudor corren por mi cuerpo, mi cuello, mi rostro.

—¡Cariño, está bien, todo está bien! Quédate quieto, no luches, que vas a estar bien. Intenta sentarte un poco más hacia delante. Eso es. Pon tus codos sobre las rodillas e inclínate hacia delante, eso ayudará a tu respiración. No, estás bien donde estás… no te muevas, no trates de levantarte. Espera, espera… todo lo que hago es quitarte la corbata y deshacerte el cuello. ¿Leila, qué estás haciendo todavía aquí?

—Oh, señorita, ¿él se va a morir?—. La voz es aguda por el pánico.

—¡Por supuesto que no, no seas tonta! Sólo estamos esperando que la Sra. Shah venga y le eche un vistazo. Lochan, ahora escúchame… ¿eres asmático? ¿Alérgico a algo? Mírame… sólo asiente o niega con la cabeza… Oh, Cristo. Leila, rápido, mira en su mochila, ¿sí? Fíjate si puedes encontrar un inhalador o píldoras o algo. Comprueba su abrigo y los bolsillos de su blazer. Mira en su billetera… ve si puedes encontrar algún tipo de tarjeta médica…

Ella está actuando muy extraño, la Srta. Azley, como si aún estuviera fingiendo… fingiendo que no lo sabe. Pero ya no tengo la fuerza como para



preocuparme. Sólo quiero que esto se detenga. Es demasiado doloroso, estas descargas eléctricas disparándose a través de mi pecho y contra mi corazón, todos los músculos de mi cuerpo convulsionándose fuera de control, balanceando mi silla y sacudiendo mi pupitre, mi cuerpo se está rindiendo a una fuerza superior.

—¡Señorita, señorita, no puedo encontrar ningún inhalador o nada! Pero él tiene una hermana en Sexto Inferior… ¿tal vez ella lo sepa?

Leila está haciendo esos extraños, sonidos gimientes, como un perro siendo apaleado. Sin embargo, cuando ella se aleja, los sonidos parecen acercarse. No puede ser la Srta. Azley, así que debe haber algún animal acurrucado en el rincón…

—Lochan, toma mi mano. Escúchame, amor, escucha. La enfermera estará aquí en cualquier segundo, ¿está bien? La ayuda está en camino.

Sólo cuando los sonidos se intensifican, me doy cuenta de que, en realidad, provienen de mi propia boca. Soy repentinamente consciente del sonido de mi voz, rascando el aire como una sierra.

—Leila, sí, su hermana, buena idea. Ve si puedes encontrarla, ¿quieres?

El tiempo del hipo, llega tarde o temprano, no puedo decir cuál. La enfermera ha llegado. No estoy seguro de por qué… Ahora estoy confundido por todo. Tal vez me equivoqué. Tal vez realmente *están* tratando de ayudarme. La Sra. Shah tiene un estetoscopio en los oídos y está abriendo mi camisa. Forcejeo inmediatamente, pero la Srta. Azley sujeta mis brazos y estoy demasiado débil incluso para apartarla.

—Todo está bien, Lochan— dice ella, su voz baja y tranquilizadora. —La enfermera sólo está tratando de ayudarte. No va a hacerte daño. ¿Está bien?

El ruido aserrado continúa. Echo hacia atrás mi cabeza, mis ojos se revuelven y me muerdo para detenerlo. El dolor en mi pecho es insoportable.

—¿Lochan, podemos sacarte de la silla?— pregunta la enfermera. —¿Puedes recostarte en el piso, así puedo examinarte mejor?

Me aferro al pupitre. No. No van a mantenerme sujeto.



—¿Debería llamar a una ambulancia?— está preguntando la Srta. Azley.

—Es sólo un mal ataque de pánico… los ha tenido antes. Está hiperventilando y su pulso está por encima de 200.

Ella me alcanza una bolsa de papel para que respire dentro. Me giro, me doy la vuelta y trato de apartarla, pero no tengo la fuerza. Me he rendido. Ni siquiera intento seguir forcejeando, pero aún así, la enfermera tiene que pedirle a la Srta. Azley que sujete la bolsa sobre mi nariz y mi boca.

Veo cómo se infla y después se arruga frente a mí. Se infla y arruga, se infla y arruga, el sonido crujiente del papel llena el aire. Trato desesperadamente de apartarla, se siente como si estuviera sofocándome; no queda más oxígeno en la bolsa, pero tengo un vago recuerdo de haber respirado en una bolsa como ésta antes, y eso ayuda.

—Ok, Lochan, ahora sólo escúchame. Estás respirando demasiado rápido y tomando demasiado oxígeno, por lo que tu cuerpo reacciona de este modo. Sigue respirando en la bolsa. Eso es… ya lo estás haciendo mucho mejor. Trata de ir respirando más lento. Es sólo un ataque de pánico, ¿de acuerdo? Nada más serio que eso. Vas a estar bien…

Respirar dentro de una bolsa dura para siempre, o toma menos de un minuto, un segundo, un milisegundo; toma tan poco tiempo que parece que no sucede en absoluto. Me estoy sujetando a un lado de mi escritorio, con la cabeza descansando sobre mi brazo extendido. Todo está sacudiéndose aún a mi alrededor, el pupitre vibra bajo mi mejilla, pero se está haciendo más fácil respirar – ahora me estoy concentrando en regularizar cuidadosamente mi respiración y la bolsa de papel yace descartada a mi lado. Las descargas eléctricas parecen ser menos frecuentes y estoy comenzando a ver, oír y sentir con más claridad las cosas que me rodean. La Srta. Azley está sentada a mi lado, su mano frotando la espalda de mi camisa húmeda. La enfermera está arrodillada sobre el piso, sus dedos índice y pulgar apretando mi muñeca, el estetoscopio colgando de sus orejas. Me doy cuenta de que su cabello castaño se está volviendo gris en las raíces. Puedo sentir una hoja garabateada por mí bajo mi mejilla. El ruido rasposo ha desaparecido, reemplazado por cortos y agudos sonidos, como hipidos, similares a los que hace



Willa tras un largo periodo de llanto. El dolor en mi pecho está menguando. Mi corazón ahora está más estable… un sonido rítmico, doliente.

—*¿Qué sucedió?*

La voz familiar me sorprende y forcejeo para sentarme, mi mano sujeta débilmente el borde de mi pupitre para evitarme caer hacia atrás. Las respiraciones irregulares se intensifican y empiezo a temblar de nuevo. Ella está de pie frente a mí, entre la enfermera y la profesora, sus manos ahuecadas sobre la nariz y la boca, sus ojos azules aterrados. El alivio por verla me recorre e intento alcanzarla frenéticamente, con miedo a que se aleje de repente.

—Hey, Lochie, está bien, está bien, todo está bien—. Ella toma mi mano entre las suyas, apretándola con fuerza.

—¿Qué demonios ha pasado?— le pregunta a la enfermera, el pánico colándose en su voz.

—Nada de lo que preocuparse, amor, sólo un ataque de pánico. Puedes ayudar manteniéndote a ti misma agradable y tranquila. ¿Por qué no te sientas un rato con él?—. La Sra. Shah ajusta el cierre de su maletín y se aparta de la vista, seguida por la Srta. Azley.

Enfermera y profesora se desdibujan al otro lado del salón, hablando suave y rápidamente entre ellas. Maya agarra una silla y se sienta frente a mí, con sus rodillas tocando las mías. Ella está pálida, conmocionada, sus ojos, agudos e interrogantes, están hundidos en los míos.

Con los codos sobre los muslos, la miro y esbozo una sonrisa vacilante. Quiero hacer algún tipo de broma, pero es demasiado esfuerzo respirar y hablar al mismo tiempo. Trato de dejar de temblar por el bien de Maya y presiono mi puño derecho contra mi boca para amortiguar los hipidos. Mi mano izquierda aprieta la suya con toda mi fuerza, temeroso de dejarla ir.

Acariciando mi mejilla húmeda y tomando mi mano derecha en la suya, ella la aparta suavemente de mi boca.

—Oye, tú…— dice ella con la voz llena de preocupación. —¿Qué te provocó todo esto?



Vuelvo a pensar en Hamlet y en mi completa teoría conspirativa y me doy cuenta, con un estremecimiento, cuán ridículo me estuve portando.

—N-nada—. Respiro. —Ser estúpido—. Tengo que concentrarme mucho para conseguir cada palabra entre jadeos, una sílaba a la vez. Siento mi garganta constreñida y sacudo mi cabeza con una sonrisa irónica. —Demasiado estúpido. Lo siento…— me muerdo el labio con fuerza.

—Deja de disculparte, idiota—. Ella me da una sonrisa tranquilizadora y me frota el interior de la mano. Me encuentro a mí mismo involuntariamente aferrado a su manga, temeroso de que ella sea un milagro y se evapore súbitamente ante mis ojos.

Suena la campana, sobresaltándonos a ambos.

Siento que mi pulso empieza a correr de nuevo. —¡Maya, n-no te vayas! ¡No te vayas todavía…!

—Lochie, no tengo intención de irme a ninguna parte.

Es lo más cerca que hemos estado en toda la semana, la primera vez que ella me ha tocado desde aquella terrible noche en el cementerio. Trago fuerte y empiezo a morderme el labio, consciente de las otras dos personas en el salón, aterrorizado de quebrarme.

Maya lo nota. —Loch, todo está bien. Esto ya ha sucedido antes. Cuando empezaste en Belmont, justo después que papá se fuera, ¿recuerdas? Vas a estar bien.

Pero yo no quiero estar bien, no si eso significa que ella va a soltar mi mano; no si eso significa que nos vamos a convertir en corteses extraños.

Después de un rato, nos vamos a la enfermería. La Sra. Shah comprueba mi pulso y presión sanguínea y me alarga un folleto sobre los ataques de pánico y problemas de salud mental. Una vez más, habla de consultar al consejero de la escuela, menciona la presión de los exámenes, el peligro del exceso de trabajo, la importancia de dormir lo suficiente… De alguna forma, me las arreglo para hacer todos los sonidos correctos, asiento y sonrío tan convincente como puedo, todo eso mientras me siento tenso como un resorte a punto de saltar.



Caminamos a casa en silencio. Maya me ofrece su mano pero me rehúso; mis piernas están más estables ahora. Ella me pregunta si hubo algún detonante, pero cuando sacudo la cabeza, ella lo comprende y no insiste.

En casa, me siento en el extremo del sofá. Justo en este momento, solos y sin interrupciones, sería el momento perfecto para esa conversación… ésa, donde yo me disculpo con ella por lo que dije esa noche, le explico de nuevo la razón de mi loco arrebato, intento averiguar si aún está enfadada conmigo, mientras de algún modo, trato de aclararle que no se trata de coaccionarla para que retome algún tipo de relación anormal. Pero no puedo encontrar las palabras y no confío en mí mismo para decir una sola cosa. Las réplicas del ataque de pánico asociadas con la suave preocupación de Maya me han catapultado, y me siento como si estuviera haciendo equilibrios al borde de un precipicio.

El hecho de traerme un jugo y una manzana pelada y cortada en cuadros, como para Tiffin o Willa amenaza con desmoronarme. Maya me observa desde el umbral cuando enciendo la televisión y la dejo sin sonido, arremango los puños de mi camisa, tiro de un botón flojo. Puedo decir cuán ansiosa está por el modo en que juega con el lóbulo de la oreja, un signo característico que comparte con Willa.

—¿Cómo te sientes?

Intento una sonrisa brillante, alegre y el dolor en mi garganta se intensifica. —¡Bien! Sólo fue un estúpido ataque de pánico,

Quiero hacer algún tipo de broma, pero en cambio siento un repentino temblor en la barbilla. Hago una mueca para disimularlo.

Su sonrisa se desvanece. —Quizás debería dejarte en paz por un tiempo…

—¡No!— La palabra suena más alto de lo previsto. El calor me sube al rostro y fuerzo una sonrisa desesperada. —Quiero decir, ahora que tenemos algún tiempo libre, quizás deberíamos… tú sabes… pasar un rato juntos, c-como en los viejos tiempo. A menos, por supuesto, que tengas tareas que hacer o algo así…

Un toque de diversión roza sus labios. —Sí, seguro. ¡No voy a desperdiciar una tarde libre de la escuela haciendo tareas, Lochan James Whitely!



Cerrando la puerta tras ella, se acurruca en el sillón. —Así que, ¿qué vamos a ver?

Agarro el control remoto y toqueteo los botones. —Eh… bien… seguro que hay otra cosa además de CBeebies[19]… ¿Qué tal esto?—. Detengo el zapping cuando encuentro un viejo episodio de *Friends*[20] y miro a Maya para ver si lo aprueba.

Ella me da otra de sus sonrisas tristes. —Genial.

Las risas enlatadas llenan la habitación, pero ninguno de los dos parece capaz de unírseles. El episodio se prolonga. Soy dolorosamente consciente que los dos estamos solos, juntos y sin tener absolutamente nada que decirnos el uno al otro.

¿Nuestra amistad rambién se ha destrozado?

Quisiera preguntarle, *rogarle* que me diga qué está pasando por su cabeza. Quiero intentar explicarle qué estaba pasando por mi cabeza esa noche, por qué reaccioné como un bastardo. Pero ni siquiera puedo girarme a mirarla. Siento sus ojos, llenos de preocupación, sobre mi rostro. Y me estoy hundiendo en las arenas movedizas de la desesperación.

—¿Quieres hablar de ello?— su voz, suave por la preocupación me hace sobresaltar. De repente, soy consciente del dolor que siento por morderme el labio, del peso de las lágrimas que se han acumulado lentamente en mis ojos. Con un jadeo de pánico, sacudo rápidamente la cabeza, me paso una mano por el rostro. Aprieto brevemente mis dedos contra mis ojos y sacudo la cabeza con despreocupación. —Me he estado sintiendo un poco raro desde antes.

Me esfuerzo por mantener mi voz calmada. Todavía puedo oír su reborde rasposo. Girándome, me obligo a enfrentar su mirada angustiada con una sonrisa desesperada. —Pero estoy bien ahora. No es nada. En serio.

Después de dudar un momento, se levanta y viene a sentarse en el extremo opuesto del sofá, un pie metido bajo su cuerpo, mechones de cabello castaño enmarcando su pálido rostro.

---

[19] CBeebies: programa infantil de la cadena BBC.
[20] Friends: serie de televisión estadounidense, creada por la cadena NBC (1994-2004). Trata sobre la vida de un grupo de amigos que residen en Manhattan, Nueva York.

—Vamos, tonto, no puede ser *nada*, si eso te hace llorar—. Las palabras flotan en el aire, su preocupación expandiéndose en el silencio.

—¡No estoy… no es…!—, respondo con vehemencia, las mejillas ardiendo. —Es sólo… yo sólo…—. Tomo una inspiración profunda, desesperado por aliviar su preocupación, por reponerme. Lo último que quiero es que ella sepa cuán devastado estoy por haberla perdido, que ella sienta cualquier presión por reasumir una relación que, en su mente, es fundamentalmente errónea.

Ella no se ha movido. —¿Tú sólo qué?— pregunta con gentileza.

Aclaro mi garganta y elevo mis ojos hacia el cielorraso, forzando una risa corta, dolorosa. Paso rápidamente mi manga por sobre mis ojos mientras, para horror mío, una lágrima corre por mi mejilla.

—¿Quieres tratar de dormir un rato?

La preocupación en su voz me está matando. —No. No sé. Creo… Creo… ¡Oh, qué carajo…!— Otra lágrima cae por mi mejilla y la enjugo furioso. —¡Mierda! ¿Qué *es* esto?

—Lochie, cuéntamelo. ¿Qué pasó? ¿Qué sucedió en la escuela?— Sonando sobrecogida, se inclina hacia mí, estirando la mano para tocarme.

Inmediatamente, alzo mi brazo para evitarla. —¡Sólo dame un minuto!— No puedo detenerlo… no hay nada que pueda hacer. Mi pecho se estremece con sollozos reprimidos. Cubro mi rostro con mis manos e intento controlar mi respiración.

—¡Lochie, todo va a estar bien. Por favor, no…— su voz es suave, implorante.

El aire se desborda de mis pulmones. —Maldita sea, lo intento, ¿de acuerdo? No puedo…Simplemente no soy capaz de…

Ahora estoy fuera de control y eso me aterroriza. No quiero que Maya presencie esto. Pero tampoco quiero que se vaya. Necesito salir de este sofá, de esta casa, pero mis piernas no me obedecen. Estoy atrapado. Puedo sentir que el pánico ciego desciende de nuevo.



—Hey, hey, hey—. Maya sujeta firmemente mi mano con una de las suyas y acaricia mi mejilla con la otra. —Shh. Está bien, está bien. Es sólo una acumulación de estrés, Lochie, eso es todo. Mírame. Mírame. ¿Fue la discusión? ¿Fue eso? ¿Podemos hablar un poquito de eso?

Estoy demasiado cansado para seguir luchando. Siento que mi pecho se encoje, me inclino lentamente hacia ella hasta que un lado de mi rostro descansa contra el de ella, mi mano cubriendo mi rostro. Ella me acaricia el cabello y, alcanzando mi otra mano, empieza a besarme los dedos.

—En… en el cementerio— me ahogo, cerrando mis ojos. —Por favor, sólo dime la verdad. Lo que dijiste, era… ¿era cierto?— respiro profundamente, las lágrimas calientes se escapan por debajo de mis pestañas.

—Dios, Lochie, no— jadea ella. —¡Por supuesto que no! ¡Sólo estaba enojada y molesta!

Oleadas de alivio corren a través de mí, tan fuerte que casi lastima. —Maya, Jesús, pensé que todo había terminado. Pensé que había arruinado todo— me enderezo, respirando con dificultad, frotándome el rostro con fuerza. —¡Lo siento mucho! Todas esas horribles cosas que dije. Estaba completamente asustado. Pensé que querías… pensé que querías irte…

—Yo sólo quería tocarte— dice ella en voz baja. —Sé que no podemos seguir el camino completo. Sé que es ilegal. Sé que se llevarían a los niños, si alguien se entera. Pero pensé que aún podríamos tocarnos, aún podíamos amarnos en otras formas.

Tomo una inspiración frenética. —Lo sé. Yo también. ¡Yo también! Pero tenemos que ser cuidadosos. No nos podemos dejar llevar. No podemos… no podemos arriesgarnos… Los niños…

Veo la tristeza en sus ojos. Me hace tener ganas de gritar. Es tan injusto, tan terriblemente injusto.

—Tal vez algún día, ¿eh?— dice Maya en voz baja, con una sonrisa. —Un día, cuando hayamos crecido, podemos huir. Empezar de nuevo. Como una pareja de verdad. No más hermano y hermana. Libres de estos feísimos lazos.



Asiento, tratando desesperadamente de compartir en algo sus esperanzas para el futuro. —Quizás. Sí.

Ella me da una sonrisa cansada y envuelve sus brazos alrededor de mi cuello, descansando su mejilla contra mis hombros.

—Y, hasta entonces, aún podemos estar juntos. Podemos abrazarnos y tocarnos y besarnos y estar juntos de cualquier otro modo.

Asiento y sonrío a través de las lágrimas, repentinamente consciente de lo mucho que tenemos. —Lo bueno es que tenemos la cosa más importante de todas— susurro.

Una esquina de su boca se curva. ¿Qué es, entonces?

Sin dejar de sonreír, parpadeo con rapidez. —Podemos amarnos—. Trago fuerte para calmar la constricción de mi garganta. —No hay leyes ni límites en los sentimientos, Maya. Podemos amarnos tan profundamente como queramos. Nadie, Maya, nadie podrá quitarnos eso, nunca.





Capítulo Dieciocho

Traducido por Margareth

Corregido por Pamee

Maya

—¿Por qué estás hoy aquí?

—Porqué Lochan no se siente muy bien.

—¿Vomitó?— Willa tira su largo cabello detrás de los hombros y los pequeños aros de oro en sus orejas brillan en el sol de la tarde desvaneciéndose. Hay restos de crema de manzana en frente de su delantal y está sin su cardigán de nuevo.

—No, no. Nada grave como eso.

—Vomitar no es grave. Mamá lo hace todo el tiempo.

Haciendo caso omiso de este último comentario, dirijo mi atención a su ropa.

—Willa, ¿podrías abrochar tu abrigo? ¡Está haciendo frío!

—No puedo. No tengo botones.

—¿Ninguno? ¡Debiste habérmelo dicho!

—Lo hice. La señorita Pierce dice que no se me permite pegar con cinta adhesiva mi mochila también. Ella dice que tengo que comprar una nueva. —Toma mi mano y cruzamos el patio de recreo hacia el campo de fútbol, donde se produce un desgarro de Tiffin está corriendo alrededor, medio desnudo con una docena de otros niños. —Y no se nos permite agujeros en nuestras medias. Me dijeron eso delante de toda la asamblea.



—¡Tiff! Es hora de irnos—le grito tan pronto sale disparado más allá de nosotras. El juego se detiene brevemente para un tiro libre y le grito otra vez.

Él por encima del hombro, enojado. —¡Cinco minutos más!

—No. Vamos ahora. Hace mucho frío, y puedes jugar al fútbol en casa con Jamie.

—¡Pero estamos en medio de un partido!

Se reanuda el juego y trato de acercarme, bordeando nerviosamente a los chicos corriendo, lanzándose, gritando, con las mejillas ardiendo, los ojos fijos en la pelota, con los gritos haciendo eco en el patio oscureciéndose. Cuando corre pasándome, intento capturar a Tiffin, valientemente, fallando por kilómetros. Detrás de mí, Willa se encuentra pegada a la cerca, con su abrigo ondeando abierto. Está temblando fuerte.

—¡Tiffin Whitely! ¡A casa, ahora! —Grito a voz en cuello, con la esperanza de avergonzarlo y someterlo. En cambio, se tira a un ataque, engaña a su adversario y el balón vuela hacia el otro lado de la cancha a la velocidad del rayo. Hace una pausa por un momento mientras que un niño de dos veces su tamaño se va a toda velocidad hacia él. Luego tira la pierna hacia atrás y patea, el balón rozando el borde interior del arco.

—¡Gol!— Sus manos golpean el aire. Gritos y alaridos se unen al suyo, mientras sus propios compañeros de equipo corren para golpearlo en la espalda. Le doy un momento antes de sumergirme y arrastrarlo por el brazo.

—¡No me voy a ir!— me grita, mientras el partido se reanuda detrás de nosotros. —¡Mi equipo estaba ganando! ¡Anoté el primer gol!

—Lo vi y fue un gran gol, pero se está haciendo de noche. Willa se está congelando y tú tienes mucha tarea para hacer.

—¡Pero siempre tenemos que ir directamente a casa! ¿Cómo es que a los otros se les permiten jugar? ¡Estoy harto de la estúpida tarea! ¡Estoy harto de estar siempre en casa!





—Tiffin, por el amor de Dios. Actúa como un niño de tu edad y deja de hacer una escena.

—¡No es justo!— La punta del zapato de repente hace contacto violento con mi espinilla. —Nunca puedo hacer nada divertido. ¡Te odio!

Para el momento en que localizamos la mochila perdida de Tiffin y los saco del campo de juego, es casi de noche y Willa tiene tanto frío que sus labios están púrpura. Tiffin camina con paso majestuoso más adelante, su cara está roja, el cabello rubio salvaje, está arrastrando su abrigo por el suelo deliberadamente, para molestarme, pateando con rabia los neumáticos de los coches aparcados. Mi pierna palpita dolorosamente. *Cuatro malditas horas hasta la hora de dormir*, pienso con tristeza. Una hora antes de que en realidad estén durmiendo. *Cinco. Dios mío, casi todo un día escolar.* Todo lo que quiero es llegar al momento en que la casa queda en silencio, cuando Kit finalmente le baja el volumen al rap y Tiffin y Willa dejen de bombardearme con pedidos. Ese momento en que la prisa y la tarea a medio terminar son dejadas de lado y Lochan está ahí, con su sonrisa tentativa, sus ojos brillantes, y todo, casi todo parece posible…

—…así que ya no creo que ella quiera ser mi amiga. —Willa termina tristemente, su mano helada está enterrada en la mía.

—Mm, no importa, estoy segura que Lucy va a cambiar de opinión mañana. Siempre lo hace.

La pequeña mano de repente se arranca de la mía. —¡Maya, no estás escuchando!

—¡Lo estoy, lo estoy!— Protesto rápidamente. —Ha dicho que…eh… Lucy no quería ser tu amiga porque…

—No Lucy, ¡Georgia!—. Willa grita tristemente. —Te dije ayer que Lucy y yo no somos amigas porque ella me robó mi lápiz morado favorito, el que tiene un corazón azul, ¡y ella no lo devolvió incluso aunque Georgia la vio tomarlo!

—Oh, es cierto—. Busco a tientas, desesperadamente tratando de recordar la conversación. —Tu lápiz.



—Siempre se te olvidan todas las cosas en estos días, al igual que mamá cuando vivía en casa—murmura.

Caminamos por unos minutos en silencio. La culpa se enrosca a mi alrededor, fría e implacable como una serpiente. Trato en vano de recordar la odisea del lápiz perdido, y fallo.

—Apuesto a que ni siquiera sabes quien es mi mejor amiga ahora— dice Willa, lanzando el guante.

—Por supuesto que sí— contesto rápidamente. —Es… es Georgia.

Willa niega con la cabeza hacia el pavimento en un gesto de derrota. —No.

—Bueno, entonces, es Lucy en realidad, porque estoy segura de que una vez que ella te devuelva el lápiz, las dos serán…

—¡Nadie!— grita Willa de repente, su voz corta a través del aire frío. —¡Ni siquiera tengo una mejor amiga!

Me detengo a mirarla con asombro. Willa nunca me ha gritado con tanta furia antes.

Trato de poner mi brazo alrededor de ella. —Willa, vamos, simplemente tuviste un mal día…

Ella se aleja. —¡No, no tuve un mal día! La señorita Pierce me dio tres estrellas doradas y deletreé todo bien. Te lo dije, pero lo único que dijiste fue Mm. ¡Ya nunca me escuchas!

Alejándose de mí, ella echa a correr. La alcanzo ella justo cuando está doblando la esquina de nuestra calle. Obligándola a dar la vuelta para que me mire a la cara, me pongo en cuclillas y trato de sujetarla. Solloza en silencio, frotándose la cara con rabia, con las palmas de sus manos.

—Willa, lo siento. Lo siento, mi amor, lo siento mucho. Tienes razón. No he estado escuchando correctamente y eso fue realmente malo de mi parte. No es que no me interese, no es que no me importe; es sólo que he estado tan ocupada en la revisión de mis exámenes y tengo mucho trabajo y he estado tan cansada…



—¡Eso no es cierto!— Da un sollozo ahogado y las lágrimas se derraman sobre sus dedos, corriendo por entre ellos. —Ya no… escuchas… o juegas conmigo… tanto… como lo hacías… antes…

Me agarro de una barandilla cercana para apoyarme. —Willa, no… No es eso…he…—Pero aún buscando excusas a tientas, estoy obligada a enfrentarme a la verdad detrás de sus palabras.

—Ven aquí—digo, al fin, envolviendo mis brazos con fuerza alrededor de ella. —Eres mi chica favorita en el mundo entero y te quiero mucho, mucho. Tienes razón. No he estado escuchando correctamente porque Lochie y yo siempre estamos tratando de resolver todas las cosas del hogar. Pero toda esa cosa es aburrida. A partir de ahora voy a empezar a divertirme contigo otra vez. ¿De acuerdo?

Ella asiente con la cabeza, sorbe la nariz y se saca el cabello de la cara. La levanto y ella envuelve sus brazos y piernas a mi alrededor como un mono bebé. Pero a través de la calidez de sus brazos alrededor de mi cuello, el calor de su mejilla contra la mía, siento que mis palabras no la han dejado convencida.

A pesar de los fuertes golpes de los zapatos contra los escalones de concreto, él no baja su libro. Me detengo a mitad de camino en el tramo de las escaleras y me apoyo en la barandilla, a la espera, los sonidos del patio de recreo se elevan desde debajo de mí. Todavía se niega a mirar hacia arriba, sin duda con la esperanza de quien quiera que sea lo ignore y continúe su camino. Cuando se hace evidente que esto no va a pasar, se asoma brevemente por encima del libro de bolsillo antes de casi dejarlo caer de sorpresa. Su rostro se ilumina con una sonrisa lenta. —¡Hola!

—¡Hola, tú!

Él cierra su libro y me mira expectante. Me quedo de pie mirándolo, luchando contra una sonrisa. Se aclara la garganta, de repente tímido, y el rubor se arrastra a sus mejillas.

—¿Qué… um… qué estás haciendo aquí?

—Vine a saludar.





Se estira para tomar mi mano y empieza a levantarse, dispuesto a subir más las escaleras, fuera de la vista de los alumnos en el patio de abajo.

—Está bien, no me voy a quedar—le informo rápidamente.

Se detiene y la sonrisa se desvanece. Notando la mochila de la escuela en mi espalda, el uniforme de gimnasia colgado al hombro, parece preocupado. —¿A dónde vas?

—Me tomaré la tarde libre.

Sus ojos se agudizan y su expresión se vuelve seria. —Maya…

—Es sólo una tarde. Sólo tengo arte y mierda.

Él da un suspiro de preocupación, luciendo molesto. —Sí, pero si te pillan, sabes que puede haber problemas. No podemos arriesgarnos a llamar más la atención sobre nosotros ahora que mamá no está cerca.

—No lo haremos. No si vienes conmigo y usamos tu pase de Sexto Superior.

El me mira a los ojos con una mezcla de incertidumbre y de sorpresa.

—¿Quieres que vaya yo también?

—Sí, por favor.

—Podría *darte* mi pase—señala.

—Pero entonces no tendría el placer de tu compañía. —El rubor se alza de nuevo, pero la comisura de su boca tira hacia arriba.

—Mamá dijo algo acerca de aparecer hoy por casa para recoger algo de ropa…

—No estaba pensando en irme a casa.

—¿Quieres caminar por las calles hasta las tres y media? No tengo nada de dinero conmigo.

—No. Quiero llevarte a un lugar.

—¿Dónde?



—Es una sorpresa. No es muy lejos.

Puedo ver que su curiosidad se despertó. —O-ok.

—Genial. Ve a buscar tus cosas. Te veré junto a la entrada principal.

Desaparezco bajando al patio, antes de que tenga tiempo de empezar a preocuparse de nuevo y de que cambie de opinión.

Lochan tarda una eternidad. En el momento en que el llega, el recreo casi ha terminado y me temo que será cuestionado por salir del edificio justo antes de la campana. Pero el guardia de seguridad apenas mira su pase mientras me deslizo desapercibida por delante de él a través de las puertas de cristal.

En la calle, Lochan vuelve el cuello de su chaqueta para protegerse del frío y me pregunta: —¿Ahora vas a decirme de qué se trata todo esto?

Sonrío y me encojo de hombros. —Se trata de tener una tarde libre.

—Deberíamos haber planeado esto. Sólo tengo cincuenta peniques conmigo.

—¡No estoy pidiendo que me lleves al Ritz! Simplemente vamos al parque.

—¿El parque?— Me mira como si estuviera loca.

Ashmoore en un día de semana en medio del invierno está previsible vacío. Los árboles están desnudos en su mayoría, sus largas ramas con pinchos destacan contra el cielo pálido, y las grandes extensiones de hierba están salpicadas de parches de hielo color plata. Seguimos el ancho camino del centro hacia la zona boscosa en el otro lado, el zumbido de la ciudad poco a poco va desapareciendo detrás de nosotros. Algunos bancos húmedos salpican en el paisaje vacío, abandonado y redundante. A lo lejos, un anciano le tira palos a su perro, el agudo ladrido del animal interrumpe el aire inmóvil. El parque se siente enorme y





desolado: una isla fría, olvidada en medio de una gran ciudad. Hojas rizadas de higuera lija de arroyo[21] cubren todo el camino, llevados por un susurro del viento.

Un grupo de palomas se lanza y se dispersa entusiasta en torno a algunas migajas, con las cabezas moviéndose de arriba a abajo, picoteando febrilmente suelo. Mientras nos acercamos a los árboles, las ardillas se lanzan con valentía frente a nosotros, girando la cabeza de un lado a otro para mirarnos con unas brillantes perlas negras, esperando ver señales de comida. Muy por encima de nosotros, en un cielo anémico, la esfera blanca del sol, como un foco gigante, está fijo en el parque con sus fuertes rayos de invierno. Abandonamos el camino y entramos al pequeño bosque, el follaje está seco y las ramas crujen en contra de la tierra helada bajo nuestros pies. El terreno irregular se inclina suavemente hacia abajo.

Lochan me sigue en silencio. Ninguno de nosotros ha hablado desde que entramos por las puertas del parque y abandonamos el mundo detrás de nosotros, como si estuviéramos tratando de dejar nuestros 'yo' diarios atrás en el ruidoso alboroto de calles sucias y tráfico a empellones. Cuando los árboles comienzan a engrosarse a nuestro alrededor, me agacho junto a un tronco caído, luego me detengo y sonrío.

—Aquí es.

Nos encontramos en un pequeño claro. La pendiente poco profunda en el suelo está cubierta de hojas y rodeada por algunos helechos aún verdes y por arbustos de invierno, dentro de un círculo de árboles desnudos. La tierra debajo de nosotros es un tapiz de color rojizo y dorado. Incluso en las profundidades del invierno, mi pequeño pedazo de paraíso es todavía hermoso.

Lochan mira a su alrededor con desconcierto. —¿Estamos aquí para enterrar a un cuerpo o para desenterrar uno?

Le doy una mirada sufrida, pero en ese momento una repentina ráfaga de viento hace que las ramas sobre nosotros se balanceen, dispersando los rayos de hielo del

---

[21] Es una especie de árbol de ficus nativo de Australia. Crece cerca de los bancos de ríos y barrancos en el bosque lluvioso y bosque abierto. Su nombre común se deriva de las hojas rasposas, las cuales comparte con otras higueras lija.



sol como fragmentos de vidrio en mi corral, haciendo que se sienta mágico, misterioso.

—Aquí es donde vengo, cuando las cosas en casa se vuelven demasiado. Cuando quiero estar sola por un rato— le digo.

Él me mira con asombro. —¿Vienes aquí sola?— Parpadea desconcertado, con sus manos enterradas profundamente en los bolsillos de su chaqueta, aún mirando a su alrededor. —¿Por qué?

—Porque cuando mamá empieza a beber a las diez de la mañana, cuando Tiffin y Willa se corren alrededor de la casa gritando, cuando Kit está intentando empezar una pelea con todos los que se cruzan en su camino, cuando deseo no tener una familia que cuidar, este lugar me da paz. Me da esperanza. En el verano es hermoso aquí. Silencia el ruido que está constantemente en mi cabeza… Tal vez, de vez en cuando, esta podría ser tu lugar también— le sugiero con calma. —Todo el mundo necesita un tiempo fuera, Lochan. Incluso tú.

Asiente otra vez, aún mirando a su alrededor, como si tratara de imaginarme aquí, sola. Entonces gira de nuevo hacia mí, el cuello de su chaqueta negra aleteando contra su camisa blanca, con la corbata floja, el bajo de su pantalón gris está manchado por la tierra blanda. Sus mejillas están sonrosadas por la larga caminata en el frío, tiene el cabello despeinado por el viento. Sin embargo, estamos refugiados aquí, con el sol calentando nuestros rostros. Repentinamente, una bandada de pájaros se posa en la rama más alta de un árbol, y cuando Lochan levanta la cabeza, la luz se refleja en sus ojos, convirtiéndolos transparentes, del color del cristal verde.

Su mirada encuentra la mía. —Gracias—dice.

Nos sentamos en mi enclave de hierba y nos acurrucamos para darnos calor. Lochan envuelve su brazo a mi alrededor y me tira hacia él, besando la parte superior de mi cabeza.

—Te amo, Maya Whitely — dice en voz baja.

Sonrío e inclino mi cara para mirarlo. —¿Cuánto?



No contesta, pero oigo que su respiración se acelera: baja la boca sobre la mía y un extraño zumbido llena el aire.

Nos besamos durante mucho tiempo, deslizando nuestras manos entre las capas de ropa y absorbiendo el calor del otro hasta que estoy cálida, caliente incluso. Mi corazón está latiendo fuerte, una sensación chispeante, de hormigueo, corre a través de mis venas. Las aves siguen picoteando la tierra que nos rodea, en algún lugar a la distancia el grito de un niño rompe el aire. Aquí, estamos verdaderamente solos. Verdaderamente libres. Si alguien pasara caminando, todo lo que verían sería una chica y su novio besándose. Siento la presión de los labios Lochan se hace más fuerte, como si él también se diera cuenta de que este pequeño momento de libertad no tiene precio. Su mano se desliza por debajo de mi camisa de la escuela y aprieto mi mano en su muslo.

Entonces, de repente, se tira hacia atrás, dándome la espalda, respirando con dificultad. Miro alrededor con sorpresa, pero sólo están los árboles que nos rodean como testigos mudos, sin cambios, sin moverse y sin molestar. A mi lado, Lochan se sienta con los brazos rodeando sus rodillas, con la cabeza girada hacia otro lado. —Lo siento… —Se ríe un poco, avergonzado.

—¿Sobre qué?

Su respiración es rápida y superficial. —Tenía que parar.

Algo se aprieta en mi garganta. —Pero eso está bien, Lochie. No tiene que pedir disculpas.

Él no responde. Hay algo en su quietud que me molesta.

Me acerco para apretarme contra él y le doy un empujoncito.

—¿Vamos a pasear?

Se inclina un poco alejándose de mí y levanta hombro sin girar. No responde.

—¿Estás bien?— Le pregunto a la ligera.

Da una breve inclinación de cabeza.





Un aleteo de preocupación se alza en mi pecho. Acaricio la parte trasera de su cabeza. —¿Estás seguro?— No hay respuesta.

—Tal vez deberíamos acampar aquí, lejos del resto del mundo—lo molesto, pero él no responde. —Pensé que sería bueno tener un tiempo a solas, los dos juntos— digo en voz baja. —¿Fue… venir aquí fue un error?

—¡No!

Cubro sus mano con la mía y acaricio la parte de atrás con mi pulgar. —¿Qué, entonces?

—Sólo...—Su voz tiembla. —Tengo miedo de que todo esto vaya a ser sólo un recuerdo lejano algún día.

Trago saliva. —No digas eso, Lochie. No tiene que ser así.

—Pero nosotros… esto… no durará. No durará, Maya, ambos sabemos que en algún momento vamos a tener que parar —Se interrumpe de repente y contiene la respiración, moviendo la cabeza sin decir palabra.

—¡Lochie, por supuesto que va a durar!— Exclamo horrorizada.—No nos pueden parar. No voy a dejar que nadie nos separe…

Toma mi mano en la suya, comienza a besarla, sus labios son suaves y cálidos. —Pero es todo el mundo—dice, su voz es un susurro angustiado. —¿Cómo?... ¿cómo podemos hacer frente a todo el mundo?

Quiero decirle a Lochan que encontrará la forma. Necesito decirle que juntos encontraremos la forma. Juntos vamos a manejarlo. Juntos somos tan fuertes. Juntos hemos criado a toda una familia.

—¡La gente no nos puede separar!—empiezo con enojo. —No pueden, ¡no pueden! ¿Pueden…?—Y de repente me doy cuenta de que no tengo ni idea. Sin importar lo cuidadosos que seamos, siempre existe la posibilidad de que nos puedan atrapar. Sólo así, sin importar lo mucho que ocultemos a mamá, la amenaza de que alguien lo descubra y alerte a las autoridades se hace más fuerte cada día. Tenemos que ser muy cuidadosos, todo tiene que estar oculto, mantenido en secreto. Un desliz y toda la familia podría derrumbarse como un castillo de



naipes. Un desliz, y todos podríamos ser separados… la actitud derrotista de Lochan me aterroriza. Es como si él supiera algo que yo no.

—Lochie, ¡dime que podemos estar juntos!

Él me extiende los brazos y me acurruco contra él con un sollozo. Envolviendo sus brazos alrededor de mí, me abraza fuerte. —Lo haré todo— susurra en mi cabello. —Te doy mi palabra. Haré todo lo que pueda, Maya. Encontraremos la forma de estar juntos. Lo voy a averiguar, lo haré. ¿De acuerdo?

Levanto la vista hacia él y parpadeo para contener las lágrimas, y él me da una brillante sonrisa tranquilizadora, y esperanzadora. Asiento con la cabeza, sonriendo a cambio. —Juntos somos fuertes— le respondo, mi voz más audaz de lo que siento.

Cierra los ojos por un momento, como si le doliera, y luego los abre de nuevo y levanta mi cara de su pecho, me besa suavemente. Nos abrazamos con fuerza durante mucho tiempo, mucho tiempo, calentándonos el uno al otro, hasta que el sol poco a poco comienza a bajar en el cielo.





Capítulo Diecinueve

Traducido por Karina_Matthew

Corregido por Pamee

Lochan

Por las mañanas me baño a la velocidad del rayo, me pongo la ropa, y tan pronto como tengo a Tiffin y a Willa instalados en la mesa del desayuno, vuelvo a subir las escaleras con la excusa de una chaqueta olvidada o un reloj o un libro para unirme a Maya, quien tiene la poco envidiable tarea de intentar levantar a Kit de la cama por las mañanas. Generalmente se está atando el pelo o abrochándose los puños de la camisa o echando libros en su mochila, con la puerta de su dormitorio entreabierta, y aparece de forma esporádica para gritarle a Kit que se dé prisa, pero se detiene cuando me ve, y con una mirada de emoción nerviosa, toma mi mano extendida. Mi corazón late con fuerza por la anticipación, nos encerramos en mi dormitorio. Con sólo unos minutos preciosos de sobra, mi pie presionado firmemente contra la esquina inferior de la puerta, una mano agarrando la manija, la tiro suavemente hacia mí. Sus ojos se iluminan con una sonrisa, sus manos se estiran hacia mi cara, o a mi pelo, o incluso a veces presionan contra mi pecho, con sus dedos raspando contra la fina tela de mi camisa. Nos besamos con timidez al principio, medio asustados. Puedo saborear si se ha lavado con Colgate o si simplemente agarró la pasta de color rosa para niños, mientras supervisa el cepillado para ahorrar tiempo.

Siempre me da una sacudida el momento en que nuestros labios se encuentran por primera vez, y tengo que recordarme que debo respirar. Sus labios son suaves y cálidos y lisos, los míos se sienten duros y ásperos contra los suyos. Ante el sonido de los lentos pasos arrastrados de Kit al otro lado de la delgada pared, Maya intenta dar marcha atrás. Sin embargo, tan pronto como la puerta del baño golpea, ella cede y se desliza dándose la vuelta para que su espalda esté



presionada contra la puerta. Hundo mis uñas en la madera a ambos lados de su cabeza en un intento de mantener las manos bajo el control mientras nuestros besos se vuelven cada vez más frenéticos, el deseo dentro de mí calma el temor de ser atrapado mientras siento que los últimos segundos preciosos de éxtasis se escapan a través de mis dedos como la arena. Un grito desde abajo, el sonido de Kit saliendo del baño, golpeando los pies por la escalera: todas las señales de que nuestro tiempo ha terminado, y Maya me empuja con firmeza, con las mejillas encendidas, la boca teñida de rojo con el color de besos inconclusos. Nos miramos, nuestros jadeos calientes llenan el aire, pero cuando me presiono contra ella otra vez, con mis ojos pidiendo sólo un segundo más, ella cierra los ojos con una mirada de dolor y vuelve la cabeza. Por lo general, ella es la primera en salir de la habitación, caminando hacia el baño desocupado para salpicarse con agua la cara mientras yo cruzo hasta la ventana de mi dormitorio y la abro, apretando en el borde de la solera e inhalando grandes bocanadas de aire frío.

No entiendo, no entiendo. Seguramente esto ha pasado antes. Seguramente otros hermanos y hermanas se han enamorado. Seguramente se les ha permitido expresar su amor, tanto física como emocionalmente, sin ser vilipendiados, marginados, e incluso encarcelados. Pero el incesto es ilegal. Al amarnos el uno al otro, tanto física como emocionalmente, estamos cometiendo un delito. Y me aterra. Una cosa es esconderse del mundo, otra, esconderse de la ley. Así que sigo repitiéndome a mí mismo: *Mientras no lleguemos al final, va a estar bien. Mientras no tengamos sexo de verdad, técnicamente no estamos teniendo una relación incestuosa. Siempre y cuando no crucemos la línea final, nuestra familia estará a salvo, no nos quitarán a los niños, Maya y yo no seremos forzados a separarnos. Todo lo que tenemos que hacer es ser pacientes, disfrutar lo que tenemos, hasta que quizás algún día, cuando los demás sean adultos, podamos alejarnos y forjar nuevas identidades y amarnos libremente.*

Tengo que obligarme a dejar de pensar en ello o no puedo hacer nada: tarea, revisión, hacer la cena, la compra semanal, ir a buscar a Tiffin y a Willa de la escuela, ayudarles con las tareas, asegurarme de que tengan ropa limpia para el día siguiente, jugar con ellos cuando están aburridos. Mantener un ojo en Kit, comprobar que hace su tarea y que hace que el dinero que le damos le dura la semana, engatusarlo para que cenar con nosotros en lugar de desaparecer con sus amigos en McDonald, asegurarme de que no falte a la escuela y regrese a casa por



la noche. Y, por supuesto, discutir con mi madre sobre el dinero, siempre el dinero, ya que cada vez nos da menos y cada vez más se lo gasta en alcohol y trajes nuevos para impresionar a Dave. Mientras tanto, la ropa de Tiffin se hacen más pequeña, el uniforme de Willa se vuelve más andrajoso, Kit se queja amargamente de todos los aparatos nuevos que tienen sus amigos, y las facturas nos siguen inundando…

Cada vez que me aparto de Maya, me siento incompleto… menos que incompleto. Siento que no soy nada, como si no existiera en absoluto. No tengo ninguna identidad. No hablo, ni siquiera miro a la gente. Estar rodeado de personas es tan insoportable como siempre, tengo miedo de que si me ven bien, puedan adivinar mi secreto. Tengo miedo de que incluso si me las arreglo para hablar o interactuar con la gente, pueda revelar algo. En los tiempos de descanso veo a Maya de la parte superior de mi libro en mi puesto en la escalera, queriendo que venga a sentarte conmigo, hablar conmigo, que me haga sentir vivo y real y amado, pero incluso hablar es demasiado riesgosos. Así que ella se sienta en la pared en el otro extremo del patio, charlando con Francie, cuidadosa de no mirar hacia mi, tan consciente como yo de los peligros de nuestra situación.

Por las noches la busco tan pronto Tiffin y Willa han sido arropados, es demasiado pronto para que sea seguro. Se gira de su escritorio, con su pelo rozando la página de su libro de texto, y apunta de manera significativa la puerta detrás de mí para indicar que los más pequeños aún no están dormidos. Pero para el momento en que lo están, Kit está vagando de la casa, en busca de comida o viendo la televisión, y para el momento en que finalmente se va a la cama, Maya se ha ido a la suya.

La mitad del semestre trae poco alivio. Llueve toda la semana, estamos encerrados en el interior sin dinero para salir o incluso para ir al cine, Tiffin y discuten constantemente mientras Kit duerme todo el día y luego desaparece con sus amigos hasta altas horas de la madrugada. Tarde una noche, inquieto y ardiendo con la agitación incesante, me pongo los zapatos para correr y salgo de la casa durmiente, y corro todo el camino hasta el Parque Ashmoore, trepo las barandillas a la luz de las estrellas, y corro por la hierba iluminada por la luna. Tropezando por el bosque oscuro, finalmente encuentro el oasis de paz de Maya,



pero no me trae ninguna paz. Caigo de rodillas ante el tronco de un roble enorme y, haciendo un puño, rozo los nudillos hacia arriba y abajo de su dura corteza irregular, descortezándolo implacablemente hasta que mis nudillos están llenos de sangre y en carne viva.

—Lochie necesita un esparadrapo—le anuncia Willa a Maya, la encargada de los primeros auxilios en la familia, la tarde siguiente cuando entra a través de la puerta viéndose agotada. —Uno grande.

Maya deja caer el bolso y el blazer al suelo y le da una sonrisa cansada.

—¿Mal día?— Le pregunto.

—Tres exámenes—. Rueda los ojos. —Y educación física en la tormenta de granizo.

—Estoy ayudando a Lochie a preparar la cena—dice Willa con orgullo, de rodillas sobre un taburete de la cocina y organizando en patrones unas papas fritas congeladas en la bandeja del horno. —¿Quieres ayudar, Maya?

—Creo que lo estamos haciendo bastante bien los dos solos—señalo antes de que Maya se lance sobre una silla, con la corbata torcida, empujando de su cara mechones de cabello desordenado y soplándome un beso discreto.

—¡Maya, mira! ¡Escribí mi nombre con papas fritas mayúsculas! —Willa empieza a hablar, notando nuestras miradas intercambiadas, ansiosa de ser incluida.

—Muy inteligente. —Maya se levanta y levanta a Willa antes de sentarse con ella en su regazo y apoyarse en la bandeja para tratar de crear su propio nombre. Las observo por un momento. Los brazos largos de Maya rodean los más cortos de Willa. Willa está llena de charla acerca de su día, mientras que Maya es la oyente atenta, hace todas las preguntas correctas. Las cabezas juntas e inclinadas, su largo lacio cabello se mezclan: el castaño de Maya contra el dorado de Willa. Las dos tienen la misma piel pálida y delicada, la misma mirada azul claro, la misma sonrisa. En su regazo, Willa es sólida y viva, llena de borboteo y risa. Maya, de alguna manera, parece más delicada, más frágil, más etérea. Hay una tristeza en





sus ojos, un cansancio que nunca se va. Para Maya, la infancia terminó hace años. Mientras se sienta con Willa en su regazo, pienso: *Hermana y hermana*. *Madre e hija*.

—Puedes hacer la M así—declara Willa importantemente.

—Eres buena en esto, Willa—le dice Maya. —Ahora, ¿qué estabas diciendo sobre que Lochan necesitan un esparadrapo?

Me doy cuenta que he estado cortando el mismo grupo de cebollas de primavera desde que entró Maya. Tengo el mostrador lleno de confeti verde y blanco.

—Lochie se lastimó la mano— declara Willa con toda naturalidad, con sus ojos todavía estrechados sobre las papas fritas.

—¿Con un cuchillo?—Maya me mira agudamente, con sus ojos registrando alarma.

—No, sólo es un rasguño— le tranquilizo con un movimiento desdeñoso de cabeza y una sonrisa indulgente hacia Willa.

Willa se vuelve a mirar a Maya. —Está mintiendo— susurra teatralmente con complicidad.

—¿Puedo verlo?—pregunta Maya.

Le muestro rápidamente la parte trasera de mi mano.

Ella se estremece a la vista y al instante se mueve para levantarse, pero luego, anclada a su asiento por Willa, se ve obligada a sentarse de nuevo. Estira la mano. —Ven aquí.

—¡No quiero verla! —Willa baja la cabeza hacia la bandeja. —Está sangrado y toda pegajosa. ¡Eww, asco, asco!

Dejo que Maya tome mi mano, sólo por el placer de tocarla. —No es nada.

Acaricia el interior de mi mano con sus dedos. —Jesús, ¿qué pasó? ¿Seguramente no fue una pelea…?



—Por supuesto que no. Sólo tropecé y me raspé contra la pared del patio de recreo.

Ella me da una larga mirada de incredulidad. —Tenemos que limpiarla bien— insiste.

—Ya lo hice.

Haciendo caso omiso de mi último comentario, desliza a Willa suavemente de su regazo. —Voy a subir para curar la mano de Lochie— dice. —Vuelvo en un minuto.

En los confines del pequeño cuarto de baño, rebusco el antiséptico en el armario de las medicinas. —Agradezco el interés, pero ¿no crees que ustedes las chicas son un poco paranoicas?

Haciendo caso omiso de mí, Maya se encarama sobre el borde de la bañera y extiende la mano hacia mí. —Es sólo porque te amo mucho. Ven aquí.

La complazco, apoyándome y cerrando los ojos por un instante, saboreando el tacto y el sabor de sus labios suaves contra los míos. Suavemente me acerca más y me doy la vuelta, agitando la botella de antiséptico en el aire. —¡Pensé que quería jugar la enfermera!

Ella me mira con una mezcla de incertidumbre y sorpresa, como si tratara de medir si le estoy tomando el pelo.

—Por mucho que me guste limpiar sangre, no se ajusta exactamente con acaparar un raro momento para besar al chico que amo.

Fuerzo una risa. —¿Estás diciéndome que prefieres que muera desangrado?

Finge considerarlo un momento. —Ah, bueno, esa es una pregunta difícil.

Empiezo a destapar la botella. —Vamos. Hagamos esto y terminemos. Excelencia

Atrapando mi muñeca suavemente con sus dedos, atrae mi mano hacia ella, inspecciona los nudillos sangrantes en carne viva, la piel retirada de la herida: un irregular rectángulo blanco rodeando las húmedas laceraciones carmesí. Hace una



mueca. —Cristo, Lochan. ¡Te hiciste esto cayéndote contra una pared? ¡Pareciera que te pasaste un rallador por la parte trasera de tu mano!

Suavemente toca mis nudillos lacerados. Tomo una respiración profunda y veo su rostro: sus ojos están estrechados por la concentración, su tacto es muy suave. Trago dolorosamente.

Después de vendarlo con gasa y guardar todo, regresa al lado de la bañera y me besa de nuevo, y mientras me echo hacia atrás, me frota el brazo con una sonrisa incierta.

—¿De verdad te duele?

—¡No, por supuesto que no!— Exclamo sinceramente. —No sé por qué las chicas entran en tal estado de pánico a la más mínima gota de sangre. De todos modos, gracias señorita Nightingale[22]. —Le doy un beso en la cabeza, me pongo de pie y llego a la puerta.

—¡Hey!— Estira una mano para detenerme, un brillo de malicia en sus ojos. —¿No crees que merezco un poco más por mis esfuerzos?

Hago una mueca me muevo torpemente hacia la puerta. —Willa…

—¡Debe estar sentada frente a la televisión ahora!

Doy un paso reacio hacia adelante. —Está bien…

Pero me detiene poniéndome la mano en el pecho, antes de que tenga tiempo de llegar hasta ella, sosteniéndome suavemente con el brazo extendido. Su expresión es curiosa. —¿Qué te pasa hoy?

Sacudo la cabeza con una sonrisa irónica. —No lo sé. Creo que estoy un poco cansado.

Me da una mirada larga, frotando la punta de la lengua contra su labio superior. —Loch, ¿todo está bien?

[22] **Florence Nightingale**, fue una célebre enfermera, escritora y estadística británica, considerada una de las pioneras de la enfermería moderna, y creadora del primer modelo conceptual de enfermería.



—¡Por supuesto! —Sonrío brillantemente. —Ahora, ¿salimos de aquí? ¡Este no es exactamente el lugar más romántico!

Puedo sentir su desconcierto con tanta fuerza como si se tratara del mío. A lo largo de la cena, sigo atrapándola mirándome, desvía rápidamente sus ojos tan pronto encuentra los míos. Está distraída, eso es obvio, sin advertir que Willa está comiendo con las manos, que Kit abiertamente molesta a los más pequeños haciendo caso omiso de su comida y comiendo los Jaffa Cakes los cuales están hechos para el postre. Tengo la sensación de que es mejor dejar que sólo hagan lo que demonios quieran en lugar de poner reparos, por temor a que si comienzo, no vaya a ser capaz de detenerme y las grietas vayan a empezar a mostrarse. Simplemente entré en pánico en el baño. Tenía miedo, mucho miedo de que si la dejaba acercarse tanto lo sentiría, se daría cuenta de que algo iba mal.

Pero por la noche no puedo dormir, mi mente está plagada de temores. Con los cursos constantes y las molestias del día a día de la vida a los que hacer frente, añadido al hecho de que nunca podemos hacer ningún muestra de afecto en público o incluso dentro de nuestra propia familia, las cadenas familiares sofocante se están apretando aún más. ¿Tendremos alguna vez la libertad de existir como una pareja normal? Me pregunto. ¿De vivir juntos, darnos la mano en público, besarnos en la esquina de una calle? ¿O seremos condenados para siempre a llevar una vida encerrados, escondidos detrás de puertas cerradas y cortinas corridas? O peor aún, una vez que nuestros hermanos tengan la edad suficiente, ¿tendremos otra opción que huir y dejarlos atrás?

Me sigo diciendo que hay que tomar un día a la vez, pero ¿cómo es esto posible realmente? Estoy a punto de terminar la escuela, entrar a la universidad, y por lo tanto, por defecto, estoy obligado a contemplar mi futuro. Lo que de verdad me gustaría hacer es escribir, para un periódico o para una revista tal vez, pero sé que no es más que un ridículo vuelo de la imaginación. Lo que importa es el dinero: es imperativo aspirar a un trabajo con un sueldo decente de partida y un buen potencial de ingresos.

Pero tengo poca fe que una vez en que esté ganando, nuestra madre nos seguirá apoyando. Para el momento en que deje la uni, Willa tendrá ocho años, todavía requerirá toda una década de apoyo financiero y práctico. Tiffin necesitará otros



siete, Kit otros dos… Los años y los números y los cálculos golpean mi mente. Sé que Maya va a insistir en ayudar, pero no quiero tener que depender de ella, no quiero que se sienta atrapada. Si ella quisiera ir a la universidad, si de repente quisiera lograr su sueño de la infancia de ser actriz, yo nunca dejaría que la familia se interpusiera en su camino. Nunca podría negarle ese derecho, el derecho de todo ser humano a elegir la vida que quiere llevar.

Por mi parte, la elección ya se ha hecho. Que los niños caigan en centros de acogida es algo que he estado tratando de evitar desde la edad de doce años. Ningún sacrificio es demasiado grande como para mantener a mi familia unida, sin embargo, el largo camino por delante se ve tan rocoso y empinado que regularmente despierto en la noche temiendo caerme. Sólo el pensamiento de Maya a mi lado hace que el ascenso parezca absolutamente posible. Pero últimamente, los sacrificios sólo parecen ser cada vez más grandes.

Nuestra madre ha estado desesperada por casarse con Dave desde el momento en que puso los ojos en él, pero Dave, a pesar de que su divorcio ya finalizado, no se lo ha propuesto, porque ella claramente no está preparada para asumir el exceso de equipaje de otra gran familia. Nuestra madre ya ha hecho su elección, pero ahora estoy a punto de cumplir los dieciocho y convertirme legalmente en un adulto y me temo que nos pueda abandonar por completo, en un intento final por conseguir ese anillo en su dedo. Cada vez que la fuerzo a dividir algo de dinero para lo básico (comida, gastos, ropa, cosas de la escuela) empieza a gritar acerca de que ella salió de la escuela y empezó a trabajar a los dieciséis años, se mudó y no le pidió nada a sus padres. Recordarle que ella no tenía tres hermanos más jóvenes que cuidar, es su señal para seguir hablando de que ella nunca quiso niños en primer lugar, que sólo nos tuvo que agradar a nuestro padre, que él había querido otro y otro hasta que, cansado de todos nosotros, había huido para comenzar de nuevo con otra persona. Señalo que la deserción de nuestro padre no le da el derecho por arte de magia de abandonarnos también. Pero esto sólo la provoca más, lo que provoca el golpe bajo en que me recuerda que ella nunca se habría casado con nuestro padre si no hubiera quedado embarazada de mí accidentalmente. Sé que dice esto en furia de borracha, pero también sé que es verdad: es por eso que sigue resentida conmigo, mucho más que con los demás, toda mi vida. Esto lleva a la perorata habitual sobre cómo trabaja catorce horas al



día sólo para mantener un techo sobre nuestras cabezas, que todo lo que me pide es que cuide a mis hermanos por unas pocas horas después de la escuela cada día. Si trato de recordarle que, si bien ese fue el trato inicial cuando nuestro padre se fue, y que la realidad actual es muy diferente, empieza a gritar sobre su derecho a una vida, también. Finalmente me encuentro reducido a hacer un chantaje: sólo la amenaza de que todos aparezcamos en la casa de Dave, con maletas en mano, la forzará a dividir el dinero. En muchos sentidos, estoy agradecido de que finalmente haya salido de nuestras vidas, incluso si esto significa que los pensamientos sobre el futuro, nuestro futuro, son un gran peso sobre mis hombros.

El sueño se me escapa una vez más, por lo que en las primeras horas de la mañana voy a la cocina para hacer frente a la pila de cartas dirigidas a mi madre que se han ido acumulando en el aparador, desde hace semanas. En el momento en que termino de abrirlas todas, la mesa de la cocina está completamente cubierta con cuentas, estados de tarjetas de crédito, demandas de pago… Maya toca la parte de atrás de mi cuello, haciéndome saltar.

—No fue mi intención asustarte. —Toma la silla a mi lado, descansa sus pies desnudos en el borde de mi silla, rodeando sus rodillas con los brazos. Con camisón, el pelo suelto y liso, del color de las hojas de otoño, me mira con los ojos tan amplios e inocente como los de Willa. Su belleza me produce dolor.

—Te pareces a Tiffin, cuando ha perdido un partido y está tratando de poner buena cara— comenta, con la risa en los ojos.

Me las arreglo para soltar una pequeña risa. A veces, ser incapaz de ocultarle mis emociones es frustrante.

La risa deja de un silencio inquietante.

Maya tira suavemente de mi mano. —Cuéntame.

Tomo una respiración fuerte, profunda y sacudo la cabeza hacia el suelo. —Sólo, ya sabes, el futuro y esas cosas.

Aunque ella sigue sonriendo, veo que sus ojos cambian y siento que ha estado pensando en esto también. —Ese es un gran tema para las tres de la mañana. ¿Alguna parte en particular?



Obligo mis ojos a que se encuentren con los de ella. —Aproximadamente desde aquí hasta la parte donde Willa va a la universidad o comienza a trabajar.

—¡Creo que te estás adelantando un poco!—exclama Maya, claramente decidida a sacarme de mi estado de ánimo. —Willa está destinada a grandes cosas. El otro día tuve que llevarla a Belmont conmigo para recoger un poco de tarea me había olvidado ¡y todos se volvieron a papilla! Mi profesor de arte dijo que debería hacerla firmar con la agencia de modelos para niños. Así que supongo que acabamos de invertir en ella, y para el momento en que tenga dieciocho años, ¡ella estará en la pasarela y apoyándonos! Luego está Tiffin. Corre el rumor, ¡de que el entrenador Simmons nunca ha visto tanto talento en alguien tan joven! ¡Y sabes lo que le pagan a los futbolistas! —Ella se ríe, frenética en su esfuerzo por levantarme el ánimo.

—Buen punto. Exactamente… —Trato de imaginar Willa en una pasarela con la esperanza de dar una sonrisa genuina. —¡Eso es una gran idea! Puedes ser su, eh, estilista y yo puedo ser su manager.

Pero el silencio vuelve a bajar. Está claro por su expresión que Maya es consciente de que sus tácticas no han funcionado. Roza las uñas en la palma de mi mano, su expresión es seria. —Oye, tú. En primer lugar, no sabemos qué va a pasar con mamá y la situación financiera general. Incluso si ella se casa con David y trata de abandonarnos financieramente, simplemente podríamos amenazarla de llevarla a los tribunales y demandarla por negligencia; es demasiado estúpida para darse cuenta de que nunca iríamos por los de Servicios Sociales. Y por nuestra mera existencia, siempre tendremos la posibilidad de echar a perder su relación; las amenazas de aparecer en la casa de Dave con el fin de lograr que pagar las cuentas han funcionado hasta ahora, ¿no? En tercer lugar, para el momento en que termines la uni, un montón habrá casi cambiado. Willa tendrá casi nueve años, Tiffin será casi un adolescente. Van a ir solos a la escuela, serán responsables de sus deberes. Kit puede que haya desarrollado conciencia para entonces, pero incluso si no lo ha hecho, insistiremos en que o bien va y consigue un trabajo o se hace cargo de su parte justa de las tareas de la casa…incluso si tenemos que recurrir al chantaje —Sonríe, levantando mi mano hasta su boca para besarla. —La parte más difícil está sucediendo ahora mismo, Lochie; con la mamá fuera de la foto y Tiffin y Willa siendo tan pequeños. Pero sólo se hará más fácil: las cosas se



pondrán mejor para todos nosotros, y tú y yo tendremos más y más tiempo para estar juntos. Confía en mí, mi amor. También lo he estado pensando y no estoy diciendo todo esto para intentar alegrarte.

Levanto mis ojos para encontrar los de ella y siento que parte del peso se levanta de mi pecho. —No lo había pensado de esa manera…

—¡Eso es porque siempre estás ocupado pensando en el peor de los casos! Y porque siempre te empiezas a preocupar cuando estás solo. —Me da una sonrisa encantadora y sacude la cabeza. —¡Además, siempre se olvida lo más importante!

Me las arreglo para coincidir con su sonrisa. —¿Qué es eso entonces?

—Yo—declara con una floritura, lanzando el brazo y tirando al suelo la caja de leche en el proceso. Afortunadamente, está casi vacía.

—Tú y tu capacidad de enviar las cosas volando.

—Bueno, exactamente— coincide. —Y el hecho muy importante aquí es que estoy para preocuparse contigo y pasar por *todo* esto, por cada pequeña parte, a tu lado; incluso en tu "peor de los casos", debe de alguna manera de solucionar eso. No harás solo nada de esto. —Su voz baja y mira hacia abajo a nuestras manos con los dedos entrelazados, descansando sobre su regazo. —Pase lo que pase, siempre estaremos nosotros.

Asiento, de repente incapaz de hablar. Quiero decirle que no puedo meterla en esto. Quiero decirle que tiene que dejar ir de la mano para nadar. Quiero decirle que tiene que vivir su propia vida. Pero tengo la sensación de que ya sabe que estas opciones están abiertas para ella. Y que también ha hecho su elección.





Capítulo Veinte

Traducido por CairAndross

Maya

—Quince minutos— ruega Francie. —Oh, vamos, entonces… diez. ¡Lochan sabe que tienes una clase tarde, así que seguramente, un retraso de diez minutos no va a hacer ninguna diferencia!

Miro el rostro suplicante y esperanzado de mi amiga y una tentación momentánea corre a través de mí. Una Coca-Cola helada y tal vez un muffin en Smileys, con Francie, mientras ella trata de llamar la atención del nuevo y joven camarero que ha descubierto allí, posponiendo la frenética rutina vespertina de tareas, cena, baños y cama… de repente se siente como un absurdo lujo.

—Sólo llama a Lochan— persiste Francie mientras cruzamos el patio de recreo, con las mochilas colgando de nuestros hombros, las mentes freídas y los cuerpos inquietos tras el largo y desperdiciado día escolar. —¿Por qué diablos le molestaría?

No le molestaría, ése es el punto. De hecho, me incitaría para que fuera, y ese conocimiento me pesa con la culpa. Dejarlo para que haga la cena, supervisar las tareas y lidiar con Kit cuando su jornada escolar ha sido casi tan larga como la mía e, indudablemente, más dolorosa. Pero, más que eso, deseo verlo, incluso si implica pasar otra noche luchando contra el doloroso impulso de abrazarlo, tocarlo, besarlo. Lo extraño después de estar todo un día separados… literalmente, lo extraño. E incluso si eso significa zambullirse directamente en una mortal lección de historia durante la maníaca refriega hogareña, no puedo esperar a ver sus ojos iluminarse al verme, la sonrisa de placer con la que me saluda cada vez que cruzo la puerta de entrada, incluso cuando está haciendo malabarismos con las



cacerolas en la cocina, tratando de persuadir a Tiffin de que ponga la mesa y a Willa de que deje de llenarse con cereal.

—Simplemente, no puedo. Lo siento— le digo a Francie. —Tengo un montón de cosas que hacer.

Pero, por una vez, no me demuestra simpatía. En cambio, se chupa el labio inferior, apoyando un hombro contra la pared externa del patio de recreo de la escuela, el lugar en el que normalmente, nos despedimos. —Pensé que era tu mejor amiga— dice de repente, con el dolor y la decepción resonando en su voz.

Respingo de sorpresa. —Lo eres, tú sabes que lo eres, esto no tiene nada que ver con…

—Sé lo que está pasando, Maya— me interrumpe, sus palabras cortan el aire entre las dos.

Mi pulso empieza a acelerarse. —¿De qué demonios estás hablando?

—Has conocido a alguien, ¿no?—lo pronuncia como una sentencia, cruza los brazos frente a su pecho, se gira para apoyar la espalda contra la pared, mirando más allá de mí, con su mandíbula apretada.

Me quedo sin palabras por un momento. —¡No!—. La palabra no es más que un jadeo de sorprendido asombro. —No he conocido a nadie. Lo prometo. ¿Por qué…? ¿Qué te hizo pensar…?

—No te creo—sacude la cabeza, aún mirando rabiosa a la distancia. —Te conozco, Maya, y has cambiado. Cuando hablas, siempre pareces estar pensando en otra cosa. Es como si estuvieras soñando despierta o algo así. Y pareces extrañamente feliz estos días. Y siempre sales corriendo apenas suena la última campana. Sé que tienes toda esa mierda con la que tratar en tu casa, pero es como si estuvieras ansiosa por irte, como si no pudieras esperar para marcharte…

—¡Francie, realmente no tengo un novio secreto!— protesto desesperada. —¡Sabes que serías la primera en saberlo si fuera así!—. Las palabras suenan tan sinceras cuando salen de mis labios que me siento ligeramente avergonzada. *Pero él no es simplemente un novio*, me digo a mí misma. *Él es mucho más*.

Francie escudriña mi rostro como si continuara probándome, pero después de unos momentos, comienza a calmarse y aparenta creerme. Tengo que maquinar algún enamoramiento con un muchacho del Sexto Superior[23] para explicar el que sueñe despierta, pero afortunadamente, tengo la suficiente presencia de ánimo para elegir alguien que ya tiene novia estable para que Francie no trate de emparejarme. Pero la conversación me deja sacudida. Me doy cuenta de que tengo que tener más cuidado. Incluso tengo que vigilar el modo en que me comporto cuando estoy lejos de él. Incluso el más mínimo desliz podría delatarnos.

Llego a casa para encontrar a Kit y a Tiffin en la sala, viendo televisión, lo que me sorprende. No tanto el hecho de que estén mirando televisión, pero sí el que lo estén haciendo al mismo tiempo y que Tiffin sea el que tiene el mando a distancia. Kit está encorvado en un extremo del sofá, sus embarrados zapatos del colegio medio sueltos, la cabeza apoyada en una mano, mirando la pantalla inactivamente. Tiffin tiene rastros de kétchup en su camisa y está arrodillado al otro extremo del sofá, hipnotizado por algún violento dibujo animado, con los ojos dilatados y la boca completamente abierta como un pez. Ninguno de los dos voltea cuando entro.

—¡Hola!— exclamo.

Tiffin sostiene un paquete de Coco Pops[24] y lo agita vagamente en mi dirección, su mirada aún fija hacia delante. —Tenemos permiso— anuncia.

—¿Antes de la cena?— inquiero suspicaz, sacudo mi blazer contra el sofá y lo arrojo en la parte superior de éste. —Tiffin, no creo que eso sea una buena…

—Esta *es* la cena— me informa, toma otro gran puñado de la caja y se lo mete en la boca, rociando todo lo que lo rodea. —Lochie dijo que podíamos comer lo que se nos antojara.

—¿Qué?

[23] Curso superior en los colegios británicos.
[24] Coco Pops: cereales de arroz con chocolate, fabricados por Kellogg's. En Latinoamérica se los conoce como ChocoKrispies, de la misma empresa.



—Se han ido al hospital—. Kit gira su cabeza para mirarme con un aire de amplio sufrimiento. —Y tengo que quedarme aquí con Tiffin y vivir de cereales por el futuro inmediato.

Me siento lentamente. —¿Lochie y Willa se han ido al hospital?— pregunto con la incredulidad resonando en mi voz.

—See— llega la respuesta de Kit.

—¡¿Qué demonios pasó?!— Mi voz se eleva, pego un brinco y empiezo a hurgar en mi bolso buscando mis llaves. Sorprendidos por mi grito, los dos chicos por fin apartan sus ojos de la pantalla.

—Apuesto a que no es nada— dice Kit con amargura. —Apuesto a que van a pasarse toda la noche esperando en Urgencias, Willa se quedará dormida y cuando despierte, dirá que ya no le duele.

—¿De qué estás hablando?— Tiffin se gira hacia él, con sus ojos azules abiertos y acusadores. —Quizás tengan que operarla, quizás tengan que amputarle…

—¡¿Qué sucedió?!—grito frenética ahora.

—¡No lo sé! ¡Se lastimó el brazo, yo ni siquiera estaba aquí abajo!— dice Kit a la defensiva.

—Yo sí— dice Tiffin dándose importancia y sumergiendo el brazo entero dentro de la caja de cereal. —Se resbaló de la encimera, cayó al suelo y empezó a gritar. Cuando Lochie la levantó, empezó a gritar todavía más, así que él la cargó a la calle para conseguir un taxi y ella todavía estaba gritando…

—¿Dónde han ido?— sujeto a Kit por el brazo y lo sacudo. —¿Al St Joseph's?

—¡Ay, suéltame! ¡Sí, eso es lo que él dijo!

—¡Ninguno de los dos se mueve de aquí!—grito desde la puerta de entrada. —Tiffin, no salgas, ¿me has oído? ¿Kit, puedes prometerme que te quedarás con Tiffin hasta que yo regrese? ¿Y que responderás el teléfono apenas suene?

Kit rueda los ojos con dramatismo. —Lochan ya ha hecho todo eso…

—¿Me lo *prometes*?





—¡Sí!

—¡Y no le abras la puerta a nadie, y si hay algún problema, llamas a mi móvil!

—¡OK, OK!

Corro todo el camino. Es un buen par de kilómetros, pero la hora pico de tráfico hace que tomar un autobús sea más lento, si no más tortuoso. Correr activa la válvula de seguridad de mi cerebro, forzándome a ver visiones de Willa herida y gritando. Si algo terrible le sucede a esa niña, moriré, lo sé. Mi amor por ella es como un ardiente dolor en mi pecho y la sangre pulsa en mi cabeza, un resonante martilleo de culpa que me obliga a reconocer que desde que comenzó mi relación con Lochan, a pesar de mis recientes esfuerzos, no le he estado prestando tanta atención a mi hermanita como antes. La he apresurado durante sus baños, a la hora de dormir y cuando le relato cuentos, la he reprendido cuando Tiffin era el culpable, he rechazado propuesta tras propuesta de jugar con ella, poniendo como excusas las tareas del hogar o de la escuela, también la he obligado a mantener todo en orden para darle sólo diez minutos de mi tiempo. Kit demanda atención constante con su volatilidad y Tiffin con su hiperactividad, dejando a Willa relegada, ahogada por sus hermanos durante las charlas en la cena. Como su única hermana, solía jugar a las muñecas y a las fiestas de té con ella, la vestía y la peinaba. Pero estos días he estado tan preocupada por otras cosas, que incluso no me di cuenta que se había peleado con su mejor amiga, no me di cuenta de que me necesitaba: para escuchar sus historias, preguntarle sobre su día y felicitarla por su casi impecable comportamiento, el cual, por su misma naturaleza, no llama la atención. La herida en su pierna, por ejemplo: no sólo Willa soportó el dolor en la escuela toda la tarde sin nadie que la fuera a buscar y la consolara, sino (lo que es peor y más significativo aún) ni siquiera pensaba decirme nada sobre el incidente hasta que tuve que percatarme del vendaje por debajo del enorme agujero en sus medias.

Estoy a punto de llorar para el momento en que llego al hospital y, una vez más, trato de obtener indicaciones que casi me envían al otro lado. Eventualmente, localizo Pediatría Ambulatoria y me dicen que Willa está bien pero descansando y que podré verla tan pronto como despierte. Me conducen a una pequeña habitación fuera de un largo pasillo y me informan que el cuarto de Willa está justo



doblando la esquina y que, en breve, un médico vendrá a hablarme. Tan pronto como la enfermera desaparece, echo a correr de nuevo.

Rodeo la esquina y reconozco, al final de otro pasillo de un blanco cegador, una figura familiar frente a las puertas pintadas de colores brillantes de la sala de pediatría. Con la cabeza baja, se inclina apoyándose en sus manos que sujetan el borde de un ventanal.

—¡Lochie!

Él se gira como si lo hubieran golpeado, se endereza con lentitud y entonces se aproxima con rapidez, alzando las manos como si se estuviera rindiendo.

—Ella está bien, está bien, está absolutamente bien… le dieron un sedante y le pusieron anestesia y oxígeno para el dolor y pudieron acomodarle el hueso de vuelta. Acabo de verla y está dormida, pero parece estar completamente bien. Después de hacerle radiografías por segunda vez, los médicos dijeron que están seguro de que no habrá daños a largo plazo… ¡ni siquiera va a necesitar una escayola y su hombro regresará a la normalidad en una semana o incluso antes! ¡Dicen que dislocarse los hombros es algo que le sucede a los niños todo el tiempo, que realmente es bastante común, que lo ven siempre, no hay nada de qué preocuparse!—Está hablando increíblemente rápido, sus ojos irradian una especie de optimismo exaltado, mirándome con una expresión frenética, casi suplicante, como si esperara que me pusiera a brincar de alivio.

Me detengo en seco, resoplando, aparto los mechones sueltos de mi rostro y lo miro.

—¿Se dislocó el hombro?— jadeo.

Él se estremece, como picado por mis palabras. —¡Sí, pero eso es todo! ¡Nada más! Le han hecho radiografías y todo eso y…

—¿Qué *sucedió*?

—¡Simplemente se cayó de la encimera de la cocina!—. Intenta tocarme, pero me aparto de su camino. —Mira, ella está bien, Maya, ¡te lo *juro*! No tiene nada roto: el hueso sólo se salió de la articulación del hombro. Sé que suena dramático, pero todo lo que tuvieron que hacer fue empujarlo de vuelta a su lugar. Le aplicaron



anestesia y oxígeno, así que no fue demasiado… demasiado doloroso, y… ahora está descansando.

Su comportamiento maníaco y su habla apresurada son un poco espeluznantes. Tiene el cabello de punta, como si se hubiera pasado los dedos y tirado de él repetidamente, el rostro pálido, su camisa de uniforme cuelga fuera de sus pantalones, y se pega a su piel en manchas de sudor.

—Quiero verla…

—¡No!—. Me atrapa cuando intento pasar. —Ellos quieren que se le pase el sedante… no te permitirán entrar hasta que se despierte…

—¡Me importa una mierda! ¡Ella es mi hermana, y está herida, y por eso voy a entrar a verla y nadie me lo va a impedir!— empiezo a gritar.

Pero Lochan me está reteniendo por la fuerza y, para mi sorpresa, me encuentro de repente luchando contra él en este pasillo de hospital largo, brillante y vacío. Por un momento, estoy casi tentada de golpearlo, pero entonces lo oigo susurrar, —No hagas una escena, no debes hacer una escena. Eso sólo empeorará las cosas.

Retrocedo, respirando con dificultad. —¿Empeorar las cosas? ¿De qué estás hablando?

Él se me acerca y sus manos alcanzan mis hombros, pero retrocedo, negándome a que me tranquilice con cualquier insensata palabra de consuelo. Lochan deja caer sus brazos con una mirada desesperada y sin esperanzas.

—Quieren ver a mamá. Les dije que estaba fuera por negocios, pero insisten por un número de teléfono. Así que les di el de su móvil, pero les pasó directamente al buzón de voz…

Saco mi teléfono. —La llamaré a casa de Dave. E intentaré en el pub y también al móvil de Dave…

—No—. Lochan alza sus manos en un gesto defensivo. —Ella… no está allí…— bajando sus manos, traga saliva y camina lentamente hacia la ventana. Me doy cuenta de que cojea. —Ella… ella se marchó con él. Sólo por el día festivo,



aparentemente. A algún lugar de Devon, pero el hijo de Dave no sabe dónde. Sólo dijo que creía… creía que estarían de vuelta para el domingo.

Jadeo, el horror corre a través de mis venas. —¿Se ha ido por toda la semana?

—Aparentemente, Luke no lo sabe… o no le importa. Y su teléfono ha estado apagado por días. Ya sea porque olvidó su cargador o lo desconectó deliberadamente—. Lochan vuelve a apoyarse contra la ventana, como si el peso de su cuerpo fuera demasiado para que lo soportaran sus piernas. —He intentado llamarla por las facturas. Ayer, después del colegio, me di una vuelta por allí y ahí fue cuando Luke me lo dijo. Se está quedando en el piso de su padre, con su novia. No quería preocuparte…

—¡No tenías derecho de ocultármelo!

—Lo sé, lo siento, pero supuse que no había nada que pudiéramos hacer…

—¡¿Y ahora qué?!—ya no estoy hablando en tono mesurado. Una cabeza se asoma por una puerta más allá y trato de contenerme. —¿Tiene que permanecer en el hospital hasta que mamá venga a buscarla?— siseo.

—No, no…— él me pone una mano tranquilizadora y vuelvo a esquivarlo. Estoy furiosa con él por tratar de callarme, por mantenerme afuera, por tratarme como uno de los niños y sólo repetir que todo va a estar bien.

Antes de que tenga la ocasión de volver a interrogarlo, un médico bajo y medio calvo, sale a través de las puertas dobles, se presenta como el Dr. Maguire y nos conduce otra vez a la pequeña sala. Todos nos sentamos en unas sillas esponjosas y de baja altura y, alargándonos una gran radiografía, el médico nos muestra las imágenes del antes y el después, explicando qué procedimiento se realizó y qué esperar a continuación. Es alegre y tranquilizador, y repite la mayoría de lo que Lochan me ha dicho ya, asegurándome que aunque el hombro de Willa le dolerá por unos días y tendrá que usar un cabestrillo, todo debería volver a la normalidad en una semana. También nos informa que ella ya está despierta y cenando y que nos la podemos llevar a casa tan pronto como esté lista.

Nos la podemos llevar a casa. Me siento relajada. Nos ponemos todos de pie y Lochan le agradece al Dr. Maguire, el cual sonríe ampliamente, reitera que nos



podemos llevar a Willa a casa tan pronto como esté lista y luego pregunta si estaría bien enviar a la señora Leigh ahora. Lochan apoya una mano en la pared como para procurarse equilibrio y asiente con rapidez, mordisqueándose el pulgar mientras el doctor se retira.

—¿La señora Leigh?— me giro hacia Lochan con un ceño interrogante.

Él se tambalea y me mira, respirando dificultosamente. —No digas nada, ¿de acuerdo? Sólo no digas nada—. Su voz es baja y urgente. —Déjame hablar a mí… No podemos arriesgarnos a contradecirnos entre nosotros. Si te pregunta cualquier cosa, sólo mantén la historia del viaje de negocios habitual y dile la verdad… Tenías una clase tarde y no volviste a la casa hasta después de que había ocurrido.

Observo a Lochan a través de la pequeña sala, con desconcierto. —Creí que habías dicho que estaban bien sobre lo de mamá.

—Lo están. Es… es sólo el procedimiento… para este tipo de lesiones, dicen. Aparentemente, tienen que llenar algún tipo de informe…—. Antes que él pueda agregar algo más, suena un golpe y entra una mujer alta, de cabello rizado color jengibre.

—Hola. ¿El médico les dijo que iba a venir a tener unas palabras con ustedes? Soy Allison… de la Agencia de Protección Infantil—. Ella tiende una mano hacia Lochan.

Se me escapa un pequeño sonido. Lo convierto en una tos.

—Lochan Whitely. En-encantado de conocerla.

¡Él lo sabía!

Soy consciente de que me han presentado. Tomo su mano regordeta en la mía. Por un momento, literalmente, no puedo hablar. Mi mente se queda en blanco y olvido mi propio nombre. Luego, fuerzo una sonrisa, me presento y tomo asiento en el pequeño triángulo.

Allison está revolviendo en un gran bolso, saca una carpeta, un bolígrafo y varias formas, charlando mientras lo hace. Le pide a Lochan que confirme la situación con mamá, lo que él hace con una voz sorpresivamente firme. Ella parece



estar satisfecha, garabatea un par de cosas y luego levanta la vista de sus notas con una amplia sonrisa artificial.

—Bueno, ya he hablado con Willa sobre lo que sucedió. Es una niña encantadora, ¿no es así? Ella me explicó que estaba en la cocina contigo, Lochan, cuando se cayó. Y que tú, Maya, aún estabas en la escuela, pero sus dos hermanos estaban en la casa.

Miro hacia Lochan, instándolo a hacer contacto visual conmigo. Sin embargo, él parece mirar hacia otro lado deliberadamente. —Sí.

Otra de aquellas sonrisas falsas. —Ok, entonces, explícame cómo ocurrió el accidente en tus propias palabras.

No entiendo. Esto no es sobre mamá. Y, seguramente, Lochan le dio los detalles de la caída al doctor a cargo cuando trajo a Willa.

—E-está bien. Ok—. Lochan se inclina hacia delante, los codos sobre las rodillas, como si deseara desesperadamente contarle cada detalle a la mujer. —Y-yo entré a la cocina y Willa estaba subida sobre la encimera, donde no tiene permitido estar, porque es… es realmente bastante alto, y… y ella estaba de puntillas, tratando de alcanzar una caja de bizcochos de la alacena superior…— está hablando en ese modo maníaco y entrecortado de nuevo, casi tropezando con las palabras en su prisa por hablar. Puedo ver cómo tiemblan los músculos de sus brazos y se ha mordido tan fuerte la rozadura bajo su boca que está empezando a sangrar.

Allison sólo asiente con la cabeza, garabatea algo más y levanta la mirada, expectante.

—Yo l-le dije que se bajara. Ella se negó, diciendo que sus hermanos ya había comido algunas y que luego d-deliberadamente pusieron los bizcochos fuera de su alcance— él está jadeando, mirando la forma como si tratara de leer lo que está escrito.

—Continúa…

—Así que yo… repetí lo que acabo de decir…

—¿Qué fue exactamente lo que *dijiste*?—. La voz de la mujer ahora es más aguda.



—S-sólo… bueno, básicamente: *Willa, bájate*

—¿Eso fue hablando o gritando?

Él parece tener problemas para respirar, el aire hace un sonido rasposo en el fondo de su garganta.

—Um… bueno… bueno… la primera vez, hablé en voz un poco alta p-porque me preocupaba verla allí, y… y la segunda vez, después que ella se negó, yo… supongo que s-sí, de cierto modo le grité—. Él la mira, mordiéndose la comisura de los labios, su pecho sube y baja rápidamente.

¡No puedo creer lo de esta mujer! ¿Hacer que Lochan se sienta culpable por gritar a su hermana cuando ella estaba haciendo algo peligroso?

—¿Y entonces?—. Los ojos de la mujer son muy agudos. Parece particularmente atenta ahora.

—Willa… ella, bueno, ella me i-ignoró.

—¿Y entonces qué hiciste?

Hay un terrible silencio. *¿Qué hiciste?,* repito para mí misma, desesperada hasta el tope, pero atrapada por mi promesa de dejar que Lochan hable, aparte del hecho de que realmente yo no estaba allí. ¿Protección Infantil hace esto con los padres de cada niño lastimado que llega al hospital, aunque sea el padre el que lo ha llevado? ¿Culpable hasta que se demuestre lo contrario? ¡Eso es ridículo! ¡Los niños se caen y se lastiman todo el tiempo!

Pero Lochan aún no responde. Siento que mi corazón empieza a golpetear. *No es momento para un episodio de miedo escénico*, le ruego en mi mente. *¡Que no se vea como que tienes algo que ocultar!*

Lochan frunce el ceño, suspira y se muerde los labios como si estuviera tratando de recordar y, con un sobresalto, me doy cuenta que está a punto de echarse a llorar. Me aprieto contra la silla y me remuerdo para contenerme de intervenir.

—Yo la b-bajé—. Su barbilla tiembla brevemente. No levanta la mirada.

—¿Podrías explicar exactamente cómo lo hiciste?





—Fui… me acerqué y la agarré del brazo y entonces… y entonces la bajé de la encimera—. Su voz se quiebra y alza un puño hasta su rostro, apretando los nudillos con fuerza contra su boca.

¿Lochan, de qué demonios estás hablando? Nunca lastimarías deliberadamente a Willa… lo sabes tan bien como yo.

—¿La agarraste del brazo y la bajaste al suelo?—. La mujer arquea las cejas.

El silencio se extiende por toda la habitación. Puedo oír los latidos de mi propio corazón. Finalmente, Lochan baja el puño de su boca y toma una respiración entrecortada. —La jalé de su brazo y… y…— mira hacia arriba, hacia la esquina del techo y las lágrimas se acumulan en sus ojos como canicas translúcidas. —Sé que no debí hacerlo… no estaba pensando…

—Sólo dime qué sucedió.

—Yo la j-jalé del brazo y ella se resbaló. Ella… estaba en calcetines y su pie sólo se deslizó por la superficie de la encimera. Yo… mantuve su brazo sujeto para tratar de detenerla y evitar que se lastimara y fue entonces cuando oí ese… ¡ese chasquido!—. Él aprieta los ojos cerrándolos por un momento, como si sufriera un terrible dolor.

—¿Así que tú mantuviste su brazo sujeto cuando ella se golpeó contra el piso y el peso de su cuerpo sacó el hueso de la articulación?

—Fue instintivo *soltarla* cuando se cayó. Yo… creí que iba a cogerla, no… ¡no que le arrancaría el hueso de la articulación! ¡Jesús!—. Las lágrimas caen por sus mejillas, se las enjuga con rapidez. —No lo pensé…

—¡Lochie!

Sus ojos encuentran los míos esta vez. —Fue… fue un accidente, Maya.

—¡Ya lo sé!— exclamo con suave indignación.

La maldita mujer está garabateando de nuevo. —¿Quedas a menudo a cargo de tus hermanos, Lochan?— pregunta.





Retrocedo en la silla. Lochan presiona sus dedos contra sus ojos y toma algunas inspiraciones cortas, tratando de recuperarse. Sacude vehementemente la cabeza. —Sólo cuando nuestra madre sale en viaje de negocios.

—¿Y cuán a menudo sucede eso?

—Eso… eso depende… Cada un par de meses o algo así…

—Y, cuando ella está lejos, presumo que tienes que recogerlos de la escuela, cocinarles, ayudarles con la tarea, entretenerlos, llevarlos a la cama…

—Lo hacemos juntos— digo con rapidez.

La mujer se vuelve hacia ambos, ahora. —Debe ser agotador, después de un largo día en la escuela…

—Ellos son buenos en entretenerse solos.

—Pero cuando se portan mal, ustedes tendrán que disciplinarlos.

—No realmente— digo con firmeza. —Tienen muy buen comportamiento.

—¿Con anterioridad, alguna vez has lastimado a uno de tus hermanos?— pregunta la mujer, volviéndose hacia Lochan.

Él toma aire. La pelea con Kit cruza como un relámpago por mi mente. —¡No!— exclamo con indignación. —¡Nunca!

En el autobús, camino a casa, los tres estamos en silencio, cansados, exhaustos. Willa está acurrucada en el regazo de Lochan, con el brazo en cabestrillo sobre el pecho, el pulgar de su otra mano en su boca. Su cabeza descansa contra el cuello de Lochan, los puntos luminosos de los autos pasan flotando sobre su cabello dorado. Lochan la sostiene fuertemente contra él, su mirada fija en la ventana, el rostro pálido y aturdido, los ojos vidriosos, rehusándose a mirarme.

Llegamos a casa y para encontrarnos que un tornado ha golpeado la cocina, la alfombra de la sala está llena con copos de cereal, bizcochos y migajas. Sin embargo, para nuestra sorpresa, Tiffin está realmente acostado y Kit aún está en casa, arriba en el ático, la música resuena a través del cielorraso. Mientras Lochan

le da una bebida y algo de Calpol[25] a una atontada Willa y la mete en la cama, subo las escaleras para hacerle saber a Kit que ya hemos vuelto.

—Así que, ¿se rompió el brazo o qué?— a pesar del tono despreocupado de su voz, reconozco una nota de preocupación en sus ojos mientras su mirada va desde mí hacia su GameBoy. Empujo sus piernas hacia un lado para hacerme lugar sobre el colchón y me siento junto a su espatarrada figura.

—No tenía nada roto en realidad—. Le explico sobre el hombro dislocado.

—Sí. Tiff dijo que Loch perdió los estribos y sacó a Willa de la encimera de la cocina— su rostro se ensombrece de repente.

Pongo mis rodillas contra mi pecho y tomo una profunda inspiración. —Kit, tú sabes que fue un accidente. Sabes que Lochan nunca lastimaría a Willa a propósito, ¿no es así?—. Mi voz lo está cuestionando seriamente. Conozco la respuesta y sé que él también, pero necesito que sea honesto conmigo por un momento y lo admita en realidad.

Kit toma aire, listo para una réplica sarcástica, pero parece vacilar mientras su mirada me encierra. —Sí—confiesa tras un momento, con un toque de derrota en su voz.

—Sé que estás enojado…— digo en voz baja. —… por cómo sucedieron las cosas con mamá y papá, por cómo Lochan y yo siempre somos los que estamos a cargo… y Kit, tienes todo el derecho a estarlo… pero, tú sabes cuál es la alternativa.

Sus ojos se han deslizado de vuelta a su GameBoy, incómodo por el súbito cambio de tema.

—Si los de Servicios Sociales encuentran que mamá ya no vive más aquí, que estamos por nuestra propia cuenta…

—Sí, sí, lo sé— interrumpe bruscamente, golpeando con saña los botones de su consola con los pulgares. —Nos tomarán en custodia y nos separarán y toda esa mierda— su voz suena harta y molesta, pero puedo sentir el miedo tras ella.

[25] Calpol: es un tipo de medicina infantil, una suspensión de paracetamol que sirve como analgésico y antifebril.



—Eso no sucederá, Kit—le aseguro con rapidez. —Lochan y yo nos aseguraremos de eso, lo prometo. Pero eso significa que tenemos que ser cuidadosos, *realmente* cuidadosos, sobre lo que le decimos a otras personas. Incluso si es sólo un amigo de la escuela. Todo lo que tendría que hacer es mencionarlo a sus padres o a otro amigo… y todo lo que tendría que hacer es *una llamada* a Servicios Sociales.

—Maya, lo capto— sus pulgares cesan de moverse sobre los botones y me mira sombríamente, de repente parece mucho mayor de sus trece años. —No le diré a nadie sobre el brazo de Willa… o de cualquier otra cosa que pueda meternos en problemas, ¿de acuerdo? Te lo prometo.





Capítulo Veintiuno

Traducido por Flor_18

Lochan

Mantenemos a Willa lejos de la escuela por el resto de la semana para evitar preguntas incómodas, y me reporto enfermo para quedarme en casa con ella. Pero para el lunes ella está aburrida, le han quitado el cabestrillo y está ansiosa por regresar con sus amigos. Mamá regresa de Devon, y cuando por fin la ubico en casa de Dave por dinero, tiene escaso interés en la lesión de Willa.

Estoy teniendo problemas para dormir de nuevo. Siempre que le pregunto a Willa por su hombro, me lanza esta mirada preocupada y me asegura que está "todo enmendado ya". Sé que lee la culpa en mi rostro, pero esto sólo me hace sentir peor.

El resplandor verde de mi alarma digital dice 02:43 cuando me levanto y me arrastro afuera de mi habitación y hacia el pasillo. Liberado del calor del edredón, rápidamente empiezo a temblar en mi agujereada camiseta y bóxers. El crujir de la puerta del dormitorio hace que Maya se revuelva y yo me estremezco, preocupado por no despertarla. Cerrándola suavemente detrás de mí, palpo la pared opuesta a la de su cama y me deslizo contra ella, mis brazos desnudos se vuelven plateados a la luz de la luna. Ella continúa revolviéndose dormida, acariciando su cara contra la almohada, entonces bruscamente se levanta, apoyándose sobre un codo, empujando hacia atrás su larga cortina de cabello.

—¿Lochie, eres tu?— dice en un susurro sobresaltado y temeroso.

—Sí…shh, lo siento… ¡vuelve a dormir!





Lucha por sentarse, restregando el sueño de sus ojos. Finalmente sus ojos se centran en mí y ella tiembla, envolviéndose en el edredón. —¿Intentas darme un ataque? ¿Qué demonios estás haciendo?

—Lo siento, realmente no quería despertarte…

—¡Bueno, pero lo hiciste!—Me dedica una sonrisa somnolienta y levanta el borde del edredón. Rápidamente niego con la cabeza. —No... Yo sólo…¿puedo verte dormir? Sé que suena raro pero…pero no puedo dormir en este momento ¡y me está volviendo loco!— Lanzo una risa afilada, dolorosa. —Mirarte dormir me hace sentir—Inhalo profundamente. —No lo sé... en paz... recuerda, solía hacerlo cuando éramos pequeños.

Ella sonríe con los vagos recuerdos. —Bueno, es poco probable que puedas dormir sentado allí en el suelo—. Levanta una porción de edredón de nuevo.

—No, no, está bien. Sólo me quedaré aquí por un rato y luego regresaré a la cama.

Con un suspiro de fingida irritación, sale de la cama, toma mi muñeca y me tira para que me levante.

—Vamos, metete adentro. Dios, estás temblando.

—¡Sólo tengo frio!— Le contesto, mi voz sale más fuerte de lo que pretendía.

—Bueno, ¡ven aquí entonces!

El calor de su edredón me envuelve. Ella se desliza a mi lado y el toque de su cálida piel, sus brazos y piernas estrechándose alrededor mío, me fuerzan a comenzar a relajarme. Abrazándome fuerte, entierra su cara en mi cuello. —Mi Dios, eres un carámbano.

Dejo salir una risa ahogada. —Lo siento.

Por unos momentos los dos estamos callados. Su húmeda respiración hace cosquillas en mi mejilla. Nos recostamos y siento que mi cuerpo se derrite suavemente contra el de ella mientras me acaricia la parte de atrás de la cabeza, recorriendo mi cuello con sus dedos… Dios, como desearía que nos pudiéramos



quedar así para siempre. De repente, sin ninguna razón, me siento al borde de las lágrimas.

—Cuéntame.

Es como si pudiera sentir el dolor a través de mi piel. —Nada. Sólo, ya sabes, la mierda de siempre.

Puedo decir que ella no me cree. —Escucha— dice. —¿Recuerdas lo que Willa dijo el otro día? Somos los mayores. Siempre hemos compartido las responsabilidades. No tienes que tratar de construir una barrera entre la realidad y yo ahora.

Presiono mi boca contra su hombro y cierro mis ojos. Tengo miedo de preocuparla, asustado de decirle lo destrozado que me siento por dentro.

—Piensas que puedes preocuparte por lo dos—susurra. —Pero no es así como funciona, Loch. No en una relación de iguales. Y así es la nuestra. Eso es lo que siempre hemos tenido. Puede que nuestra relación esté cambiando en algunos aspectos, pero no hay manera de que perdamos lo que teníamos antes.

Exhalo lentamente. Todo lo que dice tiene sentido. En toda manera imaginable ella es mucho más sabia que yo.

Soplando en mi oreja, me hace cosquillas. —Hey, ¿te dormiste?

Sonrío ligeramente. —No, estoy pensando.

—¿En qué, mi amor?

Un pequeño temblor me recorre. *Mi amor*. Nunca me había llamado así antes. Sin embargo, en eso nos hemos convertido. En dos personas enamoradas.

—Lo que pasó con Willa…— comienzo vacilante. —Eso debió darte un buen susto.

—Creo que a los dos nos dio un buen susto.

Las palabras no dichas flotan en el aire entre nosotros.





—Maya, ya sabes, yo… realmente tiré de su brazo con bastante fuerza. No es… no es nada raro que se haya caído—me las arreglo para decir en un apuro desesperado.

Ella levanta su cabeza de mi pecho y la apoya en una mano, su cara se vuelve blanca a la luz de la luna. —Lochie, ¿quisiste tirarla de la encimera?

—No.

—¿Quisiste lastimarla?

—Por supuesto que no.

—¿Quisiste dislocarle el hombro?

—¡No!

—Ok— dice despreocupadamente, acariciando mi cara. —Entonces esa línea de pensamiento no te llevará a ningún lado. Fue un completo accidente. ¡No dejes que esa estúpida mujer del hospital te haga dudar eso ni por un diminuto segundo!

Las lágrimas de alivio amenazan con abrumarme. No creía que ella me culpara, pero no podía estar seguro. Tomo un profundo respiro. —Pero ahora Servicios Sociales nos tiene en la mira, ¡Jesús!

—Entonces sólo tenemos que mantener el perfil bajo, lo mismo que siempre—. Maya se alza sobre su codo, mirándome hacia abajo. Su cabello deja parte de su cara en la oscuridad y no puedo leer su expresión. —Lochie, tendrás dieciocho el mes que viene. Hemos llegado tan lejos. ¡Podemos seguir adelante! Podemos mantener a esta familia unida, tú y yo. Hacemos un buen equipo, somos un excelente equipo. ¡Juntos somos fuertes!

Asiento lentamente contra la almohada y me estiro para acariciar su mejilla. Maya hace círculos en mi muñeca con su mano y suavemente besa cada dedo. Mi mano se desliza por su cuello, su pecho, viene a descansar contra su busto… De repente, puedo sentir mi corazón.

Maya me mira intensamente, sus ojos muy brillantes en las sombras. Puedo escuchar mi respiración, caliente y pesada, de repente soy extremadamente consciente de que todo lo que separa nuestros cuerpos es un camisón de algodón,



una delgada camiseta y ropa interior. Paso mi mano por sus costillas, a lo largo de su estómago, hacia su muslo desnudo. Maya se inclina hacia delante. Tomando la parte de debajo de mi camiseta en sus manos, comienza a levantarla, lentamente tirando de ella hacia arriba por mi cabeza. Luego se saca su camisón. Emito un jadeo entrecortado. Su cuerpo es perfectamente blanco, en total contraste con su cabello, casi fogoso a la luz de la luna. Sus labios son rosa oscuro, sus mejillas están ligeramente ruborizadas, y sus ojos más azules que el mar, vigilantes, inciertos. Los colores y contrastes me abruman. Mi mirada viaja sobre ella, asimilando la alta curva de sus pechos, la tensa piel de su estómago, las piernas largas y esbeltas. Podría quedarme mirándola por siempre. Puedo distinguir el borde de su clavícula, la cumbre de sus caderas. Su piel luce tan suave que ansío besarla. Quiero sentir cada parte de ella pero mis manos se cierran contra las sábanas.

—Podemos tocarnos el uno al otro— susurra Maya. —*Sólo* tocarnos el uno al otro. No hay una ley contra *eso*.

Estirándose, suavemente pasa su dedo por mi estómago, a lo largo de mi pecho y hacia la curva de mi cuello; tomando mi mejilla en su mano, se inclina hacia delante para besarme. Cierro mis ojos, y con manos temblorosas, acaricio su cuello, sus hombros, sus pechos. Rodeándola con mis brazos, la pongo suavemente contra las almohadas de nuevo y lentamente, como si temiera lastimarla, empiezo a trazar mis dedos a lo largo de su cuerpo…

Me despierto con la sorpresa de encontrarme solo en la cama de Maya, pero el resto de la casa está en silencio. Un trozo de papel con mi nombre está a mi lado en el suelo. Después de leerlo, caigo de nuevo en las almohadas, mirando fijamente el techo agrietado. Anoche se siente como un sueño. No puedo creer que la pasáramos juntos, desnudos, nuestras manos acariciando el cuerpo del otro; no puedo creer que de hecho sentí su desnuda figura presionada contra mí. Al principio tenía miedo de que nos fuéramos a dejar llevar, de que pudiéramos cruzar esa última barrera prohibida, pero sólo tocarnos el uno al otro fue tan increíble, tan poderoso, tan emocionante, que me dejó sin aliento. Quería más, por supuesto que quería más, pero sabía que, por ahora, esto tendría que ser suficiente.





El golpe de la puerta principal me saca de mis pensamientos, el sonido de una mochila de la escuela siendo tirada al piso, seguido del suave crujir de pasos en la escalera. La puerta del dormitorio se abre unos centímetros, me levanto contra el cabecero cuando la cara de Maya rompe en una sonrisa. —¡Estás despierto!

Se acerca a la ventana y abre de golpe las cortinas, y me refriego los ojos en contra de la luz brillante de la mañana. Bostezo y me estiro, agitando la nota que me dejó.

—Maya, ¿qué estabas pensando? No podemos simplemente faltar a la escuela—. El reproche en mi voz desaparece cuando ella salta a la cama a mi lado y me da un beso helado. —¡Hey!, estás congelada.

Ella colapsa a mi lado, su nuca golpeando la pared con un ruido sordo, estrujando mis piernas con las suyas. —No tenías nada importante hoy, ¿no?

—Creo que no…

—Bien, yo tampoco.

Observo su cara sonrojada, los mechones de su cabello enmarcando su cara, su uniforme de la escuela. —¿Fingiste frente a los otros que ibas a la escuela y simplemente volviste a casa?

—Si – tan pronto como vi a Kit cruzar los portones, ¡me devolví! No pensabas que iba a dejarte el día libre solo, ¿no?— me dedica una mueca malvada. —Vamos, ¿ya te despertaste?

Sacudiendo mi cabeza, levanto mi mano hasta mi boca y bostezo de nuevo. —No lo creo. ¿Cómo es que no escuché la alarma?

—La apagué.

—¿Por qué?

—Estabas durmiendo tan profundamente, Loch. Te has estado viendo tan hecho polvo. Sólo no pude soportar despertarte.

Empiezo a sonreír, pestañando hacia ella medio dormido. —No me estoy quejando.



—¿De verdad?— Miro como su cara se ilumina. —¡Tenemos todo el día para nosotros!—. Mira hacia le techo con deleite. —Me voy a cambiar, y luego pensé que podríamos hacer crepes y luego podríamos ir a caminar y luego…

—Espera, espera, espera. Ven aquí primero—. Alcanzo su brazo justo cuando ella va a salir rodando de la cama.

—¿Qué?

—¡Ven *aquí*!—. Aún entrecerrando los ojos un poco por la luz, aprieto su muñeca. —Bésame.

Maya se ríe y me complace, deslizándose de nuevo a mi lado. Lentamente desabotono su camisa y ella se deshace de su falda. Metiéndome bajo el calor del edredón, comienzo a trazar una línea de besos por su cuerpo…

Ella está parada desnuda en frente de la puerta abierta de su ropero cuando vuelvo de la ducha y le toma un momento notarme inmóvil en la puerta, mirándola. Se da vuelta, encuentra mi mirada, y se ruboriza. Alcanza la arrugada sábana al final de su cama y se envuelve en ella por debajo de sus brazos. El blanco material se arremolina a sus pies, haciéndome sonreír. Me pongo mi ropa interior y me uno a ella junto a la ventana, besando su mejilla. —Sí, quiero.

Me mira interrogante y luego a la sábana antes de reírse como tonta.

—¿En la salud y en la enfermedad?—pregunta. —¿Hasta que la muerte nos separe?

Sacudo mi cabeza. —Mucho más allá de eso— digo. —Para siempre.

Ella toma mis manos y se estira para un beso. Duele. De repente todo duele y no sé porqué.

—Mira el cielo—dice, descansando su cabeza en el hueco de mi cuello. —Es tan azul.





Y repentinamente sí sé porqué: es porque todo es tan hermoso, tan maravilloso, tan completamente glorioso… y aun así no puede durar, y quiero preservar este momento por el resto de mi vida.

Envuelvo mis brazos a su alrededor y presiono mi mejilla contra la parte de arriba de su cabeza, entonces noto el brazalete contra su pálida muñeca, el brillo plateado en el sol de la mañana. Me estiro y lo toco.

—Prométeme que siempre lo conservarás—digo, mi voz es inestable de repente.

—Por supuesto—me contesta inmediatamente. —¿Por qué no lo haría? Lo amo. Es la cosa más hermosa que tengo.

—Prométemelo—digo de nuevo, recorriendo con mis dedos el suave metal. —Aunque…aunque las cosas no funcionen… No tienes que llevarlo puesto. Sólo mantenlo escondido en algún lado.

—Hey—. Ladea su cabeza de manera que estoy forzado a mirarla a los ojos. —Lo prometo. Pero las cosas van a funcionar. Míranos, ya han funcionado. Estás por cumplir dieciocho, y luego al mes siguiente tendré diecisiete. Casi somos adultos, Lochie, y una vez que lo seamos, nadie podrá impedirnos hacer lo que queramos.

Levanto mi cabeza, asiento y fuerzo una pequeña sonrisa. —Cierto.

Observo que su expresión cambia. Inclina su frente hasta mi mejilla y cierra sus ojos como si le doliera. —Tienes que creerlo, Lochie—susurra. —Los dos tenemos que creerlo con todo nuestro ser si queremos hacer que suceda.

Trago fuerte y aprieto sus antebrazos. —¡Lo creo!

Ella abre sus ojos y sonríe. —¡Yo también!

Esta es la definición de felicidad: todo un día tendidos, hermoso en su vacío y simplicidad. Nada de salones de clase abarrotados, nada de pasillos a tope, nada de recreos solitarios, nada de almuerzo en la cafetería, nada de maestros monótonos, nada de implacables tics-tacs de relojes, nada de contar los minutos para que se acabe otro aburrido más día… En vez de eso, lo pasamos en un tipo de delirio alegre, tratando de saborear cada momento, disfrutar al máximo nuestra burbuja de felicidad antes de que se pinche. Hacemos panqueques y molestamos



con todas las extrañas combinaciones de rellenos: Maya gana como La Más Asquerosa con su combinación de extracto de levadura, cereales y kétchup, lo que me tuvo haciendo arcadas sobre el basurero. Yo gano como el Más Artístico con guisantes congelados, uvas rojas y Smarties en un colchón de mayonesa. Cerramos las cortinas de la habitación del frente y nos acurrucamos en el sofá. En algún momento del comienzo de la tarde Maya se queda dormida en mis brazos. La observo atontado, trazando con mi dedo los contornos de su cara, bajando por su cuello, sobre el suave pálido hombro, por el largo de su brazo, a lo largo de cada dedo. El sol se cuela por las cortinas desteñidas precipitadamente, el reloj en la repisa de la chimenea hace tic-tac implacablemente en cuenta regresiva, la aguja delgada recorriendo su camino sin compasión vuelta y vuelta. Cierro mis ojos y entierro mi cara en el cabello de Maya, tratando de acallar el sonido, desesperado por evitar que el precioso tiempo que nos queda se cuele entre mis dedos como arena.

Cuando ella se despierta, acaban de ser las tres. En media hora deberá ir a buscar a Tiffin y Willa, mientras yo limpio el desastre en la cocina y cuidadosamente recojo cualquier prenda de ropa que pueda haber quedado en el piso de su habitación. Tomo su sonrojada y soñolienta cara en mis manos y empiezo a besarla con un fervor que raya en la histeria. Me siento enojado y desesperado.

—Lochie, escúchame—trata de decir entre besos. —Escucha, mi amor… escucha. ¡Simplemente comenzaremos a saltarnos la escuela cada par de semanas!

—No puedo esperar toda una quincena…

—¿Qué tal si no tenemos que?— dice de repente, con los ojos encendiéndose. —Podríamos pasar cada noche juntos, como ayer. Una vez que estemos seguros de que Tiff y Willa están dormidos, puedes venir y meterte en mi cama…

—¿*Cada* noche? ¿Qué pasa si uno de ellos entra? ¡No podemos hacer eso!— Pero ella ya tiene mi atención.

—Está ese oxidado cerrojo debajo de mi puerta, ¿te acuerdas? ¡Podemos cerrarlo simplemente! Kit siempre se queda dormido con sus auriculares puestos. Y los otros dos casi nunca se despiertan en la noche.



Me muerdo la uña del pulgar, pensando duramente en los riesgos, desesperadamente rasgado. Miro los ojos brillantes de Maya y recuerdo la noche anterior, sintiendo su suave cuerpo desnudo debajo de mis manos por primera vez. —¡Está bien!— susurro con una sonrisa.

—¿Lochie? ¿Estás mejor, Lochie? ¿Nos vas a llevar a la escuela mañana, Lochie?— Willa es toda preocupación, subiendo a mi regazo cuando me tumbo enfrente de la televisión.

La preocupación de Tiffin es más superficial, pero presente de todas formas. —¿Tienes la gripe o qué?—me pregunta en su creciente acento occidental, soplando el largo cabello rubio lejos de sus ojos. —¿Estás enfermo? No te ves enfermo. ¿Cuánto tiempo vas a estar enfermo, de todas formas?

Con un susto, me doy cuenta de que tomarme el día libre de escuela ha repercutido en ellos. Anteriormente he ido con gripe e incluso bronquitis, sólo porque alguien tenía que llevar a los chicos, Kit tenía que ser vigilado, Servicios Sociales tenían que ser mantenidos lejos de nuestras espaldas, así que tomarse en día libre por lo general no era una opción. Me doy cuanta también de que ellos asocian cualquier tipo de enfermedad seria con mamá: mamá colapsando borracha en los escalones de la entrada, mamá dando arcadas sobre la taza de baño, mamá tirada desmayada en el piso de la cocina. No están preocupados por mi supuesto dolor de cabeza, están preocupados de que yo desaparezca.

—Nunca me he sentido mejor—les aseguro con honestidad. —Mi dolor de cabeza ya se fue. ¿Por qué no vamos todos a jugar afuera juntos por un rato?

Es increíble la diferencia que un día sin ir a la escuela puede hacer. Por lo general, para esta hora, estoy agotado por el cansancio, cortado y al límite, desesperado por meter a los niños en la cama para que pueda tener un momento a solas con Maya y un comienzo con la tarea antes de encontrarme dormido en mi escritorio. Hoy, mientras los cuatro nos alistamos para un juego de British Bulldog[26], me siento casi sin peso, como si la gravedad de la Tierra hubiera

[26] Juego donde uno, dos jugadores o más son seleccionados para hacer de bulldogs, tienen que ponerse en un lado del campo de juego, mientras los que se ubican al otro lado, tienen que correr y evitar que lo atrapen los bulldogs. Si los bulldogs atrapan a alguien, se convierte en bulldog también.



disminuido drásticamente. Así que, cuando el sol comienza a ponerse en el día de mitad de marzo, me encuentro parado en el medio de la calle vacía, con las manos en las rodillas, esperando a que los tres vengan a toda velocidad hacia mí, esperando pasar al otro lado sin ser capturados. Tiffin ya parece listo para despegar, un pie escondido presionado contra la pared, sus brazos curvados, manos cerradas en puños, una mirada de fiera determinación en sus ojos. Sé que en la primera ronda debo dejarlo pasar sin atraparlo en realidad. Willa está recibiendo instrucciones de último minuto de Maya quien, por como se ven las cosas, está planeando tácticas de distracción para hacer que pueda pasar derecho a lo largo de la calle sin ser atrapada.

—¡Vamos!—grita Tiffin impaciente.

Maya se endereza, Willa salta de arriba a abajo emocionada y yo hago la cuenta regresiva: —Tres, dos, uno, ¡*Ya*!

Nadie se mueve, galopo a los lados para estar directamente frente a Willa y ella se retuerce en deleitado horror, presionándose contra la pared como una estrella de mar, como si intentara pasar al otro lado. Entonces Tiff sale disparado como una bala, encaminándose lejos de mí en un afilado ángulo. Anticipando su movimiento, corro hacia él, bloqueando su trayectoria. Él vacila, atrapado entre la humillación de regresar a la seguridad de la pared y el riesgo de lanzarse a por ello. Audazmente se decide por la última. Le doy caza inmediatamente, pero él es sorprendentemente rápido para su tamaño. Llega al otro lado por un pelo, su cara brillando rosada por el esfuerzo, sus ojos triunfantes.

Maya ha usado esta distracción para mandar a Willa al otro lado, corriendo salvajemente hacia Tiffin, y resuelta a alcanzar la seguridad casi se lanza derecho a mis brazos. Doy un paso atrás y gruño en un intento de mandarla en una dirección diferente. Ella se congela, un conejo atrapado en las luces del faro, sus ojos azules enormes con la emoción del miedo. Desde ambos lados de la calle, los otros dos gritan instrucciones.

—¡Vuelve, vuelve!— chilla Tiffin.

—Ve alrededor de él, ¡Esquívalo!—grita Maya, confiada en el conocimiento de que sólo fingiré intentar atraparla.

Willa hace un movimiento hacia mi derecha. Me lanzo a por ella, mis dedos rozan la capucha de su abrigo, y con un alarido ella se lanza hacia la pared, golpeando con la cabeza a Tiffin en el estómago, que de inmediato se dobla sobre sí mismo con un dramático grito.

Ahora Maya es la única que queda, bailando en el otro lado de la calle, haciendo reír a Willa y a Tiffin.

—¡Corre, sólo corre, Maya!—grita Tiffin servicialmente.

—¡Ven por este lado, no por este lado!— chilla Willa, apuntando como loca en todas direcciones.

Le dirijo a Maya una sonrisa maliciosa mostrándole que tengo toda la intención de atraparla, y ella me devuelve la sonrisa, un indicio de diablura en sus ojos. Con las manos en los bolsillos, comienzo a pasearme muy tranquilamente en su dirección.

Ella va a por ello. Atrapándome con la guardia baja, sale en un ángulo agudo. La igualo paso por paso y empiezo a reírme por el triunfo anticipado mientras nos acercamos a la frontera. Entonces, de la nada, ella me hace un contrapié y va a toda velocidad hacia el otro lado, me lanzo tras ella pero no tiene sentido. Ella llega a la otra pared, gritando por el triunfo.

En la siguiente ronda atrapo a Tiffin, cuya decepción se convierte en alegría cuando se encuentra en el rol de depredador. Despiadadamente, va derecho a por Willa y la atrapa a los segundos de haber dejado la seguridad de la pared, mandándola volando. Valientemente ella se levanta, examina brevemente sus palmas raspadas, y entonces baila con la emoción en el medio de la calle, extendiendo sus brazos como esperando poder bloquear toda la calle. Mientras nos abalanzamos hacia ella, Maya y yo intentamos tanto permitirle que nos atrape que terminamos chocando y ella nos atrapa a los dos, provocando mucha histeria. Maya acaba de empezar su turno cuando, en la distancia, diviso una solitaria figura recorriendo la calle hacia nosotros, y reconozco a Kit, arrastrándose a casa desanimado después de estar una hora en detención por insultar a una maestra.





—Kit, Kit, ¡estamos jugando British Bulldog!— Grita Tiffin emocionado. —¡Ven con nosotros! ¡Por favor! Lochie y las chicas son basura. ¡Estoy arrasando con este juego!

Kit se detiene en el portón. —Todos se ven como un montón de retardados— anuncia fríamente.

—Bueno, ven y aviva el juego—sugiero. —Tú sabes, me vendría bien un poco de competición. Este juego es demasiado fácil para un corredor como yo.

Kit baja su mochila y lo veo vacilar, indeciso entre expresar el usual desprecio por su familia y el deseo de sólo ser un niño de nuevo.

—Al menos que estés preocupado de que te gane—digo, ofreciendo el reto.

—Sí, claro, en tus sueños—, Kit se ríe con sarcasmo. Se gira hacia la puerta delantera pero en el último minuto se da la vuelta. Abruptamente, se quita su blazer.

—¡Sí!—grita Tiffin.

—¡Puedes estar en nuestro equipo!— grita Willa.

—No tenemos equipos, ¡tonta!—le contesta Tiffin gritando.

Pronto estamos enrollados en otra ronda. Estoy de nuevo en el medio y determinado a cazar a Kit, sin en realidad atraparlo, obviamente. Típicamente, él es el último en despegarse de la pared después de que todos los demás han llegado a salvo al otro lado. Espera por lo que parece una eternidad, claramente tratando de probar mi paciencia. Comienzo a deambular, dándole la espalda, incluso agachándome para atar mis cordones, pero él conoce todos mis trucos. Sólo cuando estoy un par de metros lejos, él finalmente se mueve, deliberadamente haciéndolo lo más difícil posible para él. Me hace un contrapié, da la vuelta bruscamente a la derecha, vacila cuando lo bloqueo, entonces comienza a retroceder.

Me dedica su sonrisa de macho, burlona, pero puedo ver la dura determinación en sus ojos. Me lanzo hacia él. Me esquiva por milímetros y se tira a correr a ciegas. Me lanzo detrás de él, atento a recorrer la corta distancia que hay entre nosotros.



Lo agarro del cuello de su camiseta justo cuando su mano toca la pared. Cuando se da la vuelta para mirarme, su cara brilla con un deleite que no había visto en años.

Seguimos jugando, bien estrada la noche. Willa eventualmente colapsa exhausta y va a sentarse a la calidez del pasillo, mirándonos y gritando instrucciones a través de la puerta abierta. Maya es la siguiente en unírsele. Me quedo con Tiffin y Kit, y de repente estamos jugando en serio. Las habilidades futbolísticas de Tiffin se vuelven útiles, haciéndolo imposiblemente escurridizo para atrapar. Kit usa todo truco en el libro para distraerme, y pronto los dos con cómplices contra mi, usándose el unos al otro como tapaderas, encerrándome en el rol de perseguidor. Finalmente, agotados, voy por Kit como un toro demente. Lo atrapo a centímetros de la seguridad pero se niega a rendirse, estirándose desesperadamente hacia la pared y medio arrastrándome a mí consigo. Caemos al suelo y estoy rasgando su camisa para evitar que escape de mi agarre mientras Tiffin está tratando de usarse a sí mismo como cadena humana entre Kit y la pared.

—¡Gané, gané!—grita Kit.

—¡De ninguna manera! Tienes que tocar la pared, ¡Tramposo!

—¡La toqué!

—¡No es cierto!

—¡Toqué la mano de Tiff y él está tocando la pared!

—¡Eso no cuenta!

Tengo a Kit contra el suelo y él le grita a Tiffin por ayuda. Tiffin valientemente deja la seguridad de la pared pero inmediatamente lo tiro arriba de nosotros. —¡Los tengo a los dos!— grito.

—¡Tramposo, tramposo!— me ensordecen con sus gritos.

Pronto no podemos movernos por la risa y el cansancio, Tiffin a horcajadas sobre mi espalda y Kit sacudiéndose de la alegría, estirándose por una ramita y usándola para tocar la pared. Finalmente nos despegamos de la calle, mugrientos y maltrechos. La cara de Kit está sucia con polvo y el cuello de la camisa de Tiffin está rasgada cuando rengueamos hacia dentro, mucho después de la hora de la



comida, mucho después de la hora de las tareas. Una vez que persuadimos a los muchachos de que laven sus manos, colapsamos alrededor de la mesa de la cocina con Maya y Willa, dándose un festín con snack y Nutella directo del tarro.

Kit trata de hacerme tropezar cuando voy a poner el agua a hervir. —Deberíamos tener la revancha—me informa.

—Necesitas la práctica.

Y entonces, él sonríe.





Capítulo Veintidós

Traducido por Flor_18

Maya

En las últimas semanas parece haber ocurrido un cambio trascendental. De repente, todos parecen mucho más felices, muchísimo más por lo menos. Kit empieza a comportarse como un ser humano civilizado. Lochan cumple los dieciocho, todos salimos a Burguer King para celebrar y Willa y yo hacemos un delicioso, aunque torcido pastel. Mamá se olvida incluso de llamar. Tomarnos el raro día libre de escuela nos permite a Lochan y a mi tiempo para nosotros, tiempo para resolver la montaña de cosas que hace tiempo deberían haberse hecho: visitas al doctor, al dentista, al peluquero. Lochan ayuda a Kit a arreglar su bicicleta y finalmente consigue suficiente efectivo de mamá para comprar nuevos uniformes y pagar algunas de las facturas vencidas. Juntos, limpiamos la casa de arriba abajo, creamos un nuevo juego de reglas de la casa para alentar a los chicos a tomar unas pocas responsabilidades por si mismos. Pero, lo más importante de todo, hacemos tiempo para hacer cosas como familia: jugar en el parque o sentarnos alrededor de la mesa de la cocina con un juego de mesa. Ahora que Lochan y yo pasamos nuestras noches juntos y faltamos a la escuela cuando sea que las cosas se vuelvan muy estresantes de nuevo, nuestro tiempo para estar solos ya no es tan limitado, y pasarla bien con los chicos se vuelve tan importante como cuidarlos.

Mamá "se reporta con nosotros" de tanto en tanto, raramente quedándose mas de una noche o dos, dándonos de mala gana el dinero que supuestamente debe hacernos pasar la semana, rencorosa al sacar su chequera para pagar las facturas que Lochan le tira en la cara. Mucha de su rabia se debe al hecho de que Lochan y yo nos negamos a dejar la escuela y conseguir trabajos, pero hay una razón más profunda allí también. Todavía esta obligada a mantener una familia de la que ya



no es parte; de la que ha elegido no ser parte. Pero además de la faceta financiera de las cosas, ninguno de nosotros espera nada más de ella, así que nadie está desilusionado. Tiffin y Willa dejan de correr a recibirla, ya no ruegan por unos pocos minutos de su tiempo. Lochan ya está comenzando a buscar trabajo después de sus As. En la universidad, insiste, será capaz de trabajar media jornada y no tendrá que seguir rogándole a mamá por dinero. Como familia, ya estamos completos.

Pero yo vivo por las noches. Abrazando a Lochan, sintiendo cada parte de él, excitándolo con solo el toque de mi mano, me hace desear más.

—¿Te imaginas alguna vez como sería?— le pregunto. —¿De verdad…?

—Todo el tiempo.

Hay un largo silencio. Él me besa, sus pestañas hacen cosquillas en mi mejilla.

—Yo también— susurro.

—Un día— dice jadeando suavemente mientras rozo con mis dedos su muslo.

—Si…

Y, sin embargo, algunas noches estamos tan cerca. Siento el deseo con dolor en mi espalda y siento la frustración de Lochan tan profunda como la mía. Cuando me besa tan fuerte que casi duele y su cuerpo se presiona contra el mío, desesperado por ir más lejos, comienzo a preocuparme de que al compartir la cama cada noche nos estemos torturando el uno al otro. Pero cuando sea que hablamos de eso, los dos coincidimos que preferimos por mucho estar juntos así que volver a nuestras habitaciones separados sin tocarnos para nada.

En la escuela, cuando miro a Lochan sentado solo en los escalones en el recreo y él me devuelve la mirada, el abismo entre nosotros parece enorme. Discretamente levantamos una mano a modo de saludo y cuento las horas hasta que pueda verlo como es debido en casa. Sentada en la pared baja con Francie a mi lado, a menudo pierdo el hilo de la conversación y me siento ahí soñando despierta con él, hasta que un día, para mi gran asombro, él no esta solo.





—Oh, mi Dios, ¿con quien está hablando?—interrumpo a Francie a mitad de oración.

Sus ojos siguen mi mirada. —Parece que es Declan, ese chico nuevo de sexto. Su familia acaba de mudarse desde Irlanda, creo. Aparentemente es súper inteligente. Está aplicando a todas estas universidades… ¡Debes haberlo visto por algún lado!

No lo he visto, pero a diferencia de Francie, yo no me paso la mayor parte de mi tiempo comiéndome con los ojos a cada pupilo masculino en sexto año.

—¡Jesús!—exclamo, la perplejidad sonando en mis palabras. —¿Por qué crees que estén hablando?

—Almorzaron juntos ayer—me informa Francie.

Me doy la vuelta para mirarla fijamente. —¿En serio?

—Ajá. Y cuando pasé al lado de Lochan en el corredor el otro día, medio como que tuvimos una conversación—. Abre ampliamente la boca.

—*¿Qué?*

—¡Si! En vez de caminar derecho, fingiendo que no me vio, de hecho se detuvo y me preguntó como estaba.

Siento una sonrisa incrédula extenderse por mi cara.

—Así que, ya ves, él *puede* hablar con la gente—. Francie deja salir un suspiro melancólico. —Tal vez al fin consiga que salga conmigo.

Vuelvo a mirar a los escalones con una sonrisa de placer. —Oh mi Dios…— Declan aún esta ahí. Parece estar enseñándole algo a Lochan en su teléfono móvil. Observo a Lochan hacer un gesto gracioso en el aire y Declan se ríe.

Aun tambaleándome por la sorpresa, decido arriesgarme y le hago a Francie la pregunta que he estado esperando hacerle por algún tiempo.

—Hey, he estado preguntándome algo… ¿Crees… crees que dos personas cualquiera, si realmente y verdaderamente están enamorados el uno del otro, deberían poder estar juntos sin importar quienes son?— pregunto.



Francie me lanza una mirada divertida, ve que estoy siendo seria, y entrecierra los ojos, pensativa. —Claro, ¿por qué no?

—¿Y si su religión se los prohíbe? ¿Si sus padres estuvieran devastados o amenazan con repudiarlos o algo? ¿Deberían seguir delante de todos modos?

—Por supuesto— contesta Francie con un encogimiento de hombros. —Es su vida, así que deberían poder elegir a quien quisieran. Si sus padres están lo suficientemente locos como para tratar de evitar que se vean, podrían huir, fugarse.

—¿Y que si fuera algo más difícil?— pregunto, pensando con esfuerzo. —¿Qué si fueran…no lo sé…un maestro y un estudiante?

Los ojos de Francie se abren ampliamente y repentinamente me toma del brazo. —¡Imposible! ¿Quién demonios es? ¿El Sr. Elliot? ¿Ese tipo en el departamento de informática y tecnología? ¿Ese del tatuaje?

Riéndome, sacudo mi cabeza. —¡No yo, tonta! Solo estaba pensando hipotéticamente. Como estuvimos hablando en historia, sobre como la sociedad ha cambiado tanto en el último medio siglo…

—Oh—. La cara de Francie cae en la decepción.

La miro y resoplo. —¿El Sr. Elliot? ¿Estás bromeando? ¡Tiene como sesenta!

—¡Creí que es medio sexy!

Pongo lo ojos en blanco. —Eso es porque estás loca. Pero en serio. Hipotéticamente...

Francie suspira fatigosamente. —Bueno, deberían esperar a que la estudiante estuviera por encima del límite de edad para empezar…

—¿Pero y qué si ya lo estaba? ¿Qué tal si ella tenía dieciséis y el tipo estuviera por los cuarenta? ¿Deberían escaparse? ¿Eso estaría bien?

—Bueno, el tipo perdería su trabajo y los padres de la chica estarían muertos de la preocupación, así que tal vez estarían mejor manteniéndolo en secreto por unos pocos años. Entonces, para cuando la chica tenga diecinueve o por ahí, ¡ya no sería



tan grave!—. Se encoge de hombros. —Creo que sería genial salir con un maestro. Imagínalo, sentada en clase, podrías…

Me desconecto de ella y respiro profundamente, frustrada. No hay nada, me doy cuenta de repente, nada que se pueda comparar con nuestra situación.

—¿Así que ya nada es tabú?— La interrumpo. —¿Estás diciendo que no hay dos personas, que si se aman lo suficiente, deban ser forzadas a separarse?

Francie piensa por un momento y luego se encoje de hombros. —Supongo que no. No aquí, de todas formas, gracias a Dios. Somos lo suficientemente afortunados para vivir en un país que tiene la mente bastante abierta. Siempre y cuando que una persona no esté forzando a la otra, supongo que cualquier amor está permitido.

Cualquier amor. Francie no es estúpida. Sin embargo el único tipo de amor que nunca estará permitido ni siquiera se ha cruzado por su cabeza. El único amor tan repugnante y tabú, ni siquiera es incluido en una conversación sobre relaciones ilícitas.

La conversación me persigue durante las próximas semanas. Aunque no tengo ninguna intención de alguna vez confiarle nuestro secreto a alguien, no puedo evitar preguntarme cual sería la reacción de Francie si de alguna manera se enterara. Ella es una persona inteligente, de criterio amplio y con un lado rebelde. A pesar de su audaz declaración de que ningún amor está mal, sospecho enérgicamente que ella estaría tan horrorizada como cualquier otro si supiera de mi relación con Lochan. *¡Pero él es tu hermano!* Puedo escucharla exclamar. *¿Cómo pudiste hacer eso con tu hermano? ¡Es tan asqueroso! Oh Dios, Maya, estás enferma, realmente enferma. Necesitas ayuda.* Y lo más extraño es que una parte de mi está de acuerdo. Parte de mí piensa: *Sí, si Kit fuera mayor y esto fuera con él, sería totalmente asqueroso. La mera idea es impensable, no quiero imaginármelo. De hecho me pone enferma físicamente.* ¿Pero cómo hacerle entender al mundo que Lochan y yo somos hermanos sólo por un percance biológico? Que nunca fuimos hermanos en el verdadero sentido, sino que siempre fuimos compañeros, teniendo que educar una familia mientras nosotros mismos crecíamos. ¿Cómo explicar que Lochan nunca se



ha sentido como un hermano sino como algo mucho, mucho más cercano a algo como… un alma gemela, un mejor amigo, parte de cada fibra de mi ser? ¿Cómo explicar que esta situación, el amor que sentimos el uno por el otro, todo lo que a otros puede parecerles enfermizo y retorcido y asqueroso, para nosotros se siente completamente natural y maravilloso y oh… tan, tan correcto?

En la noche, después de besarnos y abrazarnos y tocarnos el uno al otro, nos recostamos ahí y hablamos hasta tarde. Hablamos sobre todo y sobre nada: como les está yendo a los chicos, anécdotas de la escuela, como nos sentimos con respecto al otro. Y desde que lo vi en los escalones teniendo una conversación, hablamos sobre la recientemente encontrada voz de Lochan. Aunque está inclinado a llevarlo con calma, sí confiesa que se ha hecho una *especie de amigo* de Declan, quien inicialmente se acercó a Lochan porque los dos tenían ofertas de la UCL. Hablar con cualquier otro todavía es algo que evita, pero estoy rebosante de alegría. El hecho de que ha establecido una conexión con una persona fuera de la familia significa que *puede*, que habrá otros, y que una vez que vaya a la universidad al fin conocerá gente con la que tendrá algo en común. Y la noche que Lochan me dice que se las arregló para pararse enfrente de toda su clase de inglés y leyó uno de sus ensayos, dejo salir un chillido que debe silenciar con una almohada.

—¿Por qué?— pregunto, jadeando con deleite. —¿Cómo se dio? ¿Qué pasó? ¿Qué cambió?

—He estado pensando en ello, en lo que dijiste, que debería dar un paso a la vez y eso, mayormente en que pensaste que yo podía hacerlo.

—¿Cómo fue todo?— pregunto, luchando para mantener mi voz en un susurro, mirando a unos ojos que, incluso en la luz baja, brillan con ligero triunfo.

—Horrible.

—¡Oh, Loch!

—Mis manos temblaban y mi voz también y las palabras en la página de repente se volvieron una masa de jeroglíficos, pero de alguna manera logré salir adelante. Y cuando terminé hubo algunas personas, y *no* sólo las chicas, que de hecho aplaudieron—. Él deja salir una especie de corta exclamación de sorpresa.



—Bueno, ¡por supuesto que aplaudieron! ¡Tus ensayos son totalmente increíbles!— contesto.

—También estaba este tipo, un tipo llamado Tyrese que es buena onda, y él vino a mí después de la campana y dijo algo sobre el ensayo. No sé qué exactamente, porque estaba todavía ensordecido del terror—se ríe—pero debe haber sido algo de reconocimiento porque me dio una palmada en la espalda.

—¿Ves?— me jacto suavemente. —¡Estaban inspirados por tu ensayo! Con razón tu maestra estaba tan impaciente para que leyeras uno. ¿Le contestaste algo a Tyrese?

—Creo que dije algo como *oh-umclaro-hurra*—. Lochan deja salir un bufido burlón.

Me río. —¡Eso es genial! ¡Y la próxima vez en verdad dirás algo un poco más coherente!

Lochan sonríe y se acuesta de costado, sosteniendo su cabeza con su mano. —Sabes, recientemente, incluso cuando estamos separados, algunas veces pienso que tal vez voy a vencer esto, que un día quizás sea normal.

Beso su nariz. —Eres normal, tonto.

Él no responde pero empieza a frotar pensativamente un mechón de mi cabello entre sus dedos. —Algunas veces me pregunto…— Corta el hilo abruptamente, de repente examina mi cabello en detalle.

—¿Algunas veces te preguntas…?— Inclino mi cabeza y beso la esquina de su boca.

—Qué….qué haría sin ti—termina en un susurro, su mirada estudiadamente evitando la mía.

—Irte a dormir a una hora razonable, en una cama donde de hecho puedes rodar sin caerte…—

Se ríe suavemente hacia la noche. —Oh sí, una vida más fácil en muchos sentidos. Mamá nunca debió embarazarse tan rápido después de mí…



Su chiste cuelga incómodo y la risa es aspirada por la oscuridad y la verdad detrás de sus palabras se hunde en nosotros.

Después de un largo silencio Lochan dice de repente: —Con certeza ella no estaba hecha para tener hijos, pero, bueno, no que en verdad crea en el destino ni nada, pero ¿qué si nosotros fuimos hechos el uno para el otro?

No respondo de inmediato, no estoy segura de a dónde quiere llegar.

—Supongo que lo que estoy tratando de decir que tal vez lo que parece una situación de mierda para un montón de niños abandonados en realidad, por la manera en que pasó, lleva a algo en verdad especial.

Pienso en esto por un momento. —¿Piensas que si hubiéramos tenido padres convencionales, o sólo *padres*, tú y yo nos hubiéramos enamorado?

Hay silencio de su parte ahora. La luz de la luna ilumina el lado de su cara, un brillo blanco plateado baña una mitad, dejando la otra en las sombras. Tiene esa mirada distante en sus ojos lo que significa que o su mente está en algún otro lado, o que está dándole a mi pregunta cautelosa mucha consideración.

—A menudo me pregunto...— empieza en voz baja. Espero a que continúe. —Mucha gente asegura que el abuso se continúa en abuso, así que para muchos psicólogos, la indiferencia de nuestra madre, que es considerada una forma de abuso, estaría directamente relacionada con nuestro comportamiento "anormal", que ellos interpretarían como abuso también.

—¿Abuso?— exclamo atónita. —¿Pero quién estaría abusando de quién? En el abuso hay un atacante y una víctima. ¿Cómo podríamos ser vistos tanto como abusadores como abusados?

El brillo blanco azulado de la luna ilumina justo lo suficiente como para que note la expresión de Lochan que cambia de pensativa a preocupada.

—Maya, vamos, piénsalo. Yo sería automáticamente visto como el abusador y tú como la víctima.

—*¿Por qué?*



—¿Sobre cuántos casos de hermanas menores abusando sexualmente de hermanos mayores has leído? Piénsalo, ¿Cuántas mujeres violadoras y mujeres pedófilos hay?

—¡Pero eso es una locura!— exclamo. —¡Yo podría ser la que te fuerza a entrar en una relación sexual! ¡No físicamente, pero, no sé, a través de sobornos, chantaje, amenazas, lo que sea! ¿Estás diciendo que aunque yo abusara *de ti*, la gente seguiría asumiendo que yo soy la víctima sólo porque soy una chica y un año menor?

Lochan asiente lentamente, su abundante cabello oscuro cae contra la almohada. —A menos que haya un muy fuerte evidencia de lo contrario, un reconocimiento de culpa de tu parte, testigos o algo… entonces, sí.

—¡Pero eso es tan sexista, tan injusto!

—Estoy de acuerdo, pero la gente confía ciegamente en las generalizaciones, y aunque algunas veces pase de la manera contraria, debe ser bastante raro. Para empezar, hay un aspecto físico… así que no es tan sorprendente que en situaciones como estas, los hombres sean automáticamente asumidos como los abusadores, especialmente si son mayores.

Doblo las piernas contra el estómago de Lochan y cavilo en esto por un rato. Todo parece tan incorrecto. Pero al mismo tiempo, soy consciente de que soy culpable de los mismos prejuicios. Si escucho de una violación, o de un niño siendo abusado, inmediatamente pienso en un *hombre* violador, un *hombre* pedófilo.

—¿Pero qué si *nadie* está siendo abusado?— pregunto de repente. —¿Qué pasa si es cien por ciento consentido, como nosotros?

Exhala lentamente. —No lo sé. Aún estaría en contra de la ley. Todavía es incesto. Pero no hay mucha información sobre eso, porque aparentemente es algo que muy, muy rara vez pasa…

Los dos dejamos de hablar por un rato. Tanto tiempo, de hecho, que comienzo a pensar que Lochie se ha quedado dormido. Pero cuando doy vuelta la cabeza en la almohada para asegurarme, veo que sus ojos están muy abiertos, brillantes e intensos, mirando fijo el techo.

—Lochie...— Me pongo de lado y recorro su antebrazo con mis dedos. —Cuando dices que *no hay mucha información sobre el tema*, ¿qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

Está mordiendo su labio de nuevo. A mi lado su cuerpo se siente tenso. Duda por un momento, luego rueda para enfrentarme. —Yo… hice un poco de investigación en Internet… Yo sólo… yo sólo…— respira profundamente antes de intentarlo de nuevo. —Yo sólo quería saber donde estamos parados.

—¿Con qué?

—Con… con la ley

—¿Para encontrar una manera de cambiar nuestros nombre? ¿De vivir juntos?

Se frota los labios, rehusándose a mirarme a los ojos, luciendo cada vez más agitado e incómodo.

—¿Qué?—Exijo en voz alta, asustada ahora.

—Para ver que pasa si nos atrapan.

—¿Si nos atrapan viviendo juntos?— pregunto incrédula.

—Atrapan… atrapan teniendo una relación.

—¿Teniendo sexo?

—Sí

—¿Por quién?

—La policía.

Estoy teniendo problemas para respirar de repente, como si mi garganta estuviera obstruida. Me siento abruptamente, mi cabello cayendo a los costados de mi cara.

—Mira, Maya. No es… sólo quería chequearlo...— Lochan está empujándose contra la cabecera, luchando por encontrar las palabras para tranquilizarme.

—¿Eso significa que nunca podremos…?



—No, no, no necesariamente—dice rápidamente. —Sólo significa que no podemos hasta que los chicos sean grandes y estén a salvo, e incluso entonces tenemos que tener mucho, mucho cuidado.

—Sabía que era *oficialmente* ilegal—le digo desesperadamente. —Pero la marihuana es ilegal, también conducir rápido y orinar en público. De todas formas, ¿cómo se daría cuenta la policía y por qué iba a importarles? ¡No es como si estuviéramos lastimando a alguien o a nosotros mismos!—. Siento que me quedo sin aliento pero estoy determinada a demostrar mi punto. —Y de todas formas, si de alguna manera fuéramos atrapados, ¿qué haría la policía? ¿Multarnos?— Dejo salir una risa áspera. ¿Por qué Lochan está tratando de asustarme así? ¿Por qué está actuando tan serio, como si estuviéramos cometiendo un verdadero crimen?

Medio apoyado contra el cabecero, Lochan me mira fijo. Si no fuera por la expresión afligida en sus ojos, se vería bastante cómico, su cabello todo despeinado. Su cara irradia una mezcla de miedo y desesperación. —Maya…

—Lochie, ¿qué? ¿Cuál es el problema?

Él respira: —Si nos encontraran, seriamos enviados a prisión.





Capítulo Veintitrés

Traducido por edith 1609

Corregido por Pamee

Lochan

Por suerte estamos muy exhaustos para hablar mucho más esa noche. Antes que el sueño nos supere, sin embargo, Maya quería saber detalles adicionales: qué tipo de sentencia podríamos enfrentar, si la ley es diferente en otros países… pero solo podía repetir lo poco que obtuve de mi búsqueda cerrada en internet. De hecho, se puede encontrar muy poca información preciosa acerca del incesto *consensual*, aunque hay mucha del tipo *no-consensual*, lo que significa que es el único tipo que la mayoría de las personas piensan que existe. Tuve que buscar a fondo en los testimonios en línea, pero solo encontré dos que de verdad lo hicieron dentro del dominio público, ninguno de ellos en UK[27] y los dos entre hermanos que se encontraron de nuevo como adultos después de ser separados al nacer.

El tópico sólo resurgió brevemente al día siguiente, antes de caer por completo. A pesar de su reacción inicial, el shock de Maya y el escándalo, parece ser aplacado por mis garantías de que la única información legal que he encontrado ha sido hipotética… técnicamente, sí, una pareja acusada de incesto podría enfrentar una sentencia de cárcel, pero eso pasaría raramente en el caso de dos adultos en consentimiento. Ahora soy legalmente un adulto y Maya esta cerca detrás de mí, así que no tenemos que esperar mucho más. La policía apenas saldría buscando este tipo de cosas. Y en el caso poco probable de que alguien al azar *se* enterara – ¿Por qué demonios intentarían hacer que nos arrestaran o que nos llevaran a la corte? ¿Porque nos odiaban? ¿Algún tipo de venganza? Y a menos que tuviéramos hijos biológicos, lo cual sería demente, ¿cómo demonios podría esa persona reunir

[27] United Kingdom: Reino Unido, Inglaterra.



alguna vez suficientes pruebas para ir a la corte? Tendrían que atraparnos en el acto, y aun así sería su palabra contra la nuestra.

Mi única y principal preocupación para el futuro sería como proteger a Kit, Tiffin y Willa de ser marginados en el caso de que los rumores acerca de que Maya y yo vivimos juntos y que nunca hemos tenido pareja, ninguno de los dos. Pero luego ellos tendrían sus propias vidas, Maya y yo con suerte estaríamos lejos y, si es necesario, cambiaremos nuestros nombres por Deed Poll[28]. Sí, simplemente podríamos cambiar nuestros nombres y vivir de la forma más abierta y libre, como cualquier pareja sin casarse. No más esconderse, no más puertas cerradas. Libertad. Y el derecho de amarnos sin persecuciones.

Por el momento sin embargo, Maya y yo nos atiborramos de exámenes. Estamos sorprendidos cuando, sin pavonearse, un día Kit se ofrece a llevar a Tiffin y Willa al cine para darnos tiempo para estudiar. En otra ocasión los lleva al parque a jugar fútbol. Aproximadamente, desde el primer juego de British Bulldogs en la calle, Kit ha dejado de incitarme, dejó de dar portazos en la casa, dejó de molestar a los niños y dejó de tratar de debilitarme todo el tiempo. No se ha convertido exactamente en un ángel de la noche a la mañana, pero ya no parece sentirse amenazado por mi rol en la familia. Casi parece como si aceptara a Maya y a mí como padres sustitutos. No tengo idea de donde viene todo esto, tal vez se ha unido a un grupo más amable de chicos en la escuela, tal vez sólo está creciendo; pero cualquiera sea la razón, me atrevo a creer que Kit ha empezado a dar vuelta la esquina.

Baja corriendo para cenar una noche, ondeando un pedazo de papel triunfantemente. —¡Voy a ir a un viaje de la escuela cuando terminen las clases! ¡Na-na, na-na-na!— Les hace una cara de burla a los otros dos.

—¿Dónde?—grita Willa con entusiasmo, como si ella también estuviera incluida.

[28] Deed Poll: Es un documento jurídico vinculante sólo para una sola persona o varias personas que actúen en forma conjunta para expresar una intención activa. El más común es el del cambio de nombre el cual se lleva a cabo por medio de una escritura de cambio de nombre (encuesta de la escritura) y solo se lleva a cabo en Inglaterra y Gales, la República de Irlanda, Irlanda del Norte, Hong Kong y Singapur .



—¡Whoa! ¡No es justo!—exclama Tiffin, con cara triste.

—¡Toma, rápido, rápido, tienes que firmar ahora!— Kit ondea la hoja por encima de mi plato y empuja un bolígrafo en mi mano.

—¡No me di cuenta de que tu profesor estaba esperando por esto en la puerta!

Kit me hace una cara. —Muy gracioso. Sólo *firma*, ¿podrías?

Escaneo la carta y me frustro por el precio, rápidamente tratando de adivinar de dónde diablos vamos a obtener el dinero. Cancelar el cheque para la cuenta del teléfono que sólo envié ayer, comer frijoles cocidos por los próximos quince días, mentirle a mamá y decirle que no tenemos agua corriente y necesitamos dinero para el plomero…

Falsifico la firma de nuestra madre. Me entristece un poco ver cuán delirante y emocionado está Kit acerca del viaje. Es sólo una actividad de una semana en la Isla de Wight[29], pero él nunca ha ido más lejos que Surrey.

—¡Es en el extranjero!—se jacta con Tiffin. —¡Tenemos que tomar una barco! ¡Vamos a una isla en medio del océano!

Abro mi boca, apunto de reajustar la visión de Kit de una isla desierta rodeada de palmeras para evitarle una horrible decepción, cuando Maya capta mi mirada y sacude sutilmente la cabeza. Ella tiene razón. Kit no estará decepcionado. Incluso frío y lluvioso, la fangosa Isla de Wight parece el Paraíso para el… y está a un millón de kilómetros de casa.

—¿Qué vas a hacer ahí?—pregunta Tiffin, encorvado en su silla, empujando insistentemente su pollo con el tenedor.

---

[29] La **Isla de Wight** es un condado (comarca) y la isla más grande de Inglaterra con 348 km² situada en la costa sur en frente de la ciudad de Southampton. Está separada de Gran Bretaña por un estrecho conocido como Solent.



Kit se echa hacia atrás en su silla y se relaja, leyendo la recién firmada carta. —Canoa, montar a caballo, rappel, orientación…—su voz se eleva con placer—¿*'acampar'*?—Regresa las patas delanteras de la silla al suelo haciendo un ruido asombrado. —No vi eso. ¡Sí! ¡Siempre he querido ir a acampar!

—¡Yo también!—grita Tiffin. —¿Por qué no puedo ir? ¿Tienes permitido llevar hermanos?

—¡Montar a caballo!—los ojos de Willa están enormes con la incredulidad.

—¿Cómo es que St. Luke nunca nos lleva de viaje?—el labio inferior de Tiffin se estremece. —La vida es tan injusta.

No recuerdo nunca haber visto a Kit tan emocionado. El único problema, pienso, es el temor a las alturas. Es algo que él nunca ha admitido, pero hubo una vez, por siempre grabada en mi memoria, cuando se desmayo en el borde del trampolín más alto y cayó inconsciente al agua. Luego, sólo el año pasado, empezó a sentirse mareado y se cayó al intentar seguir a sus amigos a través de un muro alto. Nunca antes ha hecho rappel, sabiendo que preferiría morir que sentarse y mirar a sus compañeros, hablaré con el entrenador Wilson, el maestro a cargo de la expedición, y tendré cuidado al pedir que Kit no vaya a ser excluido, pero que un adulto mantenga un ojo sobre él. Aun así, me encuentro preocupado. Las cosas con Kit están yendo tan bien, casi demasiado bien. Me preocupa que el viaje no alcance sus expectativas; me preocupa aun más que, con su naturaleza temeraria, pueda tener un accidente. Luego recuerdo lo que me dijo Maya de que siempre estoy pensando en el peor de los casos y me obligo a quitar la preocupación de mi mente.

Al final del semestre Maya y yo estamos exhaustos, arañando el camino hacia Vacaciones de Pascua. No puedo creer que ponto la escuela vaya a ser una cosa del pasado. Aparte de algunas clases de revisión después de vacaciones, lo único que me queda son los exámenes. Naturalmente, me asustan un poco mientras mi plaza universitaria cuelga de un hilo, pero más allá de los exámenes yace la promesa de una nueva vida.





El tiempo a solas con Maya es escaso y me duele tenerla para mí mismo, aunque sólo sea por un día. Pero tan pronto como Kit parta a su viaje, las Vacaciones de Pascua estarán sobre nosotros, con las revisiones de último minuto con las que atiborrarnos alrededor de dos semanas cuidando niños. Siento como si *nunca* tuviéramos la oportunidad de estar juntos a solas. Después de estar en la escuela todo el día, entreteniendo a los niños toda la tarde, corriendo a través de las tareas de la casa y luego estudiando los libros de texto por horas, rara vez hay tiempo para más que unos pocos besos antes de quedarnos dormidos en los brazos del otro. Extraño esas horas que alguna vez tuvimos al final de cada día, extraño acariciar cada parte de su cuerpo, sintiendo sus manos contra las mías, hablando hasta que nos quedamos dormidos. Y resiento eso amarga, amargamente, sólo porque nuestra relación es considerada mala, todas esas horas de felicidad que tuvimos juntos nos las están robando, y somos forzados a estar a escondidas, con el constante temor de ser atrapados.

Me encuentro desesperado por las pequeñas cosas: ser capaz de sostener su mano de camino a la escuela, besarla como despedida en el corredor antes de dirigirnos a nuestras clases separados, almorzar juntos, pasar los tiempos libres acurrucados en una banca o besándonos apasionadamente detrás de uno de los edificios, correr y abrazarnos cuando nos encontremos en las puertas después de la campana final. Todas las cosas que otras parejas en Belmont tienen permitido. Sus relaciones son vistas con una mezcla de admiración y envidia por los que siguen solos, a pesar de que rara vez duran más que unas pocas semanas antes de derrumbarse por una pelea estúpida o porque llega un nuevo prospecto de mejor aspecto. No veo a esas personas con horror o disgusto por ser tan volubles y falsas. Me rodean muchas relaciones superficiales, muchos chicos que sólo buscan sexo, otra conquista que añadir a su lista para presumir, antes de moverse con rapidez y buscar otra más. Uno podría luchar por entender por qué alguien puede embarcarse en relaciones que carece de alguna emoción real y significativa, sin embargo, nadie los juzga por eso. Son "jóvenes", "sólo se están divirtiendo", y seguro, si eso es lo que quieren, ¿por qué no habrían hacerlo? Pero entonces ¿por qué es tan terrible que yo esté con la chica que amo? Todos tienen permitido tener lo que quieren, expresar su amor como les plazca, sin temor al acoso, ostracismo, persecución o incluso la ley. Incluso el abuso emocional y las relaciones de adulterio son regularmente toleradas, a pesar del daño que causan a otros. En



nuestra sociedad progresiva y tolerante, todos estos tipos de "amor" perjudiciales e insanos son permitidos, pero no el nuestro. No puedo pensar en ningún otro tipo de amor que sea tan totalmente rechazado, incluso aunque el nuestro sea tan profundo, apasionado, cariñoso y fuerte que si nos obligan a estar separados nos causarían un dolor inimaginable. Estamos siendo castigados por el mundo por una simple razón: por haber sido producidos por la misma mujer.

La ira y la frustración me astillan, a pesar de que trato de mantenerlas a raya, a pesar de mantenerme enfocado en el día en que Maya y yo podremos finalmente ser libres para vivir juntos abiertamente, libres de amarnos como cualquier otra pareja. Algunas veces, peor que verla en la escuela desde la distancia, es verla en casa, muy cerca para tocarla, juntos pero separados, tan cerca y tan lejos. Tener que retirar mi mano cuando instintivamente alcanzo la de ella en la mesa, tratar de rozarla accidentalmente sólo por el cosquilleo de placer causado por el toque de su piel. Mirando su cara mientras le lee a Willa en el sillón, anhelo sentir su cabello, su mejilla, su boca. A pesar de no poder esperar hasta las vacaciones para poder empezar a pasar cada minuto del día con ella, sé que esta pequeña pero impenetrable distancia entre nosotros es una tortura.

Y luego, solo días antes del final del semestre, ocurre un milagro. Maya toma el teléfono una tarde y regresa a la mesa para anunciar que Freddie y su hermana pequeña han invitado a Tiffin y a Willa a una pijamada ese fin de semana. La sincronización no podría ir mejor, pues ese mismo día Kit se va a la Isla de Wight. Dos días… dos días completos de ininterrumpido tiempo juntos. Dos días de libertad… clandestina, Maya me dirige una mirada de puro deleite, y el júbilo me infla como helio a un globo. Mientras Tiffin finge caerse de su silla del entusiasmo y Willa zapatea con sus zapatos contra el lado inferior de la mesa, estoy listo para rebotar en las paredes y empezar a bailar.

—Wow. Así que desde el sábado nosotros tres no estaremos— comenta Kit casi pensativo, mirando a Maya, luego a mí. —Solo serán tú y Maya atascados en la casa.

Inclino la cabeza y me encojo de hombros tratando de evitar que la alegría se muestre en mi rostro.



No tenemos oportunidad de celebrar hasta que Maya termina de acostar a Tiffin y a Willa, pero tan pronto como lo hace, viene apresurándose a donde estoy en cuclillas, almohadilla Brillo en mano, fregando el refrigerador.

—¡Nos merecemos *tanto* esto!—suspira casi en la histeria, agarrándome por los hombros y dándome una sacudida emocionada. Enderezándome, me rio de la al ver su cara, sus ojos están brillando de la emoción. Dejo la almohadilla Brillo y me limpio las manos en mis jeans mientras ella desliza sus brazos alrededor de mi cuello y tira gentilmente hacia ella. Cerrando mis ojos, la beso largo y fuerte, acariciando su cabello sacándolo de sus ojos. Ella estira la mano para acariciar mi cara y después se aleja rápidamente.

—¿Qué?—pregunto sorprendido. —Están todos arriba…

—Escuché algo—. Está observando la puerta de la cocina, descuidadamente abierta.

—¡Cristo, estamos asustadizos!— exclamo suavemente.

—Va a ser genial no tener que hacer esto por rato— suspira Maya. —Incluso si es sólo por un par de días. La constante paranoia… ¡preocuparnos por tocarnos las manos!

—Dos días de libertad—Suspiro con una sonrisa, acercándola.

A medida que el gran día se acerca, me encuentro contando las horas. Kit irá a la escuela a la hora usual, llevaremos a Tiffin y Willa a la casa de sus amigos poco después. A las diez de la mañana del sábado, podremos quitarnos nuestras etiquetas sin sentido de hermano y hermana y ser libres, finalmente libres de las ataduras que nos obligan a apartarnos.

La tarde del viernes, Kit ya ha empacado y está listo, los bolsos están alineados cuidadosamente en el pasillo. Todos están de buen humor y me doy cuenta de que



olvidé hacer la compra de la semana y que la cocina está carente de comida. Para mi asombro, Kit se ofrece a ir al supermercado local y coger algo para la cena. Sin embargo, mi sorpresa se convierte en molestia cuando regresa con una bolsa llena de galletas, bizcochos, barras de chocolate, dulces y helado. Pero Maya solo ríe.

—¡Es el final del semestre, también podemos tener un poco de celebración!

De mala gana acepto y la tarde pronto de se convierte en un alboroto mientras hacemos un día de campo en la alfombra en frente de la televisión. El nivel de azúcar de Tiffin se eleva por las nubes y empieza a dar piruetas en el sofá mientras Kit trata de provocarle un aterrizaje forzoso metiéndose en su camino. Willa también se suma a ellos y estoy seguro de que alguien va a romperse el cuello, pero se están riendo de todo corazón con los movimientos de karate de Kit, que me refreno de intentar calmarlos. Luego Kit tiene la brillante idea de traer los parlantes del ático y crear una maquina de karaoke improvisada. Pronto todos estamos aplastados en el sillón, tratando desesperadamente de mantener una cara seria mientras Willa hace una interpretación de Mamma Mia[30], mezclando todas las palabras, y aun así, cantando con tanto entusiasmo que estoy seguro de que los vecinos van a venir a golpear la puerta. La interpretación de "I Can Be" de Kit es en realidad bastante impresionante a pesar de las malas palabras, y Tiffin da saltos alrededor del cuarto, rebotando contra las paredes como un balón de goma.

A las diez están exhaustos, Willa está dormida completamente vestida en el sofá. La llevo a la cama mientras Maya mete a un Tiffin con altos niveles de azúcar en el baño. Me cruzo con Kit en el corredor y me detengo.

—¿Estás listo para mañana? ¿Tienes todo lo que necesitas?

—¡Sip!—replica con una nota de satisfacción en la voz, y ojos brillantes.

—Kit, gracias por esta tarde—digo. —Jugaste… jugaste muy bien, ya sabes.

[30] Canción de Abba.



Por un momento, parece inseguro de cómo responder a los elogios. Me mira desconcertado y luego sonríe. —Sí, bueno, ten cuidado. Los artistas normalmente cobran por sus servicios, ya sabes.

Le doy un empujón amistoso, y desaparece por la escalera, con un parlante gigante bajo cada brazo, y me doy cuenta de que los cinco años de diferencia entre nosotros ya no se sienten como un abismo.





Capítulo Veinticuatro

Traducido por edith 1609

Corregido por Pamee

Maya

Nunca antes había visto a Kit tan completamente ansioso por ir a la escuela. Si sólo fuera así cada día, pienso tristemente. Después de devorar su tostada en tres mordidas, beber su jugo en dos tragos, agarra el almuerzo que le tiende Lochan y corre por el pasillo para recolectar el resto de sus cosas. Cuando regresa con sus bolsos, lo miro en su nueva chaqueta caqui, comprada especialmente para la ocasión, en desacuerdo con sus jeans agujereados de los que se rehúsa separarse con su sudadera rota varias tallas más grande, y siento angustia. Su arenoso cabello está despeinado y luce pálido por quedarse tarde muchas noches: delgado, vulnerable, casi frágil.

—¿Recordaste empacar el cargador de tu celular?— le pregunto.

—Sí, sí.

—Recuerda llamarnos cuando llegues, ¿está bien?— agrega Lochan. —Y, ya sabes, tal vez en algún punto durante la semana, solo para dejarnos saber cómo te está yendo.

—Sí, sí. Bien. —Cruza la correa de un bolso a través de su pecho, y se cuelga la otra al hombro.

—¿Tienes el dinero que te di?—pregunta Lochan.





—No, lo gasté.

Los ojos de Lochan se agrandan.

Kit resopla de la risa. —¡Eres tan crédulo!

—Muy gracioso. Sólo no lo gastes en cigarros o, ya sabes, te enviarán directo a casa.

—¡Sólo si me atrapan! ¡Correcto, me voy!—grita antes de que Lochan pueda responder, haciendo su camino por el pasillo.

—¡Adiós-Adiós!—grita Willa detrás de él. —¡Te extrañaremos!

—¡Tráeme un regalo!—grita Tiffin, con optimismo.

—¡Diviértete y sé *bueno*!—grita Lochan.

—¡Y *cuidadoso*!— añado.

La puerta se cierra, sacudiendo las paredes. Miro hacia el reloj de la cocina, atrapo la mirada de Lochan y me rio. Las ocho y media: tiene que ser un tipo de récord. Uno fuera, pienso con creciente anticipación, quedan dos.

Después de un desayuno forzado, Tiffin empieza a rebotar alrededor, diciendo que no importa si llegamos temprano, '¡a Freddie no le importa, tenemos que ir!' Willa toma refugio en mi regazo, recoge un poco del cereal seco de su plato y debate si pasar toda la noche en casa de alguien más es realmente una buena idea después de todo. Especialmente dado que no le gusta la oscuridad, que a veces tiene pesadillas, que Susi podría no compartir sus juguetes, que cuatro cuadras lejos es de hecho muy lejos si decides que necesitas venir a casa en medio de la noche. Lochan se voltea desde el fregadero y mira hacia nosotros con una expresión de tal horror que no puedo evitar reír.



No me toma mucho recordarle a Willa los beneficios de pasar la noche con una amiga de la escuela quien no sólo tiene un jardín y una casa Wendy, sino que también, aparentemente, un cachorro nuevo. Willa se anima y de repente decide que su nuevo set de té de plástico casi sin duda puede volverse útil y corre arriba para añadirlo a la bolsa de juguetes. Tan pronto como deja el cuarto, Lochan se da vuelta desde el fregadero, con los codos llenos de espuma.

—¿Qué si cambia de opinión?—Pregunta afectado. —Nunca antes ha ido a una pijamada. Podría tambalearse en medio de la noche o decidor que quiere venir a casa tan pronto como llegue la oscuridad. Tendremos que ir y recogerla…

Me rio. —¡No te veas tan preocupado, mi amor! No lo hará. Tiffin estará ahí, ella adora a Susi y hay un *cachorro*, por Dios.

Él sacude su cabeza con una sonrisa lenta. —Ojala que estés en lo correcto. Si el teléfono suena, lo voy a desconectar, juro por Dios…

—¿Le harías eso a tu hermana de cinco años?—jadeo fingiendo indignación.

—¿Por toda una noche sola? Jesús, Maya, ¡la vendería a los gitanos!

Riéndome salgo a buscar algo a la mesa del pasillo. —Adivina que tengo. —Extiendo mi puño cerrado alegremente.

Lochan toma gentilmente mi mano en la suya y desenrosca mis dedos. —¿Una llave?

—La llave de mamá. La deslicé de su anillo para llaves cuando se le cayeron el fin de semana pasado por recoger algunas ropas.

Su cara se ilumina. —¡Wow, movimiento inteligente!

—¡Lo sé! Es poco probable que aparezca, pero ahora sabemos que aun si lo hace, ¡no podrá ser capaz de entrar a la casa!



—¡Lástima que no podemos dejarla fuera para siempre!

Después de dejar a los niños con Freddie, corro como solía cuando era una niña: salvaje y rápida y libre. Mis zapatos chapotean a través de charcos de barro, salpicando mis piernas desnudas con un rocío sucio, y las ancianas que almuerzan bajo sombrillas, se apartan para dejarme pasar, parando para voltearse y mirarme fijo mientras voy corriendo. El suave cielo blanco desata los nudos y gruesos de la lluvia; un viento helado azota espigas duras contra mi cara, haciendo que mi piel pique. Estoy completamente empapada, con mi abrigo abierto, mi camiseta casi transparente, mi cabello goteando bajo mi espalda. Continúo corriendo más y más rápido. Siento como si estuviera a punto de ser atrapada por el viento, levantada en el aire como una cometa, y enviada sumergiéndome y girando por encima de las copas de los árboles hacia el lejano horizonte. Nunca me he sentido tan aliviada, tan rebosante de libertad y alegría.

Estrellándome en la cocina, elevo mis brazos al aire. —Wow. —Lo miro fijamente, la felicidad amenaza con explotar de mí como una corriente de burbujas efervescentes —No puedo creerlo. Literalmente no puedo creerlo. Pensé que este momento nunca llegaría.

Lochan comienza a reír.

—¿Qué?

—Pareces a una rata ahogada.

—¡Gracias!

—¡Ven aquí!— Viene hacia mí alrededor de la mesa de la cocina y me agarra de la cintura. —¡Bésame!

Rio e inclino mi cabeza mientras él eleva sus manos calientes a mi cara.

—Argh, estás congelada. —Me besa suavemente, y luego un poco más fuerte. Soy consciente de mi cabello, goteando sobre él.



—¡Déjame cambiarme entonces!

Me volteo y subo corriendo a mi cuarto. Cuando recupero mi toalla de debajo de una pila de ropa, Lochan entra y brinca a mi cama, luego se voltea para sentarse con las rodillas levantadas, de espaldas a la pared. Froto mi cabello y seco mi cara, luego me quito la falda empapada, lidiando con el primer botón con una mano, inclinándome para revolver y buscar un par de pantalones con la otra. Soy incapaz de encontrarlo, me doy cuenta de que el botón esta atorado. Con un suspiro de fastidio, me detengo y lo agarro con las uñas.

Soy consciente de que Lochan levantándose de mi cama y acercándose. —¡Jesús, eres más inútil que Tiffin!

—¡Es porque está mojada! Pienso que esta estúpida camisa se encogió en la lluvia o algo.

—Espera, espera…— Sus manos calientes rozan contra las mías, tirando suavemente del material empapado. Tiemblo, dejo que mis brazos caigan a los lados y siento su flequillo haciéndome cosquillas en la frente mientras se inclina hacia mí, con la cabeza baja, y su cálido aliento contra mi cuello. Sus ojos están estrechados por la concentración mientras, bajo sus insistentes dedos, el botón finalmente empieza a aflojar. Continúa jugando con el botón, su cabeza sigue doblada, y puedo sentir que su respiración se acelera, y el calor irradia de sus mejillas. El primer botón se suelta, y sin levantar la vista, empieza a desabrochar el siguiente.

Estoy parada muy quieta, muy consciente de que ninguno de los dos hemos hablado por varios minutos. Un zumbido extraño parece llenar el aire como un pensamiento silencioso colgando entre nosotros. Lochan intenta desabrochar mi camisa, pero parece que tiene problemas, sus manos están temblorosas. Miro su cara cuidadosamente, preguntándome si estamos compartiendo el mismo pensamiento. Cuando llega al tercer botón, mi camisa aletea abierta, revelando la parte superior de mi sujetador. Escucho la respiración acelerada de Lochan mientras continúa su trabajo hacia abajo en silencio, concentrándose en su tarea. El borde de sus manos roza contra la cima de mis senos; está soltando el ultimo botón



ahora y estoy consciente del rápido ascenso y caída de mi propio pecho, el toque de sus dedos a través de la tela fina y húmeda poniendo como carne de gallina toda mi piel.

Mi camisa cae abierta y él la desliza de mis hombros, dejándola caer en la alfombra. Alcanzando mi sujetador, de repente se detiene, una mano flotando sobre mis senos, y con ese momento de vacilación, lo sé.

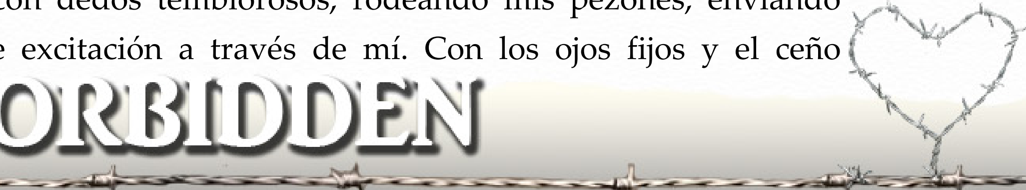
—Está bien— susurro, mi voz es repentinamente débil. —Lo quiero.

Sus ojos se mueven nerviosamente a los míos, la sangre calienta sus mejillas, su expresión es una mezcla de temor y anhelo —¿En serio?

—¡Sí!

Las lágrimas y la risa se arremolinan en mi interior. Acaricio mi mejilla contra la de él suavemente, tan suavemente que su piel se siente como las alas de una mariposa. Cierro mis ojos y muevo mis labios ligeramente en su rostro, apenas tocándolo, de manera que toda mi boca empieza a hormiguear. Él cierra los ojos también, toma una respiración profunda y la deja salir muy lento. Mis labios siguen un camino bajando por su cuello, hacia el hueco debajo de su clavícula. Sus dedos se aprietan alrededor de los míos y deja salir un pequeño jadeo. Levantando mi cabeza, beso suavemente la comisura de su boca antes de moverme por su cara. Su boca sigue a la mía y me burlo de él, negándome a permitir que nuestros labios se encuentren, hasta que su respiración se acelera y suelta mi mano para acunar mi mejilla y mueve mi boca hacia la suya. Finalmente empieza a besarme, suave, gentilmente, con besos excitantes. Unos temblores de placer corren a través de todo mi cuerpo y su mano tiembla contra mi mejilla. Su respiración se profundiza, quiere besarme más fuerte, pero me resisto, tratando de hacer durar esto tanto como pueda. Él toca mi cara, pasa sus dedos sobre mis mejillas, y continuamos dándonos pequeños besos como plumas, piel contra piel, tan cálido, tan familiar, tal suave, hasta que pone su mano en mi espalda y desabrocha mi sujetador.

Acaricia mis senos con dedos temblorosos, rodeando mis pezones, enviando temblores nerviosos de excitación a través de mí. Con los ojos fijos y el ceño



fruncido en concentración, parece estar conteniendo la respiración. Luego, de repente, emite un pequeño sonido, el aire sale de sus pulmones de prisa. Tentativamente, alcanzo el bajo de su camiseta. Cuando no protesta, se la saco gentilmente sobre la cabeza. Cuando reaparece, con el cabello despeinado, roza mi piel con las yemas de sus dedos, besando mis senos. Desabrocho sus pantalones y él inhala bruscamente, su cuerpo inmediatamente se contrae bajo mi toque. Su aliento es caliente, rápido y húmedo contra mi mejilla y busca mi boca, besándome aun más fuerte. Cuando me atrae hacia él, un fuerte temblor atraviesa su cuerpo y el mío. Sus brazos me rodean firmemente, y la calidez de su pecho presionado contra mí me hace jadear. Él está besando mi cuello, mis hombros, mis pezones, alejándose para tomar pequeñas dosis de aire, con sus manos en mis senos, en mi estómago, dentro de mi ropa interior, empujándolas hacia abajo por mis piernas. Las deslizo y me paro fuera de ellas, luego estiro las manos hacia sus bóxers y los empujo hacia abajo. Él los patea fuera de sus tobillos y luego estamos de pie juntos, desnudos juntos por primera vez en la brillante luz del día.

¡Qué increíble estar juntos así con la puerta abierta, la ventana abierta, las cortinas revoloteando en la brisa! Las nubes de lluvia han pasado y el sol ha salido y todo en mi cuarto parece blanco y brillante. Lochan alcanza instintivamente la manija de la puerta, y luego se detiene a sí mismo, riéndose. Y de repente, es como si toda la risa y la felicidad en el mundo estuviera aquí, aquí entre los dos en esta habitación. Nuestro amor, nuestra primera prueba de libertad, incluso el sol parece estar radiante con su aprobación, y finalmente, siento que todo entre nosotros va a estar bien. No tendremos que escondernos por siempre: la gente lo aceptará, la gente tendrá que aceptarlo. Cuando vean lo mucho que nos amamos el uno al otro, cuando se den cuenta de que siempre estaremos destinados a estar juntos, cuando entiendan lo felices que somos, ¿cómo podrán rechazarnos? Todas nuestras luchas fueron para poder llegar a este punto, este momento exquisito, finalmente sosteniéndonos el uno al otro, tocándonos el uno al otro, besándonos el uno al otro sin temor de ser atrapados, sin culpa o vergüenza… compartiendo nuestros cuerpos, nuestros seres, cada parte de nuestras almas.

Él me sigue hacia la cama, se recuesta a mi lado y continúa besándome, acariciando mis pezones con las yemas de sus dedos, lamiendo mi cuello. Toco su pene pero él empuja mi mano, respirando fuertemente.



—Espera…—Me mira, su cuerpo está tenso, temblando contra el mí como un cable vivo. —Maya, ¿estas… estás segura?

Asiento lentamente, con un toque de temor arrastrándose en mí. —¿Dolerá?

—Si duele, tendremos… tendremos que parar. Todo lo que tienes que hacer es decir alto. En verdad Voy a ser cuidadoso, lo seré, lo prometo…

Sonrío ante el fervor en su voz. —Todo está bien. Confío en ti, Lochie.

—Pero sólo si estás *segura*…— sus manos son como tornillos alrededor de mis muñecas, aún está tratando de evitar que lo toque.

Tomo una respiración profunda, como si me preparara para lanzarme al vacío. —Estoy segura.

Nuestros ojos se encuentran, sellando un acuerdo tácito con nuestra mirada, y en su cara veo reflejada mi propio temor y anhelo.

—¿Recordaste traer algún…?

—Sí— Se levanta rápidamente de la cama y desaparece del cuarto.

Momentos después, regresa con eso en su mano. Un aleto lleno de pánico alcanza a mi pecho. Sin una palabra, Lochan se sienta de espalda a mí y empieza a juguetear con la brillante envoltura púrpura brillante. Acostada contra las almohadas, empujo el edredón sobre mí. Mi corazón está golpeando contra mis costillas. No puedo creer que en realidad estemos haciendo esto. Miro la suave curva blanca de su espina, los agudos ángulos de sus omóplatos, su tórax rápidamente expandiéndose y contrayéndose, los músculos en sus brazos endureciéndose mientras sus manos manosean entre sus piernas. Me doy cuenta de que está temblando.

Finalmente gira de nuevo hacia mí, su respiración es superficial y rápida. Me apoyo buscando un beso y volvemos a acostarnos en la cama, su es boca feroz y



urgente contra la mía. Esta vez está encima de mí, apoyado en sus codos, frotando su cara contra mi mejilla. Paso mis manos arriba y abajo de su estómago y lo siento estremecerse. Tentativamente, muevo mis piernas y extiendo mis rodillas. Lo siento empujar contra mi muslo.

—Más arriba—susurro.

Deja de besarme ahora, su cara está a centímetros sobre la mía, la concentración está grabada entre sus cejas mientras se desplaza ligeramente, tratando de encontrar el lugar correcto. Después de varios acercamientos fallidos, se inclina sobre un lado y estira la mano para tratar de guiarlo. Su mano golpea contra mi pierna. —Ayúdame— susurra.

Estiro mi mano, y después de lo que parece una eternidad, entra en el lugar correcto. Retiro mi mano e inmediatamente me siento tensa. Lochan presiona contra mí; me estremezco con anticipación: esto nunca va a caber. Por un momento nada pasa. Luego lo siento empujar su camino dentro de mí.

Inhalo superficialmente. La cara de Lochan se cierne sobre mí, mirándome hacia abajo, su aliento es rápido y laboroso. Sus ojos están muy abiertos, iris verdes moteados con azul. Puedo distinguir cada pestaña individualmente, las grietas en sus labios, el sudor en su frente. Y lo puedo sentir dentro de mí, su cuerpo está temblando con el deseo de ir más allá.

—¿Está todo bien?— Pregunta con voz temblorosa.

Asiento con la cabeza.

—¿Puedo… puedo seguir?

Asiento otra vez. Duele, pero no es tan importante ahora mismo. Lo quiero, quiero sostenerlo, quiero sentirlo dentro de mí. Empieza a empujar más. Una fuerte punzada me hace retroceder, pero de repente está completamente adentro. Estamos tan cerca como dos personas pueden estar. Dos cuerpos, mezclados en uno.…



Lochan sigue mirándome hacia abajo, con una mirada urgente en sus ojos, emitiendo pequeños jadeos entrecortados. Empieza a moverse lentamente de atrás hacia adelante, con sus codos hundidos en el colchón, sus manos agarrando la sabana a ambos lados de mi cabeza.

—Bésame— suspiro.

Baja su rostro hacia el mío, sus labios rozan mi mejilla, mi nariz, luego lentamente, hacen su camino hacia mi boca. Me besa suavemente, muy suavemente, respirando fuerte ahora. El dolor entre mis piernas empieza a desvanecerse mientras continúa moviéndose dentro de mí, y siento otra sensación, una que hace que todo mi cuerpo se estremezca. Paso el dorso de mis manos por su pecho y estómago, dentro de las depresiones entre sus caderas y luego subo a los lados, urgiéndolo con mis manos a moverse un poco más rápido.

Lo hace, presionando sus labios y conteniendo el aliento, el sonrojo de su cara se profundiza, esparciéndose sobre su cuello y sobre su pecho. El sudor brilla en su frente y mejillas, y una pequeña gota corre por su cara, luego cae sobre mí. Mientras se mueve, su pelo roza contra mi frente. Oigo el sonido de mi propia respiración, pequeñas bocanadas de aire escapando de mi boca, mezclándose con la suya. No quiero que esto pare nunca: este temor mezclado con éxtasis, todo mi ser zumbando con anhelo, la presión de su cuerpo contra el mío. La sensación de él dentro de mí, moviéndose contra mí, haciéndome temblar de excitación. Inclino la cabeza hacia arriba por otro beso y sus labios descienden sobre los míos, más fuerte esta vez. Arrugando los ojos, se aleja y contiene el aliento por unos pocos segundos, luego suelta ir de prisa. De repente, abre sus ojos otra vez, su mirada es desesperada y urgente.

—Está bien— lo tranquilizo rápidamente.

—No puedo…—Las palabras se quedan atrapadas en su garganta y lo siento temblar contra mí.

—¡Está bien!



Con un pequeño jadeo, sus movimientos empiezan a acelerarse. —¡Perdón!

Lo siento sacudirse dentro de mí, su hueso pélvico empujando contra el mío. De repente, parece encerrado en su propio mundo. Cierra los ojos y sus jadeos entrecortados desgarran el aire, su cuerpo cada vez se aprieta más y más, sus manos arrancan las sábanas. Luego, con una profunda y aguda inhalación, se presiona fuertemente dentro de mí, una y otra vez, estremeciéndose violentamente con una serie de pequeños sonidos salvajes.

Una vez que se queda inmóvil, todo el peso de su cuerpo me aplasta y colapsa contra mi cuello. Me está sosteniendo muy estrechamente, sus brazos presionan contra mí, sus dedos aprietan mis hombros, su cuerpo todavía tiene espasmos. Exhalando lentamente el aire fresco de la habitación, paso mi mano sobre su cabello húmedo, a través de su cuello y por su espalda, sintiendo a su corazón palpitando violentamente contra el mío. Beso su hombro, la única parte de él que puedo alcanzar, y miro fijamente con asombro el familiar techo azul desteñido.

La realidad ha sido alterada, o al menos mi percepción de la realidad ha cambiado dramáticamente. Todo se siente diferente, se ve diferente… por unos pocos momentos no estoy segura de quién soy. Este chico, este hombre, yaciendo en mis brazos se ha convertido en parte de mí. Juntos tenemos una nueva identidad: dos partes de un todo. En los últimos pocos minutos, todo entre nosotros cambio para siempre. Vi a Lochie como nadie lo ha visto antes, lo sentí dentro de mí, lo sentí en su momento más vulnerable, me abrí a mi misma en devolución. En esos pocos minutos lo tomé dentro de mí, me convertí en una parte de él, tan cerca como dos seres separados pueden estar alguna vez.

Lentamente levanta la cabeza de mi hombro y me mira con una mirada horrorizada. —¿Estás bien?— pregunta suavemente.

Asiento, sonriendo —Sí.

Él suspira de alivio y presiona su boca contra mi cuello, con el sudor corriendo entre los dos. Me besa entre respiraciones irregulares, y luego atrapo la vista de la apariencia salvaje y ruborizada de su cara, empiezo a reír. Contemplándome,



empieza a reír también, y su ser completo parece irradiar alegría. Y a la vez pienso: *Todo este tiempo, toda mi viva, ese duro sendero pedregoso me estaba dirigiendo hasta este punto. Lo seguí a ciegas, tropezando en el camino, rasguñada y cansada, sin alguna idea de a donde me dirigía, sin darme cuenta alguna vez de que con cada paso me acercaba a la luz del final de un túnel largo y oscuro. Y ahora que lo he alcanzado, ahora que estoy aquí, quiero atraparlo en mi mano, sostenerlo para siempre para mirar hacia atrás, al punto en el cual mi nueva vida realmente empezó. Todo lo que siempre quise, aquí, y ahora, todo está capturado en este momento. La risa, la alegría, la enormidad del amor entre nosotros. Este es el amanecer de la felicidad. Todo empieza ahora.*

Entonces, de la puerta, llega un grito destrozado.





Capítulo Veinticinco

Traducido por Carmen_lima

Lochan

Nunca en mi vida he oído un sonido tan terrible. Un grito de horror puro, de odio no diluido, de ira y furia. Y sigue viniendo, haciéndose más fuerte y más alto, más y más cerca, bloqueando el sol, absorbiéndolo todo: el amor, el calor, la música, la alegría. Rasgando la luz brillante a nuestro alrededor, acuchillando nuestros cuerpos desnudos, desgarrando la sonrisa de nuestros rostros, el aliento de nuestros pulmones.

Maya se sujeta a mí, horrorizada, sus brazos están rodeándome, su cara presionada contra mi pecho, como implorando que su cuerpo se fundiera con el mío. Por un instante no consigo reaccionar, simplemente la estrecho contra mí, atento sólo a protegerla, escudar su cuerpo con el mío. Entonces oigo los sollozos; los chillidos, sollozos histéricos, acusaciones chirriantes, gemidos sin sentido. Levanto mi cabeza y veo, apoyada en la puerta abierta, a nuestra madre.

Tan pronto como sus ojos horrorizados se encuentran con los míos, se lanza hacia nosotros, sujetándome de los cabellos y jalando bruscamente mi cabeza, apartándola con asombrosa fuerza. Sus puños caen sobre mí, sus largas uñas me arañan los brazos, mis hombros, mi espalda. Ni siquiera intento apartarla con la mano. Mis brazos rodean la cabeza de Maya, mi cuerpo presiona el suyo, como si yo fuera un escudo humano entre ella y esta loca, que hace desesperadamente difícil el protegerla del ataque.

Maya grita despavorida debajo de mí, tratando se fundirse con el colchón, tirándome hacia abajo con ella con toda su fuerza. Pero entonces los chillidos comienzan a convertirse en palabras, perforando mi cerebro congelado, y escucho:

—¡Aléjate de ella! ¡Apártate de ella! ¡*Tú, monstruo*! ¡Tú, monstruo malvado, pervertido! ¡Apártate de mi bebé! ¡Aléjate! ¡Aléjate! ¡Aléjate!

No me moveré, no soltaré a Maya aun cuando sienta que continúa jaloneándome del cabello y medio me arrastra de la cama. Maya, repentinamente





se da cuenta de que el atacante es nuestra madre, y comienza a esforzarse por librarse de mi agarre.

—¡No! ¡Mamá! ¡Déjalo! ¡Déjalo! ¡Él no hizo nada! ¿Qué estás haciendo? ¡Lo lastimas! ¡No lo lastimes! ¡No lo lastimes! ¡*No lo lastimes*!

Ella le grita ahora, sollozando sin control, apartándose de debajo de mí, tratando de levantarse, tratando de sujetar y alejar a mamá, pero no las dejaré tocarse, no dejaré que el monstruo la alcance. De pronto, veo una mano con garras descender hacia la cara de Maya, mezo mi brazo salvajemente, haciendo contacto con el hombro de mamá. Ella se tambalea hacia atrás y hay un ruido sordo, el sonido de los libros que caen de los estantes, y ella desaparece, sus gemidos resuenan en todo el piso inferior.

Brinco de la cama, me lanzo sobre la puerta del dormitorio y la cierro de un golpe, buscando el pestillo.

—¡Deprisa!— Le grito a Maya, cogiendo unas bragas y una camiseta de su montón de ropa y lanzándoselos encima.

—Póntelos. Ella regresará con Dave o alguien. La cerradura no es lo suficientemente fuerte…

Maya se sienta en medio de la cama, estrechando las sabanas contra su pecho, su cabello salvaje, enredado, la cara pálida por el shock y húmeda por las lágrimas.

—Ella no nos puede hacer nada— me dice desesperada, su voz se eleva. —¡No puede hacer nada, no puede hacer nada!

—Está bien, Maya. Está bien, está bien. Simplemente por favor póntelos. ¡Va a regresar!

Sólo pude encontrar mi ropa interior, el resto de mis cosas deben estar sepultadas bajo el montón de libros caídos.

Maya se viste, se levanta de un salto y corre hacia la ventana abierta. —Podemos bajar por ahí— jadea ella. —Podemos saltar…

La jalo bruscamente por la espalda, obligándola a sentarse en la cama.
—Escúcheme. ¡No podemos escaparnos, nos atraparían de cualquier manera, y



piensa, Maya, piensa! ¿Y los demás? no los podemos abandonar. Vamos a esperar aquí, ¿está bien? Nadie va a lastimarte, lo prometo. Mamá sólo está histérica. Y no estaba tratando de atacarte, estaba tratando de rescatarle. De mí. —Le explico jadeante.

—¡No me importa!—grita Maya otra vez, las lágrimas caen por sus mejillas.

—¡Mira lo que te hizo, Lochie! ¡Tu espalda sangra! ¡No puedo creer que te lastimase así! ¡Te jalaba del cabello! Ella… ella…

—Shh, cariño, shh…— Me doy vuelta para colocarme a su lado, estrechándola entre mis brazos al borde de la cama, intentando mantenerla en silencio. —Maya, *tienes* que tranquilizarte. *Tienes* que escucharme. Nadie va a lastimarnos, ¿me comprendes? Sólo quieren rescatarte…

—¿De qué?—solloza. —¿De quién? ¡No me pueden apartar de ti! ¡No pueden, Lochie, no lo pueden hacer!

Más gritos. Ambos nos congelamos al escuchar que esta vez viene desde la calle. Soy el primero en llegar a la ventana. Mamá está caminando de arriba abajo fuera de la casa, gritando y gritando en su móvil.

—¡Tienen que venir!—solloza. —¡Oh Dios, por favor apresúrense! ¡Él ya me ha golpeado, y ahora se ha encerrado con ella! ¡Cuando entré, él intentaba ahorcarla! ¡Creo que va a matarla!

Los vecinos curiosos están asomando sus cabezas fuera de puertas y ventanas, algunos apresurándose desde el otro lado de la calle hacia ella. Siento que yo estallo en un sudor frio y mis piernas amenazan con ceder terreno.

—Está llamando a Dave—grita Maya, intentando descolgarse mientras yo la arrastro lejos de la ventana. —Él va a romper la puerta. ¡Te va a dar una paliza! ¡Yo puedo bajar y explicarles todo! ¡Debo decirles que no has hecho nada malo!

—No lo hagas, Maya, no lo hagas. ¡No puedes! ¡No hará ninguna diferencia! Tienes que quedarte aquí y escuchar. Tengo que hablar contigo.

Repentinamente sé lo que debo hacer. Sé que sólo hay una solución, sólo un camino para salvar a Maya y a los niños del daño. Pero ella se niega a escuchar, lucha y patea golpeando sus pies desnudos contra mis piernas mientras cierro mis brazos a su alrededor para impedirle que corra a la puerta. La contengo en el borde



de la cama, inmovilizándola en contra mía.

—Maya, *tienes* que escuchar. Yo… creo que tengo un plan, pero *tienes* que escucharme o no funcionará. Por favor, cariño. ¡Te lo ruego!

Maya deja de luchar. —Está bien, Lochie, está bien—lloriquea. —Dime, te escucho. Lo haré. Haré lo que quieras.

Todavía sujetándola, miro fijamente su rostro aterrorizado; con su mirada salvaje, inspiro profundamente en un esfuerzo frenético por organizar mis pensamientos, calmarme, refrenar las lágrimas crecientes que sólo la aterrorizarán aún más. Aumento mi sujeción en sus muñecas y me preparo a agarrarla antes de que se abalance hacia la puerta.

—Mamá no está llamando a Dave —le explico, con voz vacilante. —Está llamando a la policía.

Maya se congela, sus ojos azules se amplían por el shock. Las lágrimas cuelgan de sus pestañas, el color se ha ido de su cara. El silencio en el cuarto es interrumpido sólo por sus frenéticos jadeos.

—Todo está bien— digo firmemente, poniendo el máximo empeño en mantener mi voz estable. —De hecho es algo bueno. La policía se encargará de esto. Tranquilizarán a mamá. Me llevarán para interrogarme, pero sólo será…

—Pero es ilegal. —La voz del Maya es tranquila por el espanto. —Lo que sucedió. Seremos arrestados porque hemos violado la ley.

Tomo otro profundo aliento, mis pulmones cediendo por la presión, mi garganta amenazando con cerrarse completamente. Si me quiebro todo acabará. La asustaré tanto que ella dejará de escucharme y nunca accederá a lo que estoy a punto de sugerir. Tengo que convencerla de que esto es lo mejor, la única manera.

—Maya, tienes que escucharme, tenemos que pasar por esto rápidamente, ellos podrían estar aquí de un momento a otro. —Me detengo para recobrar el aliento otra vez. A pesar del terror en sus ojos, ella sólo asiente con la cabeza, esperando que yo continúe.

—Está bien. Primero debes recordar que ser arrestado no siempre significa quedar encarcelado. No iremos a la prisión porque sólo somos adolescentes. Pero



escúchame ahora: esto igualmente es de suma importancia. Si ambos somos arrestados, seremos confinados para un interrogatorio. Eso podría tomar algunos días. Willa y Tiffin regresarán y no nos hallarán. Mamá probablemente estará ebria, y aún si ella no está, la Asistente Social será llamada por la policía y los tres niños serán llevados por lo que hemos hecho. Simplemente imagina a Willa, imagina a Tiffin, imagina qué tan aterrorizados estarán. Willa me preocupa… —Mi voz tiembla y me quiebro por un momento. —¡W-Willa estaba preocupada por pasar afuera sólo una noche!— Las lágrimas fuerzan su camino a mis ojos como cuchillos. —¿Me comprendes? ¿Comprendes qué los ocurrirá si ambos somos arrestados?

Maya horrorizada niega con la cabeza silenciosamente, muda por la impresión, nuevas lágrimas llenan sus ojos.

—Hay una salida—continúo desesperadamente. —Hay un modo en que podemos impedirlo. No se los llevarán si uno de nosotros se queda aquí para cuidarlos y cubrir a mamá. ¿Lo captas, Maya?— Mi voz aumenta. —Uno de nosotros tiene que quedarse. Tienes que ser tú…

—¡No!— El grito del Maya me parte el corazón. Aumento la presión en sus muñecas cuando ella comienza a apartarse. —¡No! ¡No!

—¡Maya, si se los llevan los Servicios Sociales ninguno de nosotros los verá hasta que sean adultos! ¡Sufrirán cicatrices de por vida! Si mes dejas ir, existe una muy buena posibilidad de que esté fuera en pocos días. —La contemplo desesperado por que confíe en mí lo suficiente como para creer esta mentira.

—¡*Tú* quédate!— Maya me mira, con ojos suplicantes. —¡Quédate y *yo* iré! No tengo miedo. Por Favor, Lochie. ¡Hagámoslo de ese modo!

Niego con la cabeza desesperadamente. —¡No funcionará!—le explico frenéticamente. —¿Recuerdas esa conversación que tuvimos algunas semanas atrás? Nadie nos creerá si decimos que *tú* me forzaste a *mí*. ¡Y si les decimos fuese consensual, nos arrestarán a ambos! *Tenemos* que hacerlo de este modo. ¿No lo entiendes? ¡Piensa, Maya, piensa! ¡Sabes que no tenemos opciones! ¡Si uno de nosotros debe quedarse, tienes que ser tú!

El cuerpo de Maya se desmorona cuando la golpea la realidad. Cae hacia mí pero no puedo tomarla en mis brazos, todavía no.

—Por favor, Maya— le ruego. —Dime que lo harás. Dímelo ahora, ahora mismo.



De otra manera me volveré loco por no saber… no saber si tú y los demás están a salvo o no. No podré soportarlo. Tienes que hacerlo. Por mí. Por nosotros. Es nuestra única oportunidad para estar nuevamente juntos como una familia.

Ella agacha su cabeza, su bello cabello ámbar oculta su rostro de mi mirada.

—Maya…—Un sonido frenético sale de mí y la sacudo. —¡Maya!— Ella asiente con la cabeza silenciosamente, sin levantar su mirada.

—¿Lo harás?— pregunto.

—Lo haré— susurra.

Los minutos pasan y ella no se mueve. Con manos temblorosas, me limpio el sudor de mi cara. Entonces, repentinamente, Maya levanta su cabeza con un sollozo estrangulado y me tiende sus brazos en busca de consuelo. No puedo hacerlo. Simplemente no puedo. Con una brusca sacudida de cabeza, me alejo de ella, tensándome ante el sonido de una sirena. Un murmullo bajo de voces aumenta desde debajo de nosotros, los vecinos sin duda preocupados, que se acercan rápidamente para consolar a nuestra madre. Negándole el abrazo que desesperadamente necesita, Maya busca consuelo en una almohada apretándola contra su pecho. Meciéndose de acá para allá, ella parece estar en un completo estado de shock.

—Hay una cosa más…—Giro hacia ella, comprendiendo de repente. —Nosotros… tenemos que ponernos de acuerdo en nuestras historias. De otra manera me detendrán por mucho más tiempo y tú serás detenida para interrogarte, las cosas se pondrían mucho peor…

Maya cierra sus ojos en un intento de dejarme fuera.

—No tenemos más tiempo para hacerlo—le explico, poniendo énfasis en cada palabra. —Lo haremos… sólo tendremos que decirles exactamente cómo fue. T-todo lo que ocurrió, cómo empezó, cuánto tiempo ha transcurrido… si nuestras historias no son similares te podrían arrestar también. Por lo que debes decir la verdad, Maya, ¿me entiendes? ¡Todo, cada detalle que te pidan!— Tomo un aliento frenético. —Lo único que vamos a cambiar es que te forcé. *Te forcé en todo lo que hicimos*, Maya. ¿Me oyes?

Estoy perdiendo el control otra vez, las palabras tiemblan como el aire a mi



alrededor. —La primera vez que nos besamos, dije que tenías que estar de acuerdo con eso, o… o te golpearía. Juré que si se lo decías a alguien, te mataría. Tú estabas aterrorizada. Creíste que yo podría hacerlo, y desde entonces, todo el tiempo que yo… quise que tú… sólo hiciste lo que te pedí.

Ella me contempla horrorizada, unas lágrimas silenciosas caen por sus mejillas.

—¡Te encarcelarán!

—No—niego con la cabeza, poniendo mi máximo empeño en sonar tan convincente como es posible. —Simplemente dirás que no quieres formular cargos. Si no hay acusador, no habrá proceso judicial. ¡Estaré fuera en pocos días!— Clavo mis ojos en ella, rogando silenciosamente que crea a mí.

Ella frunce el ceño y niega con la cabeza lentamente, como si intentara comprender desesperadamente. —Pero eso no tiene sentido…

—Confía en mí. —Respiro demasiado rápido. —La mayoría de los casos de abuso sexual nunca llegan al tribunal porque las víctimas están demasiado asustadas o avergonzadas para formular cargos. Entonces, sólo les dirás que no *quieres* presentar cargos, tampoco… pero Maya…—extiendo la mano y sujeto su brazo—nunca, *jamás* debes decir que esto fue consensual. Nunca, *jamás* debes confesarte responsable de que tomaste parte en esto libremente. Te forcé. A todo lo que ellos pregunten, cualquier cosa que digan, te amenacé. ¿Comprendes?

Una aturdida inclinación de cabeza.

Poco convencido, la sujeto apenas por los brazos. —¡No te creo! ¡Dime qué pasó! ¿Qué te hice?

Ella me contempla, su labio inferior estremeciéndose, sus ojos brillando. —Tú me violaste—contesta y se tapa la boca con las manos, amortiguando un grito.

Nos apretamos juntos debajo del edredón por última vez. Ella se acurruca contra mí, su mejilla apoyada en mi pecho, temblando por la impresión. La sujeto firmemente, quedándome con la mirada fija en el techo, aterrorizado porque comenzaré a llorar, aterrorizado porque ella verá cuán asustado estoy, aterrorizado de que ella comprenda repentinamente que aunque no presente cargos, alguien más lo hará.

—No lo entiendo—jadea Maya. —¿Cómo pudo ocurrir esto? ¿Por qué regresó mamá, hoy, de todos los días? ¿Cómo diantres entró sin su llave?



Estoy demasiado estresado para siquiera pensar acerca de eso, o que me importe. La única cosa que importa es que hemos sido atrapados. Reportados a la policía. Realmente nunca pensé que pudiera suceder esto.

—Ha debido haber sido un vecino. No fuimos lo suficientemente cuidadosos con las cortinas. —Maya tiembla con un sollozo silencioso. —Todavía tienes tiempo. ¡Lochie, sólo que no lo entiendo! ¿Por qué no huyes?— Su voz se eleva acongojada.

Porque entonces no estaré ahí para contar mi versión de la historia. La versión que quiero que la policía oiga. La versión que te absuelve de todo delito. Si huyo, ellos podrían arrestarte. Y si ambos vamos, nos catalogarán como cómplices y eso será todo.

No digo nada, solo la sujeto aun más apretadamente, esperanzado en que ella confíe en mí.

El sonido de la sirena nos pone en acción. Maya intenta saltar de la cama y brincar hacia la puerta. La hago retroceder y ella comienza a llorar.

—¡No, Lochie, no! ¡Por favor! Déjame ir abajo y explicarles. ¡Se ve mucho peor de lo que es!

Necesito que esto se vea peor. Necesito que se vea tan malo como puede ser. De ahora en adelante, tengo que pensar como un violador, actuar como un violador. Probar que he estado reteniendo a Maya contra su voluntad.

Los sonidos de puertas de coches cerrándose de golpe se oyen calle abajo. La voz histérica de mamá comienza otra vez. Golpes en la puerta principal. Pasos pesados en el vestíbulo. Maya se restriega los ojos y se aferra a mí, sollozando silenciosamente.

—Estarás bien— susurro desesperadamente en su oído. —Esto es simplemente el protocolo. Sólo me arrestarán así me pueden interrogar. Cuando les digas que no quieres formular cargos, me dejarán ir.

La sujeto fuertemente, acariciando su pelo, esperando que un día ella entienda, que un día ella me perdone por mentirle. Teniendo cuidado de no pensar, de no entrar en pánico, de no vacilar. Hay ruido de voces desde abajo, principalmente de mamá. El sonido de múltiples pisadas en las escaleras.



—Apártate de mí— le susurro urgentemente.

Ella no responde, todavía se mantiene presionada contra mí, su cabeza enterrada en mi hombro, sus brazos fuertemente enroscados en mi cuello.

—¡Maya aléjate de mí, ahora!— Intento desenganchar sus brazos. Ella no me deja. ¡No me suelta!

Unos fuertes golpes en la puerta nos hacen apartarnos violentamente. El ruido es seguido por una voz aguda, autoritaria: —Ésta es la policía. Abra la puerta.

Lo siento, pero acabo de violar a mi hermana y la estoy reteniendo aquí en contra de su voluntad. No puedo ser tan complaciente.

Me dan una advertencia. Entonces se oye el primer golpe. Maya deja salir un grito aterrado. Aun no me suelta. Es extremadamente importante que ella esté apartada de mí cuando entren, que me encuentren agarrándola, que mis brazos estén deteniéndola a mi lado. Otra grieta. La madera se astilla alrededor de la cerradura. Simplemente un golpe más y estarán dentro.

Aparto a Maya de mí con toda mi fuerza. La miro directamente a los ojos, sus bellos ojos azules, y siento la oleada de lágrimas. —Te amo— susurro. —¡Lo siento tanto!— Entonces alzo mi mano derecha y la abofeteo.

Su grito llena el cuarto un segundo antes de que la cerradura se rompa y la puerta se abra. El portal está repentinamente abarrotado de uniformes oscuros y radios crujientes. Mi brazo rodea los brazos de Maya y su cintura, sujetándola en contra mía. Debajo de la mano que cubre su boca, siento un chorrito de sangre.

Cuando me ordenan soltarla y alejarme de la cama, no puedo moverme. Necesito cooperar, pero físicamente no lo puedo hacer. Me congela el miedo. Estoy aterrorizado de que si le destapo la boca, Maya comenzará a decirles la verdad. Estoy aterrorizado de que una vez que se lleven a Maya, nunca la veré otra vez.

Me piden que levante mis manos. Comienzo a aflojar mi agarre en Maya. *No,* grito por dentro. ¡*No me dejes, no te vayas! ¡Tú eres mi amor, mi vida! Sin ti, no soy nada, no tengo nada. Si te pierdo, lo pierdo todo.* Alzo mis manos muy lentamente, luchando por mantenerlas elevadas, peleando contra el deseo abrumador de tomar a Maya de vuelta en mis brazos, besarla por última vez. Una Oficial se acerca



cautelosamente, como si Maya fuera un animal salvaje, a punto de huir, y la anima a salir de la cama. Ella deja salir un pequeño sollozo amortiguado, pero le oigo aspirar profundamente y contenerlo. Alguien envuelve una manta a su alrededor. Están tratando de conducirla fuera del cuarto.

—¡No!—grita. Irrumpiendo en una descarga repentina de sollozos, ella da vuelta frenéticamente hacia mí, con sangre manchando su labio inferior. Los labios que una vez me tocaron tan amablemente, labios que conozco tan bien, que amo tanto, labios que nunca pude haber imaginado lastimar. Pero ahora, con su labio cortado y el rostro manchado de lágrimas, se ve tan conmocionada y maltratada que aun si se negara a formular cargos y dijera la verdad, estoy casi seguro que no le creerían. Sus ojos se cruzan con los míos, pero bajo la fija mirada vigilante de los oficiales soy incapaz de darle la más mínima señal de tranquilidad. *Ve, mi amor*, le ruego con mi mirada fija. *Sigue el plan. Haz esto. Haz esto para mí*.

Mientras ella se da vuelta, su cara se arruga y peleo contra el deseo de decir su nombre.

Tan pronto como Maya está fuera del cuarto, los dos oficiales caen sobre mí. Cada uno me sujeta por un brazo, me ordenan que me ponga de pie lentamente. Hago eso, tensando cada músculo y apretando los dientes en un esfuerzo por dejar de temblar. Un fornido oficial de mirada estrecha y cara regordeta sonríe burlonamente mientras me levanto de la cama, las sábanas caen apartándose y me quedo de pie en mis bóxers. —No creo que necesitemos registrar minuciosamente a este—se ríe ahogadamente.

Puedo oír el sonido del llanto Maya escaleras abajo. —¿Qué van a hacerle? ¿Qué van a hacerle?—sigue preguntando.

La respuesta es repetida una y otra vez por una calmada voz femenina. —No te preocupes. Estás a salvo ahora. Él no podrá lastimarte otra vez.

—¿Tienes algo de ropa?—me pregunta el otro oficial. Aparenta tener unos pocos años más que yo. ¿Cuánto tiempo ha estado en la policía? Me pregunto. ¿Ha estado involucrado alguna vez en un crimen tan repugnante como éste?

—En mi d-dormitorio…

El oficial más joven me sigue a mi cuarto y me observa vestirme, su radio chisporrotea en el silencio. Siento sus ojos en mi espalda, en mi cuerpo, lleno de



repugnancia. Parece que no puedo encontrar nada limpio. Por alguna loca razón, siento la necesidad de llevar puesto algo recién lavado. La única cosa a mano es mi uniforme de la escuela. Siento la impaciencia del hombre parado en la puerta detrás de mí pero estoy tan desesperado por cubrirme que ni siquiera puedo pensar correctamente, no puedo recordar dónde guardo mis cosas. Finalmente me pongo una camiseta y pantalones vaqueros, empujando mis pies desnudos en mis zapatillas, antes de darme cuenta de que mi camiseta está al revés.

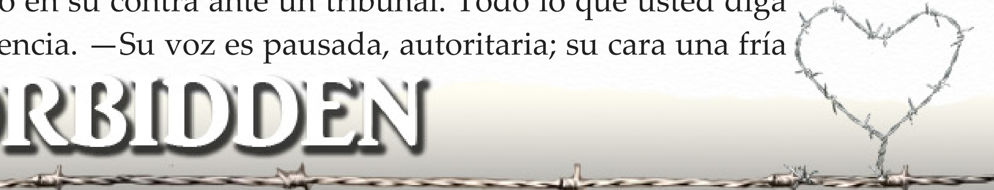
El fornido oficial se une a nosotros en el cuarto. Parecen mucho más grandes en este espacio confinado. Soy dolorosamente consciente de mi cama deshecha, los calcetines y la ropa interior amontonados en la alfombra. El quebrado carril de la cortina, el viejo escritorio mellado, las paredes desconchadas. Me avergüenzo de todo ello. Recorro con la mirada la pequeña foto familiar aún clavada con tachuelas en la pared por encima de mi cama, y repentinamente deseo que la pudiese llevar conmigo. Algo, cualquier cosa, que me recuerde a todos ellos.

El oficial mayor me hace algunas preguntas básicas: Nombre, fecha de nacimiento, nacionalidad… mi voz todavía se las arregla para sonar temblorosa a pesar de todos mis esfuerzos por mantenerla estable. Mientras más intento no tartamudear, peor suena. Cuando mi mente se queda en blanco y ni siquiera puedo recordar mi cumpleaños, me miran fijamente, como si pensaran que retengo esta información deliberadamente. Me esfuerzo por escuchar el sonido de la voz de Maya pero no puedo oír nada. ¿Qué han hecho con ella? ¿Dónde la han llevado?

—Lochan Whitely— declara el oficial en un tono monótono, mecánico. —Una acusación ha sido presentada ante la policía indicando que hace poco tiempo usted violó a su hermana de dieciséis años. Le arresto por una violación a la Sección veinticinco sobre Ofensas Sexuales por involucrarse en actividad sexual con un miembro familiar, un menor.

La acusación me pega como un puño en mi estómago. Esto me hace sonar a más que un violador: un pedófilo. Maya, ¿una niña? Ella no lo ha sido por años. ¡Y no es un menor! Pero por supuesto, me percato repentinamente, de que ni siquiera han pasado dos semanas desde su decimoséptimo cumpleaños, todavía es considerada como una menor a los ojos de la ley. A los dieciocho, sin embargo, soy un adulto. Trece meses. Podrían ser también trece años… el oficial ahora me lee mis derechos.

—Tiene derecho a guardar silencio. Pero lo que usted no diga cuando sea preguntado podrá ser usado en su contra ante un tribunal. Todo lo que usted diga podrá ser usado como evidencia. —Su voz es pausada, autoritaria; su cara una fría



máscara, desprovista de toda expresión. Pero ésta no es alguna actuación del polizonte. Esto es real. He cometido un crimen real, verdadero.

El joven oficial me informa que ahora me llevarán afuera al "vehículo de transporte". El corredor es demasiado estrecho para nosotros tres. El oficial mayor da la pauta, con pisadas fuertes y lentas. El otro me sujeta firmemente justo por encima del codo. He podido esconder mi miedo hasta ahora, pero cuando nos acercamos a las escaleras, súbitamente siento que una oleada de pánico repunta. Estúpidamente, se desencadena de la nada la necesidad de orinar. Pero repentinamente me percato de que estoy desesperado por ir y no tengo ni idea de cuando tendré la siguiente oportunidad. Después de horas de interrogación, encerrado en alguna celda, ¿delante de un grupo de otro presos? Intento detenerme en lo alto de las escaleras.

—¡Sigue moviéndote!— Siento la presión de una mano firme entre mis omóplatos.

—¿Puedo… por favor usar el cuarto de baño antes de que nos vayamos?— Mi voz sale asustada y frenética. Siento que me ruborizo, y tan pronto como las palabras están fuera de mi boca, deseo poder devolverlas. Sueno patético.

Intercambian miradas. El hombre fornido suspira e inclina la cabeza. Me dejan entrar al cuarto de baño. El oficial más joven permanece en la entrada abierta.

Las esposas no lo hacen fácil. Siento que la presencia del hombre llena el pequeño cuarto. Camino arrastrando los pies; y me ubico dándole la espalda poniendo el máximo empeño en desabotonar mis pantalones vaqueros. El sudor hormiguea a través de mi cuello y cae por mi espalda, atrapando la camiseta contra mi piel. Los músculos en mis rodillas parecen vibrar. Cierro mis ojos e intento relajarme, pero necesito tanto hacer, que imposible. No puedo. Sólo no puedo. No así.

—No tenemos todo el día. —La voz detrás de mí me sobresalta. Me abotono y jalo el inodoro. Cambiando de dirección, estoy demasiado avergonzado para incluso levantar la cabeza.

Cuando salimos y retomamos nuestro camino por la estrecha escalera, el joven oficial dice en un tono más cortés:
—La estación no está muy lejos. Tendrás algo de privacidad allí.



Sus palabras me golpean. Un indicio pequeño de bondad, una nota de calma, a pesar de lo terrible que he hecho. Siento que mi fachada comienza a quebrarse. Inspirando profundamente, me muerdo fuerte los labios. Por si acaso Maya me ve, es imperativo que salga de casa sin derrumbarme.

Las voces se alzan y caen desde la cocina. La puerta está firmemente cerrada. Así que es ahí a donde la han llevado. Espero por Dios que todavía la estén tratando como víctima, consolándola en vez de bombardearla con preguntas. Tengo que apretar mis dientes, contener cada músculo en mi cuerpo para impedirme a mí mismo correr tras ella, abrazarla, besarla por última vez.

Noto una cuerda de saltar rosada colgando sobre el pasamanos. Una solitaria gomita de anoche permanece sobre la alfombra. Hay zapatos pequeños dispersos sobre la percha de la puerta principal. Las sandalias blancas de Willa, y las zapatillas con cordones que finalmente ha aprendido a atar… todos tan diminutos. Los raspados zapatos de la escuela de Tiffin, sus muy preciados botines de fútbol, sus guantes y su pelota "de la suerte". Por encima de ellos sus chaquetas deportivas de la escuela cuelgan descartadas, vacías, como fantasmas de su verdadera identidad. Los quiero recuperar, quiero recuperar a mis niños. Los pierdo, el dolor es como un agujero en mi corazón. Estaban tan emocionados de ir que ni siquiera tuve tiempo de abrazarlos. Nunca conseguí decirles adiós.

Cuando paso por la puerta abierta de la sala de estar, un movimiento atrapa mi mirada y hace que me detenga. Vuelvo la cabeza hacia una figura en el sillón y, para mi asombro, descubro a Kit. Está sentado, pálido e inmóvil, al lado de una mujer policía. Sus cosas empacadas cuidadosamente para la Isla de Wight están apiñadas a sus pies. Mientras da la vuelta lentamente hacia mí, clavo los ojos en él, sin comprender. Soy empujado desde atrás, recibo instrucciones de "muévete". Tropiezo contra el marco de la puerta, mis ojos pidiéndole a Kit algún tipo de explicación.

—¿Por qué estás aquí?— No puedo creer que esté presenciando esto. No puedo creer que en cierta forma lo detuvieron antes de que se fuera, involucrándolo también. ¡Sólo tiene trece, por favor! Quiero gritar. Debería estar en el viaje de su vida, no observando a su hermano ser arrestado por maltratar sexualmente a su hermana. Quiero patearlos en mi furia, forzarlos a dejarlo ir.

Sus ojos dejan mi cara, viajando hasta las esposas que rodean mis muñecas, en ese momento los oficiales de policía intentan arrastrarme lejos. Su cara está blanca, desolada.



—¡Se lo dijiste!—grita él repentinamente, haciéndome saltar. Le contemplo atontado.

—¿Qué?

—¡Al entrenador Wilson! ¡Le contaste sobre mi miedo a las alturas!—está gritándome, su cara distorsionada por la furia. —¡Tan pronto como llegué a la escuela, él me sacó de la lista del rapel[31] delante de toda la clase! ¡Todo el mundo se rió de mí, incluso mis amigos! ¡Arruinaste la que iba a ser la mejor semana de mi vida!

Obligándome a mantenerme respirando, siento que mi corazón comienza a martillear.
—¿Fuiste tú?— Me quedo sin aliento. —¿Lo supiste? ¿Sobre Maya y yo? ¿Lo *supiste*?

Él asiente con la cabeza mudamente.

—¡Señor Whitely, necesitamos que venga con nosotros ahora mismo!

El comentario sobre Maya y yo quedándonos a solas en casa, el sonido de la puerta mientras nos besábamos en la cocina… ¿Por qué demonios no nos enfrentó? ¿Por qué esperó hasta ahora para decirlo?

Porque no quiso que se lo llevaran los de Servicios Sociales. Porque nunca tuvo la intención de contarlo.

Por alguna extraña razón estoy desesperado porque sepa que nunca pedí que fuera sacado de la lista de rappel, nunca soñé que fuera humillado delante de sus amigos, *nunca* quise arruinarle su primer viaje, el día más excitante de su vida. Pero los oficiales me están gritando, sacándome por la puerta principal con fuerza considerable ahora, golpeando mis hombros contra las paredes, arrastrándome hacia el auto de policía que espera. Me retuerzo y volteo mi cabeza, frenéticamente intentando llamarlo sobre mi hombro.

Los vecinos han salido por completo, congregándose en masa alrededor del auto

---

[31] El **rápel**, **rapel** o **ráppel** (del francés *rappel*) es un sistema de descenso por cuerda utilizado en superficies verticales. El rápel es utilizado en excursionismo, montañismo, escalada en roca, espeleología, barroquismo y otras actividades que requieren ejecutar descensos verticales.



policial que espera, vigilando con fascinación como soy lanzado en el asiento trasero. Me ponen el cinturón y la puerta de al lado se cierra de golpe. El fornido oficial se mete en el frente, su radio todavía crepitando, el más joven se sube a la parte trasera, a mi lado. Los vecinos se acercan como una lenta ola, apoyándose, mirando con atención, apuntando, sus bocas abriéndose y cerrando con preguntas silenciosas.

Repentinamente hay un violento ruido sordo en contra de la puerta a mi lado. Muevo mi cabeza a tiempo de ver a Kit, aporreando frenéticamente la ventana.

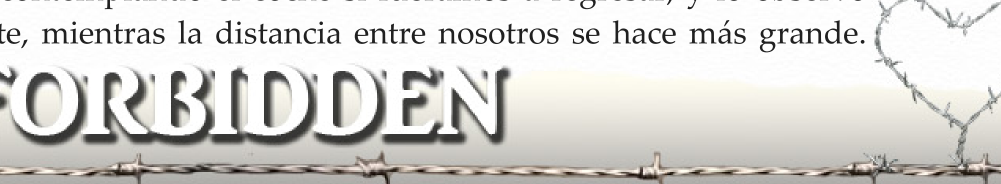
—¡Lo siento!—grita, el agudo sonido es amortiguado por el vidrio reforzado. —¡Lochie, lo siento, lo siento, lo siento! ¡No pensé acerca de lo que ocurriría… nunca pensé que ella llamaría a la policía!— Está llorando fuertemente, en un modo que no lo ha hecho en años, las lágrimas caen por sus mejillas. Su cuerpo convulsiona con sollozos violentos mientras golpea la ventana frenéticamente, tratando de liberarme. —¡Vuelve!— grita. —¡Vuelve!

Forcejeo contra la puerta cerrada, desesperado por decirle que todo está bien, que volveré en poco tiempo, si bien estoy bien consciente que esto no es verdad. Más que nada sin embargo, quiero decirle que yo sé que no tuvo intención en que esto sucediese, que entiendo que simplemente respondió al daño, la cólera y la profunda decepción. Quiero que sepa que lo perdono, que nada de esto es culpa suya, que lo amo, que siempre lo haré, a pesar de todo…

Un vecino se lo lleva a la fuerza y el coche comienza a apartarse de la cuneta. Mientras cobra velocidad, volteo mi cabeza para una última mirada y, a través de la ventana trasera veo a Kit corriendo velozmente tras nosotros, sus largas piernas golpeando el pavimento, la mirada familiar de determinación con un solo propósito en su cara, la misma determinación que mostró durante todos esos partidos de fútbol, atrapadas, y el juego British Bulldog que solíamos jugar... de alguna forma avanza al mismo paso que el coche hasta que alcanzamos el fin de la calle angosta, hasta que aceleramos en la carretera. Frenéticamente estiro mi cuello, intentando mantenerlo a la vista, hasta que finalmente él tropieza deteniéndose, con sus manos a los lados: llorando derrotado.

¡No dejen que Kit pierda! Quiero gritarles a los oficiales. *¡Nunca dejen que ninguno de ellos se pierda! Incluso si se agota el dinero, siempre, déjenlos atraparlos al final.*

Él está de pie allí, contemplando el coche si fuéramos a regresar, y lo observo encogerse rápidamente, mientras la distancia entre nosotros se hace más grande.



Pronto mi hermano menor es simplemente una mota diminuta en la distancia… y en entonces ya no puedo verlo más.





Capítulo Veintiséis

Traducido por Burned

Lochan

Nos detenemos en un gran aparcamiento lleno de distintos tipos de vehículos policiales. Una vez más, me toman firmemente del brazo y me sacan fuera. El dolor de mi vejiga me hace estremecer mientras me paro, la brisa contra mis brazos desnudos me hace temblar. Después de cruzar el estacionamiento, me dirigen a través de una especie de puerta trasera, a lo largo de un pasillo corto y a través de una puerta etiquetada CUARTO DE ENCARGADO. Otro oficial uniformado se sienta detrás de un escritorio alto. Los dos oficiales a mi lado se dirigen a él cómo Sargento y le informan de mi delito, pero para mi gran alivio, él apenas me mira, mecánicamente tipiando mis datos en su computadora.

Me leen los cargos otra vez, pero cuando se me pregunta si entiendo, mi cabeceo no es aceptado. La pregunta se repite y me veo obligado a usar mi voz.

—Sí. —Esta vez, sólo me las arreglo para susurrar. Lejos de la casa y el peligro de trastornar más a Maya, puedo sentir que estoy perdiendo fuerza: sucumbo al shock, el horror, el pánico ciego de la situación.

Mas preguntas siguen. Una vez más se me pide que repita mi nombre, dirección, fecha de nacimiento. Me esfuerzo por responder, mi cerebro parece estar apagándose poco a poco. Cuando me pregunta mi profesión, vacilo.

—Yo… no tengo.

—¿Está usted en el beneficio por desempleo?

—No. Yo… todavía estoy en la escuela.





El sargento me mira entonces. Mi cara arde bajo su mirada penetrante.

Siguen preguntas sobre mi salud, y mi estado mental también es cuestionado; no hay duda de que piensan que solo un psicópata sería capaz de semejante crimen. Me pregunta si quiero un abogado y respondo rápidamente con un movimiento de cabeza. Lo último que necesito es a alguien más involucrado, que escuche todas las terribles cosas que he hecho. De todos modos, estoy tratando de probar mi culpabilidad, no mi inocencia. Después de ser desposado, me piden que entregue mis pertenencias. Por suerte no tengo ninguna y me siento aliviado de no haber tomado una foto de mi habitación. Quizás Maya la recuerde y la mantenga a salvo. Pero no puedo evitar esperar que ella corte a los dos adultos en los extremos del banco y solo mantenga a los cinco chicos en el medio. Porque, últimamente, esa era la familia en que nos convertimos. Al final, fuimos los únicos que se amaron uno a otro, y que lucharon y lucharon para permanecer juntos. Y fue suficiente, más que suficiente.

Me piden que vacíe mis bolsillos, y me quite los cordones de mis zapatos. Una vez más, el temblor de mis manos me traiciona, y cuando me pongo de rodillas entre las piernas con trajes sobre el lino sucio, tengo la sensación de impaciencia de los oficiales, su desprecio. Ponen lo cordones de los zapatos en un sobre y tengo que firmar el recibo, cosa que me parece absurda. Continúa la revisión del cuerpo, y con el toque de las manos del oficial recorriéndome, y por debajo de mis piernas, comienzo a temblar violentamente, sujetando el borde de la mesa para mantener el equilibrio.

En una pequeña antesala, me sientan en una silla: me toman una foto, un hisopo de algodón raspo dentro de mi boca. Mientras presionan mis dedos uno a uno contra una almohadilla de tinta y luego en un trozo de cartón marcado, me invade un sentimiento de completa separación. Soy un simple objeto de estas personas. Apenas soy un humano más. Estoy agradecido cuando al fin me empujan a una celda y la pesada puerta se cierra detrás de mí.

Para mi alivio está vacía: pequeña y claustrofóbica, contiene nada más que una pequeña cama empotrada en la pared. Hay una ventana enrejada cerca del techo, pero la luz que llena la habitación es puramente artificial, áspera y más brillante. En las paredes hay un grafiti y lo que parece ser manchas de excremento. El hedor



es asqueroso, mucho peor que el más repugnante de los baños públicos, y tengo que respirar por la boca para evitar las arcadas. Tarda un tiempo relajarme lo suficiente para vaciar mi vejiga en el inodoro de metal. Ahora, por fin lejos de sus ojos vigilantes, no puedo dejar de temblar. Temo que un oficial irrumpa en cualquier momento, estoy muy consciente de la pequeña ventana en la puerta, con la tapa justo debajo. ¿Cómo sé que no estoy siendo observado en este mismo momento? Normalmente no soy mojigato, pero después de haber sido sacado de la cama en ropa interior, llevado a mi habitación semi-desnudo por dos policías, y obligado a vestirme enfrente de ellos, desearía que hubiera una forma de cubrirme para siempre. Desde que oí la horrible acusación, me he sentido sumamente avergonzado de mi cuerpo, de lo que ha hecho, de lo que otros creen que ha hecho.

Tiro de la cadena, vuelvo a la gruesa puerta de metal y presiono la oreja en contra. Los gritos hacen eco por el pasillo, borrachos maldiciendo, hay un lamento no cesa, pero parece ser que viene de otra parte. Si mantengo mi espalda hacia la puerta, entonces si algún oficial me mira por la ventana, no será capaz de ver mi cara.

No bien me asegure de que por fin tengo un cierto grado de privacidad, la válvula de seguridad de mi mente que se mantuvo funcionando, se abre, como por la fuerza, y las imágenes y los recuerdos me inundan. Trato de llegar a mi cama, pero se me doblan las rodillas antes de llegar a ella. Me acuesto en suelo de hormigón y escavo las uñas en la gruesa sábana de plástico cosida en el colchón. Tiro de ello con tanta violencia, que tengo miedo de poder romperla. Doblándome, presiono mi cara con fuerza contra la apestosa cama, amortiguando mi nariz y boca tanto como puedo. Los desgarradores sollozos se precipitan por todo mi cuerpo, amenazando con apartarme con todas sus fuerzas.

El colchón entero tiembla, mis costillas tiemblan contra el duro marco de la cama, y me asfixia, me sofoca, privándome del oxigeno, pero soy incapaz de levantar la cabeza para respirar, por temor a hacer ruido.

Llorar nunca ha dolido tanto. Quiero meterme debajo de la cama por si alguien aparece y me ve así, pero el espacio es demasiado pequeño. Ni siquiera puedo quitar la sabana para taparme… simplemente no hay donde esconderse.





Oigo los gritos angustiados de Kit, lo veo golpear sus puños contra la ventana, su delgada figura corriendo para alcanzar al auto, todo su cuerpo estremeciéndose cuando se da cuenta de que es incapaz de rescatarme. Pienso en Tiffin y Willa jugando en la casa de Freddie, corriendo alrededor de la casa con sus amigo, entusiasmados, ajenos lo que les espera a su regreso. ¿Les contarán lo que he hecho? ¿Les preguntaron acerca de mi también? ¿Sobre todos los abrazos, los tiempos de baño, la hora de dormir, las cosquillas, los juegos rudos y caídas a los que solíamos jugar? ¿Les lavarán el cerebro para que piensen que abuse de ellos? Y en los próximos años, si alguna vez tenemos la oportunidad de reunirnos como adultos, ¿querrán verme siquiera?

Tiffin tendrá un vago recuerdo sobre mí, pero Willa me ha conocido solamente los primeros cinco años de su vida; ¿que recuerdos conservará, si es que conserva alguno?

Finalmente, demasiado débil para evitar mis pensamientos más tiempo, pienso en Maya. Maya, Maya, Maya.

Ahogo su nombre en mis manos, con la esperanza de que el sonido de su nombre me traiga un poco mas de consuelo. Nunca, nunca debería haberme arriesgado así con su felicidad.

Por su bien, por el de los chicos, nunca debería haber permitido que nuestra relación se desarrollara. No puedo lamentarlo por mi, no hay nada que no hubiera soportado los pocos meses que pasamos juntos. Pero nunca pensé en el peligro para ella, el horror que se vería obligada a experimentar. Estoy aterrado de lo que le podrían estar haciéndole ahora: bombardeándola con preguntas que le será difícil responder, dividida entre protegerme a mí al decir la verdad y acusarme de violación para poder proteger a los chicos. ¿Como pude haberla puesto en esta posición? ¿Como pude haberle pedido que hiciera tal elección?

El golpe y el choque de llaves y cerraduras de metal sacuden a través de mi cuerpo, sorprendiéndome en la confusión, entrando en pánico. Un oficial ordena que me levante, informándome que me llevarán a la sala de interrogación. Antes de que pueda hacer que mi cuerpo responda, me coge del brazo y me pone de pie. Me alejo por un momento, desesperado por ordenar mis pensamientos. Todo lo que necesito es un momento para aclarar mi mente, recordar qué es lo que tengo



que decir. Esta podría ser mi única oportunidad y tengo que hacerlo bien, todo ello, asegurarme de que no hay la más mínima diferencia entre la historia de Maya y la mía.

Me esposan de nuevo y me llevan por varios pasillos largos y bien iluminados. No tengo idea de cuánto tiempo ha pasado desde que fui encerrado en la celda; el tiempo ha dejado de existir: no hay ventanas y no puedo saber qué hora es, del día o de la noche. Me siento mareado con dolor y miedo: una palabra equivocada, un movimiento en falso y podría arruinarlo todo, si dejo escapar algo y de alguna manera implicaría a Maya también.

Al igual que mi celda, la sala de interrogación está fuertemente iluminada: brillante, luz fluorescente volviendo toda la habitación en un amarillo espectral. No es mucho más grande que la celda, pero ahora el hedor de orina se sustituye por el sudor y el aire viciado, las paredes están desnudas y el piso alfombrado. El único mobiliario es una mesa estrecha y tres sillas. Dos oficiales se sientan en el lado opuesto: un hombre y una mujer. El hombre parece ser de unos cuarenta años, con una cara delgada y el pelo cortado al rape. La dureza detrás de sus ojos, la expresión grave, la rigidez de su mandíbula, todo sugiere que ha visto esto muchas veces antes, ha ido atrapando delincuentes por años: se ve fuerte y astuto, y hay algo duro e intimidante sobre él. La mujer, por el contrario, parece más vieja y más común, con pelo recortado y una expresión "cansada-del-mundo", pero sus ojos tienen una mirada aguda. Ambos oficiales se ven como si hubieran sido bien entrenados en el arte de manipular, amenazar, engatusar o incluso mentir para conseguir lo que quieren de sus sospechosos. Incluso en mi estado de confusión, un estado brumoso, de inmediato siento que son buenos en lo que hacen.

Me dirigen a la silla de plástica gris colocada frente a ellos, a menos de medio metro de distancia del borde de la mesa y de espaldas contra la pared detrás de mí.

Podríamos estar en una jaula, todos juntos: la mesa no es muy amplia y todo se siente demasiado cerca como para estar cómodo. Soy plenamente consciente de mi cara sudorosa, del pelo pegado a mi frente, y la delgada tela de mi camisa que se adhiere a mi piel, las manchas de sudor visibles en el material. Me siento sucio y asqueroso, con el sabor de la bilis en mi garganta, la sangre ácida en mi boca, y a



pesar de la expresión impasible en el rostro de los oficiales, su rechazo es casi tangible en este espacio pequeño y cerrado.

El hombre no me ha mirado desde que he entrado, pero se mantiene garabateando en un archivo. Cuando levanta la mirada, me siento retroceder y automáticamente trato de raspar mi silla hacia atrás, pero no se mueve.

—Esta entrevista va a ser registrada y grabada en video. —Unos ojos como pequeñas grises piedras miran los míos. —¿Tiene un problema con eso?—

Como si tuviera elección. —No. —Me doy cuenta de una discreta cámara, enfocando mi cara y el sudor fresco recorre mi frente.

El hombre presiona el interruptor de algún tipo de dispositivo de grabación y lee en voz alta el número del caso, seguido por la fecha y la hora. Continúa diciendo: —Me presento, Detective Inspector Sutton. A mi derecha, la Detective Inspector Kaye. Frente a nosotros, el sospechoso. Quiere identificarse, ¿por favor?

¿A quién le está hablando exactamente? ¿Otros oficiales, los analistas de la verdad, el juez y el jurado? ¿Esta entrevista se mostrará en el tribunal? ¿Mi propia descripción de mi crimen atroz se le mostrara a mi familia? ¿Maya se verá forzada a escucharme tartamudear y tropezar mis palabras durante este interrogatorio y luego se le va a pedir que confirme si he estado diciendo la verdad?

No pienses en eso ahora, por Dios. Deja de pensar en eso ahora, las únicas dos cosas en las que debes centrarte en este momento es en tu actitud y tus palabras. Todo lo que sale de tu boca debe ser completamente y totalmente convincente.

—Lochan Whi…— Me aclaro la garganta, mi voz es débil y desigual. —Lochan Whitely.

Las siguientes preguntas son usuales: ¿fecha de nacimiento? ¿Nacionalidad? ¿Dirección? El detective Sutton apenas levanta la vista, ya sea anotando las cosas en su archivo o revisando mis notas, con los ojos agitando rápidamente de un lado a otro.

—¿Sabes por qué estás aquí?— Sus ojos se encuentran con los míos de repente, sorprendiéndome.



Asiento con la cabeza. Entonces trago saliva. —Sí.

Con el lápiz suspendido, continúa mirándome, como si esperara que continúe. —Por-por abusar sexualmente de mi hermana— digo, mi voz tensa pero estable.

Las palabras flotan en el aire como pequeñas heridas punzantes. Siento el ambiente pesado, apretado. A pesar de que los oficiales tienen que tener todo escrito enfrente de ellos, en realidad decir las palabras en voz alta, en presencia de una cámara de video y una grabadora de voz, hace todo de repente intolerable. Ya no siento como si estuviera mintiendo. Tal vez no hay una verdad universal. El incesto consensual para mí, el abuso sexual de un miembro de la familia para ellos. Tal vez las dos etiquetas son las correctas.

Y entonces comienzan las preguntas.

Al principio todas son de cosas antecedentes. Los tediosos, interminables detalles: cuando nací, los miembros de mi familia, fechas de nacimiento de cada uno, los detalles que rodean a mi padre, mi relación con él, con mis hermanos, con mi madre. Me atengo a la verdad tanto como sea posible, incluso les cuento acerca de los turnos tarde de mi madre en el restaurante, su relación con Dave. Tengo cuidado de omitir las partes que espero que mamá y Kit tengan la sensación de pasar por alto también: su problema con la bebida, las peleas por el dinero, el traslado a la casa de Dave, y finalmente, el abandono casi total de su familia. En cambio, les digo que solo recientemente ha empezado a trabajar turnos de tarde y que cuidaba a los niños, pero solo una que vez los chicos estaban en la cama. Hasta ahora, todo bien. No es una familia ideal, pero casi encaja dentro de los límites de la normalidad. Y luego, después de que les he dado el mas mínimo detalle, desde el número de habitaciones en nuestra casa a nuestros respectivos colegios, las notas y las actividades extra-curriculares, finalmente, hacen la pregunta: —¿Cuando fue la primera vez que hubo algún tipo de contacto sexual con Maya?— La mirada del oficial es directa y su voz tan inexpresiva como antes, pero de repente, pareciera que me observara con atención, esperando el más mínimo cambio en mi expresión.

El silencio pesa en el aire, drenando el oxigeno, y soy consciente del sonido de mi respiración agitada, mis pulmones automáticamente claman por más aire. Soy consciente también del sudor recorriendo los lados de mi cara y seguro que puede ver el miedo en mis ojos. Estoy exhausto y dolorido y desesperado por ir al baño



otra vez, pero es evidente que la interrogación tiene mucho tiempo todavía para correr.

—Cuando… cuando usted dice contacto sexual, ¿quiere decir como, como los sentimientos, o cuando por primera vez, es decir, la primera vez que la he t-tocado, o…?

—La primera vez que ha habido una exposición inadecuada o contacto. —Su voz se ha endurecido, su mandíbula está apretada y las palabras salen disparatadas de su boca como pequeñas balas.

Luchando en mi camino a través de la niebla y el pánico, trato de llegar a la respuesta correcta. Es de vital importancia que salga todo bien así concuerda exactamente con la versión de Maya. Contacto sexual… ¿pero que significa eso? ¿Ese primer beso en la noche de su cita? ¿O antes, cuando estábamos bailando?

—¡Responde a la pregunta!— La temperatura está subiendo. El piensa que estoy estancado con el fin de tratar de exonerarme, cuando en realidad es todo lo contrario.

—Yo-yo no estoy seguro de la fecha exacta. D-debe haber sido algún día de noviembre. S-sí en noviembre— ¿O era de octubre? Oh Dios, estoy arruinándolo todo.

—Dime que pasó.

—Ok. Ella-ella llegó a casa de una cita con un chico de la escuela. N-nosotros tuvimos una discusión porque yo le preguntaba. Yo estaba preocupado, quiero decir, enojado…. quería saber si se había acostado con él. Yo me alteré…

—¿Qué quieres decir con que te alteraste?

No, por favor.

—Empecé…comencé a llorar. —Como voy a hacer ahora, sólo por recordar el dolor que sentí aquella noche. Vuelvo mi cabeza a la pared, me muerdo fuerte, pero el dolor de mi lengua al cortarla con los dientes no funciona por mucho tiempo. Ninguna cantidad de dolor físico puede superar la agonía mental. Cinco



minutos en el interrogatorio y ya estoy cayendo a pedazos. Es inútil, todo es inútil, no tengo remedio, voy a fracasar, Maya, voy a fallarle a todos.

—¿Qué pasó entonces?— Trato cada truco del libro para contener las lágrimas, pero ninguno funciona. La presión aumenta, y veo de la expresión de Sutton que piensa que estoy tratando de ganar tiempo, fingiendo sentir remordimiento, mintiendo.

—¿Qué paso entonces?— Esta vez, su voz se eleva.

Me estremezco. —Le dije… traté de…. le dije que tenía… la forcé a…

No puedo decir las palabras, a pesar de que estoy desesperado, deseando poder gritarlo a los cuatro vientos. Es como estar obligado a estar frente a la clase una vez más, las palabras obstruyen mi garganta, la cara roja de vergüenza. Excepto que esta vez no me piden que lea un ensayo, estoy siendo interrogado acerca de los detalles más íntimos y personales de mi vida, todos los momentos de ternura que pase con Maya, todos los momentos preciosos que han hecho los últimos tres meses los mas felices de mi vida. Sin embargo, ahora están siendo arrasados de nuestra familia como los excrementos en la celda: podrido, asqueroso, abusos horribles, siendo yo el autor, forzando a mi hermana menor a repugnantes actos sexuales contra su voluntad.

—Lochan, le recomiendo encarecidamente que deje de perder tiempo y empiece a cooperar. Como estoy seguro de que usted sabe, en el Reino Unido, la pena máxima por violación es de cadena perpetua. Ahora si usted coopera y muestra remordimiento por lo que ha hecho, la sentencia de seguro se reducirá, tal vez incluso a tan solo siete años. Pero si miente y trata de negar algo, nos daremos cuenta de todo y un juez será mucho menos indulgente.

Otra vez trato de responder, y otra vez fallo. Me veo a mi mismo a través de sus ojos: el enfermo, jodido, un patético adicto al sexo, reducido a abusar de su joven hermana con la que una vez jugó, con su propia carne y sangre.

—Lochan…— La mujer detective se inclina hacia mí, con las manos estiradas sobre la mesa. —Veo que te sientes mal por lo sucedido. Y eso es bueno. Significa que estás comenzando a tomar responsabilidad por tus acciones. Tal vez en realidad no creías que tener una relación sexual con tu hermana le haría daño, tal



vez nunca quisiste decirlo cuando amenazaste con matarla, pero *es necesario que nos diga exactamente lo que hizo, lo que dijiste.* Si intentas quitar importancia a las cosas o dejar cosas o a estancarte y decir mentiras, entonces las cosas se van a poner mucho, mucho peor para ti.

Tomo una respiración profunda, asiento con la cabeza, tratando de hacerles ver que estoy dispuesto a cooperar, que no tienen que mantener esta farsa de policía bueno y policía malo, con el fin de que confiese. Todo lo que necesito es la fuerza para reponerme, contener las lágrimas y encontrar las palabras adecuadas para describir todas las cosas que obligué a Maya para que hiciera, todas las cosas que la obligué a soportar.

—¿Lochan, tienes un apodo?

La detective Kaye sigue haciendo sus cosas amistosas, donde finge la ser mi amiga y ponerme cómodo con la esperanza de que confíe en ella lo suficiente para relajarme, calmarme. Creo que ella esta tratando de ayudar realmente en vez de extraer una confesión.

—Loch…— dejo escapar. —Lochie…— No, oh no. Solo mi familia me llama así. ¡Sólo mi familia!

—Lochie, escúchame ahora. Si cooperas con nosotros, si nos dices todo lo que paso, hará una gran diferencia en el resultado de todo esto. Todos somos humanos. Todos cometemos errores, ¿no? Sólo tienes dieciocho años, estoy segura de que no te diste cuenta de la gravedad de lo que estabas haciendo, y un juez tomará eso en cuenta.

Sí, claro. ¿Que tan estúpido creen que soy? Tengo dieciocho años y voy a ser juzgado como un adulto. Guarda tus mentiras manipuladoras a los que realmente estén tratando de ocultar sus acciones.

Asiento con la cabeza y me seco los ojos en mi manga. Agarro mi pelo con las manos esposadas sobre mi cabeza, y empiezo a hablar.

Las mentiras son la parte fácil: obligué a Maya a permanecer fuera de la escuela, iba a la cama con ella todas las noches, repitiendo la misma amenaza, una y otra vez, siempre que ella me rogaba que la dejara en paz. Es cuando tengo que decirles



la verdad con la que me debato… es nuestra verdad, nuestros momentos más íntimos, los preciosos pequeños detalles de nuestro breve e idílico momentos juntos. Esas son las partes que me hacen balbucear y estremecer. Pero me obligo a seguir, incluso cuando no puedo contener las lágrimas por más tiempo, incluso cuando empiezan a derramarse sobre las mejillas y mi voz empieza a temblar por los sollozos reprimidos, incluso cuando siento que sus miradas de repugnancia se funden con la de lástima.

Quieren saber todos los pequeños detalles. La hora de la cama, nuestra primera noche juntos. Lo que hice, lo ella que hizo, lo que dije, lo que dijo. Cómo me sentía… Cómo respondí…Cómo respondió mi cuerpo… Les digo la verdad, y alguien llega dentro de mi pecho y lentamente empieza a dividirme. Cuando finalmente llego a los eventos de esta mañana, cuando viene lo que ellos llaman la "penetración", quiero morirme para detener el dolor.

Me preguntan si usé protección, me preguntan si Maya gritó, me preguntan cuánto tiempo duró… Me duele mucho, se siente tan absolutamente humillante, completamente degradante, que me siento mal.

El interrogatorio parece prolongarse durante horas. Se siente como la mitad de la noche y hemos estado encerrados en esta habitación, sin aire por toda la eternidad. Ellos se turnan para salir a tomar café y bocadillos. Me ofrecen agua, la que declino. Con el tiempo me siento tan cansado que todo lo que puedo hacer es chupar mis dos dedos del medio como solía hacerlo cuando era niño y hundirme contra la pared, con la voz completamente ronca y con la cara pegajosa con sudor y lágrimas congeladas.

A través de una espesa niebla, los oigo informarme que voy a ser escoltado de vuelta a mi celda y que la interrogación continuará mañana.

La cinta está apagada, otro oficial viene a buscarme, pero por unos momentos no puedo ponerme de pie. El detective Sutton, que en su mayor parte se ha mantenido frío e impasible, suspira y sacude la cabeza con una mirada al borde de la compasión. —Tu sabes, Lochan, he estado en este trabajo desde hace años y puedo decir que sientes remordimiento por lo que has hecho. Pero me temo que todo es un poco demasiado tarde. No sólo se te acusa de haber cometido un delito muy grave, sino que tus amenazas parecen haber dejado a tu hermana tan



aterrorizada, que ha firmado una declaración jurando que su relación sexual juntos fue totalmente consensuada e instigada por ella.

Todo el aire sale de mi cuerpo. Mi agotamiento se evapora. De repente, sólo el ruido sordo de los latidos de mi corazón horrorizado llena el aire. ¿Ella les dijo la verdad? *¿Les dijo la verdad?*

—Una declaración jurada… pero eso no significa nada, ¿verdad? Ahora que he admitido todo, les dije exactamente lo que pasó. Usted sabe que ella dijo esas cosas por lo que le dije, porque le dije que iba a matarla si acaba en prisión. Así que nadie le cree, ¿verdad? ¡Ahora he confesado!— Mi voz agrietada y seca está temblando fuerte, pero debo mantener la calma. Mostrar remordimiento es una cosa, pero tengo que disimular de alguna manera mi horror e incredulidad.

—Eso dependerá de cómo lo vea el juez.

—¿El juez?— Estoy gritando ahora, mi voz al borde de la histeria. —¡Pero Maya no es el que está siendo acusada de violación!

—No, pero incluso el incesto consensual es contra la ley. En virtud del artículo sesenta y cinco de la Ley de Explotación Sexual, su hermana puede ser juzgada por "consentimiento por ser penetrada por un familiar adulto", que conlleva una pena de hasta dos años en prisión.

Lo miro. Sin palabras. Aturdido. No puede ser. No puede ser.

El detective suspira y deja caer el archivo de nuevo sobre la mesa en un gesto de cansancio repentino. —Así que a menos que se retracte de su declaración, tu hermana podría ser arrestada también.

¿Por qué? ¿Maya, mi amor? ¿Por qué, por qué, por qué?

Colapso en el suelo, medio recostado en la puerta de metal, miro a ciegas la pared opuesta.

Todo el cuerpo me duele por la mentira, completamente inmóvil por lo que debe ser varias horas ya. Ya no tengo fuerza para seguir golpeando con mi cabeza la puerta en un intento desesperado, frenético de pensar en una manera de que Maya se retracte de su declaración. Después de gritar una y otra vez, rogando a los



guaridas que me dejen llamar a casa, con el tiempo pierdo la voz por completo. A Maya y a mi nunca se nos permitirá ponernos en contacto otra vez, al menos no hasta que haya cumplido mi sentencia, que de acuerdo con el oficial del interrogatorio, ¡podría ser mas de una década a partir de ahora!

Mi mente se esta cayendo a pedazos y apenas puedo pensar, por lo que me dieron a entender, el hecho es que a menos que Maya se retracte de su declaración, ella va a ser arrestada justo como yo, posiblemente incluso delante de Tiffin y Willa. Sin nadie que cuide de ellos, nadie para cubrir el consumo y abandono de nuestra madre, a los tres niños sin duda los llevarán con los de Servicios Sociales. Y Maya será llevada a la estación de policía, sometida a las mismas humillaciones, al mismo interrogatorio, y acusada, al igual que yo, de cometer delito sexual. Incluso con mi palabra contra la de ella, habrá poco que pueda hacer. Si sigo insistiendo que soy el agresor, de inmediato se preguntarán por que de repente estoy tan desesperado por absolver a Maya de todos los males; especialmente después de haber abusado de ella *y* amenazarla con matarla si ella le decía a alguien. Voy a estar acorralado, incapaz de protegerla, por más que insista en que Maya es inocente y yo culpable, es más probable que crean la confesión de Maya. No les tomará mucho tiempo darse cuenta de que estoy tomando la culpa para protegerla, que estoy mintiendo porque la amo y que nunca abusé de ella, la amenacé o dañé en ninguna forma. Y por supuesto está Kit, el único testigo real. Incluso Tiffin y Willa, si se les pregunta, van a insistir que en ningún momento Maya tuvo miedo de mi, que ella siempre estaba sonriéndome, riendo conmigo, tocando mi mano, incluso me abrazaba. Y así se darán cuenta de que Maya es cómplice de este crimen al igual que yo.

Lo que sea que tratara de hacer ahora es imposible, especialmente porque cualquier intento de sorprender a Maya fracasará si ella les cuenta la verdad. Fácilmente será capaz de explicar el golpe en el labio como mi último y desesperado intento para que pareciera que la había violado.

Maya será llevada ante los tribunales y condenada a dos años de prisión. Comenzará su vida adulta en la cárcel, separada no sólo de mí, sino de Kit, Tiffin y Willa, a quienes ama mucho. Incluso después de cumplir su sentencia en prisión, donde saldrá marcada emocionalmente, y atascada con antecedentes penales por el resto de su vida. Con el acceso denegado a sus otros hermanos por su crimen, se



encontrará completamente sola en el mundo, excluida por sus amigos, mientras estoy encerrado, cumpliendo una pena de mucho más tiempo, porque me han tratado como un adulto. La idea de todo esto es, simplemente, más de lo que puedo soportar. Y sé que, a menos que pueda de alguna manera llegar a ella, la testadura, apasionada Maya que me ama mucho no se rendirá. Ella ha hecho su elección. Como me gustaría decirle que preferiría estar encerrado de por vida a que se someta a nada de esto…

Es inútil, estando sentado aquí, cayendo a pedazos. Nada de esto puede suceder. *No voy a permitirlo*. Sin embargo, a pesar de pensar y pensar durante horas y horas, atacando esporádicamente contra el cemento frío a mi alrededor en total frustración, no puedo llegar a alguna forma de hacer cambiar a Maya de opinión.

Estoy empezando a darme cuenta de que nada va a hacer que Maya se retracte de su declaración y que me acuse de violación. Ha tenido mucho tiempo para darse cuenta de que, al hacerlo, me va a enviar a la cárcel. Si hubiera corrido, como sugirió inicialmente, si por algún milagro hubiera evitado ser atrapado, ella habría mentido en un latido del corazón por el bien de los niños. Pero sabiendo que estoy aquí sentado, encerrado en una celda de la prisión, el resto de mi vida depende de su acusación o confesión, ella nunca se rendirá. Me doy cuenta ahora con esta estremecedora certeza. Me ama demasiado. Me ama *demasiado*. Quería tanto su amor, todo. Cumplí mi deseo… y ahora los dos estamos pagando el precio. Qué tan estúpido fue por pedirle alguna vez que hiciera esto, me doy cuenta, por esperar que sacrificara mi libertad por la de ella. Mi felicidad era todo para ella, tanto como la de ella para mí.

Si la situación hubiera sido al revés, ¿podría incluso *considerar* acusar falsamente a Maya con el fin de evitar un castigo de mi cuenta? Sin embargo, el remordimiento me carcome. Si hubiera corrido cuando tuve la oportunidad, si la hubiera dejado y de alguna forma hubiera escapado de ser arrestado, Maya no habría confesado. No hubiera ganado nada por decir la verdad, sólo hubiese perjudicado a los niños. Ella nunca habría confesado si lo hubiera hecho, si no hubiera sido capturado…

Mi mirada se desplaza lentamente por la pared hasta la pequeña ventana en la esquina, justo debajo del techo. Y de repente, la respuesta esta ahí delante de mí. Si



quiero que Maya se retracte de su confesión, entonces no debo estar aquí para recibir una sentencia, no debo estar atrapado en una celda hacia la cárcel. Tengo que irme.

Descoser los hilos de la sabana cosida sobre el colchón pronto hace que mis manos se vuelvan rígidas y mis dedos se entumezcan. Mantengo la vista entre los guardias, contando rítmicamente a mi mismo por debajo de mi respiración cuando con cuidado, metódicamente, corto las costuras.

El que diseñó estas celdas ha hecho un buen trabajo de garantizar la seguridad. La pequeña ventana está tan alta del suelo que se necesitaría una escalera de tres metros para llegar a ella. También tiene barras, por supuesto, pero sobresalen en la parte superior.

Con un tiro correcto, me siento seguro de que puedo enlazar un lazo sobre las barras de pinchos para que las tiras anudadas de la sabana rota queden colgando lo suficientemente bajo como para que alcance, como las cuerdas que utilizamos para subir en educación física. Yo era bueno en eso, me acuerdo, siempre el primero en la cima. Si puedo conseguir un resultado similar esta vez, voy a llegar a la ventana, a esa pequeña porción de luz solar, mi puerta a la libertad. Es un plan loco, lo sé. Uno desesperado. Pero estoy desesperado. No hay más opciones de escape. Me tengo que ir. Tengo que desaparecer.

Las barras que cubren el cristal muestran signos de corrosión, y no se ven tan fuertes. Siempre y cuando no se rompan antes de llegar a la ventana, esto podría funcionar.

Seiscientos veintitrés, cuento desde los últimos pasos que se escucharon fuera de la puerta en la celda. Una vez que estoy listo, voy a tener diez minutos para sacar esto adelante. He leído acerca de las personas que hacían esto antes, no sólo ocurre en los programas de policías. Es posible. Tiene que serlo.

Después de trabajar finalmente mi camino alrededor de todo el borde de la sabana, le doy un pequeño tirón y la siento moverse debajo de mí, ya no está pegada debajo del colchón. Poniéndola delante de mí, uso mis dientes para hacer el primer rasgón y comienzo a rasgar poco a poco. Por mis cálculos aproximados, tres tiras de sabana unidas deben ser suficientes. El material es resistente y mis

manos duelen, pero no puedo correr el riesgo de sólo tirar la sabana por temor a que oigan el sonido del desgarro. Mis uñas están rotas, las puntas de mis dedos son un lio sangrante en el momento en que la sábana se rompe en tres pedazos. Pero ahora todo lo que tengo que hacer es esperar a que el guardia pase. Los pasos comienzan a acercarse, y de repente estoy temblando. Tiemblo tanto que apenas puedo pensar. No puedo seguir adelante con esto. Soy demasiado cobarde, demasiado malditamente miedoso. Mi plan es ridículo… voy a ser atrapado, voy a fallar. Las barras se ven demasiado flojas. ¿Que sucede si se rompen *antes* de llegar a la ventana?

Los pasos empiezan a retroceder e inmediatamente comienzo a atar las tiras. Los nudos tienen que ser apretados, muy ajustados, lo suficiente para soportar mi peso. El sudor se derrama sobre mí, llegan a mis ojos, haciendo mi visión borrosa. Tengo que apurarme, apurarme, apurarme pero mis manos no dejan de temblar. Mi cuerpo me grita que pare, que vuelta abajo. Mi mente me obliga a seguir delante. Nunca he estado tan asustado.

Estoy perdido. Sigo perdido. A pesar del peso del material de plástico y el lazo fuerte con nudos al final, no puedo conseguir que se enganche a uno de los picos. Hice el lazo muy pequeño. Subestimé mi capacidad para alcanzar un objetivo, mientras entro en pánico con las manos temblorosas. Finalmente, en mi loca desesperación, lo lanzo hasta el techo, y para mi asombro, el lazo baja y queda atrapado en un solo pico exterior, las tiras anudadas de la sábana cuelgan de la pared como una cuerda gruesa. Me quedo mirando por un momento en shock total: esta ahí, esperando ser escalada, mi camino hacia la libertad. Mi corazón late fuerte, estiro mis manos para agarrar el material tan alto como pueda. Empujándome con mis brazos, levanto mis piernas, doblo mis rodillas, cruzo los tobillos para atrapar la sabana entre los pies y empiezo a subir.

Llegar a la cima requiere más tiempo del que había previsto. Mis manos están sudorosas, mis dedos débiles de todo el descosido y del desgarro, ha diferencia de las cuerdas del colegio las tiras de sabana no tienen ninguna empuñadura.

Tan pronto como llego a la cima, engancho mis brazos alrededor de los garrotes, mi pie escarba un punto de apoyo contra la pared llena de baches astillados. La punta de mi zapato encuentra una pequeña protuberancia y gracias al agarre de



mis deportivas, soy capaz de aferrarme. Ahora el momento de la verdad. ¿Los barrotes han sido aflojados por mi ascenso? ¿Con un tirón final hacia abajo haré que se separen de la pared?

No tengo tiempo para inspeccionar el óxido alrededor de las fijaciones ahora. Como un escalador en el borde de un acantilado, me aferro a los barrotes con las manos y en la pared con los pies, cada músculo de mi cuerpo está tenso contra la fuerza de gravedad. Si me cogen ahora, todo ha terminado. Pero todavía no me atrevo. ¿Se romperán las rejas? ¿Se romperán? Por un breve instante, siento que la luz dorada del sol poniente toca mi rostro a través de la sucia ventana. Más allá se encuentra la libertad. Encerrado en esta caja de aire, soy capaz de echar un vistazo a la naturaleza, el viento sacudiendo los árboles verdes en la distancia. El grueso cristal es como una pared invisible, sellándome de todo lo que es real y vivo y necesario. ¿En qué punto decides que suficiente es suficiente? Sólo hay una respuesta realmente. Nunca.

Ha llegado el momento: si fallo, me van a escuchar y mantener bajo vigilancia o transferirme a otra celda más segura, así que estoy muy consciente de que ésta es mi única oportunidad. Un sollozo aterrorizado amenaza con escapar. Me estoy perdiendo, alguien me escuchará. Pero no quiero hacer esto. Tengo tanto miedo.

Mucho miedo.

Con mi brazo izquierdo todavía enganchado en los barrotes, tomando casi todo el peso de mi cuerpo, el metal cortando mi carne, excavando en el hueso, suelto una mano para llegar a la sabana que cuelga debajo de mí. Y entonces me doy cuenta de que esto es todo. El guardia estará de vuelta por el corredor en cualquier momento. No tengo más excusas. Es hora para mí de librarnos a todos. A pesar del terror, el terror blanco cegador, me pongo un segundo lazo en la cabeza. Aprieto el nudo. Un fuerte sollozo rompe el aire inmóvil.

Y luego me dejo ir. Los grandes ojos azules de Willa, la sonrisa con hoyuelos de Willa. La melena rubia de Tiffin, la sonrisa descarada de Tiffin. Los gritos de emoción de Kit, el brillo de orgullo en los ojos de Kit. La cara de Maya, los besos de Maya, el amor de Maya. Maya, Maya, Maya…





Epílogo

Traducido por ASD

Corregido por Pamee

Maya

Me quedo mirando mi rostro en el espejo de la pared de mi habitación. Puedo ver mi rostro con claridad, pero es como si no estuviera realmente allí. El reflejo detrás de mí es el de otro, un imitador, un extraño. Uno que se parece a mí, todavía parece normal, tan sólida, tan viva. Mi pelo está perfectamente peinado de nuevo, pero mi cara parece alarmante familiar, mis ojos son lo mismos grandes ojos azules. Mi expresión es impasible, calmada, tranquila, incluso serena. Me parece tan terriblemente ordinario, devastadoramente normal. Sólo mi piel cenicienta y las profundas sombras bajo mis ojos, delatan las noches de insomnio, las horas y horas mirando el familiar techo, mi cama, una tumba fría en la que ahora yazco sola. Los tranquilizantes hace tiempo han ido a la papelera, la amenaza de la hospitalización ya se retiró ahora que estoy llegando a comer y beber, ahora que recuperé mi voz, encontré una manera de hacer que mis músculos se contraigan y relajen con el fin de ser capaz de moverme, ponerme de pie, funcionar. Las cosas están casi en la normalidad: mamá ha parado de intentar alimentarme a la fuerza, Dave ha dejado de cubrirla por las autoridades, y juntos se han desplazado al otro lado de la ciudad después de restaurar de algún tipo de orden en la casa y hacer una demostración convincente a los Servicios Sociales. He vuelto a la función familiar de cuidar y proveer, salvo que ya nada es familiar, y menos yo.

La rutina básica se resume en: levantarme, ducharme, vestirme, comprar, cocinar, limpiar la casa, tratar de mantener a Tiffin, Willa, y hasta a Kit, tan ocupados como sea posible. Se aferran a mí como lapas, la mayoría de las noches cuatro de nosotros terminamos juntos en lo que solía ser la cama de nuestra madre.



Incluso Kit ha vuelto a ser un niño asustadizo. Cuando nos apiñamos bajo el edredón de la cama de matrimonio, algunas veces quieren hablar. En general, quieren llorar y yo los consuelo lo mejor que puedo, aunque sé que nada puede ser suficiente, no hay palabras que puedan compensar lo que sucedió, por lo que yo les hice pasar.

Durante el día hay mucho que hacer: hablar con los profesores sobre regresar a la escuela, ir a las sesiones con el consejero, registrarse con el trabajador social, asegurarse de que estén limpios, alimentados y sanos… Me veo obligada a mantener una lista de control, recordarme a mí misma lo que se supone que tengo que hacer en cada momento del día. Cuándo despertarme, cuándo comer, cuando empezar la hora de dormir… Tengo que descomponer cada tarea en pequeños pasos, de lo contrario me encuentro en la cocina con una olla en la mano, completamente abrumada, perdida, sin tener idea de por qué estoy allí, o lo que debo hacer a continuación. Me pongo frases que no puedo terminar, pido a Kit que me haga un favor y después se me olvida de lo que era. Él intenta ayudarme, intenta asumir el control y hacerlo todo, pero me preocupa que esté haciendo demasiado, que también tenga algún tipo de desajuste, y por lo tanto, le ruego que se detenga. Pero al mismo tiempo, me doy cuenta de que necesita estar ocupado y sentir que está ayudando y que necesito que lo haga.

Desde el día en que sucedió, el día que llegó la noticia, cada minuto ha sido una agonía en su forma más simple, su forma más fuerte, como meter mi mano en un horno y contar los segundos sabiendo que no tendrá fin, preguntando cómo puedo aguantar otro, y luego otro después de este, asombrada de que a pesar de la tortura de seguir respirando, sigo en movimiento, aunque sé que al hacerlo, el dolor nunca se irá. Pero sigo con la mano en el horno por una sola razón: los niños. Cubrí a nuestra madre, le mentí a mi madre, incluso le dije a los niños qué decir exactamente cuando llegaron los de Servicios Sociales… pero eso fue cuando todavía tenía la arrogancia, la ridículo y vergonzosa arrogancia de creer que todavía estarían mejor *conmigo* en vez de que se los llevaran y los pusieran bajo su cuidado.

Ahora es diferente, a pesar de que poco a poco hemos restablecido algún tipo de rutina, cierta apariencia de calma, me he convertido en un robot y apenas puedo



cuidarme a mí misma, ni hablar de tres niños traumatizados. Ellos merecen una vivienda digna con una familia adecuada que los mantendrá unidos y sea capaz de orientarlos y apoyarlos. Merecen empezar de nuevo, emprender una nueva vida donde las personas que cuidan de ellos siguen las normas de la sociedad, donde los seres queridos no se van, o se deshacen, o mueren. Se merecen lo mejor. No cabe duda de que siempre lo han merecido.

Honestamente creo todo esto ahora. Me tomó unos días convencerme a mí misma completamente, pero con el tiempo, me di cuenta de que no tenían otra opción: no había en realidad una decisión que tomar, otra opción que aceptar los hechos. No tengo la fuerza para seguir así, no puedo seguir otro día: la única manera de lidiar con tan aplastarme culpa es convencerme de que, por su propio bien, los niños estarán mejor en otro lugar. No voy a permitir que parezca que también estoy abandonada.

Mi reflexión no ha cambiado. No estoy segura de cuánto tiempo he estado aquí, pero soy consciente de que ha pasado mucho tiempo porque estoy empezando a sentir mucho frío. Este es un signo familiar que tengo en punto muerto, llegado a la tapa actual y olvidar como hacer el siguiente paso. Pero quizás esta vez mi demora es deliberada. El siguiente paso será el más difícil de todos.

El vestido que compré para la ocasión es realmente muy bonito sin ser demasiado formal. La chaqueta azul marino hace que me vea adecuadamente inteligente. Azul porque es el color favorito de Lochan. *Era* el color favorito de Lochan. Me muerdo el labio y brota sangre en la superficie. El llanto es aparentemente bueno para los niños. Alguien me dijo que, no recuerdo quién, pero he aprendido que para mí, al igual que todo lo que hago ahora, no tiene sentido. Nada bueno puede aliviar el dolor. Ni llorar, ni reír, ni gritar, ni suplicar. Nada puede cambiar el pasado. Nada puede traerlo de vuelta. Los muertos permanecen muertos.

Lochan se hubiera reído de mi ropa. Nunca me vio elegantemente vestida. Habría bromeado, diciendo que parecía a un banquero de la ciudad. Pero entonces habría dejado de reír y habría dicho que en realidad estaba hermosa. Habría reído al ver a Kit con un traje elegante, de repente se ve mucho más viejo que sus trece



años. Nos habría molestado por comprarle un traje a Tiffin también, pero le hubiera gustado la brillante corbata de fútbol, el propio toque personal de Tiffin. Sin embargo, habría tenido dificultades para reírse de la elección del traje de Willa. Creo que verla en su atesorado "vestido de princesa" violeta que le compramos para la Navidad, lo habría llevado al borde del llanto.

Se ha tardado tanto tiempo, casi un mes debido a la autopsia, la investigación y todo lo demás; pero finalmente el momento ha llegado. Nuestra madre decidió no asistir, por lo que sólo seremos nosotros cuatro en la iglesia muy arriba en Millwood Hill, su interior fresco, sombreado y vacío, con el eco y la tranquilidad. Sólo nosotros cuatro y el ataúd. Dawes, el Reverendo, pensará que Lochan Whitely no tenía amigos, pero va a estar equivocado, me tenía, nos tenía todos nosotros. .. Pensará Lochan que no era muy querido, pero lo él, más profundamente que la mayoría de la gente en la vida…

Después de la misa breve pondremos regresar a casa y consolarnos mutuamente. Después de un rato voy a subir las escaleras y escribir las cartas, una para cada uno de ellos, explicando por qué, decirles cuánto los amo, que lo siento mucho, mucho, mucho. Asegurándoles que serán bien atendidos por otra familia, tratando de convencerlos, como hice yo misma, que estarán mucho mejor sin mí, mucho mejor empezando de nuevo. A continuación, el resto va a ser fácil, egoísta, pero fácil; ha sido cuidadosamente planificado más de una semana. Obviamente, no puedo permanecer en la casa para que los niños me encuentren, así que voy a ir a mi refugio en Ashmoore Park, el lugar que llamaba Paraíso, que una vez compartí con Lochan. Excepto que esta vez no he de volver.

El cuchillo de cocina que he estado manteniendo debajo de la pila de papeles en el cajón de mi escritorio lo esconderé debajo de mi abrigo. Me recostaré sobre la hierba húmeda, miraré hacia el cielo tachonado de estrellas y luego elevaré el cuchillo. Sé exactamente qué hacer, así que será más rápido, tan rápido… de la misma manera que espero haya sido para Lochan. Lochie. El chico que una vez amé. El chico todavía amo. El chico voy a seguir amando, incluso cuando mi parte en este mundo haya terminado también. Sacrificó su vida que evitarme una pena de prisión. Pensó que yo podría cuidar a los niños. Pensó que yo era la fuerte, lo suficientemente fuerte para seguir adelante sin él. Pensaba que me conocía, pero estaba equivocado.



Willa irrumpe en la habitación, sorprendiéndome. Kit le cepilló el largo cabello dorado, le limpió la cara y las manos después del desayuno. Su cara de niña sigue siendo tan dulce y confiada, me duele mirarla. Me pregunto si, cuando sea de mi edad, todavía se parecerá a mí. Espero que alguien se le muestre una fotografía. Espero que alguien le haga saber lo mucho que era querida, por Lochan, por mí, a pesar de que no será capaz de recordar por sí misma. De los tres, ella es la más probable que se recupere completamente, la más propensa a olvidar, y espero que lo haga. Tal vez, si le permiten mantener al menos una foto, una parte de ella va a estimular su memoria. Tal vez recordará un juego que solíamos jugar o las voces divertidas que solía hacerle a los diferentes personajes en sus libros a la hora de acostarse.

Ella duda en la puerta, sin saber si avanzar o retroceder, claramente desesperada por decirme algo pero con miedo de hacerlo.

—¿Qué pasa, cariño? Te ves tan hermosa en tu vestido. ¿Estás lista para ir?



Ella me mira fijamente, sin pestañear, como si tratara de medir mi reacción, luego, lentamente, niega con la cabeza, y sus grandes ojos se llenan de lágrimas. Me arrodillo y extiendo los brazos y ella se lanza a ellos, con sus pequeñas manos presionadas contra sus ojos.

—Yo n-no quiero… ¡No quiero ir! ¡No! No quiero ir a decirle adiós a Lochie!

La acerco más, su pequeño cuerpo solloza suavemente contra el mío, y beso en su mejilla mojada, acariciándole el pelo, meciéndola de atrás para adelante.

—Yo sé que no, Willa. Yo tampoco quiero decirle adiós. Ninguno de nosotros quiere. Pero lo necesitamos, tenemos que decirle adiós. Esto no significa que no podemos visitar su tumba en el cementerio, no quiere decir que no podamos pensar en él y hablar de él siempre que queramos.

—¡Pero no quiero ir, Maya!—grita, su voz sollozando casi suplicante. —¡No voy a decir adiós, no quiero que se vaya! ¡No quiero, no quiero, no quiero! —Comienza a luchar contra mí, tratando de alejarse, desesperada por escapar de la terrible experiencia, de la finalidad de todo esto.

Envuelvo mis brazos con fuerza a su alrededor e intento sujetarla.

—Willa, escúchame, escúchame. Lochie quiere que vayas a despedirse de él. De verdad, de verdad quiere que vayas. Él te quiere tanto, ya lo sabes. Eres su niñita favorita en todo el mundo. Él sabe que estás muy triste y muy enojada en este momento, pero de verdad espera que algún día ya no te sientas tan mal.

Su lucha se vuelve más débil, debilitando su cuerpo mientras aumentan sus lágrimas.

—¿Q-qué más quiere?

Frenéticamente trato de pensar en algo. *Para que algún día puedas encontrar la forma de perdonarlo. Para que olvides el dolor que te causó, incluso si eso significa que tienes que olvidarte de él. Para que sigas adelante y vivas una vida de gozo inimaginable...*

—Bueno… siempre amó tus dibujos, ¿recuerdas? Estoy segura de que realmente le gustaría que le hicieras algo. Tal vez una tarjeta con un dibujo especial. Puedes escribir un mensaje dentro si quieres, o sólo tu nombre. La cubriremos con un plástico transparente especial, de modo que incluso si llueve, no se mojará. Y entonces podrías llevársela cuando vayas a visitar su tumba.

—Pero si está dormido para siempre jamás, ¿cómo va a saber siquiera que está ahí? ¿Cómo va a verla siquiera?

Tomando una respiración profunda, cierro los ojos. —No sé, Willa. Sinceramente, no lo sé. Pero puede que tal vez… tal vez la vea, podría saberlo. Así que, sólo en caso de que la vea…

—¡E-está bien.—Se echa ligeramente hacia atrás, su cara sigue estando sonrosada y manchada de lágrimas, pero tiene un pequeño rayo de esperanza en sus ojos. —Creo que la verá, Maya— me dice, como pidiéndome que esté de acuerdo. —Creo que lo hará, ¿tú no?

Asiento con la cabeza lentamente, mordiéndome con fuerza.

—Yo también que creo que la verá.





Willa traga saliva y sorbe por la nariz, pero puedo decir que su mente ya está en la obra de arte que va a crear. Abandona mis brazos y se mueve hacia la puerta, pero luego, como si de pronto recordara algo, da la vuelta.

—Entonces, ¿qué hay de ti?

Me siento tensa. —¿Qué quieres decir?

—¿Qué hay de *ti*?—repite. —¿Qué le vas a dar?

—Oh… tal vez algunas flores o algo así. No soy tan artística como tú. No creo que quisiera uno de mis dibujos.

Willa me da una larga mirada. —No creo que a Lochie le gustara que le dieras flores. Creo que querría que hicieras algo más especial.

Apartándome de ella bruscamente, me acerco a la ventana y miro hacia el cielo sin nubes, fingiendo comprobar si está lloviendo. —Te diré que… ¿por qué no empiezas a hacer la tarjeta? Voy a bajar en un minuto y entonces todos podremos irnos juntos. Y recuerda que, de camino a casa vamos a comer pasteles en…

—¡Eso no es justo!—grita Willa, de repente. —¡Lochie te ama! ¡Quiere que hagas algo para él también!

Ella sale corriendo de la habitación y escucho el sonido familiar de sus pies golpeando fuerte por las escaleras. La sigo ansiosamente hasta el final del pasillo, pero cuando oigo que le pide a Kit que le ayude a encontrar los rotuladores, me relajo.

Vuelvo a mi habitación. De vuelta a mirarme en el espejo, parece que no puedo irme. Si sigo mirándome, puedo convencerme de que aún estoy aquí, al menos por hoy. Tengo que estar hoy aquí, para los niños, para Lochie. Tengo que apagar el interruptor mecánico sólo por las próximas horas. Tengo que permitirme sentir, sólo por ahora, sólo por el funeral. Pero ahora que mi mente se está descongelando, que está volviendo a la vida, el dolor comienza a aparecer de



nuevo, y las palabras de Willa no me dejan en paz. ¿Por qué se enojó tanto? ¿Sintió de alguna forma que me he dado por vencida? ¿Acaso piensa que debido a que Lochie se ha ido, ya no me interesa lo que él hubiera querido de nosotros, *para* nosotros?

De repente me agarro de los lados del espejo, buscando apoyo. Estoy en un terreno peligroso, se trata de una línea de pensamiento que no puedo permitirme el lujo de seguir. Willa quería a Lochan tanto como yo, sin embargo, no se está escondiendo detrás de un anestésico; está tan afectada tanto como yo, y aun así está encontrando la forma de hacerle frente, a pesar de que sólo tiene cinco años. En este momento no está pensando en sí misma y su propio dolor, sino que está pensando en Lochie, sobre lo que puede hacer por *él*. Lo menos que puedo hacer es preguntarme a mí misma: si Lochie me viera ahora, ¿qué me estaría pidiendo?

Pero por supuesto, ya sé la respuesta. He sabido la respuesta desde el principio. Es por eso que he evitado cuidadosamente pensar en ello hasta ahora… Observo que los ojos de la chica en el espejo se llenan de lágrimas. No, Lochie, le digo con desesperación. *¡No! Por favor, por favor. No me puedes pedir eso, no puedes. No puedo hacerlo, no sin ti. Es muy difícil. Es muy difícil. ¡Es muy doloroso! ¡Te amaba tanto!*

¿Puede una persona tan amable como Lochie ser tan amada? ¿Nuestro amor realmente estaba destinado a provocar tanta desgracia, tanta destrucción y desesperación? Al final, ¿estaba mal después de todo? Si todavía estoy aquí, ¿eso no significa que tengo la oportunidad de mantener vivo nuestro amor? ¿Eso significa que todavía tengo la oportunidad de hacer que algo bueno salga de todo esto en lugar de la tragedia sin fin?

Él dio su vida para rescatar la mía, para rescatar a los niños. Eso era lo que quería, esa fue su opción, ese era el precio que estaba dispuesto a pagar para que yo siguiera viviendo, para que tuviera una vida digna de ser vivida. Si yo muero también, su sacrificio habrá sido en vano.

Me inclino hacia adelante para presionar mi frente contra el frío espejo. Cierro los ojos y empiezo a llorar, lágrimas silenciosas que bajan por mis mejillas. *Lochie,*



puedo ir a la cárcel por ti, puedo morir por ti. Pero la única cosa que sé que quieres, no puedo hacerla. No puedo seguir viviendo por ti.

—Maya, tenemos que irnos. ¡Vamos a llegar tarde!—grita la voz de Kit desde la sala. Todos están esperando, esperando para despedirse, dar el primer paso para dejarlo ir. Si voy a vivir, voy a tener que empezar a dejarlo ir. Dejar ir a Lochie. ¿Cómo puedo hacer eso?

Miro mi cara una vez más. Miro los ojos Lochie solía decir que eran tan azules como el océano. Sólo hace unos minutos me dije que él nunca me conoció realmente si pensó, por un segundo, que podría sobrevivir sin él. Pero ¿y si *yo* soy la que está equivocada? Lochie murió para salvarnos, para salvar a la familia, para salvarme. Él no lo habría hecho si hubiera pensado, incluso por un momento, que yo no era lo suficientemente fuerte para seguir adelante sin él. Quizás, sólo quizás, al final del día, él tiene razón y yo estoy equivocada. Tal vez nunca me conocí a mí misma tan bien como él me conocía.

Camino lentamente hacia mi escritorio y abro la gaveta. Deslizo mi mano por debajo de los montones de papel y cierro los dedos alrededor del mango del cuchillo. Lo cojo, su filo brilla bajo el sol. Lo pongo bajo mi chaqueta y bajo las escaleras. En la cocina, abro el cajón de los cubiertos y lo pongo directamente en la parte de atrás, fuera de vista. Entonces cierro bien el cajón.

Un sollozo violento se me escapa. Cuando presiono la parte de atrás de la muñeca contra mi boca, mis labios encuentran la plata fresca. El regalo Lochan para mí. Ahora es mi turno. Cerrando los ojos frente a las lágrimas, tomo una respiración larga y profunda y susurro: —Ok, lo voy a intentar. Eso es todo lo que puedo prometer ahora, Lochie, pero lo intentaré.

Al salir de la casa, todo el mundo se está quejando y peleando. Willa ha perdido su broche de mariposa, Tiffin afirma que la corbata lo asfixia, Kit se queja de que las quejas de Willa nos harán llegar tarde… Marchamos en fila a través de la puerta rota hacia la calle, vestidos con la ropa más elegante que hemos tenido. Willa y Tiffin quieren tomar mi mano. Kit se queda atrás. Le sugiero que le tome la mano de Willa, así ella puede balancearse entre nosotros. Él me obedece, cuando la lanzamos alto en el aire, el viento levanta su vestido largo, dejando al descubierto



un par de bragas de color rosa brillante. Mientras ella pide que lo hagamos de nuevo, los ojos de Kit se encuentran con los míos con una sonrisa divertida.

Caminamos de la mano por el medio de la calle, la acera es demasiado estrecha para los cuatro. Una brisa cálida roza nuestros rostros, trayendo el olor de la madreselva de un jardín delantero. Los rayos de sol del mediodía resplandecen en un cielo azul brillante, la luz brilla entre las hojas, bañándonos con rayos dorados.

—¡Hey!—Exclama Tiffin, su voz suena sorprendida. —¡Casi es verano!





Agradecimientos

- Foro Dark Guardians
  - http://darkguardians.foros-activos.es/forum

- Traductora a cargo
  - Pamee

- Traductoras
  - Princesa_artemisa
  - Margareth
  - Karina Matthew
  - CairAndross
  - Misa_wayland
  - Caliope Cullen
  - Verittooo
  - Hishiru
  - Lara Desiree
  - Flor_18
  - Edith 1609
  - Carmen_lima
  - Burned
  - ASD

- Revisión final
  - Pamee

- Diseño
  - Pamee







¡No Dejes de Visitarnos!

Encuentra Libros, Traducciones, Transcripciones

y Mucho Entretenimiento

¡¡¡Todo Para Fans!!!